This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

SA 25[illegible]

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

SA 3469.2

LOS CEROS

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS

POR CERO

MÉXICO

FRANCISCO DIAZ DE LEON, EDITOR,

CALLE DE LERDO Núm. 3.

M.DCCC.LXXXII

LOS CEROS

LOS CEROS

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS

POR CERO

Vicente Riva Palacio.

MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON, EDITOR,

CALLE DE LERDO Nº 3.

1882

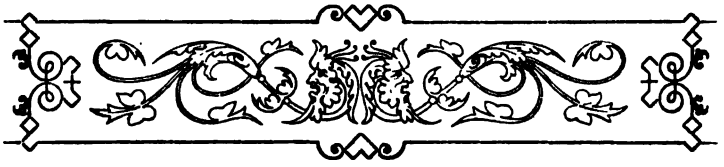
CA 3469.2

[illegible]D COLLEGE LIBRARY

MAY [illegible]

LATIN-[illegible]

PROFESS[illegible]



PRÓLOGO

«Caballero andante sin amores—decia D. Quijote—es árbol sin hojas y sin frutos, y cuerpo sin alma.»

¿Qué diré yo en los tiempos que corren, de un libro que no tenga prólogo y advertencia del editor? Y eso á buen componer, porque algunas veces sucede como en la *Cármen* de Pedro Castera, que el autor del libro hace descolgarse sobre el público de buena fe, amén de un prólogo con pretensiones de filosófico, escrito por un amigo del autor, un aguacero de cartas que, como certificados de buena conducta, y corroborando aquello de *satisfaccion no pedida, acusacion manifiesta*, llegan, á la sombra de más ó ménos conocidas firmas, á referir en todos los tonos, en todos los estilos, y casi en todos los idiomas (porque hay algunas que parecen escritas en francés, y otras en inglés, y otras en italiano), que aquel libro es el mejor de los libros, aquel autor el mejor de los autores, y aquel público el mejor de los públicos.

Y nada voy á decir de nuevo (porque es seguro que muchos lo han de haber dicho ya) del prólogo de nuestro buen Vigil en su traduccion

de *Pérsio;* que va la obra del satírico latino, entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes á la Comisaría.

Hasta el amable Luis G. Ortiz arrima su prologuito á su traduccion de *Francesca de Rimini.*

Libros hay, como el de Coquelin sobre el crédito y los bancos, en que vale tanto la introduccion como la obra; y el pensador Renan dispara introducciones que, sólo por ser tan buenas, no parecen tan largas.

Y á propósito de Renan, me ocurre aquí tomar su defensa aunque no tenga yo poder jurídico para ello. Un señor D. Armando Palacio Valdés, primer Secretario de la seccion de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid, en un libro que se llama *Los Oradores del Ateneo,* se nos viene magistralmente diciendo: « Ernesto Renan ha convertido en sistema lo que no pasaba de vergonzante inclinacion, pretendiendo sustituir á la aristocracia de la sangre, que ya no tiene ninguna significacion positiva en nuestra época, otra más verdadera y respetable: la del talento. »

Sr. D. Armando: con toda la consideracion que vd. me merece, me atreveria á preguntarle: ¿en dónde ha dicho Renan semejante cosa, ni de donde lo puede vd. haber inferido? Precisamente en la obra de Renan titulada: *Ensayos de Moral y de Crítica,* en el ensayo sobre M. de Lacy, dice expresamente: « la honradez es la verdadera aristocracia de nuestros dias. »

La cita no puede ser más clara; pero además, en otra obra titulada: *Cuestiones contemporáneas,* en el estudio sobre *Filosofía de la Historia contemporánea,* tiene Renan un párrafo que no parece sino que lo escribió á propósito, para quitarse de encima el peso del falso testimonio que le ha levantado el señor Secretario de la seccion de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid; dice así: « los liberales participan de

la idea, muy extendida entre nosotros, que los puestos son debidos al mérito, y que el hombre de talento tiene una especie de derecho natural para ser funcionario en su país: siendo así que el hombre de talento no tiene más que un derecho (derecho que es comun á todos), y es desarrollarse libremente; es decir, no encontrar en el Gobierno un rival celoso que le oprima ó que le haga una competencia desleal.»

Pero volvamos á lo del prólogo: yo tenia necesidad de escribir éste, ya que los artículos de *Cero* van á coleccionarse y á salir á la luz pública con toda la majestad de un libro.

Bueno seria tambien que el editor pusiera, como es usanza, una advertencia encomiando la obra y de paso al autor; pero es pensar en devaneos figurarse que este D. Francisco Diaz de Leon, notabilidad en honradez y en tipografía, se metiera, como decian nuestros antepasados, en la renta del excusado.

Y buena falta que le hace á este libro y á su autor la tal Advertencia: tentado me encuentro de suplantar ese trabajo y apoderarme del nombre del editor y fingir un articulito que vaya ántes que el prólogo: pero tropiezo con dos inconvenientes: que yo no conozco el estilo de Diaz Leon, y que, aun cuando lo conociese, buen cuidado tendria él de que dicha advertencia no se publicara.

Pero, ¡ah!... Si yo pudiera... Van á ver vdes. un rasgo de cómo escribiria yo esa advertencia; en pocos renglones se puede formar idea de lo que contendria toda ella, porque como dice un refran vulgar entre nosotros, «para muestra basta un boton,» y allá va eso; diria el editor:

«La obra que tengo la honra de presentar al público es quizá el más «importante trabajo literario que en el idioma de Cervantes ha hecho «crujir las prensas desde la invencion del arte tipográfico.

«El autor de esta obra (una de nuestras más brillantes glorias litera-

«rias) se oculta bajo el pseudónimo de *Cero*, más por modestia, virtud «propia de las altas personalidades, que por la maligna intencion de hacer «un carnaval literario.»

Y luego más adelante:

«Difícil cuanto dispendiosa ha sido para el editor de esta obra, la em«presa de recoger los dispersos artículos de *Cero* impresos en el perió«dico *La República*, porque el distinguido mérito literario de ellos, ha «sido causa de que se busquen y se guarden por todos los hombres de «buen gusto, como joyas exquisitas; que sólo á precio de ruegos, empe«ños, digustos y hasta grandes sacrificios en numerario ó en billetes al «portador, emitidos por algunos de los bancos de esta capital, se ha po«dido obtener la coleccion.»

Con estas y otras ligeras alabanzas por el estilo, puede que ya hubiera yo quedado un poco tranquilo.

Y no digas, lector, que me ciegan la ambicion ó el amor propio, porque yo no quiero más que lo que se le da á todo el mundo; y si no, si no es esto lo que se le da á todo el mundo, consiento, si digo una mentira. . . . ¿en qué consentiré para castigarme?. . . . ¡Vamos! Consiento en que Rodriguez y Cos ponga todo este tomo de *Ceros* en octavas reales y me regale un ejemplar, y me venga á preguntar todos los dias adónde voy, qué he leido y qué opinion tengo. Consiento en estar en la Cámara de diputados durante una discusion en que tomen la palabra Justo Sierra, y Joaquin Alcalde, y Juan Mateos, y Sanchez Facio. Consiento, en fin, en que de una tirada me lea Malanco todo su informe sobre hospitales, ó Juan Peza la Constitucion de 57 en décimas.

Ves, lector, que no me paro en precio, y que despues de esto, nada tendria yo que envidiarles á aquellos Brahmas á quienes los poetas Valmiky y Kalidasa llaman ricos en tesoros de mortificacion y penitencia.

Pues digo que todo esto y más estoy dispuesto á sufrir si no es ver-

dad que hoy nuestros periódicos no hablan de un hombre público á quien no le llamen *eminente;* no hablan de un poeta á quien no le digan *inspirado;* y son así, todos los generales, *esforzados* y *valientes;* todos los magistrados, *integérrimos;* todos los publicistas, *sabios;* todos los diputados, *patriotas* y *elocuentes,* que tambien el silencio tiene su elocuencia; todos los financieros, *hábiles;* todos los escritores, *chispeantes,* aunque no dicen si serán chispas de las que salen del hierro al majar, ó de las que, en el lenguaje del pueblo, salen de las *cantinas,* al tomar; y por último, toda institucion es *benéfica,* y toda medida *acertada,* y toda resolucion del Gobierno *salvadora.*

Pasemos á otro punto: lector, si yo te hubiera dicho mi nombre al escribir estos artículos, me hubieras calificado, no por ellos sino por mí, porque ya me conoces; pero como por fortuna yo tambien te conozco á tí, no te pongo quién soy, para que no te tomes el trabajo de hablar mal de mí y de mi libro; conténtate con murmurar de él, que yo hago contigo en esto lo que el torero en los lances supremos: deja la capa y se pone en salvo, y como de esta capa que te dejo tengo la seguridad que no es la del casto José, porque accion tan gloriosa no se cuenta en los anales de mi familia, ni de mí, ni de ninguno de mis ilustres antepasados, quedo tranquilo con la seguridad de que tal resolucion no me hará, como al hijo de Jacob, arrastrar el ridículo al través de treinta siglos. En fin, para concluir, vóyte lector á poner este epigrama de Marcial:

Seria quum possim, quod delectantia malim
Scribere, tu causa es, lector amice. . . .

que no te traduzco en verso porque no tengo humor de andar en busca de consonantes hoy que todo el mundo en México anda en busca de negocios con el Gobierno, de subvenciones para ferrocarriles, de concesiones para establecer bancos, de intervenciones de vias férreas, de con-

tratos de colonizacion y de otras pequeñeces por el estilo que modestamente puedan dar una rentecilla de diez ó doce mil duros anuales; pero esos versos latinos dicen que dicen: «lector, si en lugar de ocuparme «en escribir como pudiera, alguna obra séria, prefiero estos asuntos de mera diversion, tú tienes la culpa.»

Concluyo el prólogo diciéndote, caro lector, con el famoso D. Francisco Manuel de Melo, en su *Guerra de Cataluña:*

«Yo te inculco mi juicio como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme; y si te obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparémos; ya me conocerás por la voz; yo á tí por la censura.»

CERO.

LUIS MALANCO.

LIT. H. IRIARTE MEXICO.

LUIS MALANCO

Como una prueba de que la fecundidad no es el único título que tiene un escritor para ser conocido en el mundo de la literatura, vamos á ocuparnos hoy de nuestro amigo Luis Malanco; y basta que le llamemos nuestro amigo, para que se comprenda que hemos de tratarle como á *l'enfant gaté* de nuestro peine crítico, que siempre procuramos pasar con dulzura sobre la cabeza de nuestros escogidos, y el cual, si bien algunas veces produce sensaciones desagradables, eso depende de que inadvertidamente peinamos contra el pelo, que es como quien afeita para arriba, ó como el chico que usaba un cepillo para alisar al gato de su abuelita.

Luis Malanco ha escrito poco, pero todo con buena fe y, como dirian nuestros padres, concienzudamente; por-

que Malanco para escribir un artículo de dos columnas, consulta veinte libros, treinta periódicos, cuarenta folletos, cincuenta manuscritos; lo lee sesenta veces, lo corrige setenta, lo consulta ochenta, y vacila cien ántes de publicarlo, y despues de estas operaciones que hacen de cada una de sus obras el resultado de más complicadas ocupaciones que las que se necesitan para hacer una aguja, el artículo ve la luz, y las gentes le leen con satisfaccion.

Apénas habrá ejemplo de un hombre cuyo carácter esté más en armonía con sus producciones, que Malanco.

Desde que Buffon dijo « el estilo es el hombre, » ya todo el mundo ha creido esto como un artículo de fe; y de seguro que los que leen á Fígaro, se figuran en Larra, no el sombrío suicida, sino una especie de polichinela diciendo chistes todo el dia; y al través de los chispeantes y graciosos versos de Quevedo, se imaginan descubrir, no al austero teólogo cubierto con negro ropaje y con sus enormes gafas sobre la nariz, sino un calavera alegre, osado y decidor, como el famoso conde de Villamediana.

El estilo es el hombre; y sin embargo, el famoso Sheridan, el elocuente orador británico que asombró al Parlamento con sus profundas doctrinas de moral y de economía política, en la cuestion de las factorías inglesas en la India, era tan calavera, que mandaba pedir á una zapatería, para prueba, botas del pié derecho, y á otra del pié izquierdo, para completar un par y salir alegremente á la calle.

Caton asombra con la austeridad de sus doctrinas; su nombre ha pasado á la posteridad como la cifra de la virtud estóica, y sin embargo, César le probó, y los historiadores están conformes con César, que el severo censor adiestraba á sus jóvenes esclavas en los encantos del amor, á fin de sacar con ellas una renta que aumentara su capital, para el cual no echó en olvido ni la planchuela de oro de los dientes postizos de su hermano Cepion, que extrajo de las cenizas despues de la cremacion del cadáver, segun las costumbres romanas. Tambien este cuento es de César, y César no se paraba en nada al hablar en contra de sus enemigos.

Insensiblemente hemos ido á dar hasta Roma y hasta César, hablando de Malanco; pero este es uno de los efectos del magnetismo: Malanco ha estado de Secretario de la Legacion Mexicana en Roma, y ha hecho un viaje á Egipto, y nos ha escrito un artículo sobre el Nilo, y otro sobre Alejandría, recordando que los caballos de Julio César abrevaron en el rio sagrado, y que sus soldados quemaron la biblioteca de la ciudad fundada por el hijo de Filipo de Macedonia.

Malanco es igual á sus escritos: como sus pensamientos son para sus amigos, nunca escribe un artículo que no esté dedicado á alguno de ellos; y como siempre procura que en esos artículos haya alguna noticia curiosa y extraña, así procura tambien tener en su casa todas las curiosidades que puede.

Guarda en su museo unas piedras de Belem, y el general Riva Palacio dice que realmente son de Belem, porque se las regaló *Cristalito*. Guarda un frasco con agua del Jordan, y el mismo autor citado asegura que ese Jordan es el baño de caballos que está por el rumbo de las Delicias.

Conserva cuidadosamente tierra del Calvario, y el dicho autor agrega, que la recogió en su sombrero sobre la calle del mismo nombre, al Sur de la Alameda. Y la arena del desierto, que enseña con mucha satisfaccion, es legítima del convento del Desierto de Carmelitas que está en Cuajimalpa.

Malanco lleva estas bromas sobre sus curiosidades, no sólo con tranquilidad, sino hasta con gusto, porque para él sus amigos son todo.

Malanco tiene un estilo peculiar. Dificil será describirlo, pero fácil de comprender con un ejemplo: supongamos que está hablando de México en el mismo tono que habló del Valle de Josafat ó de las Pirámides; entónces diria:

«México ha sido patriota con Juarez; mártir con Hidalgo; guerrero con Morelos; constante con Guerrero; orador con Pedraza; poeta con Quintana Roo; santo con Felipe de Jesus y con Bartolomé Gutierrez; festivo con Guillermo Prieto; pintor con Cabrera; escultor con Noreña; impresor con Cumplido; editor con Diaz de Leon; químico con Rio de la Loza; astrónomo con Jimenez: Mé-

xico ha pensado con el cerebro de Zavala; ha cantado con la lira de Justo Sierra; ha escrutado los espacios celestes con Diaz Covarrúbias; ha reido del orgullo humano con Ramirez; ha levantado monumentos imperecederos con Tolsa; ha conjugado los verbos irregulares con Marroqui; ha profundizado la sintáxis con Rafael Angel de la Peña; ha domado caballos salvajes con D. Ignacio Mejía; ha amodorrado á sus lectores con Vigil; ha protegido al marqués de Carmona con Emilio Velasco; ha convertido en chinampa el atrio de Catedral con Eugenio Barreiro; ha destrozado la Alameda con Bejarano; ha sido la última vela con Juan Mateos; ha crucificado el gusto arquitectónico en la fachada del Hospicio con Torres Torija; ha trasportado á sus calles los precipicios de los Andes con el Municipio; ha contrariado el *fiat lux* con Knight: en México ha vivido Humboldt; ha comido D. Cárlos; ha dormido Grant; ha cenado la Ristori; ha roncado Tamberlik; ha ejercido sin éxito el Dr. Frimont; ha poetizado Zamacois; ha florecido Gerardo López del Castillo; se ha vigorizado el Dr. Peredo; ha deslumbrado Cantoya; ha encantado Alegría; ha tocado Leon; ha predicado el padre Davis; ha aterrorizado Guillermo Valle; ha curado Bianchi.

« Por aquellas amplias calles han pasado los gendarmes de Ugalde; en aquellas plazas se han estacionado los *simones* de Vanegas; en aquellos paseos han corrido los chicos de las escuelas municipales; en aquellos portales han

gritado los billeteros; en aquellas charcas han abrevado los burros de los indios y han cantado las ranas de los españoles; en aquellas torres se han parado los zopilotes; han repicado las monjas; han *doblado* los sacristanes; se han fortificado los pronunciados del tiempo de D. Anastasio Bustamante; han anidado las lechuzas; han ocultado su vergüenza los murciélagos: en aquellos canales trasparentes han navegado los bergantines de Cortés; han naufragado las piraguas de Guatimotzin; han sido robadas las *trajineras* de Chalco; han lavado sus lienzos las vírgenes del barrio del Pipis; han humedecido sus capas los ensabanados de Xochimilco; han apagado su sed los perros del barrio de la Palma; han llenado sus cubetas los matadores del Rastro; han adobado sus pieles los curtidores del barrio de San Pablo; han resonado los bandolones de los dias de campo; han flotado las abandonadas hojas de los tamales; han hecho un surco como la via láctea los restos del pulque y del atole de leche; han nadado las cáscaras de tuna y de naranja, y se ha retratado una vez por siglo la imponente figura de un gendarme: en aquellos museos se conservan como reliquias santas una ténia de Vallarta; los cálculos hepáticos del Ministro Montes; una guedeja gris de Mr. Zamacona; unos lentes del senador Raygosa; la espesa cabellera del general Carrillo; el cráneo de Eduardo Garay cuando era niño; el cráneo de Eduardo Garay cuando era hombre; la pluma con que Rodriguez y Cos escribió

El Anáhuac; el tintero que usó Pizarro Suarez para escribir *El Monedero;* el papel con que Justo Sierra debió de haber escrito *El Angel del Porvenir;* un brindis que Alcaraz debió de haber pronunciado si Juarez hubiera vivido y hubiera dado un convite y le hubiera convidado el año de 1881; una coleccion completa de leyes que no se observan desde la independencia hasta la fecha.»

El estilo no estará muy bien imitado, pero él es.

Malanco tiene mucho de arabismo en sus escritos; por ejemplo, si habla del desierto, dice: los árabes le llaman *bahr*, que quiere decir: inmenso. Esto es muy útil y muy cómodo; una palabra árabe puede ser todo un calificativo ó una descripcion lo más extensa que se desee.

Con ese sistema, si Malanco escribiera un viaje á México, tendria mucho que decir, y el árabe haria mucho papel en la descripcion de la ciudad; verbi gracia:

« Llegué á México en la estacion de aguas; las calles estaban llenas de lodo: á esto los árabes le llaman *ajamaz*, es decir, *pantanos urbanos.*

« Tomamos un coche de alquiler; los españoles y los mexicanos le llaman á esto *un simon*, los árabes le llaman *il-man-man-jan*, que significa: cajeta vieja tirada por mulas éticas.

« Pasamos cerca de un paseo; estaba desierto, tenia el aspecto de un cementerio de las ciudades de tercera clase de Egipto: los mexicanos le llaman *alameda;* los árabes, con su estilo elegante y figurado, le llaman *ma-jun-mah-*

juin, que quiere decir: *olvidada del municipio:* allí vimos unas fuentes de esas que en lengua oriental se llaman *kal-mon-lin*, que quiere decir: *siempre secas.*

«Sonó un reloj y dió las cinco; habriamos andado cincuenta metros cuando otro reloj llamó nuestra atencion dando siete sonoras campanadas; poco despues en otro reloj sonaron las cuatro y cuarto, lo que prueba que en esa ciudad cada reloj marca un tiempo particular. Los árabes le llaman á este fenómeno *Rablún jimelá*, que quiere decir: *descuido de los regidores*. . . .

«Despues de comer salimos á dar una vuelta: habia anochecido; largas hileras de faroles con una luz semejante á las de esas lamparillas que se usan en las alcobas, nos producian el efecto de una inmensa procesion de fumadores con su cigarro en la mano. Los árabes llamarian á este alumbrado *Domeil jaraú*, poética frase que quiere decir: moribundo pigmeo de quien se burlan las tinieblas. Sin embargo, á este alumbrado los mexicanos le llaman de gas, y los hijos del profeta le designan con el nombre de *jis-li-mi-nim*, equivalente á: Empresa que se burla del público, ó mejor dicho, á: público que se deja burlar por la Empresa.

«Comenzamos á caminar; cada dos pasos nos costaban un tropezon, y cada cuatro una caida. Ibamos por lo que los mexicanos llaman *banqueta*, y los árabes *braumo hum* que significa: escabrosidades en que peligra la existencia.»

Las comparaciones y las figuras poéticas forman el en-

canto de Malanco. No recordamos precisamente ningun trozo de sus escritos para citarlo, ni tenemos á la mano un ejemplar para sacar una copia; pero siguiendo el camino que nos hemos trazado, escribirémos algo en su estilo.

Supongamos que sigue hablando de su paseo en México; diria:

« A la mañana siguiente salimos á la calle: el cielo estaba azul y sereno como los rayos de luz que pasando al través de un zafiro, cayeran sobre el seno turgente y blanco de una odalisca. Algunas nubecillas de plata flotaban en aquella atmósfera inundada por los rayos brillantes del sol tropical, como el velo de una hurí arrebatado por los vientos perfumados del paraíso del Profeta. A cada paso tropezábamos con perros que no tienen dueño; que viven á expensas del público; que amenazan al transeunte; que se multiplican; que son como las moscas que cayeron sobre el Egipto cuando el Faraon rebelde impedia la salida del pueblo de Abraham y de Jacob y de Isaac y de Moisés y de Agar y de Ismael.

« Tal abundancia de perros vagabundos sólo la hemos visto en los barrios de Constantinopla, quizá porque aquí como allá, es desconocido el poder municipal, y los vecinos poco ó nada se cuidan de eso que en Francia se llama policía de seguridad, de salubridad y de ornato.

« México tiene algo de las ciudades semíticas, como Jerusalem, en lo abandonado y sucio de sus calles que re-

cuerdan los estragos de Tito. Se extraña la voluntad de Adriano y la iniciativa poderosa de Juliano el Apóstata para convertir en verdaderas vias públicas aquellas calles sinuosísimas que recuerdan el seco cauce del Cedron.

« Hay barrios de la ciudad abandonados por la mano protectora del municipio. Allí hemos visto una muchedumbre de séres desgraciados viviendo en la miseria, como los restos últimos del poderoso pueblo de Salomon despues del espantosísimo sacudimiento de Juan de Guischala, Simon de Gioras y Eleazar, que trajeron sobre la hija de Sion las poderosas legiones de Vespasiano.»

Al leer nuestro artículo estamos seguros de que dirá Malanco: esto se llama en árabe, *ras–chis–blú–ji–lem*, que quiere decir: montaña de tonteras. Nosotros con humildad admitirémos la significacion y agregarémos, que sencillamente debian llamarle en el centro del Cairo, *zocodozoron*, es decir, cosas de Cero.

MANUEL PAYNO.

MANUEL PAYNO

ENGO la honra de presentar á ustedes á Manuel Payno, á quien le diré como Homero: «ni de tí, ¡oh atrida! se olvidaron los dioses inmortales, y de todos, Minerva la primera,» y vamos á tratarte y á retratarte con todo el cariño que nos mereces.

La cosa no es muy fácil, porque como dice Brucke: «la representacion del objeto debe provocar en el ojo del observador una impresion análoga á la que produciria el objeto mismo,» y yo desconfio de que haya en mi paleta colores tan suaves que puedan producir esa impresion al emprenderse el retrato de Manuel Payno, con quien es dificil tener un disgusto cuando se le llega á conocer íntimamente.

Sin embargo, pudiera ser que la semejanza fuera tan perfecta, que el público le acordara su aprobacion. Cosas más grandes se han visto; se cuenta, no sé con qué fundamento, que por motivos de emulacion, Zeukis y Parrhasio, los más famosos pintores de la antigüedad, convinieron en pintar cada uno un cuadro para competir en destreza. Zeukis pintó un ramo de uvas que los pájaros vinieron á picar. Parrhasio pintó un cortinaje, y al llegar Zeukis á visitarle, dijo: «descorre esa cortina para que veamos tu cuadro.» Convencido de su engaño, exclamó: «Zeukis ha engañado á las aves; pero Parrhasio ha engañado al mismo Zeukis.»

Aunque este es cuento, como todas las mentiras autorizadas, se refiere de cien maneras.

Y si hay quien desconozca el retrato, á fe que no hemos de hacer lo que Apeles, pintor famoso, cuando disgustado Alejandro Magno de un retrato que le hizo, lo presentó á Bucéfalo, y al relinchar el caballo del conquistador, exclamó el artista: «los animales tienen mejor conocimiento que los hombres.»

Manuel Payno es uno de los veteranos de nuestra literatura; se atrevió á escribir novelas en México, cuando esto se tenia por una obra de romanos, y fué, con Guillermo Prieto, con Domingo Revilla y con Juan Navarro, el vulgarizador de los buenos conocimientos literarios, como Figuier y Flammarion lo han sido en Francia de la ciencia, y Alejandro Dumas, padre, de la historia.

Tambien Manuel Payno tiene, como Malanco, un museo en su casa. Me dirán que esto nada nos importa, pero asegura Xenofonte que: «no solamente las acciones sérias de los hombres distinguidos, sino aun las más sencillas, divierten y son dignas de memoria;» y apoyados en la autoridad del capitan á quien hizo famoso la retirada de los diez mil, seguirémos con el museo de Manuel Payno.

Con la misma facilidad se encuentra en su habitacion el castillo de San Juan de Ulúa hecho de popotes, que una borgoñota de los soldados de Francisco I; y lo mismo se puede contemplar un tejido de pluma de los dias de la Malinche, que el alfiler que se ponia en la corbata el Ministro Pitt; un cálculo vesical de Zumárraga, la tabaquera de Revillagigedo ó el breviario en que rezaba el Padre Margil.

Las ratas embisten algunas veces contra esos tesoros; pero Manuel Payno, que además de ser enemigo práctico de la pena de muerte, tiene una índole completamente pacífica, celebra con ellas tratados de paz como los Estados Unidos con los bárbaros, y establece reservaciones, llevándoles personalmente pedazos de pan y de azúcar. Las ratas se civilizan á tal grado, que llegan á comer en su presencia, como las gallinetas de Chateaubriand de que nos habla Alejandro Dumas. Un dia, sin embargo, las ratas se llevaron un tintero, y Manuel Payno siguió el ejemplo del emperador Teodosio el Grande en la in-

vasion de los francos: llamó en su auxilio á los godos, es decir, trajo un gato á vivir tranquilamente en su biblioteca. Por supuesto, el triunfo quedó por parte de Teodosio.

En política Manuel Payno tiene amigos y enemigos, en lo cual se parece á todo hijo de vecino, y no es extraño tratándose de contemporáneos que son pecadores, cuando de Teófilo, arzobispo de Alejandría el año de 389, decia el gran Padre San Gerónimo, que era *un verdadero santo*, al mismo tiempo que San Crisóstomo declaraba que era *el verdadero demonio.*

Pero como la política no importa á *Cero*, y aun cuando le importara, *Cero* no le importaria á la política; y como definitivamente *Cero* podria ser el San Gerónimo de Manuel Payno, dejamos ese

Campo de soledad, mústio collado

sobre el que luchan tantos buscando su propia ruina, y vamos diciendo con Fray Luis de Leon:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido!

Manuel Payno en su juventud se dedicó á la poesía. Eran los tiempos de Rodriguez Galvan, de Joaquin Tellez, de Franco *la Chauset*, de Lacunza, de Lafragua y de Ramirez; lucian aún los genios de Quintana Roo, de Carpio, de Sanchez de Tagle y de Pesado.

Pero Payno poco á poco fué abandonando á las musas, quizá porque no se guisan con la economía política,

ó porque, como opina Macaulay, la poesía declina inevitablemente á medida que la civilizacion progresa. Ahora Manuel sólo ha quedado de orador en la Cámara, y en sus peroraciones usa de un estilo enteramente peculiar é inimitable. Jamas orador alguno ha subido á la tribuna con tanta tranquilidad, ni ha tratado al auditorio con más confianza. Por muy grave que sea el negocio, por muy acalorada que esté la discusion, por muy exaltados que se encuentren los ánimos, Payno se presenta impasible y habla como podria hacerlo en su despacho ó en una reunion de dos ó tres amigos acostumbrados á escucharle; no anda buscando ni las frases pomposas, ni las figuras poéticas, ni los golpes de teatro; muy pocas veces se exalta, y no hay peligro de que muera por la impetuosidad de su carácter, como el emperador Valentiniano despues de la derrota de los Quados, al echar en cara su ingratitud á los insurrectos.

Si están de humor las galerías para interrumpir su discurso y tosen ó dan tumultuosas señales de desaprobacion, Payno dice con envidiable tranquilidad: «pues sí, señor, he de decir la verdad aunque se enoje todo el mundo.»

El dia que está de vena, con esa especie de conversacion familiar en la tribuna, hace reir á la Cámara hasta que quiere, sin que la más leve sonrisa se dibuje en su rostro, y como si estuviera hablando solo.

En la tribuna, Manuel Payno piensa en voz alta; me-

te, por ejemplo, la mano en el bolsillo, y sin perder la entonacion exclama: «ya perdí los apuntes que habia yo hecho;» continúa su discurso, y luego sin preocuparse de que le están escuchando, dice al diputado que ve más próximo: «hágame vd. favor de ver si se han caido por ahí mis apuntes.» Ese valor y esa sangre fria son raros y envidiables. Ciceron, á pesar de que dominaba al pueblo, cuando defendia á Milon se acobardó tanto, que perdió su causa. Milon tuvo que escapar de Roma á media noche, y cuando recibió en Marsella el discurso de Marco Tulio perfectamente escrito, exclamó suspirando: Si Ciceron hubiera hablado como ha escrito, Milon no estaria en estos momentos comiendo salmones en Marsella.

El estenógrafo de la Cámara puede con toda tranquilidad dar al redactor del *Diario de los Debates* los discursos de Payno, porque además de que éste habla como escribe, nunca se cuida de corregirlos, pues parece que lleva por lema: *quod scripsi, scriptum.*

Como de oradores y poetas de esta crónica, queremos presentar una ligera imitacion de estilos, vamos á probar en el caso presente si alcanzamos buena fortuna en la parodia.

Supongamos que se trataba del Código: diria Manuel Payno:

«Pues señor, yo no entiendo cómo se puede llamar á eso administracion de justicia: oigan ustedes cómo yo he visto que se hace alguno de nuestros Códigos: se nom-

bra, por ejemplo, á tres abogados, verbi gracia, á mi apreciable amigo el Sr. Alcalde que me escucha; al Sr. Lic. Linares que está aquí á mi lado, y al Sr. D. Guillermo Valle que está de Secretario de la Cámara.

« Pues bueno, resulta presidiendo la Comision el Sr. D. Guillermo Valle, á quien ya todos conocemos, de un carácter amable, que anda siempre con una mascada de colores debajo del brazo, que se pone sus anteojos para leer y que fuma unos tabacos muy famosos: pues las juntas son en la casa del Sr. D. Guillermo Valle, aquí muy cerca, en la calle de Medinas: todas las tardes van llegando á eso de las cuatro, D. Joaquin Alcalde, en su *cupé* azul, ese que viene por él todos los dias al Congreso; hablando con mucho entusiasmo, y subiendo las escaleras muy aprisa, y el Sr. Linares muy echado para atrás, con esa mesura que ustedes le conocen. ¿Cómo va, Vallecito? ¿Cómo va, Joaquinito? ¿Cómo va, compañero?

« ¿Qué hacemos esta tarde?—Pues nada, ahí tengo ya unos artículos del Código de Batavia y otros del ordenamiento de Alcalá, que me parece que han de quedar bien en la práctica.

« No se vayan á enojar estos señores de quienes estoy hablando, porque sólo es un ejemplo; no los creo capaces de que lo hicieran así, pero es un verbi gracia. Pues bueno, despues de un año, con unos artículos del Código de Batavia, y otros del ordenamiento, y otros del Código francés, y otros del español, y si se ofrece hasta com-

pletando con un verso del Moro Expósito, le presentan un Código al Gobierno: llega aquí; se pasa á una Comision para que dictamine; nos reparten impreso el proyecto del Código en un libro muy gordo que nos vamos cargando cada uno á nuestra casa despues de que se acaba la sesion; la mayor parte de los señores diputados no le vuelven á hacer caso, ni siquiera lo mandan empastar: no vayan á incomodarse porque les digo esto; pero es la verdad.

«Yo sí, le mando empastar, porque tengo la curiosidad de hacer que empasten todos los proyectos de Códigos, y ya conservo en mi casa cerca de cuarenta, que les puedo enseñar á los señores diputados, aunque la verdad no he entendido ninguno.

«Llega el dia de la discusion; no hay discusion: aprobamos el dictámen con dos votaciones nominales; se pone en vigor el Código y empiezan las quejas contra los jueces: que si son malos, que si no saben administrar justicia, y todo eso que han oido los señores diputados mejor que yo, y la Administracion de justicia carga el pecado que debiamos cargar nosotros por no estudiar el proyecto; á la Nacion le cuesta quince ó veinte mil pesos ó más, para los abogados que lo trabajaron, y en esta parte sí me alegraria yo de que no fuera un ejemplo sino una verdad, que les tocara esta reparticion á los Sres. Lics. Valle, Alcalde y Linares.»

Y en todo este discurso Manuel ha pedido agua, ha

descansado y ha tosido como si se lo estuviera platicando á los tres del *verbi gracia.*

Nos preguntarán los hombres de la Cámara cómo sabemos todo esto; nos dirán quizá como dice Herodoto que le dijo la Pytia en Delfos á un rey que iba á fundar una colonia en Líbia:

Sin ir á Líbia que en ganado abunda,
¿Pretendes saber más acerca de ella
Que yo misma, que allí á verla estuve?
¡Tienes mucha confianza en tu talento!

Ciertamente nosotros no hemos ido como diputados á la Cámara; pero merced á la benevolencia del LEON que, sentado en las propiléas del templo de los legisladores defiende la entrada, nunca nos falta en las tribunas un buen lugar.

Payno ha sido un escritor fecundo, en el sentido de que es mucho lo que ha escrito para el tiempo de que ha podido disponer.

Así como una vaga reminiscencia conservo la idea de que él y Guillermo Prieto escribieron para el teatro. No hay que creérmelo, porque yo mismo estoy en duda de si era un drama ó una ley de presupuestos; un sainete ó un proyecto de Arancel de aduanas marítimas; porque en esto, tanto Payno como Prieto, han hecho una hibridacion de la Economía política con el Parnaso; sin duda porque la Economía política tiene por objeto el Fisco, y el Fisco ha sido en todas partes un Monte Parnaso,

no porque en él hayan vivido las Musas, sino porque en nuestro pueblo, eso de Monte Parnaso se entiende así como una cucaña, ó cosa por el estilo, en donde desaparece el respeto al derecho ajeno.

Como novelista, Manuel Payno se hizo famoso por su *Fistol del Diablo:* tengo la creencia de que Manuel no formó un plan para escribir esa novela, sin duda porque siendo hombre honrado, juzga que no es bueno tener un plan preconcebido; y un *arrier pensé* no cuadra á sus buenas intenciones, y de aquí es que la novela creció por acumulacion, pero llegó á su término; aunque no todos los suscritores tuvieron conocimiento de eso.

En el periodismo, Payno ha hecho un papel digno: jamas ha insultado á nadie, á pesar de que no ha faltado quien le insulte. El que ha tratado á Manuel, ya puede conocer un artículo suyo aunque no haya visto otro: hay hombres que se parecen mucho á sus cosas, y tanto, que bastaria ver un objeto de su uso para saber á quién pertenecia. Por ejemplo: un sombrero viejo de Don Bonifacio Gutierrez, ó una capa de Don Vicente Parada, colocados sobre un poste en la Alameda, denunciarian con mudos gritos, como diria nuestro poeta Agustin Cuenca, el nombre de sus antiguos poseedores. Hay levitas que acusan clérigo, aunque estén en un alquiler de trajes de máscara, como hay chalecos que vocean usura aunque cubran el abultado abdómen de un canónigo.

Se dirá: «supuesto que el estilo es el hombre, no es

ninguna novedad que los escritos de Payno retraten á su autor.» Yo contesto que hay moralistas cuyas obras se pueden enseñar como texto en los colegios, al paso que ellos hacen falta en un presidio.

Muchos pueden predicar como San Pablo: «haced lo que os digo, y no hagais lo que hago.» Pocos, como Arístides, tienen derecho de decir: «haced lo que hago aunque no entendais lo que digo.»

El escritor que escribe de buena fe, que dice lo que siente y lo que piensa, es el único á quien pueden denunciar sus escritos, porque son sus hijos y tienen que serle semejantes: el que no cumple con estas condiciones, tiene tanto derecho á que su estilo le denuncie, como puede tener cualquiera hijo de vecino á la semejanza con los hermanos de su mujer.

Manuel Payno es el mismo, en la conversacion, en la tribuna, en el libro y en el artículo del periódico: no tiene faces.

JOAQUIN ALCALDE.

LIT. H. MIJARES, MEXICO

JOAQUIN ALCALDE

ÓCALE ahora su turno á Joaquinito Alcalde, y comencemos como Virgilio en su égloga V:

Pues que juntos estamos y contentos,
¡Oh! caro Mopso, todo nos convida
A divertir agora estos momentos.

Joaquin Alcalde, á quien á pesar de que ya pasa de los cuarenta y cinco, le llamamos todos Joaquinito, quizá porque en la estatura no es un Ayax de Telamon, de quien dice Homero:

Con su broquel cubierto, que una torre
Semejaba, y de bronce era forrado
Y siete grandes cueros le formaban
De toro. . . . . .

es la antítesis de Manuel Payno; porque Joaquin tiene una actividad febril, es profundamente impresionable, se

enoja, rie, llora, declama, grita y salta en la tribuna; y en honor de la verdad, que nada de eso es fingido. Siente Alcalde cuanto está diciendo, y si pinta un combate remeda los sonidos del clarin, los gritos de los combatientes, el pesado avanzar de la infantería, la vertiginosa carga de los escuadrones, las voces de mando, los ayes de los heridos, y hasta las alegres dianas de los vencedores; y despues de una tirada de estas, queda jadeante y sudoroso, meciéndose de fatiga sobre la tribuna, como si real y efectivamente acabara de acuchillar á un regimiento de cazadores de Africa.

Es lo mismo en su conversacion particular, ó cuando lee en voz alta una oda ó un artículo de costumbres: Joaquin se *posesiona*, se entusiasma, se identifica con el personaje de quien habla, con el asunto que describe y con el autor cuyas producciones declama.

Cuenta Filostrato, que Apolonio de Tyana, por una especie de segunda vista, miraba desde Efeso al emperador Domiciano asesinado por Clemente, y que lanzando miradas aterradoras, gritaba lleno de entusiasmo: «hiere, hiere al tirano.» Esta idea nos despierta Alcalde en la tribuna cuando se entrega á uno de esos arranques de enérgica oratoria. Pero ya nos ocuparémos de su estilo, y ántes, vamos á pintar algunos rasgos de su carácter.

Joaquin, como todos los hombres de corazon, es muy buen amigo, no más que hay que tratarle con cuidado, porque la impetuosidad de su genio puede producir una

colision. Joaquin no tiene museo, y no porque le haya faltado mucho que guardar, sino porque es excesivamente franco. Tiene un objeto curioso, por ejemplo, una hacha de armas de la Edad Média: pues si llega de visita á la casa de un amigo y éste tiene una panoplia, Joaquin le dice inmediatamente: «yo tengo una arma muy curiosa y que le ha de gustar á usted mucho; voy á mandársela.» Llega á su casa y desde luego remite el hacha á su amigo.

No hay que alabarle á Joaquin con entusiasmo nada de lo que tenga en su despacho, porque no necesita más que convencerse de la buena fe de la alabanza, para regalar el objeto.

Nos hemos propuesto no hablar de política; más al tratar de Joaquin, le podemos comparar con Don Juan Tenorio: se apasiona súbitamente de las causas políticas con una energía increible; pero pierde la ilusion tambien con una facilidad admirable.

Le hemos visto diversas veces en las Cámaras, en algunos períodos, pelear como César en la batalla de Munda, *pro vita*, y despues caer en la atonía como si nada le importara ninguna de las peripecias de la lucha.

Esto depende de su profunda impresionabilidad; los que le tratan íntimamente, observan con extrañeza que se pone furioso muchas veces porque un criado le pierde una caja de tabacos, y en ese mismo dia un comerciante quiebra llevándole dos ó tres mil pesos, y Joaquin se rie,

no vuelve á hacer caso del asunto, y sólo una que otra vez hace de esto motivo de jácara y conversacion.

Como orador en los bancos de la oposicion, Joaquin es un hombre terrible: cuando se decide á hacer la guerra á un Ministerio en el Congreso, nadie le iguala en audacia ni en valor civil; se le ha visto abrumar á un Ministro con interpelaciones, tomando la palabra en la misma tribuna que ocupa ese funçionario, como esos duelos que cuentan los novelistas, en que los contendientes se atan de la mano izquierda con un pañuelo.

Alcalde tampoco tiene miedo á la tribuna; es capaz de decir un discurso sobre un tonel en la plaza, como Massaniello.

Alcalde hace versos; no podemos decir que sean muy buenos; pero sí aseguramos que, cuando los declama en público, nadie como él tiene los honores del triunfo. Nadie con tanta energía ha dicho en medio del ejército de Oriente:

> «Puebla, te vine á ver, y en tu recinto
> Sentí latir el corazon de gozo,

y es seguro que sólo Guillermo Prieto tiene más facilidad que Joaquin para entusiasmar á las masas leyendo ó recitando versos.

Joaquin Alcalde pertenece á la generacion literaria de Mateos, de Riva Palacio, de Altamirano, de Luis G. Ortiz, de Julian Montiel, de Juan Diaz Covarrúbias,

de José T. de Cuellar, de J. de Rodriguez y Cos; pero ha sido el más perezoso de todos para escribir, y jamas ha coleccionado sus producciones, ni guarda un sólo ejemplar de ellas.

Como toda fisonomía que sale de la esfera de lo vulgar, la elocuencia de Joaquin se presta para la parodia, y vamos nosotros á ensayar su estilo:

« Señores:

« Es imposible soportar el completo desprecio con que se ven las leyes de Reforma por algunas autoridades; y esas leyes que han costado la sangre de los pueblos, y la vida de sus defensores, y las lágrimas de las viudas, y el llanto de los huérfanos, y el incendio de las poblaciones, y la ruina de los labradores; ahora ¿qué sucede? ¡ Prrrum! Entramos en la diligencia en un pueblo, y apénas llegamos al hotel, ¡glan! glan glan, glin glan, glin glan! ¿Qué es eso? El repique de las campanas, porque es la fiesta titular y va á salir la procesion; y por todas partes ¡pum! ¡pum! ¡pum! los cohetes que atruenan el espacio; y en medio de ellos ¡bum bom! ¡bum bom! las cámaras, señores, costumbre que no se ha podido perder en nuestras poblaciones rurales. No ha pasado un cuarto de hora, y ya delante de las ventanas del hotel va desfilando lentamente una procesion, y las gentes se arrodillan devotas (el orador dobla una rodilla y se vuelve á levantar); pasa un Cristo (el orador abre los brazos, inclina la cabeza y se mueve como un Crucifijo que va en una pro-

cesion), y despues, ¡tam, tam, rataplam, plam, plam! (el orador imita en la tribuna la marcha de la infantería) ¡un piquete de guardia nacional que viene detrás de la procesion! Y entretanto, ¿qué hace el jefe político? y ¿qué hace el Gobernador del Estado? Decir por los periódicos que se le ha cobrado la multa al cura, y cobrar efectivamente esa multa que no es más que la paga de una licencia que en ningun caso autorizan para dar, las leyes de Reforma.

«Esto es inaudito, señores! Yo nunca he pasado la plaza de perseguidor ni de intransigente; pero á la vista de tan flagrantes infracciones del Código fundamental y de las leyes de Reforma, preferiria perder los ojos ántes que callar. Pido que se haga una interpelacion al Gobierno y que venga á explicar aquí esa conducta, con cuyo objeto paso inmediatamente á la mesa á formular la proposicion, con la que pido que se dé cuenta desde luego á la Cámara; y para que el señor Presidente del Congreso no proceda á levantar la sesion, pido que ésta sea declarada permanente hasta tanto que se resuelva sobre la mocion que voy á presentar.»

Por supuesto que con cada uno de estos rasgos arma Joaquinito en las Cámaras, como dirian los españoles, un belen que tiembla el misterio, y despues de una discusion acalorada, y de discursos enérgicos, y de terribles invectivas, y de sangrientos apóstrofes, cuando se espera encontrar á Joaquin orgulloso con un triunfo, ó es-

pumando de cólera por una derrota, se le halla tranquilamente al salir del Congreso, hablando con algun abogado con la mayor naturalidad, de los autos que sobre rescision de un contrato y pago de daños y perjuicios, siguen, en estado de apelacion, D. Nicomedes Chiribía contra Dª Pancrasia Chupatesa.

¡Qué cosas! ¡qué contrastes! Pero nada, el hombre es así como Dios lo ha hecho; y al leer este artículo, quizá se pondrá furioso, y alentando coraje se dirigirá á la redaccion de *La República;* mas si la buena suerte le depara en su camino á Vicente Parada que le hable del concurso de Jecker, ó á un amigo á quien dar su queja, su enojo cesará diciendo con Esquilo en las *Suplicantes:*

Son una procaz y malvada ralea estos hijos de Egipto que no se hartan nunca de contiendas, aunque se lo estoy diciendo á quien lo sabe como yo; y encendiendo un puro repite aquel conocido verso de una comedia, que dice:

Cuando así juntos nos vemos,
Que hermanos somos presumo;
El brazo. . . . la vida es humo;
Fumemos, chico, fumemos.

Nosotros le oimos, y sin darnos por aludidos, al otro dia, al encontrarnos con él, le dirémos, con algun recelo:

—Adios, Joaquin—y de fijo que con su cara festejosa como siempre, nos ha de contestar:

—Adios, Cero.

Si Alcalde se hubiera dedicado á la oratoria sagrada, es decir, previas las órdenes eclesiásticas, ¡qué predicador tan famoso habria sido! ¡Qué sermones del Prendimiento y de las Tres Caidas! ¡Qué Pésame el Viérnes Santo! ¡Qué pláticas sobre las postrimerías!

¡Ah! de seguro que no sabe la Iglesia lo que ha perdido con no tener entre sus canónigos á Joaquin.

Cuando él, en un templo iluminado por la moribunda luz del dia, escasamente secundada por el resplandor trémulo de algunos cirios, subiera al púlpito, y con esa voz que tan bien sabe apropiar á los relatos pavorosos ó á las descripciones de cosas terribles, comenzara á hablar del Juicio final, de bramidos subterráneos, de nubes negras vomitando fuego y peñascos, de estrellas desprendiéndose de sus centros, de muertos saliendo pálidos y *ensabanados* de sus sepulcros, de la trompeta del Juicio, y de toda la portentosa y tremenda decoracion con que los libros místicos *exornan*, como dicen los cómicos, ese espantoso drama que pintó San Juan en su Apocalipsis y que glosó Malanco en su artículo sobre el Valle de Josafat; de seguro que los fieles que asistieran á ese sermon habrian de pasar un mal rato; y aquello seria un verdadero dia del Juicio, porque unas mujeres gritarian, y otras caerian convulsas con accidentes de histeria, y otras huirian desmelenadas á la calle, y los chicos pondrian el grito en el cielo, y los hombres se mesarian los cabellos, y en un descuido, la policía, espantada, tomaria parte, y los

campaneros tocarian á fuego, y la alarma cundiria hasta los cuarteles, en tanto que Joaquin, desde lo alto de la cátedra de los apóstoles, haria temblar las bóvedas del templo con un apóstrofe contra los pecadores contumaces, ó imitaria el pavoroso toque de la trompeta del Arcángel.

Luego descenderia tan tranquilamente del púlpito como si nada estuviera pasando, y despues de agitar coquetamente una de esas ricas tabaqueras de oro esmaltadas y cinceladas que usa, diria con una sonrisa de amabilidad admirable, á cualquiera de sus amigos que estuviera allí para felicitarle: —«¿Un polvo?»

En Atenas, refiere la historia que en los tiempos de Cimon, ó Kimôn, como escribirian los filólogos alemanes ó ingleses, que no se conforman con la ortografia latina para los nombres griegos; en esos tiempos que fueron los de la edad de oro para la tragedia clásica, un poeta fué multado por los archontes, por haber hecho representar una tragedia en la que habia episodios tan terribles, que más de veinte mujeres abortaron en el teatro, otras enfermaron gravemente, y la mayor parte de los espectadores salieron huyendo ántes de que terminara la pieza que se representaba.

En un sermon de esos, que entre el clero se llaman de «desempeño,» Joaquin hubiera sido muy capaz de producir el mismo efecto que el poeta griego.

Pero si Alcalde ni predica ni ha de predicar, ¿á qué viene hablar de eso?

Pues viene, porque me da gana de disertar sobre esa hipótesis.

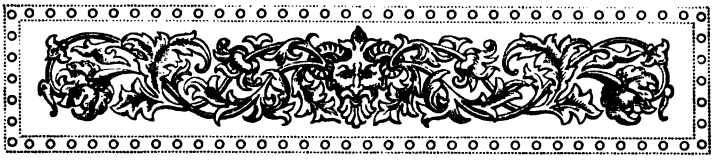
Tito Livio, que escribió su gran historia cuando no habia libertad de imprenta, supuesto que ni imprenta habia, y que no tenia como yo, garantida la libre emision del pensamiento por un artículo expreso del pacto fundamental (vulgo, Constitucion), gasta muchas hojas de su libro no más para discutir qué hubiera acontecido si Alejandro Magno, en vez de emprender sus conquistas en el Asia, se hubiera dirigido á Europa y sobre la República romana, y si hubiera podido triunfar ó no de Camilo, y de los Mucios, y de los Manlios, y si los elefantes, y el armamento de sus tropas, y la falange macedónica habrian prevalecido sobre la táctica y el valor de las legiones romanas: y yo, ¿no he de ser libre para extender un comentario en honra y gloria de Joaquin Alcalde?

Bastará que yo termine para que pueda decírseme con Aristófanes en la paráfrasis de su comedia *Los Caballeros:*

«En gracia de esa modestia, que le ha impedido de-
«ciros más necedades, tributadle un aplauso que iguale
«al estruendo de las olas.»

JUSTO SIERRA.

LIT. H. IRIARTE, MEXICO



JUSTO SIERRA

AYER fuí presentado á Justo Sierra, y.... perdonad esta ingenua confesion de ranchero.... no le encontré como me lo habia figurado.

Allá, por los años en que era novelista Juan A. Mateos, y cuando el buen Julian Montiel aún escribia versos, llegó rodando hasta mi aldea un número del periódico intitulado *El Renacimiento*, y en éste, algunas hojas de una novela que, si mal no recuerdo, tenia por nombre «El Angel del Porvenir.»

Cautivado (en los pueblos nos cautivamos con muy poca cosa) con el estilo de aquellos párrafos, fuíme á leérselos al cura, y me dijo:

—¡Ah!.... ¡ah!.... ¡ah! eso está escrito por un jóven á quien puede llamarse el poeta del porvenir. Ya

lo conocerás, ya verás su espesa melena cuando vayas á la Babilonia de la República.

—¿Y qué es Justo Sierra? le pregunté.

—Es una esperanza de la patria, y en estos momentos el primero de los poetas que colaboran en *El Renacimiento.*

Mi cura era muy tolerante.

Ustedes se podrán imaginar cómo me figuré al poeta yucateco.

¡Más me hubiera valido no hablar de él nunca! Ayer mi decepcion fué horrible.

Cuando me llevaron á conocerle, estaba leyendo con interes una entrega en cuyo forro amarillo aparece un grabado que representa á un hombre medio desnudo, barbon y escaso de pelo, con una copa en la mano en actitud de brindar y rodeado de unos cuantos *ensabanados*, como dijo el otro.

Sobre el grabado leíase con enormes caracteres: El Positivismo.

No pude entónces sofocar mi curiosidad de saber qué representaba la escena á que he aludido, y lo pregunté á mi Mentor:

—¡Es Sócrates! bárbaro.

Y yo habia creido que era D. Matías Romero, por la perfecta semejanza de aquella cara.

Sócrates—me dije para mis adentros—á quien Augusto Comte ha llamado *discursista vulgar*, ¿puede figu-

rar por antojo del Dr. Parra en la portada de un semanario positivista?

Así ha quedado San Agustin, pisando á los herejes sobre la puerta mayor de la Biblioteca Nacional.

Pero no nos desviemos de nuestro relato: presentáronme al Sr. D. Justo en los momentos en que estaba rodeado de algunos personajes, que por apuestos, buenos mozos y vestidos de nuevo, comprendí al instante que debian ser redactores del periódico *más grande y de más circulacion* de cuantos salen en la capital.

Mucho tiempo permanecí escuchándoles.... hablaban bien.... muy bien.... ¡extraordinariamente bien!

Pero á mí me llamaba la atencion principalmente mi hombre, aquel á quien desde mi pueblo ansiaba conocerle y darle un abrazo.

¿Un abrazo? ¡imposible!.... mis brazos, ni siendo de *caoutchouc*, alcanzarian para tanto. Hoy está grueso, y poco le falta para igualar en obesidad á Alejandro Dumas, padre.

Su espesa melena, que segun me dicen, fué negra como el ala de un cuervo, tiene hoy partes en que parece que la ha teñido con albayalde. Bajo una frente amplia y abultada, se ven hundidos los ojos que ya no relampaguean sobre las páginas del Tasso. Las facciones toscas; pómulos salientes y delineados como todos los pómulos yucatecos, es decir, como los de Peniche, de Castellanos y de Pancho Sosa....

Su cútis es blanco cargado de rojo, como todas las carnes que pinta Ocaranza, y su barba está más llena de harina que el pelo. ¡Ay! me dije, el volcan se ha cubierto de nieve por dentro y por fuera. . . .

Del exterior, se van encargando los años; del interior, hace tiempo que se ha enseñoreado la filosofia positiva!

¡Nieve por todas partes!

¡Qué frio tan intenso y tan constante!

Despues de que se separó de aquel grupo un jóven muy inteligente, que para cada chiste hace cien gestos, y que, segun se me aseguró, fué en un tiempo colaborador del *Domingo* con el pseudónimo JUNIUS, tomaron los demas sus sombreros y se marcharon por diversos rumbos.

Ahora sí, me dije, voy á hablar á solas con el poeta; y haciendo un esfuerzo de valor supremo, abrí la boca y expuse los deseos que desde hacia tiempo abrigaba de conocer al autor de « Playeras, » « El canto de las Hadas, » « Nocturno, » « Miriam, » « El Angel del Porvenir, » « Piedad, » « Confesiones de un pianista, » etc., etc....

Para mí, los olanes en que duerme el ámbar, los cíclopes de la luz que en lo infinito con suprema efusion se dan la mano, y aquel genio atribuido á Shakespeare, que soportaba *treinta y cinco medidas de gigante en su talla divina*, eran cuestiones de poca monta. ¿Quién no ha dicho en su primera juventud eso y más al desbordarse las impresiones del alma en torrentes de endecasílabos?

De Justo Sierra pudo decirse como de Iceo dijo Ho-

racio: *Torrentior Iceo!*. . . . ¡Era Torrentoso! Pero si secais el Océano y quereis volver á llenarlo con el inmenso chorro que producen al despeñarse juntos el *Erie* y el *Ontario*, no busqueis más la catarata del Niágara.

Sierra midió sus versos con ese compás sublime que no puede encontrarse en los estuches de matemáticas que vende De Gress á cincuenta pesos (he escogido los más caros), y vació en ellos sentimientos que no se traen en cajas de terebinto, como los abanicos de marfil que construyen los moros, sino que se desarrollan y viven dentro del corazon.

¡Ah! como ya os he dicho, mi decepcion fué horrible!. . . . Aquel soñador de 1868 y 69, aquel héroe de las veladas literarias dadas por Martinez de la Torre, por Riva Palacio y por Altamirano, ha muerto ya, ha muerto desde hace mucho tiempo.

Cuentan que un inglés, que jamas habia salido de Lóndres, ni conocia los pericos, llegó á Veracruz, y en busca de un hotel se internó en la ciudad.

Caminaba dirigiendo miradas investigadoras á todas las puertas, cuando un loro, volando desde un balcon, vino á posarse en la banqueta, casi á los piés del hijo de Albion.

Los vivos colores del plumaje del animal, la figura de su pico y la mansedumbre que demostraba, llamaron la atencion del viajero á tal grado, que se detuvo y se inclinó extendiendo la mano para tomar al pájaro.

Iba ya á asegurarlo cuando el loro, retirándose pausadamente con ese aire zalamero que suele tomar en las ocasiones solemnes, dijo:

—Lorito, ¿eres casado? ¡Ay, qué regalo!

El asombro del britano fué terrible; retrocedió como si hubiera visto á una serpiente, y quitándose ceremoniosamente el sombrero, exclamó dirigiéndose al perico:

—Perdone vd., caballero; yo creí que era vd. pájaro!

¿Quién no ha oido en la República hablar de Justo Sierra como poeta? ¿Quién no ha sentido el entusiasmo con alguna de las odas del poeta campechano?

Se desea conocerle, oir al vate inspirado; se le encuentra, se le habla; pero si por desgracia está en un período de positivismo, si en vez de hablar del Dante, de Shakespeare, de Milton, de Tasso, del Petrarca, á quienes tan bien conoce, diserta sobre Augusto Comte, Stuard Mill, Bain ó Spencer, entónces hay que dar un paso á retaguardia, descubrirse ceremoniosamente y exclamar como el inglés del cuento:

—Perdone vd., caballero; yo creí que era vd. pájaro!

Justo Sierra es un literato retirado á la vida pública, es decir, á la política; es un poeta metido en «camisa de once varas;» digo, en el positivismo.

Como aquellos dos principios que segun las construcciones mythicas de la religion de Zoroastro, personificados en Ahouramazda y Angromainyous, luchan eternamente disputándose la influencia en la humanidad, así

en Justo Sierra hay dos fuerzas que se disputan su espíritu: la poesía y el positivismo, Víctor Hugo y Spencer; fluctúa, vacila, tiene intermitentes «perniciosas»; pero no puede jamas decirse en ese combate, como dijo Víctor Hugo:

—Esto matará á aquello.

Esta es una especie de bigamia espiritual, para la cual le sobra á Justo inteligencia y vigor; y ya se sabe que la bigamia en el mundo va proscribiéndose, por cuestiones de economía y de tranquilidad domésticas.

*

Justo Sierra tiene una inteligencia privilegiada, una inspiracion fecunda y vigorosa, y una rica y variada erudicion. Guillermo Prieto y Sierra son, entre nuestros contemporáneos, en México, los dos poetas cuyo estro está templado para la epopeya; pero Guillermo resbala en la economía política, y Justo se embarranca en la filosofia.

Sierra debe ser un gran poeta, y esos que se señalan como los defectos de sus versos, son las señales de lo aventajado de su talla.

Esas «cataratas de soles,» y esa «clámide constelada,» y «las treinta y cinco medidas de gigante,» y el hablar siempre de colosos y de titanes, y del infinito, prueban

que en el molde de su inteligencia no se engendran las concepciones raquíticas.

No queremos lisonjear su vanidad ni establecer comparaciones que le embriaguen; pero todos los grandes poetas han tenido esa tendencia; todos ellos, como nuestros antepasados en la humanidad, han visto esqueletos de gigantes en los fósiles del megaterio.

Dice D. Fernando S. Brieva y Salvatierra en su introduccion á las tragedias de Eschylo, que tradujo tan bien al castellano:

«Eschylo es el poeta de la energía y de la fuerza. De «pensamientos giganteos y formas descomunales, más «que á lo bello, aspira á lo sublime; más que la gracia «de los contornos, busca lo atrevido y extraordinario de «la expresion; es como el Miguel Angel de la tragedia «clásica. Carece de la correccion de líneas de Sóphocles, «y no tiene la elegancia de Eurípides; viviendo en la es«fera de los misterios religiosos, para expresar cosas que «pasan de lo humano, busca tambien lenguaje sobrehu«mano, aquellas palabras larguísimas, *sexquipedalia verba*, «que dice Horacio. Él acumulará metáfora sobre metá«fora, imágen sobre imágen, para llegar á la cima de su «pensamiento, como los Titanes amontonaban monta«ñas para llegar al empíreo. No siempre es exacto en la «expresion poética; pero siempre atrevido, brillante y «gigantesco.... El poeta que pinta á los montes «ar«rojando de sus sienes torrentes de espuma» y «devo-

« rando los campos con mandíbulas de fuego, » seméjase « mucho al que, hablando de profunda caverna, la llama « negra boca por donde

« el monte melancólico bosteza. . . .

« pero así sólo escriben los grandes maestros.»

Este párrafo, trazado por mano diestra, aclara la idea expresada, mejor que cuanto comentario pudiera yo hacer.

Justo Sierra, naturalmente y sin afectacion, piensa, siempre que escribe versos, en gigantes y en colosos y en titanes; no parece sino que se nutrió, en sus primeros años de educacion, con las tradiciones chaldeo-babilónicas de Beroso, con los relatos del Génesis, con los comentarios del Padre Calmet, con la Gigantomaquia y la Titanomaquia helénicas, con la guerra de los Aloades contra los dioses, ó cuando ménos con la historia de los « Doce Pares de Francia,» por el arzobispo Turpin, en donde andan á las vueltas Fierabras y Floripes.

Como Mr. Lenormant, el famoso arqueólogo é historiador orientalista, Justo Sierra es un campeon del relato bíblico de Moisés; no por supuesto en la parte geogénica ni theúrgica, sino como antigüedad y autenticidad del monumento. No pasa á Jacoliot, y le llama mentiroso y charlatan, no tanto por los prodigios que atribuye á la fuerza magnético-animal, como porque sostiene que los Vedas son la fuente de todos los libros sagrados, persas, egipcios, búdicos y judíos, y porque cree que el Penta-

teuco fué escrito despues de la cautividad de los israelitas, cuando Justo lo admite contemporáneo de los libros chaldeo-egipcios.

*

Sierra comenzó á escribir una gran novela: «El Angel del Porvenir;» le llamo «grande» porque me sospecho que tal fué la intencion de su autor; pero sólo se exhibió al público una pequeña parte: ello es que el «ángel» quedó «por venir,» y aun hoy mismo no se puede afirmar que Sierra sepa quién iba á ser el «Angel;» quizá el editor.

Justo ha escrito una comedia, porque, ese teatro, ese teatro, tiene todavía que causar grandes perjuicios á las mejores famas literarias.

Pero, señor, ¿no puede un hombre tener talento y no escribir comedias? Pues ello es que se ha creido que no, y hasta el pensador Renan escribe dramas, el «Caliban» y la «Agua de Juvencio;» por supuesto, dice que no se pueden representar, que no se prestan á ello; aquí era de contestarle como en «Los Polvos de la Madre Celestina» dice maese Chirinela:

Ya miraba yo y temblaba
sin que usarcé lo dijera.

La comedia de Justo no era comedia sino drama, y tenia parte en ese delito literario Enrique Olavarría. Se intitulaba «Don Fernando el Emplazado,» y el título dice el argumento, que siempre era mejor que el de «Torquemada,» de Víctor Hugo.

«Don Fernando el Emplazado» fué escrito para poner en juego escénico eso que se llama entre bastidores «los espectros luminosos» (perdonen los físicos; pero así les llaman), y dar un gran espectáculo.

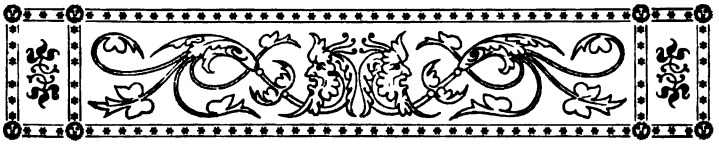
Como es de suponerse, los desdichados Carvajales andaban siempre bajo el foro, ¡eran muertos! El Dr. Peredo dijo que era una tragedia subterránea; el fenómeno de óptica no se produjo; pero aplaudieron al autor, y la pieza no volvió á representarse. Esto dependió de que el público era escaso y todo de confianza. Sierra habia realizado el deseo de Sócrates, cuando calificaron de pequeña su casa: «¡Ojalá, contestó, que pudiera llenarla de verdaderos amigos!» El rey D. Fernando hablaba en Víctor Hugo, y en Víctor Hugo los Carvajales: era en los dias en que Justo estaba entusiasmado con el estilo del autor de «Los Miserables.» Quizá hoy los Carvajales hablarian en Spencer, y D. Fernando resultaria positivista.

¿Por qué Justo no se dedicará más bien á escribir un poema?

A pesar de todo y de que ya estamos escarmentados de llamar á muchos «esperanza de la patria,» y despues resultan desesperacion, todavía esperamos mucho de Sier-

ra, sobre todo si de sus principios positivos se decide por el de que «positivamente debe dedicarse á la literatura, hacer muy buenas odas, y dejar lo demas para quienes eso no puedan hacer.»

Illmo. Sr Dr
D. IGNACIO MONTES DE OCA
(Ipandro Acaico)



IPANDRO ACAICO

ENTRE las tribus nómades de los antiguos árabes, habia la costumbre inmemorial de que cada vez que en alguna de ellas aparecia un poeta, ese descubrimiento era celebrado con festines, músicas, juegos y bailes; no sólo por aquella tribu, sino por todas las vecinas que con ella estuvieran en paz.

Y á fe que tenian razon, porque aun cuando no sea más que en el sentido figurado, un «verdadero poeta» merece más el título de profirogénito (nacido en la púrpura), que los hijos de los emperadores de Oriente, á quienes se aplicaba ese nombre.

No es esto soplar con el viento del orgullo en el cerebro de todos los que hacen versos, porque si el demonio de la soberbia quisiera levantarse en esos corazones,

no dejaria de producirles el efecto que, segun los católicos, produce el agua bendita á la familia de Satanás, aquello de «verdadero poeta,» que equivale, para enfriar ánimos engreidos, á tosecilla maliciosa que interrumpe pedantesco discurso.

Pero como la calificacion del mérito, por más que se diga, no es el patrimonio de los contemporáneos, y nosotros de contemporáneos hablamos, nos reducirémos á dar un voto, apreciable sólo en esas balanzas docimásticas de Gumesindo Mendoza, y unos datos que sólo podrán aprovechar los Basilios Perez Gallardo del porvenir.

Ya hemos por incidente nombrado entre nuestros poetas á Ipandro Acaico, y ya el público sabe que bajo este nombre es conocido el arcade romano y compatriota nuestro, obispo D. Ignacio Montes de Oca.

A quien han distinguido con sus merecidas alabanzas Mendez Pelayo, Miguel Antonio Caro, el más famoso de los traductores de Virgilio, y nuestro modesto y valioso Roa Bárcena, poco cuidado debe dársele de que Cero arremeta contra él, y estará más tranquilo que la Luna cuando el profeta de los creyentes prometió metérsela en un bolsillo. Pero como seria faltar á la justicia dejar á Ipandro Acaico sin suerte en esta distribucion de «Ceros,» con todo el respeto que su saber nos merece y con todo el cariño que su amistad nos inspira, dirémos para comenzar: «esta es, señor, la estrena de mis

afanes oratorios, y este el exordio de mis funciones pulpitales,» como dijo Fray Gerundio de Campazos en su sermon del Sacramento.

Ipandro Acaico se ha distinguido en el mundo de la literatura, no sólo por sus poesías originales, sino por sus hermosas traducciones de los bucólicos griegos.

Dedicado á la carrera eclesiástica, y ocupando un alto puesto en la gerarquía de la Iglesia católica, Ipandro Acaico ha sentido su inspiracion detenida por terribles ligas, y todavía al publicar los Idilios de Bion en 1868, viene disculpándose con la homilía de San Basilio sobre la lectura de autores profanos, y con lo que dicen San Gerónimo y San Francisco de Sales, y con el ejemplo de San Crisóstomo, y aun con el del mismo San Pablo.

Miguel Antonio Caro cita tambien en abono de estos trabajos de Ipandro Acaico, á Lactancio, á Juvencio, á San Próspero y San Gregorio Nacianceno, y á poetas como Lope de Vega, Calderon y Moreto, curas; á Tirso de Molina (Fray Gabriel Tellez), fraile; y hasta á D. Juan Nicasio Gallego y á D. Alberto Lista.

Y si ejemplos faltaran, nosotros, aunque sin tan profundos conocimientos, citariamos al monje Barlaam que fué el que primero resucitó en la Italia el estudio de los clásicos griegos; al cardenal Bessarion y al singular protector de esta literatura, el Pontífice Nicolás Quinto.

Pero estos no son más que ligeros escrupulillos de Ipandro Acaico y de sus amigos; que entre los escrito-

res eclesiásticos ahí está Luitprando, subdiácono de Toledo, diácono de Pavía y obispo de Cremona y de Luizon, que escribió una historia del Imperio griego, en donde hay cuentecitos que no se desdeñaria un poeta francés de tomar como argumentos para alguna ópera del género de las de Offenbach; y sin embargo el obispo de Cremona no tenia más escrúpulo en esto, que desagradar al rey Berengario II, que le envió de embajador á Constantinopla.

Ipandro Acaico siente, como todos los poetas, la necesidad de cantar al amor; y ménos despreocupado que el Padre Fray Manuel Navarrete, desahoga su inspiracion con la traduccion de los bucólicos griegos.

Esa necesidad de sacudir alguna vez las cadenas que oprimen el pensamiento, se manifiesta á los ojos del observador, aun en las cosas más triviales.

¡Con qué satisfaccion, con qué rostro tan placentero oyen algunas veces los arzobispos y los obispos, y los hombres más graves y sesudos, un cuentecillo color de rosa, con tal de que vaya velado con las trasparentes gasas del bien decir! ¡Con qué placer se le deslizaban á Quevedo aquellos romances, como «yo el menor padre de todos,« «Padre Adan, no lloreis duelos,» ó las «Cartas del caballero de la Tenaza,» despues de haber meditado y escrito la «Vida de San Pablo,» la «Virtud militante,» la «Política de Dios,» y el «Gobierno de Cristo.»

Hace cincuenta años, cuando el dominio del clero era

tan absoluto que los transeuntes no pasaban jamas cerca de un sacerdote sin quitarse el sombrero los varones, y besarle la mano las mujeres y los niños; cuando las conversaciones en todas las tertulias, sobre todo delante de señoras, giraban siempre sobre el sermon del Padre Fulano, sobre la plática del Padre Mengano, sobre los maitines de Catedral, la Kalenda de Loreto, el vespertino de San Francisco ó las Tres Horas de la Profesa; cuando á todas las novias las iban á *pedir* los canónigos ó los curas; cuando todos los niños jugaban con capillitas, y en todas las enfermedades ofrecian las muchachas ponerse el hábito; entónces, como una venganza, como una muestra de insurreccion de los espíritus, pasaban de boca en boca, lo mismo en las tertulias de los ricos que en el *chocolatero* de los canónigos, ó en el cuadrante de las parroquias, cuentos de religion y de sacerdotes en que se ponian en ridículo al culto y á sus ministros.

Reian de muy buena fe todas aquellas timoratas personas, cuando les referian que al alzar la hostia, un cura vió en un espejo á un muchacho que se subia en uno de los árboles del cementerio, y exclamó: «sube, picaruelo, ya verás cómo bajas;» y se contaba la historia de las tres herejías; y todo ese libro que se llama de los *Ejemplos*, y que no olvidó en su coleccion Rivadeneira, está formado de cuentecillos por el estilo, en donde andan á las vueltas San Gregorio y San Agustin, y el Papa Martino, y Santa Teodora, y San Benito, y otros santos.

Porque, digan lo que quieran los que sostienen aquello de que

> «Cualquiera tiempo pasado
> Fué mejor,»

hoy el que es católico lo es, y ni la hipocresía tiene para qué tomar parte en la religion, ni la herejía necesita engañar disfrazándose.

Un poeta que lleva el hábito de sacerdote debe de encontrarse á cada paso con terribles dificultades; no porque la religion ahuyente á las bellas letras, ni porque sea un mal ejemplo para la grey la poesía erótica de su pastor, sino porque el mal sentido del vulgo confunde al poeta con el hombre, y cree que el que escribe unos versos de amor está enamorado, y el que canta los goces de la buena mesa es un gloton de primera fuerza; y no se comprende que por esto el poeta es distinto de los demas hombres, porque puede crear, y el Dante no podia haber sentido al mismo tiempo la agonía de las víctimas y el rencor de los verdugos.

Ipandro Acaico, como poeta, puede compararse á Miguel II, que arrancado de la prision en que le tenian sus enemigos, y revestido con el manto imperial, ántes de poder limar los grillos que sujetaban sus piés, gobernó muchas horas aherrojado, cubriendo con la púrpura los eslabones de sus cadenas.

Entre el genio de Justo Sierra y el de Ipandro Acaico,

hay la diferencia que entre «la salvaje inspiracion del Dante,» usando de las palabras del célebre historiador Gibbon, «y los clásicos y monótonos cantos del Petrarca.»

La poesía de Justo Sierra es el paisaje fantástico en que la montaña alza sus enhiestas rocas, y muestra sus flancos cubiertos de árboles gigantes, entre los cuales se despeña el torrente y cruzan las nubes arrebatadas por el huracan; la poesía de Montes de Oca es el parque del potentado británico en donde los árboles obedecen, en sus elegantes formas, á la mano del hombre; las aguas trasparentes se derraman de surtidores de bronce, sobre fuentes de mármol, y las flores y los arbustos forman caprichosos y artísticos dibujos.

En Justo Sierra la inspiracion ahoga á las reglas; en Ipandro Acaico las reglas asfixian á la inspiracion.

Ipandro Acaico, fuera de sus magníficas traducciones, tiene que entretener á las musas con sus *florecillas del breviario romano*, con *sonetos históricos* ó *mitológicos*, con *himnos* ó *canciones sagradas* y con algun ensayo heróico, como *Fiesco*.

Pero cuenta entre sus sonetos muchos bellísimos, que si quisiéramos citar, ocuparian muchas columnas.

Sin embargo, Ipandro Acaico forma una nubecilla por cierto, que oscurece el lustre de su coleccion de poesías, y es cuando resbala en el terreno de la política.

Esas frases que arranca á su lira al tratarse de México, no cuadran á la dulce caridad que predicó el mártir del

Gólgota, ni al cuerdo patriotismo de San Gregorio Magno, ni siquiera al *altruismo* frio de los modernos *sociologistas.*

De todos modos, Ipandro Acaico es una de las glorias literarias de México; su nombre es saludado con respeto en el Viejo Mundo, y algun dia él comprenderá que si los hijos honran á la madre, tambien la madre honra á los hijos; quizá entónces vuelva á tener por su país y por su raza el cariño ardiente con que hoy México dice, como Cornelia la romana: «siento más orgullo en ser madre de los Gracos que hija de Scipion el Africano.»

LAS ODAS DE PÍNDARO

DICE Aristóteles que nunca debe uno hablar de sí mismo ni bien ni mal, porque si es bien, será vanidad insufrible, y si mal, necedad ridícula. Razon tiene el estagirita; pero á pesar de tan sabio consejo, siempre Cero va á hablar de sí mismo, aunque no sean sino unas cuantas palabras.

No escribo para los sabios: en primer lugar porque me encontraria yo en el caso de Fígaro, en la pregunta de ¿quién es el público y dónde se le encuentra?; en segundo lugar, porque no sé cómo se escribirá para los sabios, y en tercero, porque siendo tan pocos, segun dice Fray Luis de Leon, no valdria la pena de calentarse para ello la cabeza, cuando la moderna ciencia del comercio tiene establecido el principio de «para ganar mucho vender mucho; y

para vender mucho, vender barato; » y este es el siglo de Mercurio, por más que Minerva quiera decir que es el suyo.

Así pues, no es extraño que Cero hable y escriba tanto en un estilo, que nuestros calaveras llamarian *catreritto*, aunque los maestros en el buen decir, llevados de la indulgencia propia de quienes saben, lo bautizarian con el ménos ofensivo nombre de estilo llano.

Ha llegado á mis manos un libro intitulado: « Odas de Píndaro, » traducidas en verso castellano por Ipandro Acaico, y materia dará ese libro el dia de hoy para mi natural locuacidad y distraccion de mis lectores.

Antes de todo, preciso será decir que hay un rasgo de patriotismo en el prólogo de esta obra, que viene á rehabilitar á Ipandro Acaico de las duras apreciaciones que por su falta de cariño á México y á los mexicanos, hice en mi artículo anterior.

Y ciertamente es satisfactorio leer en la primera página y en la carta dirigida á D. Marcelino Menendez Pelayo, las siguientes líneas:

« Al fin remito á vd. la version de Píndaro, con tanto ahinco solicitada y hace mucho tiempo ofrecida; pero no va manuscrita como vd. la espera, sino impresa con bellos tipos en la capital de la que fué Nueva España. A pesar de las ventajosas proposiciones de los editores de Madrid, prevaleció en mi ánimo un sentimiento de patriótica vanidad, y quise que la primera traduccion mé-

trica española del príncipe de los líricos saliese á luz en la misma México que vió nacer al traductor.»

Antigua es, entre los maestros de la literatura, la cuestion de si es posible traducir á los clásicos antiguos griegos y latinos, y si en caso de ser posible, los poetas deben traducirse en prosa ó en verso.

El abate Dubos ha tratado de probar que las mejores traducciones no ponen, á los que no entienden el griego ó el latin, en estado de comprender las bellezas de un poeta que escribe en alguno de estos idiomas; que al traducirlos pierden el vigor de su estilo y sus mayores bellezas, y llega á sentar en sus « Reflexiones sobre la poesía y la pintura,» que en una traduccion se pierden los hermosos rasgos y se conservan fielmente todos los defectos.

Doussault declara intraducibles á los clásicos por la imposibilidad de reproducir en nuestras lenguas modernas el carácter, el gusto y la diccion del latin ó del griego. Marmontel en sus elementos de literatura, duda hasta de que Tácito haya sido traducido, y Montesquieu llega al anatema contra los traductores.

Realmente esto es llevar más que á la exageracion, al ridículo, el fanatismo literario; es, por decirlo así, el fetiquismo del idioma, y es suponer que el objeto de las palabras que el escritor empleaba no puede conseguirse sino con sus mismas palabras y en oídos acostumbrados á la pronunciacion y á las modulaciones de aquel idioma.

En efecto, ¿qué se propone un poeta, qué intenta un escritor al usar de una figura ó referir un acontecimiento? Indudablemente despertar en el cerebro del que lee ó escucha, la misma idea que brota de su cerebro, el mismo sentimiento que hace latir su pecho, y la contemplacion exacta del cuadro que en su mente ha concebido, con igual energía en los contornos y con la misma viveza en el colorido, con la misma fuerza de entonacion; por eso buscan la dulzura del ritmo, la elegancia en las frases, y hasta la onomatopeya en las palabras.

Y ¿quién puede decir que el idioma castellano, el francés ó el inglés, no hacen sentir á un hombre que hable cualquiera de estos idiomas, las bellezas de Homero y de Virgilio, con Hermosilla, con Pope, con Delille, con Madame Dacier ó con Miguel Antonio Caro?

Seria necesario que en todo el mundo no se hablara más que un sólo idioma, y que en ese idioma hubieran escrito todos los autores.

Las religiones no serian posibles sino entre los individuos que hablaran en la lengua del fundador, porque si comprender las bellezas poéticas por medio de una traduccion es imposible, los misterios y las sutilezas teológicas, que forman el fondo de las religiones, hubieran tenido que morir en su cuna.

Ninguna de las naciones que hoy profesan el cristianismo tendria idea de los Evangelios, y muy pocos alcanzarian el sentido de las Escrituras, redactadas en idiomas

que hoy se llaman muertos, y conocidas sólo por las traducciones.

Homero pinta un combate delante de los muros de Troya, y ocurre para dar brillo á su épico relato, á la figura de un leon cayendo sobre un rebaño; las palabras no serán las mismas del inmortal cantor de la Iliada, pero el que leyere una buena traduccion, verá levantarse ante sus ojos, como evocados por un conjuro mágico, aquellos guerreros, caminando sobre sus carros en medio de las enemigas huestes; verá caer uno tras otro á sus poderosos adversarios, y luego, trasportado por la voz del poeta, contemplará el ensangrentado redil en donde el leon, con las fauces cubiertas de espuma, siembra el espanto en la inerme grey.

Supuesto que todos esos maestros que anatematizan á los traductores, quisieron pasar por sabios en esta materia, bueno habria sido ir más adelante, no contentándose sólo con asentar *á priori*, que es imposible comprender á un poeta si no se le puede saborear en el original, y que hubieran estudiado en el cerebro del hombre los fenómenos de la sensibilidad y del pensamiento.

Es opinion recibida, que la facultad del lenguaje articulado está circunscrita á una pequeña parte de los hemisferios cerebrales, en el borde superior de la cisura de Sylvius, frente á la ínsula de Reil y ocupando entre la mitad y tercera parte superior de la tercera circunvolucion frontal. Esta aseveracion que induce á localizar en

diversos puntos de la masa encefálica las operaciones del pensamiento, estudiada por Broca, ha tenido comprobacion en las observaciones más modernas por las perturbaciones que causa una lesion en el cerebro, y que produce, ya la amnésia paralítica, ya la incoordinada, ya la aphasia, la agraphia ó la aphémia. Así lo dice Charlton Bastian en la adicion de su obra sobre el cerebro y el pensamiento, publicada en Paris en el presente año.

Pues bien, el cerebro, educado para pensar en el idioma materno, al recibir la impresion de un idioma extraño, por más que á fuerza de estudio haya llegado á familiarizarse con él, siempre ejecuta esa operacion que se llama *traducir*, aun cuando se suponga con algunos, que se puede llegar á pensar en idioma extraño.

«La influencia de la lengua que primero se ha aprendido,» dice el famoso filologista americano Whitney, en su obra intitulada: «La vida del lenguaje,» «no se «borra jamas de un espíritu. Son formas que una vez «creadas, no pueden refundirse. Cuando aprendemos «una lengua nueva no hacemos más que *traducir* sus palabras á la nuestra.»

Llega sin embargo una época en que ya no necesitamos hacer esa traduccion, ó que al ménos no tenemos conciencia de que se ejecute ese procedimiento en nuestro cerebro; entónces algunos filólogos creen que se piensa ya en esa lengua extraña, puesto que aun la nuestra llega á olvidarse algunas veces.

Yo difiero enteramente de su opinion. La lengua materna se adquiere, para decirlo en su último análisis, aplicando las palabras á los objetos; los niños conocen las cosas por sus nombres, ántes de poder ellos pronunciar esos nombres; por ejemplo: en una casa católica la madre le enseña al niño un crucifijo, y le dice: « papá Dios, » y cierra las manos en actitud de plegaria: el niño no comprende la relacion entre esas palabras, mejor dicho, entre esos sonidos y la imágen del Crucificado, y la actitud de súplica; pero cada vez que ó le pongan delante la imágen, ó le repitan esas palabras, juntará sus manos, indicando con esto que se ha despertado en su cerebro la misma idea.

Aquella idea tiene su nombre en aquellas palabras, y ha de aparecer siempre con ellas, porque los « cerebros « humanos, dice el doctor Luys en su obra « El cerebro « y sus funciones, » en presencia de incitaciones exteriores « que llegan á conmover su *sensorium*, reobran (respon- « den), en todo tiempo, de una manera idéntica y comun. « Representan todos, más ó ménos, una serie infinita de « prismas de la misma composicion, expuestos en ángu- « los semejantes á los mismos rayos incitadores que lle- « gan á atravesarlos.»

Las palabras aplicadas á las ideas, no vienen, pues, cuando se pronuncian delante del que conoce el idioma á que pertenecen, sino á poner en actividad impresiones adquiridas, que almacenadas en las regiones del cerebro,

permanecen en estado latente, y que forman con su acumulacion el fondo del lenguaje y la reserva de que se hace uso para el comercio intelectual entre los hombres.

Pero al mismo tiempo, con la lengua materna se va formando lo que puede llamarse «el lenguaje interno,» el lenguaje del pensamiento que no necesita ya nombrar la cosa, ni la relacion, sino que las combina sin signo, y entónces, cuando el cerebro ha alcanzado el pleno desarrollo en un idioma cualquiera, no sucede ya como en el niño, que la palabra concreta la idea; es la cosa ó la comparacion que apropia la palabra, y vienen la sinonimia, y la figura, y la metáfora, haciendo revivir, no ya la impresion adquirida y dormida, sino la palabra que la produjo primitivamente.

Así, cuando una lengua extraña llega á hablarse con facilidad, sus palabras vienen á ser tan familiares que no se traducen ya; pero forman, no palabras de ajeno idioma para el cerebro, sino realmente sinónimos de las palabras de la lengua materna: no se piensa en ese nuevo idioma, porque las impresiones y las relaciones están ya formadas por el primitivo; se piensa en «lenguaje interno.» Una vez formada, recibida la impresion que corresponda en un cerebro á la palabra «Dios,» es la *misma* impresion la que despierta el «Deus» latino, el «Theos» griego, el «Good» inglés, el «Teotl» nahuatl, para todos los que conozcan estos idiomas, porque—como dice Charlton Bastian, citando á Thomson—dos interlocu-

tores no se detienen á investigar el sentido y significacion exacta de las palabras, «como no reflexionarian que «cada soberano que pasa por sus manos equivale á 240 «peniques.»

La traduccion puede producir tanto ó más efecto que el original, indudablemente, segun que el lector de una ó de otra, sean más á propósito para recibir la impresion.

Un lector que no haya visto jamas un leon furioso, aun cuando su lengua materna sea el griego antiguo, comprenderá ménos una descripcion que haga Homero de un leon furioso, que un hombre que lea esa descripcion traducida á su idioma, pero que haya presenciado en las montañas las terribles escenas de cólera del rey de las selvas.

El poeta no hace más que despertar impresiones existentes y producirlas por medio de comparaciones entre elementos formados de ideas preexistentes en sus lectores; el efecto será mayor cuando esos elementos ó impresiones sean más vivos y cuando el procedimiento intelectual en el lector para la comparacion, sea más rápido y más feliz.

Así, en las traducciones, la belleza de la idea despertada, depende del lector; las apreciaciones sobre la pureza del lenguaje en el original, eso es cuenta de literatos que siempre califican segun sus gustos.

Pero aun hay más, aun puede profundizarse esta materia.

El procedimiento intelectual para entender una lengua extranjera cuando aun no es completamente familiar, debe comprenderse en la categoría más complexa de acciones voluntarias, pues no se requiere sólo lo que constituye una accion voluntaria simple, segun James Mill, «la idea ó sensacion, el acto, y entre una y otro un deseo, un movimiento,» *senso-motor* ó *ideo-motor;* hay además combinaciones nuevas y variadas que aumentan la dificultad de conseguir el resultado; hay que buscar la palabra que corresponda á la idea preexistente, ó la idea que debe formarse por la palabra nueva.

Pero este trabajo, este procedimiento cerebral extraño, dificil y complicado á fuerza de ejercitarse con atencion, llega á ser completamente sencillo y familiar, y entónces, como dice Bastian: «Al alcanzar el último grado de per-«feccion, las acciones ántes *voluntarias* en el sentido más «estricto de la expresion, pasan á la categoría de *automá-«ticas secundarias*, pues la idea, la sensacion ó la emocion, «pueden ser seguidas sin intervencion de estado cons-«ciente alguno de un movimiento complexo. Así, mo-«vimientos que el individuo no podia ejecutar sino len-«ta y penosamente, llegan á serle tan fáciles como las *au-«tomáticas primarias.*»

Esto es lo que indudablemente puede aplicarse á esas personas de quienes se dice que piensan en un idioma que no es el suyo.

Todo esto debe entenderse en el supuesto de que se

trata de dos idiomas, poco más ó ménos igualmente pulidos, ricos y trabajados, pues si la referencia de una traduccion es al Polynesio, ó á alguno de los que se hablan en el centro del Africa, las palabras del original no encontrarán ni equivalentes que expresen la idea, ni la idea podrá llegar á formarse en los cerebros que no estaban preparados para ella.

Porque un lenguaje rico y trabajado hace adquirir al que le aprende, si el suyo no está á la misma altura, multitud de conocimientos nuevos, permitiéndole al mismo tiempo clasificar con claridad los adquiridos anteriormente.

Pero volvamos á Ipandro Acaico y á su hermosa traduccion de Píndaro. Indudablemente que los maestros que busquen una version «literal» del príncipe de los líricos griegos, no ocurrirán á la obra de Ipandro; pero el que quiera formarse idea de las bellezas de relacion, de descripcion y de imágenes de Píndaro, podrá saborear los hermosos versos castellanos de nuestro compatriota.

Seguir servilmente al poeta griego en todas sus palabras, hubiera sido más fácil que traducirlo en verso; pero eso era un trabajo de escuela que ni hubiera sido grato á los lectores que no son helenistas, ni el poeta mexicano habria tenido un campo tan vasto para lucir sus ricas dotes.

Podrá decirse que esas traducciones en verso no son sino una imitacion más ó ménos brillante, conseguida á expensas de la fidelidad y de la exactitud, ó una com-

posicion nueva sobre un asunto ya tratado, como dijo Richard Bentley á Pope, á propósito de la traduccion de la Iliada: «un bellísimo poema, pero no el de Homero.» Esto no es exactamente cierto; hay necesidad de apartarse del original, pero la idea y las imágenes producen casi siempre el mismo efecto.

Para que pueda verse cuál ha sido el trabajo penoso de Ipandro Acaico y cuánto ha ganado su traduccion métrica sobre la literal, me permito citar algunos trozos de una y de otra: sea por ejemplo en la oda I de las Neméas.

Dice la traduccion literal, sin responder yo de que sea perfecta:

«Respiracion augusta de Alphéo, Ortigia, vástago de la ilustre Syracusa; asiento preferido de Diana; de tí se lanza el himno de dulces palabras para fundar la grande alabanza de los caballos de piés rápidos como la tempestad, que deleitará á Júpiter Etnéo; porque el carro de Crómio y Neméo me excitan á componer un canto de elogio por los trabajos que alcanzaren la victoria.»

Ipandro Acaico dice:

Vástago de la noble Syracusa,
Ortigia sacra, que reposo á Alfeo
Diste cuando corrió tras Aretusa!
Los rápidos corceles que el Neméo
Triunfo obtuvieron, cantará mi musa,
Y á Crómio al celebrar, y á Jove Etnéo,
Empezaré por tí, cuna de Diana,
Y de la errante Délos bella hermana.

Dice la invocacion á la paz, oda VIII de las Pythicas, literalmente:

« Bendita paz, hija de la justicia, que haces más grandes las ciudades, que posees las llaves supremas de los Consejos y de las Guerras, admite el honor de la victoria Pythica de Aristomenes, porque tú sabes hacer y probar igualmente las dulzuras, con una oportunidad exacta.»

Ipandro Acaico dice:

¡Oh Paz, hija divina
De la Justicia, cuya augusta mente
A la bondad se inclina;
Para los pueblos de riqueza fuente,
Que las supremas llaves
Tienes de guerras y consejos graves!
La espléndida corona
Que rendido te ofrece Aristoménes,
Y que alcanzó en Pytona,
Recibe, ¡oh Diosa! pues á dicha tienes,
Segun las ocasiones,
Distribuir y aceptar preciosos dones.

La traduccion métrica de Píndaro no sólo es una honra y una novedad para el pueblo que vió nacer al traductor, sino tambien para todos los que hablan la lengua de Cervantes.

Hay, sin embargo, algunas nubecillas,
Pero ¿en qué firmamento no hay nublados?

y yo voy á apuntar algunos que quizá no valdrán la pena y que quisiera ver desaparecer de la obra.

Por ejemplo, en la oda VI de las Olímpicas, dice un terceto de Ipandro:

« Fué Pitana gentil, ninfa sencilla
Que Neptuno sedujo; y de aquel lazo
Provino Evadne, *dulce morenilla.* »

Eso de *dulce morenilla*, podrá ser muy castizo; pero no cuadra bien con el estilo elevado, ni de esa ni de ninguna oda; quedaria perfectamente colocado en uno de esos cantares andaluces, por el estilo de:

Moreno pintan á Cristo,
Morena á la Magdalena,
Moreno es el bien que adoro.
¡ Viva mi dulce morena!

O en boca del viejo D. Restituto, el de la « Familia improvisada, » cuando está refiriendo sus campañas amorosas con la *valencianita* y la *morenilla;* pero no en las atildadas composiciones de todo un Ipandro Acaico.

En la oda IV de las Pythicas, dice así:

De Jolcos al llano
Verás un guerrero
Que baja del monte
Con doble lanzon.
¿ Será ciudadano?
¿ Será forastero?
No importa: tú ponte
En guardia, ¡ oh varon!
Y está preparado
Al rudo combate
En tanto que se ate
Un solo calzado.

¿Es verdad que estos versos desdicen de la altura á que el poeta ha levantado el estro? El metro, quizá por el uso que tiene en las pastorelas, ha caido del favor de las personas de buen gusto, y luego eso del *doble lanzon* está muy *campechano;* ese aumentativo de lanza trae á la memoria del lector, aun cuando sea en contra de su voluntad, aquello de

«Era tanta la pujanza
de Señor San Baltasar,
que una vez llegó á ensartar
ciento cincuenta en su lanza.
¡Oh lanza, divina lanza,
lanza, lancita, lanzon,
dános mucha contricion
y la bienaventuranza!»

Amén.

Tanto más, cuanto que la traduccion literal de la estrofa, poco más ó ménos dice así:

«El oráculo terrible pronunciado en el centro de la tierra, viene á conmover el corazon del sabio monarca; *deberá sin cesar estar en guardia contra el hombre calzado de un solo pié, que desde el fondo de la montaña descenderá del lado del Poniente á las llanuras de los ilustres Jolcos, extranjero ó ciudadano.*»

No debió, pues, adelantarse Ipandro á hablar del *doble lanzon* en esa estrofa cuando en la siguiente dice Píndaro: «*Apareció, en fin, este terrible mortal, la mano arma-*

da de dos flechas, etc., etc., que traduce elegantemente Ipandro Acaico en una octava que comienza:

« El semidios que predijera el bardo
Llega por fin vibrando doble lanza, »

Pues esto es; así se dice, y el *doble lanzon* sale sobrando.

La traduccion aquí no podia ser tan libre que se pusiera: «en tanto que se ate, un sólo calzado;» y doble lanza por «doble flecha ó venablo,» porque Píndaro no puso arbitrariamente: «*calzado* de un sólo pié,» y más adelante: «la mano armada de doble flecha;» quisieron hablar, el oráculo primero, y luego el poeta, de un «arquero,» y entre los griegos, los arqueros se descalzaban siempre un pié para tirar y combatir, con el objeto de estar más firmes: así lo dice Thucydides, en su historia de la guerra del Peloponeso, al referir el sitio de Platea.

Era, pues, necesario conservar la idea original, que no podia cambiarse sin desnaturalizar el sentido.

En la oda II de las Pythicas, dice, hablando de Ixion:

Del mísero Ixion narra la fama
Que en la rueda girando eternamente,
Por órden de los dioses así exclama:
« Paga ¡oh mortal! con gratitud ardiente
Los beneficios de amorosa mano. »
¡Ay, lo aprendió á su costa el insolente!

Eso de que *lo aprendió á su costa el insolente*, será muy castellano y hasta muy académico, y muy digno de que

se lo apliquen á Cero; pero viene tanto al caso como una égloga de Virgilio en el prefacio de una misa cantada.

La traduccion literal es la siguiente: *cuentan que Ixion, girando siempre sobre la rueda, dice estas cosas á los mortales por órden de los Dioses: es preciso pagar los beneficios recibidos con amable retribucion, y él lo aprendió claramente,* aunque otros traducen: *él no lo supo sino muy tarde.*

Sentiré que Ipandro se disguste porque no encuentro ese regaño doméstico dirigido á Ixion, digno de sus clásicos versos; pero la verdad, si no lo dijera lo pensaria, y como yo otros muchos: que la única gracia de mis artículos es: que pienso como la multitud, ó que la multitud piensa como yo.

JOSÉ M. VIGIL.

LIT. Y IMPRENTA MEXICO

JOSÉ MARÍA VIGIL

AT PULCHRUM EST DIGITO MONSTRARI, ET DICIER, *hic est.*—Abrimos la escena con este verso arrancado de una de las sátiras de Persio; puesto que vamos á ocuparnos de Vigil que á su turno se ocupó tambien de traducir á Persio, y con el piadoso fin de que nuestros lectores que no entiendan el idioma de Ciceron, no se queden, como dice el vulgo, *en ayunas*, con permiso de Perreau, de Boileau, de Dryden y de todos los traductores de esas sátiras, incluso el mismo señor Vigil, nos tomarémos el permiso de verter en romance el pensamiento del inmortal hijo de Volterra ó de Liguria, que eso va en opiniones, y cada uno aceptará la que mejor le parezca:

No hay cosa como pasar
Por donde haya dos ó tres
Que al mirarnos, sin hablar
Nos comiencen á apuntar
Diciendo todos: *¡ese es!*

Verso que si no se puede calificar como una traduccion clásica y digna del original, en cambio puede cantarse cómodamente con la música del *Palomo*, del *Aforrado*, del *Atole* ó de cualquiera otra de esas canciones populares que constituyen la delicia de la *Musa callejera* de Guillermo Prieto, y que van, como las ondas que forma el agua al caer una piedra, alejándose de nuestras actuales costumbres más y más cada dia.

Antes de hablar del santo de hoy, ó de nuestro José María muy amado, como le escribe Fidel, harémos una pequeña digresion, siquiera para dar resuello á nuestro protagonista, á fin de que pueda serenarse y continuar la lectura de sus glorias literarias.

De estas glorias puede decirse lo que el rey Clovis dijo de San Martin de Tours, con ocasion de un milagro que le hizo y por el que tuvo que dar una gruesa limosna (harémos en latin la cita porque se trata del traductor de Persio): *Verè Beatus Martinus est bonus in auxilio, sed carus in negotio*, lo que Sancho Panza interpretó, diciendo: «si buena ínsula me dan, buenos azotes me cuesta.»

Redúcese la digresion á decir que algunos malandrines, acostumbrados al estilo y trato con que muchos de nues-

tros diarios se ocupan de los hombres públicos de México, extrañarán que con sedoso guante, más que con acerada manopla, acariciemos á todos nuestros escogidos.

Esto tiene varias explicaciones, y sea la primera, que blando cojin de pluma aparece siempre el macizo canto que da en la frente del prójimo, y que, la dicha nuestra dulzura, aunque por tal la tenga el espectador, quizá parecerá áspero cardo, al rotundo Justo Sierra, al redondeado Malanco, al rápido Joaquinito Alcalde, al mesurado Aguilar y Marocho, al impasible Manuel Payno, al impetuoso Juan Mateos, al arrebatado Guillermo Prieto y á tantos que, como diria Dublan, han salido ó saldrán por tercería de dominio, á danzar en estas fantásticas procesiones:

Al dulce lamentar de dos pastores.

Además, y á pesar de que Cero ha tenido la fortuna de nacer en este país, del que, siguiendo un estilo conocido, podemos decir que fué la cuna de Juan Diego, el último reposo de Pane, el teatro de las hazañas de D. Matías Romero, el espejo de las glorias de Escoto y el palenque de Bermúdez (el del *Siglo)*, no es posible que pretenda seguir esa costumbre desgraciadamente adoptada por muchos periodistas, de manchar la reputacion de todos los hombres, deprimir todas nuestras glorias y hacernos aparecer ante el mundo civilizado como un pueblo de bárbaros y de ladrones en el cual no se encuentre

ni un hombre limpio para gobernante, ni honrado para banquero, ni inteligente para literato, ni hay una sola accion que sea digna de alabanza.

Con esto se corrompe al pueblo y se alienta la osadía del extranjero. Referiré, á propósito de esto, un hecho histórico.

Hace tres ó cuatro años, un periódico de Paris, al ocuparse de México y de sus cosas, nos vino poniendo, como decian nuestros mayores, *como Dios puso al perico, verde y en una estaca.*

Subiósele el patriotismo á la cabeza á un diario de esta capital, y contestó furioso al citado artículo, colocando á México en el lugar debido. Terció entónces en la contienda un periódico francés, que se publicaba en la República, haciendo poco más ó ménos este razonamiento: « En mi país no se conoce á México más que por sus periódicos. Y ¿qué culpa se tienen los escritores de allá de haberse formado tan mala idea de la tierra de Moctezuma, cuando constantemente leen en las obras de los mismos mexicanos, que todos los dias hay cuarenta robos en la capital y doscientos en los caminos; que no se conoce la policía; que todos los presidentes son unos tiranos y unos imbéciles; que el ministro que no es ladron es inepto; que el soldado que no es traidor, es cobarde; que el escritor que no es ignorante es plagiario, y que hasta la vida privada anda por esos mundos de Dios, mal traida y peor llevada en los papeles públicos?»

Pues, y no le faltó al sugeto más que agregar, como en la antigua cancion popular del *trágala, trágala:*

Tú lo quisiste, fraile mostén,
tú lo quisiste, tú te lo tén;

aunque el autor del verso sea Fray Gerundio.

Mas es ya tiempo de que volvamos á ocuparnos de D. José María Vigil.

Los versos de Pepe muy amado, son verdaderamente un trabajo chino; no hay palabra que no se use en su verdadera acepcion; los acentos, como los abonados del teatro, llegan siempre á su propio lugar; las sílabas están medidas con micrómetro, y las reglas tan bien y escrupulosamente observadas como quisiéramos que se observaran las leyes de Reforma en algun Estado.

Pero. . . . ese *pero* me asesina; pero le falta empuje, le falta entusiasmo, le falta inspiracion. Vigil, como literato, es notable; como poeta no lo es mucho; le sobra erudicion, le falta fuego.

Dice un antiguo verso, muy conocido de todos:

Bello plan, bien combinado;
Mas ¿de qué sirve el talento
Cuando falta el ardimiento
En el pecho del soldado?

Quizá sea esto debido al carácter tranquilo de Vigil; las pasiones exaltadas que hacen al poeta, y que no escasean en los hijos de Jalisco, no se libran sin duda esos

combates homéricos, de que hablan los novelistas, en el alma de nuestro amado José María.

Si empuñara la lira de Virgilio ó de Fray Luis de Leon; si se dedicara á la descripcion de los apacibles goces de la vida del campo ó de la Biblioteca, que no deja de ser sosegada, Vigil haria obras notables. Las luchas del drama, y el *desordenado tropel de las odas quintanescas* (como dijo Menendez Pelayo), son para él como la fruta del cercado ajeno de Garcilaso, más sabrosas sin duda, pero ménos fáciles de alcanzar.

Y esto no es un reproche, es la herencia de la naturaleza humana. Neron anhelaba la gloria del canto; César envidiaba la de las letras, y el príncipe de los oradores romanos se desvivia por ser poeta, y salió en el *Fortunata nata*, como si dijéramos con un *domingo siete*.

Con el desórden que me es característico, me ocurre aquí hablar de las estatuas y bustos que varios artistas están haciendo para la Biblioteca de San Agustin.

La ejecucion nos ha dejado verdaderamente complacidos y honra á los escultores mexicanos.

Las estatuas representan al Dante, á Valmiki, á Isaías, á Orígenes, á Confucio, á Alarcon, y los bustos á Carpio, á Navarrete, á Alzate, á Gorostiza y á otros esclarecidos compatriotas.

Las estatuas quedarán en el interior de la biblioteca, y los bustos en el atrio, sobre las columnas del enverjado.

Una de estas tardes, á eso de las dos, con el deseo de

ver los trabajos de los escultores, fuíme entrando pausadamente hasta el taller; y como no hice ruido, siguió una alegre conversacion que se escuchaba en el interior. Creí que serian los trabajadores; pero cuál fué mi sorpresa al descubrir que las estatuas, unas formadas y otras en formacion, sostenian la más íntima y deleitosa plática. Zumbaban al bueno de Alarcon con motivo de que todos sus paisanos se la iban á pasar al aire libre, como Simeon el Stilita, miéntras los sabios de lejanas tierras vivirian muchos años al abrigo de las majestuosas bóvedas de aquel templo de la ciencia.

—Buen frio se van á chupar, Don Juan, vuestros paisanos, decia Orígenes, trepados como unos pájaros encima de la reja.

—Y nada digo de los aguaceros, agregó pausadamente Confucio, en medio de muchos chin-chan-chaus chinchous, porque le cuesta buen trabajo hablar el español.

—Van á quedar como el segundo avatar de Vischnou, convertidos en pescados, exclamó Valmiki.

—Y eso sin contar con las pedradas de los chicos que ni á mí me respetaron en Florencia, interrumpió Dante.

—Y allí se estarán, dijo Isaías, hasta que las llamas salgan de las entrañas de la tierra á consumir esta ciudad malvada.

—Y á usted, ¿quién le mete? interrumpió Don Juan Ruiz de Alarcon, no pudiendo soportar tanta chifleta; estará usted viendo visiones como las vió sobre Judá y Je-

rusalem, en los dias de Uzzias y Jothan y Achas y Ezequías; ¡profeta de malas nuevas! y el Don Orígenes, que mejor fuera que le reemplazaran San Agustin ó San Basilio ó San Juan Boca-de-oro, Crisóstomo, como le decian los griegos; y despues el Confucio, tan feo, á quien se le puede decir lo que á mi Don Juan Fernandez, de quien me alegro que la fama no haga mencion:

Tanto de corcova atrás
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demás
De dónde te corcovienes
O adónde te corco-vas.

¿Qué nos importa que descienda usted de Ti-Ye, vigésimosétimo emperador de la segunda raza de su tierra, ni que haya usted sido empleado en el reino de Lú, acaso de oficial quinto en la seccion de rezagos, ni que haya usted hecho la oposicion al rey Xi? Todas estas serán mentiras de los cronicones de su celeste imperio, adulteradas por el tiempo, pues ya vemos que en esta tierra, sólo de la calle de Plateros á la Plaza se cuentan tantos absurdos y los creen en el Portal de Mercaderes, ¿qué sucederá con los anales de ustedes? Y luego ese Valmiki: qué ¿se habrá figurado, que aquí le vamos á hacer caso y á creerle que se robaron á Cita, y que se la tuvo el amante un año, y que la fué á reconquistar el marido con un ejército de monos, y que allí se la encontró, como decia D. Quijote, tan doncella como la madre que la parió, aunque despues armó pleito con ella?

Y el italiano, ¿de qué le viene haciendo burla á mis paisanos, cuando allá andaban los suyos *pelando* el Coliseo y las Termas para hacer sus casitas; hasta que dijo el pueblo: «que lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini?» Despues de todo, tienen ustedes razon, porque mis pobres paisanos se la van á chupar al sol y al agua como los anacoretas; pero bien me acuerdo de que en un viaje que hizo mi espíritu á Querétaro, vió pintado en un meson de por San Francisco Soyaniquilpam, á una América muy grande dándole el pecho á unos niñitos vestidos de marineros ingleses, y cerca de ella, llorando y desnudos, otros niños, indios, y abajo este verso:

¡Ay, pobre patria! hasta cuándo
Han de ver los extranjeros,
A tus hijos siempre en cueros
Y á los ingleses mamando?

Cayó el buen D. Juan, yo me eclipsé, para terminar con el apreciable Vigil.

Cuando este señor escribia el «Boletin» del *Monitor*, eran cosa de ver aquellos sumarios; ¿han leido ustedes algunos de ellos?.... ¿No? pues ahí va una muestra para concluir.

La situacion.—El Presidente.—Peligros.—Rumores.—Marcha probable del negocio de Guatemala.—¿Por qué?—Los usureros y las leyes de Reforma.—El ferrocarril Sullivan.—¿Cuándo?—Opinion de Ticho Brahe.—Voltaire y su siglo.—¡Cómo!—Esperanzas.—La Biblioteca de San Agustin.—Extraña eleccion de personajes.—Mañana.—Ya.—¡Oh!—¿Qué?

UNA TRADUCCION

HACE tres dias un amigo me entregó una carta y un libro; el libro era « Sátiras de Persio, traducidas en verso castellano por José María Vigil.»

La carta decia:

Apreciable CERO:

Le ruego escriba lo que le ocurra acerca de la obra que le acompaño.

Es una injusticia que esté en la oscuridad. Que realice su autor la idea que encierra el mote impreso en la portada: « Fac et spera.»

CERON.

El compromiso era ineludible. Una recomendacion de Ceron no puede ser desairada; ¿quién se niega á trabajar cuando Ceron lo quiere?

Es la influencia decisiva y única sobre Cero; es mi Agrippa, mi Eminencia gris, mi Richelieu, mi Bismark.

¿Saben ustedes quién es Ceron? ¿No? Pues ni yo tampoco; pero él sí lo sabe, y supuesto que envia una órden como el récipe de un doctor, seguridad tendrá de ser obsequiado, y no debo defraudar sus lisonjeras esperanzas.

Digo, pues, como D. Junípero:

Cierro los ojos y embisto.

Pláceme, ántes de comenzar el juicio del libro en cuestion, advertir á mis lectores, que más extensas serán las divagaciones que la materia principal; tanto porque no siendo yo, ni con mucho, escritor clásico, sé pocas reglas y hago ménos caso de ellas, cuanto porque á tal modo de razonamientos se presta el asunto como podrá juzgar el discreto lector en éste, que quizá sea uno de los más extensos artículos que de mi pobre péñola han brotado, sirviendo para descargo de tan mal acabado trabajo, la intencion que me ha guiado siempre de dar á conocer á los escritores mexicanos contemporáneos.

Nada indica Vigil en el prólogo de su traduccion que pueda hacernos comprender la razon que tuvo para dedicar su tiempo y su erudicion á la ingrata tarea de poner en verso castellano la obra del más embrollado y ménos simpático de los satíricos latinos. Y ni alcanza á disculparle de haber arremetido esta empresa la falta de traduc-

tores, ni lo interesante de la materia, pues dice muy bien un escritor moderno (Tencé): «no debe emprenderse «una traduccion al azar y por la sóla mision de que falta «en el público, sino porque el traductor está posesionado «de su modelo, porque se ha identificado con él en un «estudio constante y profundo, en una perfecta confor-«midad de pensamientos, de sentimientos y de estilo, «sin lo cual corre el peligro de fracasar.»

Se comprende muy bien que Vigil haya llegado hasta la admiracion con Persio, porque les es comun á ambos la noble cualidad de la honradez acrisolada, y porque el traductor, más que el poeta, ha probado su amor al pueblo y su odio á la tiranía; pero es dificil creer que Vigil haya penetrado y se haya empapado en el espíritu de Persio, cuando éste ha sido siempre considerado como oscuro é impenetrable, aun por los mismos literatos que se han proclamado sus admiradores.

Cassaubon consideró, á pesar de su asombrosa erudicion, que Persio era absolutamente ininteligible, y declarando que cuando un escritor se reserva el derecho de entenderse á sí mismo, cualquiera es dueño de entenderle como quiera, se lanzó á tales comentarios, á tantas investigaciones y á tal número de conjeturas, que al leer su libro escribió Scalígero: *en el Persio de Cassaubon, la salsa vale más que el pescado*, que es lo que nosotros decimos con aquello de que *vale más el caldo que las albóndigas.*

San Gerónimo no pudo llegar á entender á Persio, y

cuenta que lo arrojó al fuego para volverlo más claro, y Vigenero, al referir el hecho, parodia el verso de Ovidio:

Emendaturis ignibus ipse dedi.

Trist.., lib. IV, eleg. 10, ver. 62.

(Para bien corregirlas las dí al fuego),

de esta manera:

Intellecturis ignibus ille dedit.

(Para salir de dudas le eché al fuego).

Scalígero, que tenia en verdad mal dispuesto el corazon contra Persio, escribe hablando de él: «puesto que «se ha embozado tanto, hagámosle á un lado.... y ade- «más que no he encontrado en él sino la desarreglada marcha de un febricitante.»

Heinsius exclama: «este jóven, asistente del Pórtico, «nos ha dejado un libro tan triste y tan repugnante, co- «mo si sólo se hubiera alimentado con mostaza.»

Hay anécdotas respecto á la interpretacion de Persio, que no dejan de ser graciosas. Cuenta Dusaulx, que leia en la Academia de Bellas Letras en Paris una Memoria sobre las sátiras de Persio, y suplicando al abate Batteux, para quien los poetas latinos eran muy familiares, que explicara algunos de los pasajes del satírico que habian ocasionado alguna discusion, él contestó con mucha franqueza: «*la verdad es que yo los entendia el año pasado; pero en el presente ya no los entiendo.*»

Llevaron á un amigo mio un libro en que estaba la

traduccion del Persio con el texto original enfrente. Pocos dias despues le preguntó el que habia hecho tal obsequio: ¿Qué tal le ha parecido á usted la traduccion? Y mi amigo repuso: «aunque me ha costado algun trabajo entenderla, ayudándome con el texto latino en los casos de duda, la he comprendido bien.»

El Padre Vavasseur, dice: que seguramente la oscuridad de los escritos de Persio es lo que ha dado á ese autor la fama de profundo y erudito.

Y tenia razon el buen Padre, que la gente, y en esto entran hasta los literatos, más enaltece lo que ménos comprende, y las dificultades y el fastidio de interpretar ó traducir una obra de esta clase, van produciendo insensiblemente la idea de que es un monumento digno de admiracion y un geroglífico que encierra profundos misterios, cuya clave de oro sólo les es dado tener á los sabios; y como se presta á toda clase de interpretaciones, pasa con él lo que con los oráculos de la Pythia de que nos habla Herodoto: cada cual le toma en el sentido que más le halaga, y todos quedan contentos.

Con razon dijo el poeta Lucrecio: «hay muchos que no aman ni admiran sino lo que está velado con términos misteriosos.» (Libro I, vers. 642.)

Bayle llamó á Persio el *Locophron* de los latinos, y otro escritor, Colucio, ha dicho con gran naturalidad: «pues«to que no ha querido que lo entiendan, yo no quiero «entenderlo.»

Todavía hay quien duda de si Boileau habló de buena ó mala fe en aquellos dos versos:

« Persio en sus versos oscuros
Pero juntos y apretados,
Quiso aparentar que tiene
Más sentido que vocablos.

Arte Poética.—Canto II, v. 155.

¿A qué viene tal granizada de citas? preguntarán los lectores, y yo contestaré con el poeta Pardo Aliaga:

« Excelentísimo señor,
« A pelo. . . . . »

porque no quiero que se crea bajo mi palabra, que Persio es un autor tan oscuro que hasta hoy no ha podido llegar á ser entendido, y que su traduccion, si bien no es un trabajo necesario, puesto que sólo francesas hay más de cuarenta traducciones, sí es una prueba que ha dado Vigil de admirable laboriosidad, de riquísima erudicion y de conocimientos poco comunes en la lengua latina.

La traduccion de Persio ha sido entre las notabilidades literarias, como entre los matemáticos la cuadratura del círculo, entre los mecánicos el movimiento perpetuo, entre los físicos la direccion del aeróstato, y entre los economistas el valor de la moneda.

La traduccion hecha por Vigil es muy buena, en cuanto se puede decir esto, dado el antecedente de que el ori-

ginal se presta, como dice Cassaubon, á todas las interpretaciones; pero sin prestarse, como digo yo ahora por la misma razon, á servir de término comparativo de la fidelidad del intérprete.

Pocos poetas, ó más bien dicho ninguno, han tenido como Persio, tantos encontrados juicios sobre el mérito de sus obras y sobre la verdadera inteligencia de ellas.

Las sátiras de Persio, aunque escritas bajo el reinado de Neron, no se hicieron públicas sino hasta el imperio de Antonino; y á fe que, por más que el poeta diga en uno de sus versos, que él habla como en reserva, no hubo motivo de tenerlas ocultas en tiempo de Neron, porque en medio de la terrible tiranía que hizo pesar sobre el mundo el hijo de Agripina, Suetonio nos dice que jamas persiguió á los que contra él escribian sátiras ó panphletos, y que por el contrario, se divertia oyéndolos leer, con lo cual animaba el espíritu de mordacidad.

Por otra parte, las sátiras de Persio encierran el ataque á la tiranía, en frases tan ambiguas y en tan débiles alusiones, que hubiera sido precisa, no la desconfiada malicia de Neron, sino la venenosa suspicacia de los inquisidores, para haber encontrado en esos versos motivos de una persecucion.

El panegírico de Helvidio Prisco costó á su autor un destierro, porque el emperador vió en él un principio de revuelta y no un ataque á su persona.

Los tres grandes satíricos entre los romanos, á juicio

de los críticos, fueron Horacio, Persio y Juvenal; pero Horacio era el cortesano que lanzaba el dardo procurando hacer brotar una alabanza de cada herida, como la lanza de Aquiles curando la llaga que producia; Juvenal, como un rayo, heria para matar, y si alababa era para causar más profundo el dolor; Persio se divagaba con ataques á poetas sin nombre, á profesores sin reputacion, á escolares sin antecedentes y á costumbres que apénas conocia.

Horacio es el cortesano de la buena sociedad que está reñido con el vicio, pero que no se atreve á combatirlo cuando es llevado en triunfo por los grandes señores que le protegen; Juvenal es el vengador de los hombres de bien y el consuelo hasta hoy de los oprimidos y de los débiles. Persio es el oráculo oscuro por el que pueden adivinarse los vicios de la enseñanza y la decadencia de la literatura, y trasparentarse los abusos del poder; pero todo esto en medio de mal humor, de disgusto y de predicaciones indigestas de las doctrinas estóicas.

Usando de una elegante frase de Dusaulx, Horacio escribió en cortesano, Juvenal en ciudadano; yo agregaré, Persio en catedrático, en *domine*.

Por eso Horacio está siempre de moda, porque siempre hay Augustos y Mecenas; por eso Persio se va perdiendo en la oscuridad, porque pocos le entienden; por eso Juvenal, como una barra de metal candente, todavía quema cuando pasa en medio de una sociedad, porque

despues de diez y ocho siglos, si las grandes virtudes han desaparecido, los vicios que atacaba el valiente satírico romano siguen imperturbables su marcha al través de remotos pueblos y de diversas razas.

El programa (como se diria hoy) de Horacio, está en estos versos que pintan su carácter:

Nihil admirari prope res est una, Numici.
Solaque, quæ possit facere et servare beatum.

Lib. I, epist. 6, vers. 1.

que todos convienen en traducir de esta manera:

«No afectarse por nada, puede ser,
Numicio, el solo y único
Modo de vivir siempre dichoso.»

¿Y el de Juvenal? ¡Oh! El de Juvenal, me voy á permitir trasladarlo aun cuando sea un poco extenso, sin atreverme á darle version métrica:

«Pero por qué escoger de preferencia el campo, ya re-
«corrido por el que se nutriera en el país de los Auron-
«ces?—¿podeis disponer de un poco de tiempo? ¿puedo
«contar con vuestra atencion imparcial? Oid:

«Cuando un eunuco se atreve á contraer matrimonio;
«cuando Mévia con un dardo en la mano y el seno des-
«cubierto ataca á un jabalí; cuando el barbero que me
«afeitaba en mi juventud compite hoy en riqueza con
«nuestros patricios; cuando un hombre del más vil po-
«pulacho de Egipto, un Crispinus, esclavo hace poco en

«Canope, envuelve negligentemente sus espaldas con la «púrpura de Tiro, y con sus dedos empapados de sudor «mueve sus anillos de estío porque se considera muy de«licado para soportar los de mayor peso, es dificil rehu«sar la sátira.

«¿Habrá por ventura en esta ciudad corrompida, un «mortal bastante sufrido é insensible para contenerse «cuando encuentra al abogado Mathon llenando con su «obesidad una litera que sólo desde ayer posee, «para «encontrar al delator de un ilustre patron que se apresta «á arrebatar á los nobles que ha arruinado, los restos de «su fortuna?»

«Massa le teme; Caro intenta dulcificarlo por medio «de regalos, y el trémulo Latino le entrega á su esposa «Thymelia. . . .»

Y en su sátira III, que indudablemente inspiró al esclarecido poeta Don Manuel Breton de los Herreros su comedia intitulada: «Me voy de Madrid,» dice Juvenal: «Abandonemos esta ciudad en que viven Artorio «y Cátulo; que permanezcan en ella aquellos que saben «dar al crímen los colores de la inocencia; aquellos mer«cenarios, aquellos especuladores ávidos para quienes «todo es fácil, ya sea que se trate de reparar los estable«cimientos públicos, ya de limpiar los puertos, los rios «ó las cloacas; de llevar los cadáveres al cementerio ó de «vender los esclavos en la plaza pública.

«En otro tiempo histriones, se les veia correr de ciu-

«dad en ciudad, haciendo resonar las campanillas de los «espectáculos; hoy dan juegos, y para adular al pueblo, «á la menor señal hacen correr la sangre del gladiador «vencido. Al salir de la fiesta, ellos contratarán las le«trinas públicas, ¿por qué no? Ellos comprenden que no «hay oficio por abyecto que sea, que no deba ejercitarse «con tal de que conduzca á la grandeza.»

Persio vivió sólo veintiocho años; su austera moralidad, su excesiva dedicacion al estudio y la rigidez de las doctrinas estóicas que profesaba, le alejaron indudablemente del tumulto de las intrigas cortesanas ó de las espantosas escenas de prostitucion de la grandeza romana. Sus sátiras contra la corrupcion de las costumbres tienen que adolecer de su falta de conocimientos prácticos. Se indigna y escribe contra lo que sólo conocia por noticias; formaba de aquellos cuadros de disolucion el mismo juicio que puede tener una doncella recatada, á los quince años, de una orgía del Carnaval.

Persio para atacar las costumbres, no estaba en la madurez de la reflexion, por más que su clarísima inteligencia y sus profundos conocimientos teóricos le hubiesen dado esa precocidad que todos le admiramos. Horacio no escribió sátiras hasta despues de cumplir cuarenta años, y Juvenal en edad más avanzada.

Todos los traductores de Persio y todos sus admiradores han procurado dar á entender que sus versos envuelven terribles acusaciones contra Neron y contra los

vicios de los gobernantes, y casi no hay un prólogo ni una biografia de Persio en que no se cuente que el poeta habia llegado á escribir este verso:

Auriculas asini Mida rex habet

que traducido al castellano dice:

« El rey Midas tiene orejas de pollino,»

pero que, como Neron podia interpretar que se le aplicaba, se cambió en estas palabras:

¿ Auriculas asini qui non habet?
¿ Quién no tiene orejas de asno?

A pesar de que no eran ciertamente un ataque al César que probara una predestinacion al heroismo, y aunque ninguna de las dos versiones tiene gracia, sin embargo Persio dice á renglon seguido:

Y por la Iliada
No cambio el gozo que esta risa encierra.

(Traduccion del Sr. Vigil.)

Rasgo de modestia envidiable.—Tambien quieren decir que algunos versos de la sátira I son parodias de los de Neron; pero por más que le dan vueltas á todo esto, no llegan á convencernos de que tales ataques de Persio contra la tiranía valgan la pena.

Respecto á la moralidad del poeta, sí confieso que es cierto que Orígenes y Tertuliano y muchos doctores de

la Iglesia llegaron á considerarle como una especie de precursor de la moral cristiana, que así lo aseguran todos sus panegiristas incluso Moreri.

Pero todo ese prestigio, como dice Dusaulx, ha pasado ya de moda, á pesar de que hace dos siglos todavía el mismo Quevedo se inspiraba en el poeta latino, como dice el Sr. Vigil en el prólogo de su traduccion, citando en su apoyo á Gonzalez de Salas en la edicion de las poesías de Quevedo de 1648.

Todos los escritores imparciales se preguntan y discuten por qué alcanzó tanta popularidad Persio, y todos vienen á dar en que Quintiliano dijo en sus « Instituciones de Oratoria » (libro I, cap. X): « Persio, aunque sólo escribió un libro, alcanzó mucha y muy verdadera gloria, » y que Marcial (libro IV, Epístola XXIX) dijo: « Persio tiene más reputacion con un solo y pequeño libro, que Marsus con su Amazonaida; » y además de esto el prestigio que le da su oscuridad.

Quizá se crea que por no ser admirador de Persio, no le miro rodeado de esa gloria con que le revisten sus panegiristas; pero para librarme de este cargo, he citado todos los autores que me han enseñado á juzgarle, y puedo asegurar que otro tanto se queda en el tintero por no fastidiar al respetable público.

Entre todas las traducciones que he visto de Persio, aun en francés y en italiano, ninguna me ha parecido tan buena como la de nuestro compatriota Vigil; y no se diga

que un mexicanismo mal entendido me hace prorumpir en esta alabanza, porque unos traductores tan literalmente vierten las palabras de Persio, que á pesar de todas las notas, apénas puede comprenderse el sentido, y otros con tanta libertad dan vuelo á su fantasía, que más bien parecen autores que traductores.

Vigil, sin caer en ninguno de estos dos extremos, procura acercarse al original, dando á los lugares oscuros un giro tal, que á estudiarse sólo esa traduccion, pareceria imposible que tantas dificultades encerrara el original.

El estilo que adopta Vigil es digno del austero estóico romano, y el lenguaje es correcto y severo.

La introduccion de Vigil es notable; campean allí la erudicion, el juicio, y sobre todo la honradez; tiene con los otros estudios que sobre Persio hemos leido, los puntos de contacto inevitables cuando varias inteligencias discurren sobre un mismo asunto; pero hay en él mucha novedad y consideraciones originales.

Respecto á las notas, punto muy importante en la traduccion de los clásicos, las hemos comparado escrupulosamente con las de otros traductores, y á excepcion de aquellas que aclaran un punto histórico ó geográfico ya muy conocido, en todas ellas se demuestra nuevo é ímprobo trabajo.

Vigil llevó á cabo una empresa que le honra y que da gloria á las letras mexicanas. ¡Ojalá que el tiempo que en eso empleó lo hubiera ocupado en traducir á Juvenal!

Quien ha hecho alarde tal de sus conocimientos, bien pudo haber obsequiado á sus contemporáneos con una traduccion del príncipe de los satíricos romanos.

Querer traducir y explicar á Persio hoy, equivale á que dentro de mil ochocientos años quisieran traducir y explicar el *Ahuizote:* cada renglon seria una oscuridad y cada palabra necesitaria una nota.

Para dar de esto una idea á nuestros lectores que no estén familiarizados con esa clase de estudios, vamos á poner una quintilla sobre cosas del dia con las notas que necesitará para traducirse dentro de diez y ocho siglos:

Ya en los de Ramoncito[1] colocado,[2]
Despues que á Salvador[3] pagué tributo,[4]
Fuí al asilo por Valle gobernado;[5]
De allí, por la epidemia[6] acobardado,
Vóyme, y en la de Pane[7] me zambuto.[8]

1 Ramon Guzman, empresario de los ferrocarriles urbanos de via ancha, segun puede verse por los periódicos contemporáneos. Parece que la mayor parte de sus amigos le llamaban Ramoncito, quizá porque fué muy desgraciado en sus empresas.

2 Quiere decir que entró á uno de los coches, pues segun noticias, los reglamentos de ese tiempo prohibian ir en las plataformas, aunque autores muy respetables afirman que solia quebrantarse el Reglamento todos los dias.

3 Salvador Malo, empresario de los ferrocarriles de via angosta.

4 La opinion más bien recibida es que en estas líneas se pagaba por caminar, una moneda que en aquellos tiempos se llamaba medio real. Véase sobre esto á Orozco y Berra, antiguo escritor.

5 Se cree que hubo un Valle llamado por algunos de sus contemporáneos Guillermo, y se duda de si seria el mismo á quien otros designaron por Vallecito. Varios opinan que era un general tlaxcalteca, y gobernaba un Establecimiento que se llamó Hospicio de Pobres, que por ser de pobres, debió estar siempre muy concurrido.

6 Los periódicos de aquellos tiempos refieren que hubo epidemia de tifo en ese Establecimiento, y la colocan en el consulado del general Valle.

7 Pane, parece que era el nombre que daban los mexicanos á las albercas. Asientan unos que este nombre se tomó de un empresario, y otros dicen que está sacado de la frase latina: *pane lucrando*; es decir, baños para ganar el pan.

8 Zambuto, palabra de baja mexicanidad, que significa hundirse, introducirse, entrar, meterse, sumirse ó zabullirse en el agua. No la hemos encontrado en ninguno de los tratados de política de aquellos tiempos, por más que muchos entraran, se metieran ó se zabulleran.

Parecido á este es el trabajo de interpretar á Persio; quizá tengan ustedes el mismo ¡oh lectores! con este artículo.

IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.

LIT. Y IMPRENTA, MEXICO

AGUILAR Y MAROCHO

IN contar con las alas de paloma que nuestro querido poeta Carpio deseaba

para cruzar los valles y los rios,

Cero, que hace dias se está cerniendo sobre el campo liberal, pasa en un momento á los últimos reductos del partido conservador á buscar allí, en prueba de imparcialidad, el hoy escogido, si no por su corazon, sí por su pluma.

¿Quién será de ese compacto grupo el que merezca romper la marcha en el desfile de las notabilidades vivientes del partido neocatólico?

Indudablemente es un hombre que á primera vista aparece como jefe del grupo militante. . . . Le estoy mi-

rando. . . . tiene una estatura regular, al ménos en nuestra raza; representa mayor edad de la que realmente cuenta; los disgustos políticos y las enfermedades, han hecho que los años pesen más duramente sobre su cabeza que se ha inclinado ántes de tiempo, y los múltiples surcos de su tez pálida dan á su fisonomía un aspecto que no deberia tener si su vida se hubiera deslizado tranquila sobre el bufete y entre los *in folium* del jurisconsulto.

Pero el torbellino de la política le arrebató hasta llevarle á un Ministerio, y muchos de sus años han corrido entre las sombrías y agitadas esperanzas del conspirador. Su inteligencia le ha colocado muchas veces á la cabeza de su partido, y su constancia, que otros llamarian obstinacion, le ha hecho sobrevivir al naufragio de sus banderas y á la desercion que ha aclarado las filas de sus compañeros.

Ya se entiende, y si no, debe de entenderse, que nos ocupamos de Don Ignacio Aguilar y Marocho, y aunque de paso hemos tocado su vida pública, más bien ha sido como muestra de su carácter que como apreciacion de su credo político.

Él y Cero han estado siempre bajo opuestos estandartes; Aguilar se ha aferrado al lábaro de Constantino, como aquel griego Kynégyros, de quien cuenta Herodoto que asió con la diestra mano la proa de una nave enemiga; cortáronsela con un golpe de segur; se asió con la siniestra que tambien perdió, y entónces se aferró con

los dientes, hasta que un tercer golpe le hendió el cráneo y le hizo perder la vida, como Jaafar el lugarteniente de Mahoma en la batalla de Muta contra las tropas del emperador Heraclio. Jaafar llevaba la bandera santa del Profeta; perdió la mano derecha y enarboló la bandera con la izquierda; perdió tambien ésta, y con los puños sangrientos sostuvo aún el estandarte sagrado hasta que cayó atravesado por cincuenta heridas (así al ménos lo cuenta Gibbon apoyándose en la autoridad de Abulfeda); ó por último, para que no falte un cristiano, tercer ejemplo, tomado del Padre Mariana en su historia de España, como el alférez Olea, que en la batalla de Cantespina, por defender el pendon de Castilla contra las huestes de Alfonso el Batallador, perdidos ya uno y otro brazo, se arrojó en tierra, protegiendo con su cuerpo el estandarte que no consiguieron arrancarle hasta despues de haberle cercenado la cabeza.

Pero aunque Cero haya visto en opuesto campo al redactor de *La Voz de México*, hoy, al ocuparse de él, le dice lo que el gran Quintana al héroe de la batalla de Trafalgar:

Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

Inútil seria buscar el tipo de Aguilar entre los que nos ha traido la historia de la edad moderna, contándose ésta

desde la Dieta de Worms como quieren unos de un lado del Rhin, ó desde la revolucion francesa, como pretenden los de la orilla opuesta.

Aguilar pertenece de derecho por su carácter, á los cristianos del cuarto siglo de la Iglesia; estudiándolo bien, se comprende que debe de llevar el espíritu de uno de aquellos terribles contendientes de las luchas teológicas bajo los reinados de Constantino y de Constancio. Al verle cruzar silenciosamente por las calles, se siente algo como si se viera á Atanasio el de Alejandría, ó á Arrio su poderoso enemigo.

Aguilar—diria uno de los partidarios de Darwin—es un atavismo político, literario y religioso; entre los antecesores de este señor debe contarse San Cirilo de Alejandría: el alma de Aguilar, diria un discípulo de Allan Kardec, en otra encarnacion ha de haber tomado parte muy activa en la sangrienta cuestion de la consustancialidad.

Los combates entre los *homoousianos* y los *homoiousianos* deben de haber fatigado ese espíritu nutrido con el estudio abstracto y dificil del *logos* de Platon trasplantado á los inabordables limbos de los tres principios árchicos.

En el Concilio de Nicea, Aguilar, en esencia, combatiria sin duda los primeros y vigorosos arranques de la doctrina heterodoxa, luchando contra Eusebio de Cesaréa y Eusebio de Nicomedéa.

Aguilar es un hombre á quien puede buscarse entre los personajes de los escritos de San Epifanio, de Sozómeno, de Tillemon y de San Ambrosio; se puede pensar de él, que como S. Ignacio de Loyola, divide sus horas de estudio y meditacion entre «La Imitacion de Cristo,» atribuida á Kempis; la «Acta Sanctorum,» del padre Bolando, y libros de Caballería como el Amadis de Gaula, Palmerin de Inglaterra, Florismarte de Hircania ú Olivante de Laura.

Si en el último cuarto del siglo XIX, el ruido de las máquinas y el estallido de los cañones de Krup no distrajera tanto la atencion de los escritores y de los políticos, muchos en México se habrian fijado ya en el carácter de Aguilar, tan completamente extraño á la época en que vivimos.

Los hombres como Prudhome, se adhieren á una esperanza; los hombres como Aguilar se adhieren á un recuerdo; los unos sueñan en una creacion ilusoria; los otros en una resurreccion imposible. Muchas generaciones cruzarán sobre el planeta que habitamos, y no llegará á nacer nunca el Mesías de los hebreos; muchas han de tornarse polvo tambien, y no volverán nunca á la vida ni Alejandro, ni César, ni Pompeyo.

Pero unos y otros tienen su fe, y la fe es una virtud muy rara en el siglo del fonógrafo y del fotófono.

Aguilar, en su juventud era poeta; quizá lo sea todavía; la facilidad y la gracia de sus versos, hacen sensible

que haya abandonado la lira de Apolo por la pesada pluma de la gaceta.

¿Quién no recuerda aquellas chispeantes décimas de la batalla del Juéves Santo? Aguilar las escribió *cálamo currente*, y aunque inspiradas por la pasion política, cuando su autor estaba oculto, distan mucho de semejarse á esos libelos en que la ruin personalidad y el grosero insulto quieren hoy entre nosotros ocupar el lugar de la sal ática y de la fina alusion de los escritores del siglo de oro de la literatura. ¿Quién no sabe de memoria las siguientes preciosas décimas de la composicion citada?

De tu casa en el blason
Es bueno que se registre,
Con escudo, lanza en ristre,
Manopla y yelmo, un campeon,
Que al correr de su troton
En la plaza principal,
Entre aplauso general,
Se vea con estudio y arte
Pasando de parte á parte
A la iglesia Catedral.

Moribundas dos navetas,
Desangrándose un telliz,
Manca una sobrepelliz;
Una alba huyendo en chancletas;
Una estola con muletas;
Prisioneros dos manteos;
Dispersos seis solideos;
Contuso un bonete adulto
Y un misal pidiendo indulto,
Estos serán tus trofeos!

Este es un cuadro vivo y palpitante que no se hubiera desdeñado de honrar con su firma el duque de Rivas; y el mismo Juan José Baz contra quien iba dirigida la sátira, celebró como hombre de mundo y de talento la inspiracion del autor y la gracia de las décimas.

Por honra de la literatura mexicana, Aguilar debió de consagrar á la poesía esas dotes intelectuales que se consumen hoy en la fatigosa redaccion de *La Voz de México.*

Así nuestra patria hubiera tenido quizá un Quevedo, y algo más sobre que hablara el pobre Cero.

Pero la culpa es de Aguilar y Marocho, á quien, siguiendo el lenguaje católico, le podemos decir que el dia del juicio final, en que como dice el catecismo del P. Ripalda, todos hemos de comparecer resucitando con nuestros propios cuerpos, le tomará Dios estrecha cuenta del rumbo que ha dado á su barca, y quizá se le pregunte con voz terrible, como el Señor le preguntó á Cain: IGNACIO, ¿QUÉ HAS HECHO DE TU MUSA? y D. Ignacio, que no habrá perdido sus recuerdos de México, contestará con aquel verso del *Jarabe:*

En fin, ella se ausentó
Sin darle ningun motivo;
Por tres dias que no comió
Ya no quiso estar conmigo.

Despues de esto, tal vez se creerá que en su trato familiar, D. Ignacio Aguilar es un hombre seco y de po-

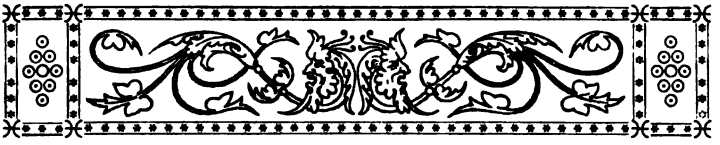
cas palabras, de quien se puede decir lo que creo que San Basilio dijo de uno de los arzobispos de Constantinopla: «católico sin uncion y justo sin caridad.» Pues nada de eso; como otra prueba de que el estilo no es el hombre, Aguilar es muy afable en su trato, gracioso y jovial en su conversacion, y eso á prueba de golpes de fortuna y de persecuciones políticas.

Su honradez ha resistido hasta la pluma de sus enemigos, y ni por calumnia le han llamado pícaro; ha vivido la vida del contraste; poeta y jovial, ha pasado muchos años escribiendo artículos dignos de un teólogo; creciendo en medio de la revolucion reformista, ha profesado con encarnizamiento las doctrinas conservadoras; no ha cedido jamas un palmo de sus opiniones; es como era y será como es.

Gritos discordantes forman la armonía de la humanidad. En este gran compuesto cada componente tiene su razon de ser, y forman el admirable cuadro de la marcha del espíritu humano, Voltaire y Santo Tomás, Safo y Santa Teresa, el *cosmos* de Anaximeno ó de Indico Pleustos y el cosmos de Humboldt y de Laplace; las *slocas* de Manu, los *Souras* de Mahoma y los versículos de la Biblia; los ejércitos de César y las hordas de Atila; la Inquisicion y la Comuna; la Constitucion de 1857 y el *Syllabus; La Voz de México* y *La República;* Aguilar y Juan José Baz.

GUILLERMO PRIETO

LIT. H. IBARRETE, MEXICO



GUILLERMO PRIETO

Más cansado que quien escucha un discurso de D. José María Mata, y con más honda sensacion que la que le produjo á Boissy d'Anglas ver á José Rafael Alvarez cruzar en pantuflas verdes el salon de sesiones del Cuerpo Legislativo, no tomaria hoy la pluma para pintar otro Cero en una cuartilla de papel, si no hubiera tenido dichoso encuentro con una persona digna de ser tratada con mayor miramiento que el que usa para con su piocha color de llamas el diputado Ramon Cadena, ó para con sus quevedos de oro y cristal de roca el senador Genaro Raigosa.

Angelico de Fiessola (cuentan las crónicas) se ponia de rodillas para pintar sus Madonas; yo, para escribir este artículo, debo tener el sombrero en la mano izquierda, á no ser que prefiera dictarlo, en cuyo caso no hay

inconveniente para tenerle en la diestra, y esto porque voy á ocuparme del veterano de nuestra literatura, del más inspirado de nuestros poetas líricos.

Pero es el caso que como escribo dentro de mi casa, y ni sopla el viento, ni me molesta el sol, mi sombrero está léjos y no necesito tenerle ni en una ni en otra mano, y además, como he venido al mundo en el siglo de todas las herejías, religiosas, políticas, científicas, sociales, etc., etc., etc., inspirado por el maldito espíritu del siglo, pierdo el respeto que debo á mi hombre y arremeto con él, no sin exclamar como el senador aquel de «La Cabaña del tio Tom:» ¡Otra ilegalidad! ¡Otra murmuracion!

A ejemplo de los buenos historiadores, hago primero la descripcion del terreno y luego paso á la narracion y á los comentarios.

Mi personaje cubre su cabeza con negro y polvoroso sombrero de anchísimas faldas; sus vivos pero pequeños ojos, se cierran y abren diez veces en cada palabra; sobre su nariz, que debió de ser aguileña, vacilan unos anteojos de varillas de oro; su bigote gris se junta con la piocha, ocultando unos labios sutiles que á su vez encubren una dentadura que ha sufrido «avería.»

Su levita, holgada y de buen paño, ostenta en la corteza de polvo que la cubre, las huellas de las últimas gotas de lluvia que le cayeron encima á principios del mes pasado, como esos ejemplares que guardan cuidadosamente los geólogos, de formaciones que conservan las

impresiones de la lluvia; su corbata se mueve á voluntad, por sí sola; en el cuello y en la pechera de su camisa suelen aparecer dos enormes brillantes que recuerdan los esplenderos de Sirio ó de Arturus en las noches de Enero.

Por estos pequeños rasgos se ve que nuestro hombre no es precisamente lo que nosotros llamariamos un buen mozo, y los españoles en Madrid un mozo muy guapo. Claro; hay todo un abismo, y abismo insondable entre él y Abdallah, hijo de Abdul-Motalleb y padre del profeta Mahoma, de quien se refiere que era un hombre tan bello, que la noche de su matrimonio con la hermosa Amina, doscientas doncellas murieron de celos y desesperacion.

Me sospecho (aunque sin fundamento) que Guillermo Prieto, que es de quien me ocupo, no ha tenido la desgracia de que murieran por él doscientas doncellas, y aun quizá quizá, ni una de las viudas que pensionadas por la Nacion, sufrieron (sin paciencia) largos ayunos y abstinencias en los períodos en que él dirigió el Ministerio de Hacienda. Pero como no presento á Guillermo de candidato para modelo en la Academia de San Cárlos, ni de tipo para los elegantes de México, dejemos sus prendas materiales, que harta materia han dado ya ellas á los periódicos de caricaturas.

Prieto es el poeta más grande de cuantos han nacido bajo el cielo de México, y su vida entera está ligada á los sucesos memorables de la patria.

Todo periódico ilustrado y sensato de los publicados en este país, en el espacio de treinta años, ha engalanado sus columnas con los cantos de Prieto; las luchas civiles le han dado argumentos para canciones, que entre nosotros serán, como las de Beranger para los franceses, la sublime expresion de los sentimientos del pueblo.

¿Quereis recordar nuestro retroceso de la libertad á la opresion y á la dictadura? Haced que os toquen los *cangrejos*.

¿Quereis grabar en vuestra memoria las atrocidades de Santa-Anna? Leed los « *Viajes de órden suprema* » y fijaos en los romances de aquellas páginas.

¿Quereis saber cómo se distinguian aquí los partidos reaccionario y liberal, llamados *mocho* el primero, y *puro* el segundo? Pedid que os canten *los moños verdes*.

¿Necesitais ver expresados en hermoso y galano idioma los sufrimientos, las amarguras, las esperanzas de los peregrinos de Paso del Norte en tiempo de la Intervencion? Leed los romances « Recuerdos de la Frontera. »

Y para ver al pueblo de este país en toda su audacia, su arrojo y su gracejo, abrid ese libro intitulado: « La Musa Callejera. »

Prieto firma con su nombre sus cantos sublimes, y con el conocidísimo pseudómino de « Fidel » sus versos populares.

« Para conocer las costumbres del pueblo y poder re-

tratarlas en romance,–decia una vez en el Liceo Hidalgo Ignacio Ramirez,–se necesita ser Guillermo Prieto; y quien no tenga la misma facilidad que él tiene, que renuncie á ser poeta con el mismo dolor con que Guillermo renunció la cartera.»

En efecto, asombra, cautiva, fascina la musa de Prieto; álguien quiso imitarle y el público le castigó esa profanacion apénas lanzó audaz su primera parodia.

Prieto, que llora y palpita, y jadea y tiembla y se estremece en la tribuna, y que en nombre de sus canas y de sus desengaños, de sus tempestades y de sus dolores, pide enérgicamente en la Cámara que se reforme cualquier dictámen presentado por la Comision de Policía, es el primero, el más grande, el más inspirado, el más *mexicano* de nuestros poetas cuando canta las glorias ó las heridas de la patria.

Un dia, el 8 de Setiembre de 1872, habló en el bosque de Chapultepec, pintando el heroismo de los que en tan hermoso sitio pelearon contra los invasores en 1847, y parecia cuando hablaba que los ahuehuetes recobraban su sávia primaveral al recoger aquellos ecos, que pueden llamarse de la gloria y de la libertad.

¿Y su oda á Zaragoza? ¿Y su canto á Juarez?

¡Ah! cuán grande es ese viejo risueño y cariñoso que apénas es comprendido y estimado por esos literatos de última hornada que se han extendido como una sombra sobre el periodismo, sobre la tribuna y sobre el Parnaso.

Prieto, el último veterano de la guardia vieja de la literatura pátria; el compañero de Lacunza, de Ramirez, de Calderon, de Rodriguez Galvan y de Zarco, debe sentirse huérfano y extranjero en el mundo literario que hoy le rodea.

Los nuevos poetas á quienes más ha estimulado le han vuelto la espalda y le acusan ¡espantaos! de retrógrado.

¡Cómo! me diréis, ¿por qué?.....

¡Ah! Prieto es defensor ciego de la Constitucion de 57, de esa ley suprema, base y fundamento de nuestro modo de sér político.

Y para el grupo *nuevo*, para los que se han educado á plena luz con Mill, ó con Baine, la Constitucion es una *cosa vieja é impracticable, es una serie de falacias* que no caben dentro del límite lógico en que deben encerrarse las verdades científicas.

Prieto para ellos es un palabrero, un *fantasista*, quizá un enajenado; para mí, es un gran poeta, un leal patriota, un liberal que ha difundido las ideas regeneradoras, lo mismo en el artículo extenso que en el discurso breve, lo mismo en el canto épico destinado á conmemorar grandes hechos, que en el romance ligero y picaresco, dedicado á describir un fandango ó á ensalzar los amores de la *china*.

Prieto, progresista ó retrógrado, será siempre el orgullo de nuestra poesía, gala de las letras mexicanas, in-

térprete fiel de la manera de ser y de pensar del pueblo.

De Guillermo Prieto, como orador puede decirse lo que dijo de Quevedo el gran Quintana: « es extremado. »

Cuando Prieto habla en una de esas discusiones en que no se agita cuestion grave sino que se trata sólo de la dispensa de derechos fiscales á las farolas que van á colocarse en la plaza de una pequeña poblacion, de la manera con que debe interpretarse un artículo del reglamento interior de la Cámara, ó de la pension que solicita la viuda de un retirado que murió á consecuencia (remota) de sus campañas, entónces procurad no oirle porque perderíais la ilusion por el tribuno.

Entónces su discurso lento y monótono se arrastra pesadamente por la tierra procurando en vano levantar el vuelo á regiones más elevadas: entónces Prieto vacila, balbute, se detiene, repite las palabras, las ideas, las frases enteras, parece como que sólo habla su boca y su espíritu está en otra parte; él mismo, se retira descontento de la tribuna, y de seguro nadie se acerca á felicitarle.

Pero, esperad: Llega un momento supremo; un grande interes de la patria ó de la humanidad, le hacen tomar la palabra, y entónces la inspiracion con su soplo de fuego enciende el cerebro del viejo cantor de la libertad; y su palabra, brota fácil, ardiente, conmovedora, sublime; el silencio más profundo en las tribunas y en los bancos de los representantes prueba que todos escu-

chan con una profunda atencion, y vibra su acento levantando un eco de ternura ó de entusiasmo en todos los corazones. Entónces no es el Guillermo Prieto de las letrillas y de los romances, el amigo chancista y decidor, á quien todos hablamos de «tú»; no es Fidel el de los artículos de costumbres, es un hombre superior que se levanta sobre todos nosotros, es un espíritu iluminado que se cierne más allá del mezquino relieve de las cosas vulgares.

Quizá no hallaréis en sus oraciones, ó más bien dicho en sus arranques épicos, las aplicaciones de las reglas que los grandes maestros de la palabra han señalado para la correccion de un discurso; quizá leyendo una de esas peroraciones os parezca su lenguaje desaliñado; pero no leais á Prieto, oidle. ¿Quién trasladará jamas al papel el salvaje rugir de la catarata? ¿Quién exige del bramido de los huracanes, del pavoroso retumbar de la tempestad, ó del gemido de las auras entre las juncias, las clásicas armonías de Haydn, de Beethouen, de Mozart, de Haendel ó de Wagner?

Hermosos y conmovedores son esos inmensos ruidos de la naturaleza, aunque no haya diapason capaz de encerrarlos y de sujetarlos á las leyes de la armonía.

Como poeta Guillermo Prieto ha cultivado con especialidad la oda y el romance: la una le ha valido la celebridad como gran poeta; el otro el renombre de poeta popular.

A ninguno puede aplicarse en México con más acierto que á Guillermo, lo que D. Antonio Ferrer del Rio dice de D. Manuel José Quintana: «¿Quién ha podido ne-«garle jamas el renombre de gran poeta? La musa del «patriotismo le ha inspirado sus más altas concepciones, «y los ecos majestuosos de sus cantos enardecieron el co-«razon de los hijos de España en la época por siempre «memorable en que el opresor de Europa fué por ellos «vencido y humillado.»

Guillermo ha sido el único que se ha dedicado á pintar las costumbres de nuestras gentes y las tradiciones de nuestra historia en esas composiciones verdaderamente populares que se llaman «romances.»

El «romance» es el patrimonio de los pueblos que hablan la lengua castellana; en los romances se puede estudiar no sólo la historia del idioma desde que separándose del latin comenzó á tener vida propia como lengua rústica, susceptible de progreso y perfeccionamiento, sino tambien la historia del pueblo español, sus creencias, sus inspiraciones religiosas, su espíritu nacional, sus costumbres, sus héroes legendarios ó reales, sus preocupaciones, sus dolores y sus triunfos. En ese rico joyel del idioma castellano, que se llama el *Quijote*, como diamantes incrustados lanzan fulgores los fragmentos de romances sabiamente escogidos que el inmortal Cervantes sabe tan á próposito presentar.

El romance, proscrito muchas veces, como obra del

mal gusto y propia sólo de la gente vulgar, levantado otras á grande altura, en las alas del genio por Quevedo, Lope de Vega, Góngora, y otros, ha llegado hasta el duque de Rivas, siendo siempre la poesía por excelencia para los pueblos que hablan la lengua castellana.

Prieto ha escrito muchos romances; quizá es el único que en México ha cultivado este género de poesía.

Sus romances históricos son buenos, tienen ese sabor arcaico que podemos llamar clásico, y al leer esos romances se recuerda involuntariamente aquellos famosos

Mediodia era por filo,
Las doce daba el reló,
Comiendo está con los grandes
El rey Alfonso en Leon.

ó el de Juan de la Encina

Gritando va el caballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto
Aforradas en sayal.

Con esos romances históricos Prieto presta un servicio á su patria, forma tradiciones de gloria para un pueblo que las tiene siempre en olvido, cuando no por desgracia en desprecio.

Sus romances de costumbres, jocosos ó satíricos, degeneran algunas veces por demasiado llanos, unos, por lo malamente conceptuosos otros, y muchos por la elec-

cion de asuntos que no son dignos de la pluma que de ellos trata. Realmente tienen esos romances el defecto de confundir el «pueblo» con el populacho, la clase pobre con la canalla.

Guillermo ha escrito para el teatro dos piezas; una comedia que se llamaba el «Alférez:» dice que fué muy aplaudida; hay que creérselo porque confiesa que la otra arrancó una silba espantosa: se intitulaba «Los tres boticarios.»

Ya tres boticarios juntos es mucho para una comedia; por otra parte, parece que además de su botica cada uno de ellos tenia en la pieza un argumento separado, que el público no comprendió, ó mejor dicho, comprendió muy bien que aquella no era comedia, y

Desde la primera escena
(Y por cierto que es muy buena)
Sentí levantado el látigo
Contra mi drama, ¿que tal?

Segun noticias, Guillermo vió desvanecerse allí sus ilusiones de autor dramático.

Los tres boticarios entraban y salian á la escena, y

¡Animas del purgatorio
Cuál bufaba el auditorio!

Y Prieto ménos constante, ménos enérgico que Chavero y Juan Mateos, huyó de las glorias dramáticas, po-

niendo, como los antiguos caballeros, su vista en Dios, y su corazon en su «musa callejera.»

De las tres unidades clásicas, sólo hubo una en «Los tres boticarios,» la de accion, y esa, era el público quien la observaba al silbar la pieza.

MANUEL PEREDO.

LITH. IRIARTE & CIA. CO

EL DOCTOR PEREDO

Si el cartabon que señala la estatura de los granaderos fuera el punto de partida para escoger á los poetas, de seguro que Fergusson y Pancho Vera serian como Homero y Virgilio y el Dr. D. Manuel Peredo, *á quien por antonomasia llama el vulgo* Peredito, seria cuando más evangelista, no de los cuatro de la Sagrada Escritura, sino de aquellos que inspirándose al aire libre, ocupan el último peldaño de esa escalera en cuya más elevada meseta pasean el Dante y el Petrarca, y Quintana y Píndaro; pero en cuyos descansos asoman de cuando en cuando cabezas conocidas que nos hacen exclamar unas veces ¡¡¡Juan Mateos!!!! otras ¡¡¡Terrazas!!!! otras ¡¡¡Justo Sierra!!!! y otras ¡¡¡Sixto Casillas!!!!

En el camino del Parnaso no hay que ofenderse por

la compañía, sino recordar aquello de nuestro malogrado Rodriguez Galvan:

A caballo y con arnés
Unos, ó en coche magnífico,
Otros en asno pacífico,
Y los más en cuatro piés.

En tan angosta vereda
Mezclados van pobre y rico;
Si el grande atropella al chico,
Atropellado se queda.

Pues el Dr. Peredo es chico de cuerpo, lo cual no es afrenta, ántes economía, que en buena ley ménos género debe de gastar él en una capa que D. Vicente Manero en un chaleco, y como último recurso en alguna de esas inundaciones de que dicen que dicen los sabios está amagado México, no seria difícil que nuestro querido doctor pudiera salvarse *viento en popa á toda vela* en una pantufla de D. Pomposo Verdugo.

Pero la gloria no es sólo de los hombres de gigantesca corpulencia, que si Basilio el Macedonio debió á su elevada estatura y á su prodigiosa fuerza muscular el imperio de Constantinopla, Juan Zimicés cuya *talla*, como diria Joaquin Alcalde ú otro amigo de D. Pancho Gomez del Palacio y de Manuel M. de Zamacona (¡los hombres de la talla!), era poco más ó ménos la del Dr. Peredo, tambien se arropó en la púrpura de Constantino, y llena está la historia del Bajo Imperio de glorio-

sísimos recuerdos de ese *chaparro* como le diria Vallarta.

Alejandro el Grande, que de seguro no llegaria al nacimiento del pelo al general Santibañez, segun he podido inferir de lo que dice Quinto Curcio, con un puñado de macedonios causó más terror en la India, que el que causan á los indios de México los empleados del Municipio que van á cobrar la contribucion *del viento*, gabela que entre paréntesis fué inventada allá en el año de 550 por el emperador Justiniano, el mismo del Código y del Digesto, y á quien es fama que le reza todas las noches una estacion el apreciable romanista D. Ezequiel Montes.

Pues y los dos Napoleones, el de Waterloo y el de Sedan, ¿acaso podrian calzarse unas botas fuertes de Loaeza ó de Antillon?

Hasta Atila, segun nos cuenta Prisco, era un chaparron fornido y rubio, y aunque no con líneas tan suaves, ni con maneras tan corteses, ni con palabras tan dulces, pero así como el Lic. Inda, sin aquello de andar dormido en la calle ni otras pequeñeces.

Dionisio el *exíguo*, que tanto influyó con sus cálculos en la cronología eclesiástica, pequeño debió ser para que hasta hoy le llamemos el *exíguo*. ¿Y Pedro el ermitaño? Armó á la Europa contra la Asia, y no paró hasta coronar en Jerusalem á Godofredo de Bouillon, y esto teniendo él una estatura cuando más alta como la del Ministro Mariscal, y una robustez que nada tenia que envidiar á la del ingenioso hidalgo de la Mancha.

¡Oh, qué reminiscencias históricas tan halagüeñas y tan estimulantes para hombres de la *talla* de Félix Romero y Joaquin Alcalde! ¡Y cómo se han de estar chupando los dedos al considerar que les vendria como anillo en el dedo, ya que no como pedrada en ojo de boticario, la coraza de Alejandro Magno, el redingote gris de Napoleon I, ó el manto de púrpura de Juan Zimicés! De seguro que al leer este artículo se van á soñar en Babilonia, en las Pirámides ó en Constantinopla; pero sólo á Malanco ha cabido tal gloria en compañía de Chucho Cuevas.

Peredo ha sido parco en crecimiento. Spencer dice, en sus «Principios de Biología:» «El crecimiento depende, *caeteris paribus*, de la cantidad disponible de materia asimilable.» El pobre doctor no debió encontrar «disponible mucha materia asimilable;» ó quizá, conforme á otro principio biológico que asienta «que la cantidad de nutricion no debe pasar de la aptitud de asimilar,» se encontró con la materia disponible pero sin la facultad suficiente para asimilar la necesaria; lo cierto es que nuestro doctor no creció; en cambio es individuo correspondiente de la Real Academia española, honor muy merecido, y váyase lo uno por lo otro.

Peredito es un literato que guarda el dulce sabor de la fraseología de los tiempos de Reyes Veramendi y de D. Anastasio Bustamante, sobre todo en la conversacion familiar; esto da á sus producciones un temple cervantes-

co, como diria Menendez Pelayo, y estas reminiscencias de las que puede decirse:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!
¡Dulces y alegres cuando Dios queria!

como dijo Garcilaso, imitando el

Dulces exuviæ, dum fata Deusque sinebant

de Virgilio, son siempre muy agradables. Por ejemplo, las *chinas mexicanas* ya no existen sino en los versos de Guillermo Prieto y en las litografías de cuadros nacionales que se hacen en la casa de Debray; y sin embargo, á todos nos gusta recordar el tipo de la china.

Peredito (usando de su lenguaje) es lo que se puede llamar un terron de amores; jamas se disgusta, y siempre, en medio de su mayor entusiasmo, abre los brazos, echa la cabeza para atrás, mueve violentamente las narices, parpadea con rapidez, contrae la boca, y encorva el cuerpo como buscando el equilibrio de las gafas que cabalgan sobre su nariz inquisitorial.

Tiene el doctor mucha gracia para sus versos humorísticos y mucha sal para su conversacion. Cuando él lee sus poesías, se siente uno verdaderamente encantado; si el buen lector, como decian los maestros de las antiguas escuelas, es el que da más sentido á lo que lee, Peredito no tiene rival, porque posee un caudal inagotable de gestos y movimientos complementarios, como dicen los físi-

cos hablando de los colores, que llegan á hacer que se adivine el verso por la accion, ó la accion por el verso.

Otra virtud distingue á Peredito, y es su modestia; con lo que él ha escrito y con lo que pueda escribir andarian otros más orgullosos que regidor nuevo ó que candidato oficial para diputado.

Peredo se eclipsa; hay necesidad algunas veces para encontrarle, de echar mano de esas varitas encantadas que en las haciendas y en los pueblos del campo guardan algunos rancheros que tienen ribetes de mágicos para buscar tesoros escondidos.

¿Quién sabe dónde se mete el Dr. Peredo? Casi, casi, estoy por declarar que existe en estado latente, y sin embargo, si hay una reunion literaria ó si se representa en el teatro algun drama de importancia, Peredito aparece como una evocacion; todos los literatos le abrazan, y de seguro que él no responde una palabra cuando le dicen, como á las ánimas en pena: «de parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida ó de la otra.»

El teatro es la gran pasion de Peredo; él ha hecho juicios críticos de las comedias; es quizás el más asíduo de los concurrentes á la primera fila de butacas; ha dado cátedras de declamacion; ha escrito comedias de costumbres y dramas; ha representado con los aficionados; el último cuartel general que se le conoce es una botica que está frente al más viejo de nuestros coliseos, y no le falta ya, en materia de teatro, más que ser foro, bastidor ó bambalina.

Como pruebas de su aficion al teatro, Peredo las ha dado más palpitantes que los mártires en las arenas del Circo; quien aguanta en el año de 1882 el Sancho García de Zorrila, ya tiene para reir de los ratos de mal humor de Neron y de Domiciano.

Quien escucha al Conde de Castilla decir:

¡Silencio! en fin al cuerpo demos
El nutrimiento necesario y justo
Los que muy pronto pelear debemos.
Sancho, sírvenos ya que lo tenemos,
Si es de mi madre voluntad y gusto,

y no tiene voluntad y gusto para irse á la cama, es un héroe tan grande como Leónidas, á quien todos los autores de la antigüedad declaran muerto en las Termópilas, y sólo al mismo famoso Zorrilla, autor de Don Sancho García, se le ocurrió matarlo en otra parte, diciendo en una composicion intitulada « La Gloria: »

Por tí una noche con aliento extinto
Tumba Leonides demandó á Platea;

aunque puede ser que este Leonides de quien habla Zorrilla, fuera el Lic. Leonides Torres, y Platea fuera alguna de las plateas del Nacional, que en vez de tumba demandan al buen D. Fernando Batres aseo y abonados.

¡Qué cosas de Zorrilla!

¿Acaso se puede olvidar cómo puso á los mexicanos cuando volvió á su patria? Ya se ve, ¿qué podia espe-

rarse de un hombre que cantando no sabemos á qué, ha dicho lo siguiente:

Entre sus ondas
De orlas redondas
De notas hondas
Cuyo hondo son,
Es de la espuma
Burbujadora
Que la devora
La ebullicion.

Esto sólo se puede ver como él dice, con

Los desiertos sin luz cóncavos ojos;

verso que no entenderian todos los averroistas de Córdoba que se pelaban las barbas por interpretar á Aristóteles, ni todos los teólogos que se quedaron calvos á fuerza de dilucidar el *si procede ó no procede.*

El dia ménos pensado, abusando de la magnanimidad de Peredito, pone en escena D. Perico Delgado *La Creacion y el Diluvio Universal* del citado Zorrilla, que tiene todo el corte de las pastorelas del Pensador, y donde se presentan como personajes: Luzbel, la Tentacion, San Miguel, San Gabriel, Adan, y Eva que no habla, única novedad del autor, y donde hay versos de este chisgo, dignos de una novena de Santa Rita, abogada de imposibles:

Orad á Dios que os hace
Progenitores de un mundo,

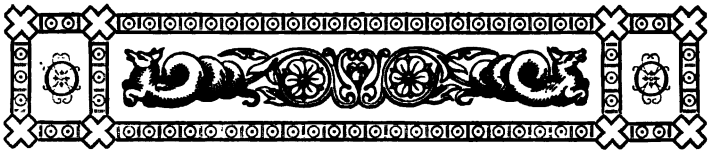
Orad, y Dios que os infunde
Su fe tan inalterable,
Con su antorcha hasta el sepulcro
Os alumbre y acompañe.

Con los cuales cierra la comedia, el público aplaude, pide al autor, y como dice Breton:

Tabló. Dáse la batalla
Entre el granizo y los truenos;
Desmáyase Doña Elvira;
El prior canta el Te Deum;
La fragata se va á pique;
La bruja baila el jaleo;
Arde la ciudad, y baja
El telon.

EZEQUIEL MONTES.

LIT. H. IRIARTE, MEXICO.



D. EZEQUIEL MONTES

ALGUIEN dijo, y no hace mucho tiempo, que el busto de D. Ezequiel Montes está pidiendo á gritos los mármoles de Páros ó de Carrara y aunque pudiera decirse de ese escritor, como el rey Midas en la zarzuela que lleva su nombre: «me gusta este hombre porque no es adulador,» sin embargo, parodiando su frase diré yo: que D. Ezequiel Montes está pidiendo á gritos un artículo de *Cero*.

Realmente, el Sr. D. Ezequiel ha sido un orador notable: su voz, su figura, y hasta el nombre que recibió con las aguas del bautismo, le prestan ese prestigio de profeta que todos le reconocen.

Podria yo hacer una apuesta: que nadie que haya escuchado en la Cámara á D. Ezequiel Montes, cuando oiga

nombrar al profeta Ezequiel, deja de revestirle en su imaginacion con la misma cabellera blanca y rizada, la misma espaciosa frente, la misma poblada barba, y quizá hasta los mismos anteojos de oro del actual Ministro de Justicia.

Y que no me vengan con aquello de que el nombre es el que produce este fenómeno psicológico, porque muchos conocen á Napoleon Saborío, alto, flaco, y de luenga nariz, y á nadie se le ha ocurrido aplicar esa figura al vencedor de Austerlitz; todos los dias encontramos á Guillermo Valle y nunca pensamos en ver sobre su cabeza el casco del Emperador de Alemania; ni hay diputado ni concurrente á la galería que al ver que se levanta á pedir la palabra el apreciable representante de Puebla Sr. Cantú, se imagine que es el autor de la Historia Universal.

Montes indudablemente estudió su figura en la juventud para saber qué tipo debia escoger como modelo, y como era y es decidido partidario del derecho romano y de los oradores romanos, y de la literatura romana, todo ello le decidió á tomar ese aire consular y á imaginarse que los mal ensamblados tablones que forman el recinto de la Cámara de diputados dentro del Palacio nacional, eran la rostra que, decorada con los espolones de vencidas galeras enemigas, daba su sombra á Hortensio y á Ciceron, y á Craso y á Caton, y al mismo Clodio. Y con toda seguridad la negra y bien cortada levita de paño que cubria su ancho pecho, le ha de haber parecido á veces á nuestro

querido D. Ezequiel, la garbosa clámide de Pompeyo, y el lapicero de oro con que hace sus apuntes lo ha de haber sentido entre sus dedos como el *estilo* con que Julio César tomaba notas, se limpiaba las uñas ó se rascaba la cabeza en sus momentos de distraccion.

Hablando con verdad, no nos ha contado Montes nada de esto; quizá sea un falso testimonio que como los alguaciles de Quevedo levantamos sin escrúpulo de conciencia; pero como hay una regla de moral que dice: no quieras para otro lo que no quieras para tí, y calumnias de esta clase más que disgusto nos causarian satisfaccion, si en suerte nos cupiese ser víctima de ellas; el gusano roedor de los remordimientos no da en estos momentos señales de vida en nuestro pecho.

No nos ocuparémos de la vida pública de D. Ezequiel, como político, porque no decimos como Virgilio: *Arma virum que cano;* no; vamos á dedicarnos sencillamente al orador con algunos rasgos del hombre, porque á nuestro juicio no es cierto que en la tribuna valga la verdad por sí sola, que, sin dejar de serlo, muchas veces no será creida, al paso que el error estará convenciendo.

Y esto depende de quien habla y de como habla, pues suele acontecer que se crea lo que no se debe y que se niegue lo que es un hecho.

Cuentan que cuando el duque de Rivas volvió á España despues de una larga permanencia en Italia, le preguntó á un antiguo criado que le habia acompañado en

toda la expedicion, qué tal le habian tratado sus compañeros, y el criado le contestó: «muy bien, señorito; les he contado muchísimas mentiras de esas tierras por donde hemos viajado, y todo me lo han creido, y la única verdad que les he dicho me la han negado y se han reido en mis barbas, porque les aseguré que en Nápoles habia un cerro que echaba humo.»

Así son las cosas del mundo: D. Ezequiel tiene una honradez catoniana, y á pesar de la dulzura de su carácter, cuando se *encarama* en la tribuna, cuando está sintiendo sobre sus hombros aquella clámide de que hablamos, desplega una energía verdaderamente romana, pero de los mejores dias de la República, de los buenos tiempos de Caton el viejo, de Helvidio y de Valerio Máximo.

En esos momentos puede oirse á Montes; su acento varonil vibra con el estremecimiento del patriotismo, y nutrido en la clásica escuela de Ciceron, el órden, los giros y la elevacion de su discurso hacen al auditorio recordar tambien las tumultuosas sesiones del Senado durante la conspiracion de Catilina.

Pero,—y volvemos á esos peros que son el escollo de los favorecidos de *Cero*, el Scila y Caribdis de los que navegan con viento en popa en el mar de nuestros artículos;—pero D. Ezequiel *romaniza* demasiado; se trata de una cuestion de derecho público, y nuestro apreciable amigo quiere resolverla con Antisteo Labeon y con An-

teyo Capiton; se trata de una cuestion de derecho internacional, y entónces ocurre al auxilio de Ulpiano y de Papiniano; se agita algo de derecho constitucional, y entónces salen á cuento Triboniano, y Cayo y Paulo y Modestino; y los argumentos que como una granizada se lanzaban Sabinianos y Proculeyanos y Casianos y Pegasianos, y el Código y las Pandectas y la Instituta de Justiniano, que se llamaron modestamente por el año de 550 los *eternos oráculos.*

Aquí, sin saber por qué, nos viene á las mientes un recuerdo que, aunque nada tiene que ver, sino que entre tan respetables materias de discurso aparece como la zizaña del Evangelio, no queremos dejar en el tintero. Hay una comedia de cuyo nombre no quiero acordarme, como dijo Cervantes: una familia quiere montarse á la moda, y mandando preparar una comida despues de haber oido grandes elogios de las trufas, encarga pavo trufado, pastel de trufas, sopa con trufas, merluza en trufas, trufas heladas, dulce de trufas, café con trufas, vino con trufas y tabacos habanos pero trufados.

Seguramente que no se le podia dar mayor disgusto al Sr. Montes que sostenerle aquello de que Justiniano y los jurisconsultos que codificaron las leyes, quemaron orgullosamente todos los manuscritos anteriores declarando que ya nada de eso servia: que el latin de las Pandectas, del Código y de la Instituta no pertenece ni á la edad de plata del idioma de Salustio; que Justiniano de-

claró que se castigaria como falsarios á los que se atrevieran á interpretar el texto de sus leyes, y que seis años despues declaró tambien que la primera edicion estaba imperfecta, haciéndola cambiar y agregándole más de doscientas leyes y cincuenta decisiones sobre puntos oscuros, y segun cuenta Procopio, cada año de su largo reinado se marcaba por alguna novedad en los oráculos eternos, fuera de aquello que llamaban *antinomias*, contradiciones entre el Código y las Pandectas y eterna desesperacion de jurisconsultos tan eminentes como el Sr. Montes.

¿Qué hubiera hecho D. Ezequiel sin el descubrimiento de las Pandectas en Amalfi, que segun cuenta Ludovico Bologniano, fué por el año de 1137?

No nos ocurre contestar esa pregunta como si nos dijeran: ¿qué hubiera hecho Bayazeto si Mahoma no nace ó le queman en Meca ó en Medina?

Los caballeros de la Edad Média, es decir, aquellos en quienes soñaba Don Quijote, Don Belianis de Grecia, Don Amadis de Gaula, Don Florismarte de Hircania y otros, sacaban la espada y arremetian con gigantes y endriagos y malandrines, sin pararse en sexo ni edad, ni en pelo ni en colores cuando se trataba de su dama; así nos parece que nos ha de arremeter nuestro querido D. Ezequiel por haber tomado entre manos, ya que no entre ojos, su amado derecho romano, y que armado con la espada de Cujácio ó la lanza de Vinnio, ó la maza de Heinnecio, nos hace trizas por tan terrible desacato.

Pero esos golpes, como los del dormido caballero manchego, no encontrarán ni gola que segar, ni almete que hender, ni exila que traspasar, sino la invulnerable, por triste y desconocida, personalidad de Cero.

D. Ezequiel mira con gran respeto á los hombres de los pasados siglos, y esto, unido á su veneracion por el derecho romano, le hace suspirar indudablemente por situaciones políticas de un pueblo que vemos hoy al través de las mágicas pinturas de la educacion escolar clásica.

Es natural: lo que le pasa á Montes ha pasado á todos los patriotas de todos los países civilizados; las famosas coplas de D. Jorge Manrique

Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

responden siempre al pensamiento de los hombres reflexivos.

Homero pone en boca del sabio Néstor un discurso que puede traducirse diciendo que el tiempo que era pasado fué mejor. Demóstenes, lo mismo que Ciceron, Xenofonte y Tucídides, lo mismo que Tácito y Salustio, todos los historiadores, los oradores y los poetas antiguos y modernos de buena fe, han encontrado perverso y corrompido el siglo en que viven, é ilustres y gloriosos los que no conocen sino por la tradicion ó la historia, y este sentimiento ha hecho brotar á los Horacio, Juvenal, Per-

sio y tantos otros que con sus sátiras nos dejan comprender que no fué su siglo, por más que haya pasado, un envidiable modelo de virtudes, ni cosa digna el cambiarle por el que atravesamos, ó mejor dicho, que nos atraviesa á nosotros.

Como en aquella vieja comedia, que se llama «sueños hay que son lecciones» (mala y de autor desconocido), quisiera poder magnetizar á D. Ezequiel, y siquiera en sueños hacerle vivir en la corte de Justiniano y de Teodora.

¡Allí de la honradez y la energía de nuestro buen amigo! ¡qué sustos y qué desengaños encontraria en ese retroceso histórico!

Ciertamente: el imperio romano á primera vista podia juzgarse floreciente y feliz.

La gran sedicion á la que se dió el nombre de *Nika* (vencedor), motivada por las facciones del Circo llamadas de los «verdes» y los «azules,» y que redujo á cenizas una gran parte de Constantinopla, habia sido reprimida; los vándalos derrotados en Africa dejaban al general romano la histórica plaza de Cartago; la Sicilia era presa de las tropas de Justiniano, que invadian despues á Nápoles y se apoderaban de Roma, sembrando el terror en los godos, que al fin quedan subyugados; Vitigés cautivo; el terrible Totila derrotado y muerto; los Búlgaros rechazados de Constantinopla por un puñado de veteranos; Abyssinia conquistada; en fin, Belisario y Narces pasean-

do por todas partes vencedor el lábaro de Constantino; esta era la situacion en materia de guerra y de conquistas.

Por otra parte, los grandes monumentos aparecian como brotando de la tierra; la iglesia de Santa Sofía destruida por un incendio fué reconstruida segun el plano presentado por el famoso Anthemio, ocupándose en los trabajos más de diez mil obreros, y sin escasear ricos y extraños mármoles de todos colores que eran traidos á gran costo del Asia Menor, del Egipto, del Africa, de las Gaulas, de las islas y del continente de la Grecia; el bronce, la plata, el oro y las piedras preciosas se empleaban con profusion, y aquella basílica fué una maravilla. El palacio de Byzancio se reconstruyó con gran suntuosidad; por todo el imperio se levantaban soberbios templos; casi no habia santo en el calendario que no tuviese el suyo; todas las ciudades fueron dotadas de hospitales, acueductos, puentes; en el camino de Jerusalem se abrieron pozos para calmar la sed de viajeros y peregrinos fatigados, y se introdujo en el imperio la cría de los gusanos de seda, y todas las industrias consiguientes á este nuevo ramo.

Multiplicáronse las fortificaciones de la Europa y de la Asia de Belgrado al Euxino; del Sava al Danubio se encadenaban más de ochenta fortalezas. Seiscientos castillos fueron reparados, en Dacia, el Epiro, la Thessalia, la Macedonia y la Thracia; reparáronse los muros de las ciudades, y se levantó la muralla en Grecia, que comenzando en el mar atravesaba la Thessalia, cerrando esa en-

trada que habia sido el teatro del heroismo de Leónidas.

¡Hermoso era aquel cuadro! pero y bajo él ¿qué habia? La decadencia y la prostitucion.

«La imaginacion más fecunda, dice Renan, no podia «aumentar nada á los sombríos horrores que nos ofrece «la Historia Secreta» (de Justiniano por Procopio).

«Que se conciba una sociedad desnuda de sentimiento «moral, en donde la grosera avidez de naturalezas per-«versas sea la única ley; un infierno en donde reinan dos «funestos genios (Justiniano y Teodora) en nombre del «mal, que lo cultivan con arte, que lo aman por él y por el «placer que encuentran en hacerlo. Una venalidad inusi-«tada, una degradacion de costumbres apénas creible; el «robo organizado; ninguna seguridad personal; herido «siempre el buen sentido; la razon amenazada; Byzan-«cio trasformada tan pronto en una casa de locos como «en un espantoso lugar de asesinatos. Hé aquí la horri-«ble pesadilla que se desenvuelve en las doscientas pá-«ginas de ese escrito.»

Y no son estos, gritos de rabia ó de despecho de Procopio en sus «anécdotas,» ni narraciones indignas de fe. Montesquieu les da entero crédito, y el ilustre historiador Gibbon las acepta apoyándose en autoridades como las de Evagrio, Juan Malala, Theofano, Sonaras, y otros, y por ellas nos refiere lo que pasaba en Constantinopla.

Justiniano, criminalmente condescendente, se prestaba á todos los infames caprichos de su mujer Teodora, la im-

púdica comedianta de Chipre, y de sus corrompidos favoritos. Las rentas públicas eran el patrimonio de cortesanos aduladores; los monopolios, el fácil modo de pagar repugnantes servicios; los empleos y las dignidades se alcanzaban no por el mérito ni por la aptitud, sino por medio del cohecho y el soborno, por la vergonzosa condescendencia de una esposa ó una hermana, por el silencio y el secreto de una afrenta.

El palacio de Byzancio era un gran mercado de favores y de influencias, en el que Teodora, y su cómplice la prostituida Antonina, mujer del ilustre Belisario, de acuerdo unas veces, y en lucha otras con el prefecto del pretorio Juan de Capadocia, daban el ejemplo y el ánimo á toda aquella turba de parásitos insaciables.

La honradez era padron de infamia y motivo aun de persecuciones, porque presentando insuperable barrera para la complicidad buscada por los favoritos, acusaba con su silencio, no más, el crímen y la prostitucion.

La impunidad de los partidarios era espantosa. Una jóven se precipitó al Bósphoro por libertar su honra de la sensualidad de uno de ellos, y ninguno se atrevió á reconvenir al culpable. Tal era el terror que inspiraban, porque, como dice Aurelio-Víctor, «en reinados de esta clase es más peligroso atacar á un favorito que al emperador mismo.»

Juan de Capadocia, el prefecto del pretorio, se distinguia sobre todos. «Desde la aurora, dice Gibbon, hasta

«la hora de comer, trabajaba sin descanso por aumentar «á costa del imperio, su fortuna y la de su amo; dedica-«ba el resto del dia á sus placeres sensuales y obscenos, «y el temor perpetuo de asesinos ó de la justicia venian «á turbarle en medio de la noche.» Él fué quien sugirió á Justiniano la idea de la contribucion «del viento,» que no estaba establecida por ley ni tenia objeto determinado: el prefecto entregaba al emperador seiscientos mil pesos cada año, y era libre para reembolsarse esa suma por los medios que le parecieran convenientes.

Los tributos de las ciudades se aumentaron hasta el exceso, los impuestos al comercio de importacion y exportacion crecieron sin regularidad, y se llegó hasta las confiscaciones para aumentar el tesoro imperial, ó mejor dicho, de los favoritos de Justiniano y de Teodora.

En cambio la intriga minaba las más merecidas glorias. Belisario cayendo en desgracia por la envidia, abandona la Italia cuando iba á destruir completamente á Totila, y por las mismas intrigas muere despues en el mayor abandono, cuando acababa de salvar á Byzancio de los Búlgaros.

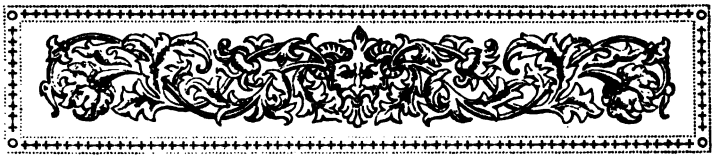
Pero..... ¿adónde vamos? basta de historia de Occidente; despierto ya á mi querido D. Ezequiel, y le pregunto:

—¿Es verdad que comparados con esos tiempos, se ven mucho mejores los que alcanzamos? No hay por que entristecerse. *Cosi va il mondo.*

No por esto se crea que D. Ezequiel pertenece al partido conservador ó reaccionario; no, Montes ha sido en la tribuna uno de los más firmes sostenedores de las ideas de progreso, y ya he dicho que entre nuestros oradores políticos, muy pocos cuentan con las dotes intelectuales y físicas de que D. Ezequiel dispone; lo que sucede es que la humanidad, colectiva ó individualmente, camina siempre, siempre como un borracho, vacilante, unas veces dando un paso atrás y dos adelante, deteniéndose para buscar el equilibrio, perdiendo el camino recto, yéndose para uno y otro lado, y muchas veces, cuando sin dudar, sin buscar apoyo, sin extraviar camino, marcha rápidamente y se cree que todo va perfectamente, ¡cataplum! da contra un guardacanton, y gracias si no queda sin conocimiento.

ALFREDO CHAVERO.

LIT N IRIARTE MEXICO.



ALFREDO CHAVERO

Cómo hiciera yo para no comenzar por el principio? Con esto me devano los sesos; que como tantos principios he tenido que poner, todos me están pareciendo ya iguales, y eso que con ser mis hijos tengo de verlos graciosos; pero el público, que no tiene en ninguno de ellos ni siquiera la paternidad que confiesa el caballero de la Tenaza, de Quevedo, puede quizá encontrarlos detestables.

No faltará chusco que me diga: «en poca agua te ahogas; recuerda la historia (que historia es y no cuento) de aquel sugeto á quien el médico advirtió que la primera cucharada de cierta medicina le sabria mal, pero ya no tanto la segunda ni la tercera, y entónces con mucha gravedad el enfermo dijo á sus amigos: «si la primera me ha de saber mal, buen tonto seré en no comenzar por la se-

Alfredo ha hecho bonitos dramas, pero dominado noblemente por el espíritu de patriotismo, ha querido poner en la escena á personajes como la reina Xochitl y Meconetzin, y con estos personajes nadie labra en México una reputacion, porque multiplica escollos que no se pueden vencer. Nuestra sociedad, nuestro pueblo, no tiene amor á sus tradiciones. De esto quizá tengan la culpa los escritores que buscan siempre por argumento de sus leyendas personajes de la Edad Média que aman y luchan en los fantásticos castillos de los bordes del Rhin, ó damas y caballeros de los tiempos de Orgaz y de Villamediana: los novelistas que se desdeñan de nombrar siquiera en sus obras las comidas, los trajes y las costumbres de nuestra sociedad; que sueñan dar un corte aristocrático á sus novelas, fingiendo en México escenas parisienses y dibujando clases sociales que han visto al través de las páginas de Arssenne Houssaye, de Emilio Zola, de Henry Bourger ó de Ponson du Terrail; y nuestros poetas que hablan siempre de ruiseñores y de alondras y de gacelas y de jacintos, sin atreverse nunca á dar lugar en sus endechas ni al cuitlacoche, ni al zenzontle, ni al cacomite, ni al yoloxochitl.

Por eso un argumento mexicano, sobre todo si es de los tiempos antiguos, hace rodar el mejor drama. En Francia, la figura histórica de Clodoveo con su larga cabellera y de sus soldados con las cabezas rapadas, causa entusiasmo patriótico, y Guatimoc en la escena, en

México, no ha podido nunca sobrevivir. Una novela en que se hable de la calle de Olmedo ó del Puente de Monzon, provoca risa, y corre la triste suerte del «Capitan Rossi,» de Niceto de Zamacois, ó de las «Ironías de la Vida,» de Pantaleon Tovar.

Por eso es disculpable Luis Gonzaga Ortiz, que fecha en Sorrento, en Portici, en Nápoles ó en Venecia, poesías escritas entre los bastidores del Teatro Nacional; por eso es perdonable que algunos escritores se firmen el *Duque Job*, *Raoul* ó simplemente *Moi*, y que llenen columnas enteras con palabras francesas ó galicismos; que nadie diga ramillete sino *bouquet*, sello sino *timbre*, y gracia, gusto ó garbo sino *chic*, y que hasta Agustin Cuenca diga *reverie* y no ensueño ó delirio.

Las cosas de México, parece que les caen mal á las gentes de México; por eso Alfredo Chavero ha encontrado tantas dificultades y ha podido apénas salvar del naufragio á Quetzalcoatl y á la reina Xochitl. Ha querido mexicanizar la escena en México, y su gran mérito no está sólo en eso, sino en que no se desalienta, y ya lo veis, puede decir como Lope de Vega,

> «Que más de ciento en horas veinticuatro
> Pasaron de sus manos al teatro.»

En arqueología Chavero es terrible; ese calendario mexicano le ha sacado, como decian nuestros padres, *canas verdes;* un bajo-relieve de la piedra de los sacrificios

le arranca de sus casillas, y es capaz de estarle contemplándolo tres horas, en las cuales se mete á la nariz veinte onzas de «Perrique» y cuatro libras de «Civette.»

Como los árabes tienen su egira, los cristianos su éra y los rusos su calendario sin la correccion gregoriana. Chaverito tiene su era y su cronología particular. Nada le importan la edad eolítica ni la neolítica, ni el período jurásico ni el cretáceo; él cuenta y divide sus períodos de una manera peculiar y accesible para nosotros los profanos en las ciencias geológica, arqueológica y paleontológica.

Dice, por ejemplo, tratando de arqueología: en las mocedades de D. Manuel Payno (hablando del hombre preadamita); á la Corte de Justicia le llama el yacimiento de Saldaña; de los hombres como Guillermo Prieto, como Ignacio Ramirez y como Ramon I. Alcaraz, dice que son de la capa geológica de Guillermo Valle; á los soldados como Corona, como Loaeza y como Escobedo les dice formaciones plutonianas; á los productos de las aduanas marítimas les llama formaciones neptunianas; le llama la edad de piedra al tiempo en que lo eligieron diputado; á las clases pasivas del presupuesto y á las viudas pensionistas les llama fósiles; megaterios á los proyectos de códigos, iguanodontes á los presupuestos, y plesiosáuros á los usureros. Cuando dice: *ántes de la creacion*, entiéndase que se refiere á los dias en que aun no habia sido gobernador del Distrito, y si dijere: *despues de Cristo*, de-

berá suponerse que habla de una época posterior á su permanencia en el Ministerio de Relaciones; y cuentan por fin que es tan hábil para comprender los geroglíficos, que ha descifrado toda la historia de Xochimilco en las huellas que dejaron las viruelas en el rostro de un hijo de esa poblacion.

Chavero no necesita de museo; en los barrancos de las calles lee las Ordenanzas municipales y en las tinieblas que envuelven á la ciudad por las noches adivina la ilustracion de los Ayuntamientos.

Lo único que se ha escapado á las sábias investigaciones de nuestro amigo, es el orígen que tiene la costumbre municipal de no cuidar de los paseos, y el objeto que se propone el Ayuntamiento al dejar sin agua á muchos barrios de la ciudad.

Sobre esto parece que va á escribir una obra intitulada: Quejas de una prensa terciaria en una edad primaria, contra un Ayuntamiento arco-político. El argumento se reduce á un proverbio antiguo que dice: «Hazte sordo y no hagas caso aunque te hablen por tu nombre.»

¡Oh poder de la ciencia arqueológica! ¡y cómo descubre, desenvuelve, desentraña y desenmaraña los más ocultos é intrincados misterios de las edades pasadas, con sólo el feliz descubrimiento de un boton, un limpiadientes ó una navaja de afeitar!

Encuéntrense ustedes, lectores, una de esas piedras,

que tan comunmente se hallan al hacer una excavacion en México, un trozo de roca en donde toscamente se miran grabadas ó en relieves horribles é informes figuras, mándenla usdes lavar y preséntensela á Chavero.

Alfredo arrugará los ojos, dará un buen sorbo de rapé, pondrá luego ambas manos atrás, y sacando todo lo más que pueda el abdómen, os espetará una bonita disertacion: «el pasaje que representa la piedra es muy conocido; «figura un episodio de la gran guerra entre los *atepocates*, «pueblos belicosos del Sur del Anáhuac, y los *escuincles* sus «rivales, y en la que definitivamente fueron vencidos los «últimos. El personaje que está en pié es *Chilpocle XI*, de «la dinastía de los *Chacualoles*, que por muerte de su padre «*Chichicuilote III* heredó el trono estando en la infancia, «y durante su menor edad fué regente su madre, la fa«mosa reina *Apipisca II*, la Semíramis de Tepechichilco. «El personaje que está de rodillas es *Chayote V*, infortu«nado monarca de los vencidos, que debió la pérdida de «su imperio á la traicion de su consejero *Chincual* que es el «que está detrás de él. Los dos sugetos que están cerca «del vencedor, son su hijo, que fué despues el célebre «conquistador *Cacahuate II*, y su consejero el ilustre his«toriador y filósofo *Guajilote*, por sobrenombre llamado «*Chicuase*, con motivo de tener seis dedos en la mano «izquierda, y que fué quien escribió la crónica de la su«blevacion y destruccion de la tribu de los *mestlapiques*. «Esos signos estrellas de dos picos que se ven en la

«parte superior, son las armas del fundador de la dinas-
«tía, *Chahuistle el Grande*, y esta piedra está labrada en
«el siglo de oro de las artes, de los *atepocates*, cuando
«figuraron entre sus escultores el insigne *Ajolote*, entre
«sus pintores el famosísimo *Tlecuil* y entre sus arqui-
«tectos el célebre *Huausontle*.»

Sin ofender, por de contado, á Chaverito, ni á ningun otro de los arqueólogos pasados, presentes ó futuros, digo que sobran quienes crean todas estas explicaciones, sin duda porque de tan buena fe se dicen como se escuchan, y siempre será verdad aquello del poeta latino que dijo:

«*Si vis me fluere dolendum est tibi primum.*»

¡Qué tragaderas tiene la humanidad! eso de «comulgar con ruedas de molino,» que canta el refran, se hace diariamente en todas partes del mundo. La interpretacion de la escritura *ideográfica*, más que en la *representacion directa*, en el *simbolismo*, es cuestion grave, y sin embargo, hasta en la caprichosa figura del *tatuage* con que los Maoris de la Nueva-Zelanda se cubren el rostro y la mayor parte del cuerpo, el sabio aleman Wuttke encuentra un verdadero libro, quizá con su respectiva foliatura.

Y con qué tupé (como diria un español) nos traduce Maspero un gran trozo de las instrucciones que el rey de Egipto de la duodécima dinastía, Amon-em-ha t I, daba á su hijo y sucesor Ousor-te-sen I, ó parte

de una descripcion de los artesanos escrita en ese mismo tiempo. La seguridad me admira con que desde Champolion, ¿qué digo? desde Horodoto, Diódoro de Sicilia y Manéthon sacerdote en la ciudad de Theb-noutzi en el Delta del Nilo, hasta Maspero, Mariette y Lenorman, hablan de las treinta y una dinastías egipcias que comienzan en tiempos, así no muy remotos, cinco mil cuatro años ántes de la éra cristiana, y nos dicen con la mayor sangre fria que el primer rey, Mena, ó Menes, como le decian los griegos, arregló el curso del Nilo, como si nos contaran de cómo se formó un boulevard en Paris en tiempo de Napoleon III.

Pero en esto no hay más que creer, y creer so pena de echarse encima á todos los sabios, literatos, aficionados, ilustrados, etc., etc., que forman en el mundo una muy respetable agrupacion.

Y como yo no quiero la enemistad de nadie, creo y confieso de la misma manera en Rama y Cita de Valmyki, que en Papi II, llamado por Manéthon, Nofer-ka-Rá, de la undécima dinastía egipcia, que reinó cien años (envidia de reyes y gobernantes), que en el cacique *Chochocol III*, y su mujer *Zempasuchil II* de que nos hablaria el Lic. Sanches Solís, si ocasion para ello le diéramos, ó en el rey *Abuautli* y en la princesa *Tlatlaoyo*, cuya historia nos referirá Chaverito el dia ménos pensado, ó nos hará tomar en forma de drama.

Ultimamente hizo representar Chavero una comedia

suya intitulada «Los amores de Alarcon.» Con toda imparcialidad digo que la pieza me parece buena, quizá la mejor de las que el autor ha escrito: los caractéres y las costumbres de la época están bien estudiados y comprendidos, el lenguaje es castizo y corresponde perfectamente á la fecha en que se supone la escena. No agradó, ¡injusticia! Fué esto á mi juicio porque el público no estaba á la altura de la pieza, ó quizá porque en el mejor paño cae la mancha. Alfredo á pesar de todo no se desconcierta: bien hecho.

JOAQUIN TELLEZ.

LIT. P. IRIARTE, MEXICO.

JOAQUIN TELLEZ

No conoceis. . . . ? no hay que alarmarse, no voy á decir:

¿No conoceis á Laura? como Selgas, sino que digo: ¿no conoceis la historia del asno de Apuleyo? Seguramente que sí, á lo ménos el argumento, en una comedia que se llama «La Almoneda del Diablo;» pero me hace tanta gracia ese cuento, que no puedo resistir al deseo de decir algo sobre él, acompañando la relacion con su respectiva moraleja.

Pues cuenta el hombre, que un jóven llamado Lucio, llevado por sus negocios á Tesalia, se alojó en la casa de un viejo cuya mujer era maga de primer órden. Lucio (no el médico, sino el del cuento), quizá por aprovechar el tiempo ó porque como dijo un sabio: el hombre es fuego, la mujer estopa, y viene el diablo y sopla, en un

quítame allá esas pajas, contrajo relaciones amorosas con Fotis, criada de la casa, ó doncella como la llaman los españoles á pesar de Quevedo.

La cosa era muy natural; él era hombre, ella mujer, y el diablo debe de estar soplando todo el dia en casa de una hechicera.

Lucio, que entre todas sus buenas cualidades tenia la de ser curioso, consiguió que la doncella (de labor) lo llevara á espiar por la hendedura de una puerta á la señora de la casa, que untándose cierta pomada se convertia en lechuza y se echaba á volar por esos mundos sin temor del prójimo, como noticia de periódico.

El galan comprometió á la muchacha á que lo introdujese á la cámara de la bruja, y como es un hecho que todo lo vence el amor, ella condescendió, y Lucio, que por lo visto era muy frágil para las tentaciones, no pudo resistir á la de ungirse como la vieja para trasformarse en ave. Pero ¡oh dolor! como diria el padre Burguichani, *trastrocó* los frenos, segun la expresion de los rancheros, tomó un bote por otro, se ungió, y quedó convertido en asno.

Hé aquí, lectores, ni más ni ménos, lo que me ha sucedido. Habréis extrañado, porque estoy seguro de que lo habeis extrañado, que durante tantos dias haya dejado de escribir ocupándome de los hombres que en esta tierra emprenden el bloqueo ya que no el asalto al Parnaso, pretendiendo rendir á las musas por hambre cuando no

pueden conquistarlas como Sai á la capital de la Persia en los tiempos de Omar.

Pero esa ausencia ha consistido en que equivocando los brevajes, en vez de seguir mi tranquila prosa metíme á poeta, y el resultado fué la huelga de las musas.

Hoy vuelvo á la carga y á preguntar: ¿no conoceis á Joaquin Tellez? Pues Joaquin Tellez es uno de nuestros poetas más inspirados y más fecundos; pero como sucede constantemente, los sucesos de la vida pública y privada influyen sobre el carácter del individuo, el carácter influye sobre las musas, las musas sobre los versos, y éstos en la popularidad de cada meritorio de la Castálica oficina.

Enfermedades, desgracias de familia, ingratitudes de los Gobiernos y contrariedades sin cuento en la política, agriaron el carácter de Tellez que sin todo esto hubiera sido un poeta festivo de gran valia y un gran escritor satírico y chispeante.

Pero casi tiene abandonadas á las nueve hermanas de Apolo, y nada más de cuando en cuando, como las fiebres intermitentes, suele dar señales de vida literaria con beneplácito de sus amigos.

Cero cree que debe sacar del olvido en que ahora yace el nombre de Tellez, y á fe que lo merece, siquiera por la novedad con que presenta siempre sus pensamientos.

Joaquin Tellez ha sido para nuestra literatura lo que son en la diplomacia aquellos que conservan los archivos

de una legacion, durante el tiempo en que una guerra interrumpe las relaciones amistosas, y ha permanecido al lado del altar en que se apagó el fuego sagrado que nuestros poetas encendieron en la academia de Letran y en la primera época del Liceo Hidalgo, con Lacunza, Granados Maldonado, Alcaraz, Ramirez, Gonzalez Bocanegra, Félix Escalante, y otros, hasta que volvió á levantarse la llama muchos años despues con Pimentel, Mateos, Rodriguez y Cos, Anselmo de la Portilla, Peredo, Ramirez, Prieto y Riva Palacio.

El Liceo Hidalgo cerró sus puertas por segunda vez, y Tellez, inconsolable como la viuda de Mausolo, vaga tristemente por las tardes en los ya abandonados jardines de la Plaza de la Constitucion.

¡Cuánto diéramos por oir una de esas lamentaciones en que Joaquin Tellez y su buen amigo Rodriguez y Cos pasan como en revista las notabilidades literarias de estos calamitosos tiempos!

—«Ya ve usted, dirá Tellez, el estado de postracion á que ha llegado nuestra literatura; nadie se ocupa ya del estro sino de los negocios; de todos nuestros literatos, los que no han muerto se han dado de baja ó están retirados á dispersos. El Liceo Hidalgo, si llegara á reunirse, presentaria el aspecto del cuartel de inválidos de Santa Teresa á la hora de tocar lista.

«Oiga usted no más: Ramirez, muerto; Prieto, con una inspiracion tan poderosa entreteniéndose en escribir

la musa callejera que no le trae honra ni provecho; Pimentel, estudiando á solas léjos de la capital y diciendo quizás como Scipion: ingrata patria, no tendrás tú mis huesos; Alcaraz, aprendiendo á orador en la escuela de sordo-mudos; Mateos, consagrado á los negocios despues de habernos dado como despedida en el teatro una coleccion de aves, la blanca, la negra, y quién sabe cuántas otras; Justo Sierra, metido á positivista y á catedrático de historia; el Dr. Peredo, perdido; figúrese usted que lo han hecho miembro de la Academia Mexicana; ¿y usted y yo? nadie nos hace caso, ni nosotros se lo hacemos á nadie. Desengáñese usted, los dioses se van.

«No es posible que haya un hombre que piense en componer un poema, cuando puede conseguir que lo nombren Inspector de un ferrocarril; ni quien escriba una oda cuando le pueden escribir una credencial de diputado; ¿quién ha de llenar tres columnas de un periódico con una leyenda como la de Juan de las Peñas que yo compuse, si tiene más cuenta incensar al Gobierno ó deturpar á los gobernantes, que al cabo todo viene á parar en dinero? ¡Qué locura será firmar una letrilla cuando se puede firmar una póliza! ¡Qué insensatez la de contar las sílabas cuando en más breve tiempo se puede contar una quincena!

«Quédese para los tontos y para nosotros los retirados, ocurrir mejor al Liceo Hidalgo que á la cantina del Globo ó á la casa de Messer. ¿Quién canta ya á Laura,

á Elvira, á Lesbia ó á Felisa y consume su tiempo en platónicos amores, habiendo de sobra tantas que llevan un nombre de combate y con quienes se baila y se divierte, sin fastidiarse escribiendo sonetos y madrigales?

« Ni cómo puede llamarse ilustrado y literato á quien extraña en la comedia á Breton, en la tragedia á Quintana, y en la ópera á Rossini, á Bellini, ó á Meyerbeer, pudiendo instruirse y gozar con La Marjolaine, La Mascotte ó Le jour et la nuit?

« La poesía va ganando á cada momento en fuego y en expresion; aquellos versos sentidos y caballerescos que eran nuestras delicias hace pocos años, aquellos arrebatos patrióticos que nos conmovian, han desaparecido, y como en las trasformaciones de los teatros, *la dama* y *la patria* se desvanecieron y no quedan más que *la hembra* y *el presupuesto.*

Antes á una mujer se le decia con Quintana así:

¡Ah Célida! Quien sepa
En esa faz tan nítida y tan bella
Buscar, hallar la imperceptible huella
Del triste afan que dentro te consume;
El que presente te respete y llore
Por volver á tus piés cuando esté ausente,
Si siente al fin como mi pecho siente;
Ese te ame feliz, ese te adore.

« Ahora se le dice á una mujer: yo te quiero dar veinte mil besos, y morderte los carrillos, y pellizcarte los bra-

zos, y hacerte cosquillas, y gozar contigo hasta saciar todos los deleites del amor.

«Áteme usted esos cabos; ¡qué respeto á las damas y al público!

«Antes se le decian á la patria cosas como ésta que dijo el gran Quintana, despues de la guerra con los franceses en 1808:

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza:
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¡Qué importa! ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros ínclitos mayores?
"¡Salud, oh padres de la patria mia,
Yo les diré, salud! La heróica España
De entre el estrago universal y horrores,
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino."

«Hoy con la mayor frescura se publican sonetos á la patria como este de Ipandro Acaico á quien todos conocemos:

Desventurada raza mexicana,
Mandar no sabe; obedecèr no quiere;

Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza abatirá mañana.

Victoriosa faccion republicana,
No goces, no; Maximiliano muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Despues del que hora sacudir te plugo
Con infanda traicion, otro más grave
Romperá tu cerviz sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo
Y roja tumba á sus señores cave.

—«Tiene usted mucha razon, ha de haber exclamado Rodriguez y Cos; los tiempos están cambiados, y los dioses no se van, porque ya se han ido.

—«Evidentemente, continuaria diciendo Joaquin Tellez, no estamos en la época de la literatura ni de la poesía. Medir versos para recibir desengaños no puede halagar á quien tiene facilidad de medir kilómetros para recibir una subvencion. El libro es imposible, porque, en lo general, los literatos somos pobres y no podemos imprimir por nuestra cuenta; los editores son más escasos que el ave Fénix, y á fe que tienen razon; gástese vd. dos ó tres mil duros en imprimir una novela de Juan Mateos, las obras dramáticas de Chavero ó las poesías de Justo Sierra, para que los que tengan deseos de leer, presenten como moneda corriente la gratitud y pretendan adquirir

las obras á cambio de un apreton de mano. ¿Qué editor, aun pudiendo, lleva el heroismo á tal sublimidad?

« En cambio, nos inundan las imprentas del extranjero con novelas de Fernandez Gonzalez, de Perez Escrich ó de D. Pascual del Riesgo. El papel para las impresiones es malo y caro, porque en la escuela económica de nuestros gobiernos se ha adherido como un pulpo, el pensamiento *ilustrado y progresista* de proteger á los fabricantes de papel, y ¡á costa de quién! .... de la literatura nacional; porque las ediciones mexicanas tienen que salir caras y malas como es el papel; las extranjeras buenas y baratas, y el público de nuestra patria, poco afecto á lo que produce el país, todo viene á dar como preciso resultado que el pobre autor ande con sus manuscritos de la casa de un editor á la de un amigo, á las antesalas de los Ministerios y á las redacciones de los periódicos, buscando un modo de poder dar á luz sus obras, porque el precio del papel, *gracias á la proteccion á la industria nacional*, necesita escritores millonarios, ó editores pródigos.

« La literatura se refugia en el periodismo: ¡ay amigo! ¡y lo que pasa en el periodismo! ....

« Un periódico significa un contrato entre el editor y el Gobierno, ó el editor y los suscritores. En el primer caso acontece aquello que por nuestra tierra se llama entre el vulgo comprar un valiente. El Gobierno dice: yo te ayudo y tú me defiendes, y el editor traduce: tú me pagas, y yo hago lo posible por no comprometerme.

« En el segundo caso el editor le dice al público: cómprame el periódico y te prometo ser independiente. Y el público traduce: yo pago un peso cada mes para ver todos los dias á nuestros gobernantes como chupa de dómine.

« Una vez establecido el periódico, se contrata el cuerpo de redaccion y se organizan los trabajos.

« Todo periódico se divide en cuatro partes: editorial, llenos, gacetilla y avisos. No pongo de quinta parte el folletin, porque ese es como las cortinas de los balcones, puro adorno.

« El editorial debe dar su color al periódico. Si éste es subvencionado, el editorial debe ser una constante alabanza, todo conforme á las costumbres de China, porque en el Celeste Imperio, patria imaginariamente adoptiva de un señor Caravantes, se dice siempre que todo magistrado es íntegro, todo orador elocuente, todo poeta inspirado, toda medida del Gobierno sábia é ilustrada, toda desgracia inmerecida, y que los sabios de aquel dichoso país tienen obligacion de borrar en cuanto documento leyeren, todo lo que pueda atacar la reputacion, eclipsar la gloria ó manchar el buen nombre de los emperadores y mandarines.

« No de otra manera se guisan aquí las cosas. En un editorial de periódico subvencionado en la patria de Moctezuma, y en el año de mil ochocientos ochenta y dos, pululan y hierven los héroes, y los sabios, y los magnánimos, y los virtuosos, y no hay disposicion que vaya

fuera de acierto ni proyecto en que el «éxito más completo» no corone de gloria al iniciador.

Si es periódico independiente, entónces ¡ancha Castilla! á vuelta de cuatro números no queda títere con cabeza, ni hay gobernante que tenga buenas intenciones, ni administrador de los fondos públicos que no se revuelque en el fango del cohecho y del peculado, ni antecedentes gloriosos que salgan ilesos de aquellas flechas, ni nombre que valga la pena de mentarse con respeto en el extranjero.

Los hombres públicos que forman parte de la administracion, quedan tales entre las garras de uno de esos periódicos, que no hay lugar sano por donde tomarles, y á juzgar de nuestras cosas y de nuestros hombres por estas producciones, en nacion extraña, preciso será declarar que la República es un caos y que todos nuestros gobernantes han sido, son y serán fieras tan repugnantes, que Claudio, Neron y Calígula no les llegan al tobillo en materia de maldades y desaciertos.

Para combatir una eleccion presidencial, se pone en duda hasta la nacionalidad del candidato, y por atacar á un ministro de Estado se levanta una cruzada en favor de una nacion que lucha con nosotros por cuestion de límites.

Se hiere á un ministro de Fomento porque tiene empeño en atraer la colonizacion; el establecimiento de un Banco se declara peligro de la independencia nacional;

la reorganizacion del ejército, arranca un grito de indignacion; los establecimientos de Beneficencia traen sobre el Secretario del Interior el anatema más espantoso; se pinta á la patria al borde del precipicio; se agotan los colores de la paleta para figurar la tempestad más deshecha,

> Y el mundo en tanto, sin cesar navega
> Por el piélago inmenso del vacío.

Pasemos á la gacetilla. La gacetilla debe de tener las condiciones de la buena granizada, segun dicen los rancheros: tupida y maciza.

Es necesario dar muchas noticias y todas de sensacion, aun cuando sean falsas y aun cuando nos hagan aparecer como una nacion de bárbaros ante el mundo civilizado.

Para esto, surtidoras fuentes son la crónica de los tribunales, los partes de policía, los pronunciamientos verdaderos y supuestos, y los «siniestros» que diariamente «ocurren.» Una madre que ha devorado á seis de sus hijos, da materia para un buen párrafo. Por supuesto que la tal madre fué una rata que se comió sus crías por falta de otro alimento; pero se cambia el teatro y se varían los personajes, y al dia siguiente corre de boca en boca la noticia de que en el puente de Chiribitos, una mujer, llamada Leona Ratajo, ha devorado á toda su familia.

Todo cabe en la gacetilla y de todo hay necesidad de hablar. En cualquier matrimonio, al marido se le llama *el distinguido amigo nuestro*, y á la novia *la bella y virtuosa*

señorita, deseándoles siempre *una eterna luna de miel*, aunque esto no le importe al periodista ni á los conocedores prácticos de los almíbares de esas lunas.

Toda defuncion se anuncia como si se copiara la lápida: *tierno hijo*, *amante hermano*, *inmejorable esposo*, *virtuoso padre*, *eminente ciudadano*, sin faltar por supuesto lo de *séale la tierra leve*, deseo que no puede estar conforme con las intenciones del sepulturero, del Consejo de Salubridad y probablemente con las de los herederos, si el difunto ha legado algunos bienes terrenales de aquellos cuyo aborrecimiento nos predican siempre los ascéticos.

En la gacetilla es necesario tratar á todo el mundo con confianza, aunque no se le conozca; por ejemplo, jamas ha visto el gacetillero á D. Pedro Diez Gutierrez, gobernador de San Luis, ó si le trata es siempre con el mayor respeto; pues bien, se habla de una escuela en la capital del Estado, y se suelta un párrafo del tenor siguiente:

« *Escuelas.*—Ayer se ha inaugurado una escuela dotada «con todos sus útiles en San Luis Potosí, merced á los «esfuerzos del gobernador.

«¡Bien, Perucho!»

Y se preguntará: ¿quién es este Perucho á quien tratan con tanta confianza? Pues es ni más ni ménos que el primer magistrado de aquella entidad federativa.

Dice otro párrafo:

« *Seguridad pública.*—Segun las noticias de nuestros cor-

«responsales, es completa en todo el Estado de Puebla.

«¡Hurra por Juanillo!»

Pues este Juanillo es el señor general D. Juan N. Mendez, respetable no sólo por su posicion social sino tambien por su edad y por sus méritos.

El dia ménos pensado sale un periódico diciendo:

«Pepe Vigil y Nacho Vallarta, en union de Peredito, «van á escribir la historia de Nacho Comonfort, que se «publicará en la imprenta de Pancho Diaz Leon, con «prólogo del viejo Ramirez, y dedicada á Porfirio.

«Se recibirán las suscriciones en la imprenta de Filo-«meno, y si se quieren hacer envíos fuera de la capital, «bastará entenderse con Navita ó advertirlo en la ala-«cena de Martinez.»

Usted comprenderá que todas estas confianzas son peores que las de casa de vecindad; pero ¡qué! la gacetilla que mejor imita á una *casera* es la más apetecida y la que más se vende.»

Despues de una larga tirada, Tellez toserá magistralmente, quedará un momento en silencio y seguirá diciendo:

—«¡Qué cosas? ¡Y qué maltratada anda la literatura en los periódicos! Yo he visto hace muy poco tiempo, dos meses, un párrafo que he aprendido de memoria:

«*Curioso.*—El palacio de la primera exposicion veracru-«zana ha sido fabricado en miniatura por un hábil é in-

«teligente industrial, bajo una rigurosa escala de medio «centímetro por metro.

«Sabemos que próximamente se enseñará en algunas «redacciones para que la prensa emita un juicio imparcial «sobre la obra á que nos referimos.»

«Realmente al que debian de pasear por las redacciones, seria al autor de este párrafo; en él dice lo que no quiso decir, y lo que quiso no lo dijo; pues nadie deja de entender que lo que se ha hecho en miniatura es el verdadero palacio, y no un modelo como quiso decir el gacetillero.

«Y versos de este corte que valen bien la pena de aprenderlos de memoria como lo he hecho yo.

Adios. . . . . Yo te perdono,
Mi alma no te implora,
No puede despreciarte,
Y ménos olvidar;
Pero tambien te digo. . . . .
Que esa alma no te llora
Que se conserva altiva. . . . .
Que tu desden no adora. . . . .
Y todos los desprecios
Los sabe perdonar.

«Nada, no hay que acumular citas, abundante pasto pueden dar para estas críticas muchos de nuestros periódicos; pero nadie se toma el trabajo de escribir una crítica literaria, quizá porque á nadie le importa el asalto de los nihilistas al Parnaso, ó porque como todos bus-

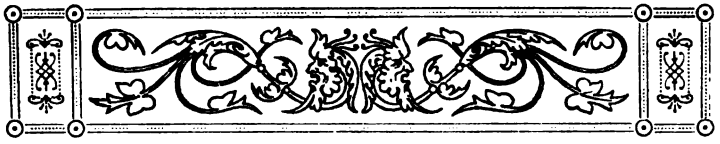
can provecho, nadie quiere buscarse malas voluntades.»

De seguro que todo esto dirá Joaquin Tellez; y lo dirá, porque una de sus cualidades como literato ha sido la franqueza. Jamas he oido á Tellez hacer una alabanza á un mal verso, y le critica sin compasion en las barbas de su autor, por más que éste sea una persona á la que Tellez le merezca gran cariño. Mucho hubiera ganado la literatura mexicana si Tellez no hubiera perdido su aficion al periodismo, y hubiera fundado y escribiria un periódico crítico puramente literario.

La ocasion hace al ladron, dice el refran; pero tambien el ladron hace á la policía; la impunidad forma á los malos literatos que faltan al respeto al público, haciendo imprimir lo que ni siquiera deberian haber escrito; pero esta plaga hará nacer el correctivo. Vamos andando.

JUAN DE DIOS ARIAS.

LIT. H. RIAART. MEXICO



JUAN DE DIOS ARIAS

Juan de Dios Arias merece un artículo, porque como escritor y periodista satírico ha tenido su gran época, en aquellos dias terribles en que la prensa, la tribuna y la guerra eran los múltiples terrenos en que libraban terribles combates los partidarios de la reforma y sus obstinados enemigos, en ese tiempo en que la discordia civil enardecia las ánimos de tal manera, que desde el hogar doméstico hasta el campo de batalla se desconfiaba, se luchaba y se odiaba.

Arias pertenece al partido progresista más avanzado: esta circunstancia por sí sola no constituye un motivo de alabanza, porque todos los partidarios de buena fe son dignos de respeto, cualesquiera que sean sus ideas; el credo político es cuestion de apreciaciones, es una forma de patriotismo, que en último análisis viene á con-

vertirse en la creencia de que por tal camino, mejor que por tal otro, se puede llegar á la felicidad pública, estableciendo el gobierno más adecuado á las tendencias del pueblo, la administracion más conforme á las exigencias nacionales, y una política más conveniente á las costumbres y al modo de ser de una sociedad.

Pero Arias no sólo ha sido un partidario constante y atrevido, en cuyo caso no hablaríamos de él, que la política no nos llama la atencion, sino un periodista popular y afortunado, y esto es lo que le hace caer en nuestras manos.

Juan Arias se formó solo, y esto sí es un gran mérito. En México tienen la costumbre todos los que de alguna manera figuran, y que son la rama de una familia pobre, de decir que se han «formado solos,» aquilatando con esto los méritos que han sido parte á su elevacion, y buscando siempre algo de ese reflejo fantástico que realza tanto las proporciones de hombres como Nerva, Sixto V ó Lincoln; pero esto generalmente no es más que una vanagloria, y tan vana como la de los que hablan siempre de nobilísimos y distinguidos parientes que, ó no existen ó no tienen con ellos más vínculos que los que reza el entremés de los «Remendones:»

«De que una abuela con otra
«Vienen á ser dos abuelas.»

Se forma solo, un hombre, cuando no cuenta para su

educacion con el Estado, con un pariente rico, ó con un generoso protector que le alimente y le dé todo lo necesario; cuando como Rodriguez Puebla, el famoso Rector del Colegio de San Gregorio, niño pobre y desvalido tiene que pedir prestados sus libros á los colegiales para ir durante la noche á estudiar á la luz de los hachones de los puestos de los mercados, trabajando durante el dia para ganar el sustento: pero entre nosotros, lo más comun es que el Estado ó el Clero tomen por su cuenta á estos niños desvalidos y sean su Providencia, hasta el dia en que obtienen el título de una carrera profesional ó un empleo para ganar la vida. Estos, cuando llegan á hombres, cuando de alguna manera hacen algun papel distinguido en la sociedad, no pueden sin ingratitud, decir que se han formado solos, ni adornarse con la corona del atleta vencedor, porque no han tenido que sostener esa doble y fatigosa lucha por la existencia y por el saber.

Juan Arias desde los trece años de edad necesitó ganar su vida y aprovechar el tiempo del descanso en la instruccion; y notables aptitudes debe poseer cuando ha llegado á distinguirse como periodista y poeta, y aun ocupar una Secretaría de Estado.

Arias redactó un periódico satírico, *La Pata de Cabra*, que tuvo tan gran popularidad, que, pasados ya muchos años, no faltan quienes lo recuerden con gusto. Como historiador, su «Reseña» sobre las campañas del Ejército del Norte, está llena de datos interesantes; y eso que

puede decirse que fué escrita á paso de carga: se creyó necesaria la publicacion de la obra en un tiempo dado, y no hubo remedio; á llenar pliegos y á dar trabajo á la imprenta.

Juan Arias pertenece ya á los veteranos de la prensa: de sus compañeros, de sus contemporáneos en el periodismo, la mayor parte han tomado cuarteles de invierno, y él sigue impertérrito escribiendo ya serio, ya jocoso, segun se le presenta la oportunidad. Durante su vida periodística, ha fundado catorce periódicos, muchos de los cuales han tenido larga existencia, y colaborado en la mayor parte de los que se han escrito en la capital de la República.

En los aciagos dias de la Intervencion, Arias se vió obligado á permanecer una temporada en México, y escribió en dos periódicos republicanos, *La Sombra* y la famosa *Orquesta.* En sus escritos se ve el reflejo de la prensa de los tiempos de Pancho Zarco, de Joaquin Tellez, de Alcaraz y de las mocedades de Don José María Iglesias.

Arias se ha distinguido por su honradez; habiendo ocupado elevados puestos, vive ahora en una humilde medianía. Tiene grandes aptitudes que no ha querido aprovechar: es pintor y músico, sin que de esto haya sacado nunca provecho: es uno de esos hombres que no son de este tiempo; por eso la pasa en la oscuridad.

Arias tiene conmigo un punto de contacto que me hace profesarle más cariño: su aficion á la comedia. Breton

de los Herreros es su gran autor; rie con él cada vez que toma una de sus comedias entre manos, y á fe que le sobra razon.

La comedia es el verdadero cuadro de las costumbres en la escena. Si como se ha dicho siempre, el teatro sirve como escuela de moral práctica, encomiando á la virtud y haciendo odioso al vicio, realmente ni el drama ni la tragedia pueden cumplir esta mision. Los vicios que tenemos los hombres civilizados del siglo XIX, no son los que pintan los dramas y las tragedias, salvo casos excepcionales; y por eso no es fácil corregirlos presentando á Valero, á la Cairon, á Arjona, á Catalina, á Vico, ni á Rossi ni á Boot.

¿Quién busca la enmienda en un trilogio de Esquilo, en la Orestiada por ejemplo, y ve á *Agamenon*, las Keophoras y las Euménides para quitarse la tentacion de matar á su madre, digo, á su propia madre? ¿Quién deja de estar enamorado de una muchacha cuyo padre (como todos) se opone al *trapicheo*, porque ve representar á *Don Álvaro ó la fuerza del sino?* Ni todos los enamorados salen entónces figurándose que van á matar al padre y al hermano y al otro hermano parando por fin en tirarse de cabeza de la torre de Catedral, ó cuando ménos arrojándose en alguno de los barrancos con que el Ayuntamiento tiene adornadas las principales calles de la ciudad.

Pero se dirá: « Hay dramas como *El Gran Galeoto* que pintan las costumbres sociales modernas como ellas son,

y no ocurren á cuadros fantásticos como *La muerte en los labios*, *En el puño de la espada*, ó *La conjuracion de Venecia.*» Sobre esto hay mucho que decir, porque realmente, *El Gran Galeoto* lo único que podrá curar será el derecho de juzgar las acciones ajenas, porque los personajes, el desenlace del drama y los episodios, todo está hecho para uso particular del autor, para poderse servir á su gusto, como dicen las recetas de cocina: *caliente y en la propia tortera.*

La comedia critica y burla, más que crímenes, que no se impiden con versos, costumbres de sociedad y pequeños vicios que, sin ser infraccion de leyes divinas ó humanas, molestan al prójimo, como decia el filósofo Heineccio, *más que una arena dentro de un ojo*, y que pueden fácilmente corregirse, con la agudeza de un chiste, con un verso fácil pero significativo, que los espectadores recogen y conservan en la memoria, ó con el nombre de un personaje que viene á ser la representacion de aquel defecto.

Dicen los que saben, que la comedia, lo mismo que la tragedia, tienen un orígen sagrado; que fiestas y ceremonias religiosas, entre los griegos hicieron nacer la una y la otra. Esto, más fácil es creerlo que averiguarlo; y á ser cierto, podria suceder muy bien que yendo y viniendo siglos, dentro de dos mil años, se escribiera por los sabios de esos tiempos que la ópera, es decir, *Semíramis*, *Norma*, *Aida*, *La Africana* y los *Hugonotes*, tomaron su orígen, en el siglo XIX, de las misas cantadas; y la zar-

zuela, desde *Buenas noches Señor Don Simon*, hasta *La bella Elena*, *El Timbal de Plata*, y *El tributo de las cien doncellas*, de las misas rezadas, de los responsos, de los rosarios, ó de muchas otras de las ceremonias de la Iglesia en que el rezo se mezcla con el canto.

Pero no hemos de leer esos comentarios, y por ahora nos contentamos con creer lo que nos dicen de la comedia. A mí, la explicacion que sobre esto más me satisface, es la que da Filleul en su *Historia del Siglo de Perícles;* porque además de que está bien apoyado, es quizá el único que se ocupa de la verdadera fuente de la comedia. La comedia nació en los Scómmata, que era una especie como de penitencia en los misterios religiosos antiguos: la confesion hecha por el propio pecador estaba en uso, sobre todo en los misterios de Samothracia; el Scomma, era el reproche, la burla que se hacia públicamente al pecador para corregirle. En los misterios de Eleusis, la multitud esperaba á los iniciados al salir, en el puente de Cephisa, para asaltarlos verdaderamente con bromas y chistes picantes, ó con graciosas burlas, á lo que se daba el nombre de gephyrismos, y que puede traducirse como *farsas del puente*, segun Renan.

En las Thesmophorias, las damas atenienses se echaban en rostro unas á otras sus defectos, pero con tal cuidado, que más que reproches eran chanzas de buen gusto: en las comidas sagradas, los Sparciatas jóvenes tenian que sufrir terribles Scómmatas; y todo esto se creia un

deber religioso en que debian mezclarse lo jocoso y lo serio. Aristóphanes lo indica claramente en el canto de los iniciados en la comedia de *Las Ranas*, y llegó á haber hasta un premio para el mejor Scómmata, cuya profesion se conoció por scomma ó scopto.

El Kommos era el festin que seguia al sacrificio; los convidados salian en grupos cantando, y este canto se llamaba Kommodia: los cantores recorrian las calles y los senderos en carros, lanzándose unos á los otros, así como á los transeuntes, scómmatas más ó menos graciosos. Pero á poco, estas kommodias fueron organizándose por decirlo así, teniendo sus canciones propias, sus recitados, y sus máscaras y sus trajes, y constituyendo una especie de representacion al aire libre. Allí nació la comedia, que no tardó en instalarse en el teatro al lado de la tragedia, siguiéndola, y perfeccionándose como ella, y como ella considerándose tambien acto religioso é intermedio de las comidas sagradas; porque se comia en el teatro, y dice Filleul, citando á Ulpiano el escolasta de Demóstenes, que se distribuian al pueblo dos óbolos por cabeza para pagar la entrada al teatro; uno destinado al arquitecto, decorador del edificio, y otro para pagar la comida en que se repartian fiambres y vino á los espectadores y á los cómicos.

La comedia antigua, á pesar de su carácter religioso, se ocupaba principalmente en insultar y deshonrar á los hombres más prominentes y á los mismos dioses. Hér-

cules y Mercurio aparecen en las comedias de Aristóphanes como borrachos, tragones é interesados.

En *La Paz*, por ejemplo, cuando Trigeo llega al cielo, Mercurio le recibe como portero de Ministerio, y le dice:

MERCURIO (enojado).

¡Por la Tierra! vas á morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense, viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO (cambiando de tono).

¡Oh pobrecillo! ¿que tal, que tal el viaje?

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribon? Ea, véte á llamar á Júpiter.

En *Las Aves*, Hércules es el que hace el papel de gloton: enviado con Neptuno para hacer un arreglo con Pistétero, fundador de la ciudad de las aves, Neptuno dice:

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Dime, Hércules, ¿qué harémos?

HÉRCULES.

Ya lo has oido; mi intencion es estrangular, sea el que sea, á ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mio, si hemos sido enviados á tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razon de más para estrangularle.

PISTÉTERO (fingiendo no haberlos visto, y preparando el banquete).

Alárgame el rallador; trae silfo; dame queso; atiza los carbones.

HÉRCULES (dulcificando la voz á la vista de los preparativos culinarios).

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTÉTERO.

Lo cubro de silfo.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTÉTERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfo?

PISTÉTERO.

¡Salud, oh Hercules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

Pero esto no es más que una ligera muestra; hay rasgos más enérgicos que pintan el respeto que se les tenia á los dioses. En el drama satírico, que era composicion muy distinta de la comedia, se extremaba la burla. En uno de esos dramas, que es de Eurípides, Hércules hace un papel admirable: un agricultor le compra por esclavo y le envia á trabajar. El salvaje dios arranca la viña; lleva los troncos sobre sus espaldas hasta la casa; allí con ellos hace fuego para cocer enormes tortas de pan, en las que emplea toda la harina de los almacenes; asa un buey entero, el más grande del establo, y con esto, y con todo el vino que encuentra en las bodegas, almuerza tranquilamente, sobre las puertas de la casa que arranca para hacerse una mesa; y despues de haberse hartado, saca de cauce un rio y sumerge la granja.

En cuanto á los hombres públicos, como generalmente la comedia, en los tiempos de Aristóphanes, que pueden llamarse la edad de oro del teatro griego, era política y no respetaba la vida pública ni la privada, ni se detenia ante calumnia alguna por abominable que fuese, y presentaba las acciones y los vicios más vergonzosos en un lenguaje tan claro y tan repugnante que avergonzaria á un carretero español, ya se puede suponer cómo serian tratados; y mas, recordando que por hábiles artistas se hacian máscaras representando exactamente al personaje que debia salir á la escena; de manera que no podia caber la menor duda de á quién se trataba de herir.

En *Los Caballeros*, por ejemplo, Aristóphanes se propuso insultar y poner en ridículo á Cleon, á Cleon el jefe del Estado y el omnipotente de Atenas. No hubo un artista que se atreviera á hacer la careta, ni un cómico que se resolviera á desempeñar el papel; y sin embargo, se representó la comedia porque Aristóphanes mismo con la cara embadurnada, representó al tirano; y tan clara era la alusion, que el poeta hace decir á Demóstenes, uno de los personajes de la comedia, hablando de Cleon:

« No temas, ni siquiera verás su rostro, pues ningun artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, yo aseguro que se le conocerá; los espectadores no son lerdos.»

Y despues por medio de los coros le dirige insultos terribles, como este:

CORO.

« Hiere á ese canalla, enemigo de los caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, canalla, y cien veces canalla, y siempre canalla, que nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada dia.»

Y más adelante:

CORO.

« ¡ Infame, bribon, tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudacion, los procesos, los tribunales! ¡ Removedor de fango, tú has enturbiado la

limpieza de la República y ensordecido á Atenas con tus estentóreos clamores: tú, desde lo alto del poder, acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes.»

En *Las Nubes*, Sócrates fué la víctima; y como no habia dificultad para conseguir la máscara, el filósofo salió á la escena, como si verdaderamente hubiera sido él, cargado de insultos y de calumnias; pero es una vulgaridad creer que *Las Nubes* de Aristóphanes contribuyeron á la condenacion de Sócrates, porque entre la primera representacion de la comedia y la muerte del filósofo, mediaron veinticuatro años.

Se han perdido muchas comedias de Cratinos, Eupolis, Susarion, Magnes, Ecphántides y otros muchos, y dicen autores muy graves, que era lo mejor del teatro griego en materia de comedias: no hay que creerles; siempre se dice que lo mejor es lo que se ha perdido. Si desaparecieran las novelas de Perez Escrich, los sabios del porvenir vivirian lamentándose de que no habia llegado hasta esas retiradas generaciones la flor y nata de las literaturas del mundo civilizado, desde el siglo XIV hasta el XIX.

—¡Cómo se divaga usted!—dirá algun lector—y yo contesto:

—Tiene usted mucha razon, pero escribo para divagar, y lo peor es que no prometo la enmienda; conque siga usted leyendo, y déjeme disparatar sobre la comedia latina.

Plauto y Terencio, á pesar de que casi todas sus comedias las tomaban del teatro griego, tienen ya mejor acierto en lo que nosotros llamamos *el argumento;* hay más complicacion en la intriga, y presenta más interes en su marcha, y aunque hay grandes trozos que no podrian oir sin ruborizarse hasta el blanco de los ojos las damas de nuestro siglo, no imitan esos rasgos de vergonzosas liberta des en que abunda la comedia griega. Terencio pretende pasar por algo más aristócrata que Plauto: su lenguaje tenia fama de tan elegante, que llegó á decirse que si las musas hablaran el latin, lo harian como él. Plauto es más llano y ménos cuidadoso; para Terencio, con muy pocas excepciones, todas las gentes son buenas, todos sus personajes, aun las mismas cortesanas, tienen sentimientos delicados; en las comedias de Plauto, hierven los bribones; Terencio conservaba la ilusion del teatro como en la comedia moderna, para que el espectador se figurase estar viendo siempre una escena verdadera; Plauto se divertia en hacerle comprender al público, á cada momento, que aquella era comedia, y los que la representaban cómicos, cortando á cada momento la ilusion del espectador y produciendo indudablemente esa disonancia, esa sensacion desagradable que experimentamos hoy en la zarzuela, cuando al terminar un *duo*, un *cuarteto* ó un *septimino*, comienzan los actores á hablar en su voz natural y destemplada.

Pero estas comedias iban directamente á herir las ma-

las costumbres y los vicios sociales que eran de posible correccion. La comedia tiene dos modos de moralizar: el entusiasmo por la virtud, y el odio al vicio por medio de escenas patéticas, de razonamientos elocuentes, de modelos admirables, que hagan amar la una y aborrecer el otro; ó presentando el peligro en el vicio, la tranquilidad en la virtud, el mal que se espera en obrar mal y el bien que se aguarda en obrar bien, es decir, la una es la moralidad en el heroismo, la otra, en el egoismo. La especie humana es más gobernable por el último de estos sentimientos, y es el que pone en juego generalmente la comedia, recetando siempre penas como la del ridículo, á vicios y defectos que no llegan á la categoría de crímenes ni de delitos.

Tiene además la comedia la gran ventaja como monumento histórico, de presentar las costumbres de su época y el cuadro de la sociedad, tal como no se han cuidado de pintarle los historiadores, cuando casi siempre hay que ocurrir al fondo de la vida privada y de las costumbres de los hijos de un pueblo, para explicar grandes acontecimientos históricos.

No es posible comprender la sociedad griega, ni la romana, ni tener una idea de sus costumbres, si no se conoce más que á Tucídides, y á Herodoto, y á Xenophonte, y á Platon, y á Aristóteles; á Tito Livio, á Tácito, á Salustio, á Ciceron y á Quintiliano. Platon dijo á Dionisio el jóven, que para que conociese las costum-

bres y las instituciones de Atenas, estudiara las comedias de Aristóphanes.

« Leyendo los historiadores, dice Naudet, podeis ver á los romanos en el foro los dias de comicios ó en los campamentos, al rededor de las águilas de sus legiones; al Senado en la gravedad de su deliberacion, ó con el aparato de su imperiosa majestad, cuando recibe á los embajadores de los pueblos vencidos, ó de los que se prepara á vencer. Pero ¿quereis mirar el *Velabro* con sus tiendas llenas de bribones, ó el paseo de la *Venus clausina*, lugar de cita de todos los hombres distinguidos? ¿Quereis visitar el Foro que hormiguea de gentes ocupadas, de ociosos, de comerciantes, de banqueros, de calaveras de cuarenta años que se arruinan por mujeres que los engañan, y de habladores, que se fastidian unos, y otros se distraen murmurando? ¿Quereis penetrar en el interior de las casas y sorprender á los romanos divirtiéndose con sus queridas, ó disputando con sus mujeres, no cubiertos con las armas ni con la toga *pretexta*, sino en bata, ó en mangas de camisa? ¡Leed á Plauto!»

Su teatro, dice el mismo autor citado, es el suplemento necesario de los libros históricos; es la historia secreta y anecdótica de la vida romana; las memorias de los hombres vulgares, que, sin estar consignados en los anales, dan la medida comun del carácter nacional, del cual son las excepciones los héroes y los hombres ilustres.

Si cada período histórico hubiera tenido en la antigüe-

dad un Aristóphanes, ó cuando ménos un Plauto ó un Terencio, la dificultad para encontrar la explicacion y la clave de muchos acontecimientos, seria menor.

Molière y Breton de los Herreros, con mejor arte y casi con tanta verdad, han pintado las costumbres de sus tiempos; y aunque Molière toma algunas veces el fondo, la idea de la comedia latina para vestirla con el traje frances, y aunque el horizonte que Breton de los Herreros abarca en su teatro es muy limitado, sin embargo, en lo porvenir estas comedias han de ser tan útiles para estudiar la sociedad en que vivieron sus autores, como las de los clásicos griegos ó romanos.

En México apénas se ha hecho caso de la comedia: pocos poetas se han dedicado á presentar nuestras costumbres en escena, y eso, cuantos han acometido la empresa, como Calderon en su comedia *Ninguna de las tres*, Hipólito Ceran en sus *Ceros sociales*, Anievas en su *Valentina*, Juan Mateos en las varias que ha escrito, y otros, ha ido siempre tomando aquellas costumbres que, aunque mexicanas, tienen su certificado de europeas. Un hombre de *calzoneras*, un arriero con su *gabardina* y su *cuera*, un ranchero con su sombrero ancho y su *coton* de *venado*, ni se han atrevido ni se atreven á presentarlos en el teatro.

Las escenas como las de *A Madrid me vuelvo*, de Breton, que pasan en provincia y en poblaciones pequeñas, aquí no tenemos ni esperanzas de verlas, porque ni hay

valor en los poetas, ni bastante patriotismo en el público para que el teatro represente la plaza de San Juan Ixtayopa, la casa de un comerciante en Maravatío, ó una calle de Moroleon. Los nombres mexicanos, otomís ó tarascos, de las cosas y las poblaciones, y que forman parte de nuestro idioma, se oirian como una profanacion en un teatro donde se representan dramas de Echegaray; y los trajes de los indios y de los rancheros harian reir á una sociedad que no quiere ver en el palco escénico y representando á la clase pobre, sino obreros franceses de blusa y de cachucha, gallegos imaginarios que más bien parecen colonos italianos de los que ha traido el gobierno en estos últimos años, ó majas fantásticas, vestidas como sólo se encuentran en los antiguos cuadros de Goya.

Por eso es imposible la comedia y hasta la novela nacional, y tendrémos que resignarnos leyendo novelas mexicanas en que los *hacendados* hablen como Víctor Hugo, las muchachas de los pueblos como las damas de honor de la corte de Luis XIV, los curas indígenas como Monseñor Bienvenido, y los guerrilleros como Artagnan ó como Porthos. Por eso hemos visto algunas, en que los personajes conversan al rededor de la chimenea en Yucatan, ó en que se sirve el té á la inglesa en Guadalajara, cerca tambien de la chimenea, como si la escena estuviera pasando en Lóndres.

Pero ahora sí ya tendrá razon el que diga que me he divagado completamente, que he olvidado á Juan Arias,

y que si así continúo, no tendré cuándo acabar; pero no encuentro la punta, y para salir del compromiso no me queda más arbitrio que el gran principio táctico del general Bum: cortar y envolver.

MARIANO BÁRCENA.

LITOGRAFÍA MEXICO

MARIANO BÁRCENA

Lo feo es lo bello, dijo Víctor Hugo, echándose á cuestas todas las reglas de los clásicos; y como el genio tiene la propiedad del rey Midas, que convierte en oro cuanto toca, Víctor Hugo convierte en figuras angélicas al espantoso Quasimodo que se mecia, como un colibrí en el cáliz de un flor, sobre las campanas de las góticas torres de Nuestra Señora de Paris, y á Gwymplaine que necesitó una ciega que le amara, como el hombre ama á la divinidad sin conocerla.

Y si lo feo es lo bello, mis artículos tienen que ser bellos en fuerza de ser feos; que, como dijo Fray Gerundio, ó *hay sacramento en Campazas ó no hay en la Iglesia fe;* ó tomando la comparacion de más humilde y escondida

fuente: dice el barba en el sainete del *Alcalde toreador*, que se representaba con mucho éxito allá por el año de 1824:

O yo no soy bueno,
ó el Alcalde es malo;
ó esta es una cosa
que yo no la alcanzo.

No hay cosa que ambicione tanto un escritor, como ser el niño mimado, como diria Peredito; *l'enfant gaté*, como dirian nuestros elegantes, ó el hijo del cura, como decia *La Orquesta*, del público á quien el destino le depara por patrimonio.

Y pues de eso se trata, y cada uno tiene su alma en su almario, y *Cero*, como dice D. Modesto de la Fuente,

Ni cuenta con ciencia infusa
ni tiene gracia especial,
sino un corazon tal cual,
y un alma de eso que se usa;

tambien pretende *que le hagan caso*, ha determinado, como dicen los jueces, visto lo alegado y probado, no circunscribirse á los hombres de la tribuna y de la prensa en México, sino extenderse en estas, para él sabrosas pláticas, á personajes que puedan prestarse á dar grato entretenimiento á la pluma y alegre lectura á los amigos.

Hoy me ha ocurrido hablar de Mariano Bárcena, el jóven Director del Observatorio Meteorológico Central; y aunque la especialidad que él cultiva no sea ni la poesía ni la oratoria, meteré la hoz en mies ajena, siquiera

para poder decir como Don Pedro el Cruel, en una de las comedias del famoso autor de *Don Juan Tenorio:*

Que dicen, por decir algo,
Que sólo en la guerra valgo.

Y por otra parte, Bárcena debe entrar en el número de los periodistas, porque además de que ha colaborado en muchas publicaciones científicas, ha sido casi el director del «Boletin del Ministerio de Fomento» que inserta las observaciones del Establecimiento que Mariano dirige. Así pues, tambien como periodista científico, tiene que ocupar un lugar en esta Galería.

Mariano Bárcena es un muchacho que gasta toda la calma y toda la prudencia de un viejo; el estudio de las ciencias naturales tiene la ventaja de dar al espíritu la madurez de la ancianidad, conservándole siempre el perfume de la niñez.

Arago y Laplace eran unos niños gigantes, en la astronomía; así como Pico de la Mirandola, de quien refieren los autores que á los diez años sustentó un espléndido acto de teología, debió haber sentido en su corazon la verdad de aquel axioma de Derecho que dice:

Malitia sepæ suplet ætatis.

Bárcena no sabe cómo anda la política de esta tierra; encastillado en el Observatorio Meteorológico, pensando en los *cirrus* y en las presiones atmosféricas, y en las oscilaciones del termómetro, y en el *ozona*, pasa por los

corredores de Palacio, en Marzo de 1882, soñando en encontrar en el Ministerio de Hacienda á D. Matías Romero, ó en el de Relaciones al severo Mata. *¡Oh sancta simplicitas!* como dijo Juan Huss cuando vió llegar con un tizon para encender su hoguera, á una vieja á quien él jamas habia hecho daño.

Y Mariano Bárcena está metido en un laberinto, junto del cual las cuestiones políticas que agitan la prensa periódico-política de nuestra capital, parecen tan pequeñas como un bache de la Alameda comparado al lago de Chapala.

Los problemas meteorológicos son siempre extraordinariamente complicados: la multiplicidad de sus elementos, la incertidumbre de los datos, la enorme oscilacion de los coeficientes y la variabilidad de las combinaciones, hacen de ellos el objeto de un estudio laborioso, difícil, y no siempre de precisos resultados.

Pero tratándose del problema meteorológico de México, todas esas dificultades y complicaciones suben de punto, ya por la influencia de los elementos geográficos, ya porque no se encuentran fácilmente estudios extranjeros que puedan servir de auxiliares, habiendo sido tan escasos los que se han hecho, relativos á alturas tan considerables como la en que está fundada nuestra ciudad.

La atmósfera, como todos sabemos, es una capa trasparente que envuelve por todas partes á la tierra, y compuesta de elementos que aunque parecen contrarios, se

combinan perfectamente, así como los que se llaman amigos de un gobierno, que se entrelazan, y se chocan, y se confunden, y se dividen, y que sin embargo, cada uno va á su objeto: el uno quiere un Ministerio; el otro una curul; el de más acá la administracion de una aduana marítima; el de más allá una magistratura; aquel la direccion de un ferrocarril, y éste una plaza de gendarme para un primo del hermano del cuñado del sobrino de un compadre del marido de la cocinera de una amiga suya.

En la atmósfera, en esa Gran Oficina en que se engendra la vida y la luz para todos los organismos de los reinos vegetal ó animal; en ese Gran Ministerio de Hacienda de la Naturaleza, en el que las *pólizas* se pagan sin necesidad de estar en *distribucion*, las moléculas constituyen la perpetuidad de la vida: los que hoy con su aglomeracion forman un cuerpo humano, una planta ó una nubecilla vaporosa, ayer ó antier se han desprendido de otro organismo, que en virtud de ese fenómeno metamórfico que llamamos la muerte, cedió sus componentes para formar otra individualidad.

Nosotros, los que hoy alentamos, criticamos, ó somos criticados sobre la tierra, llevamos en nuestro cuerpo las moléculas que ayer se han separado de otros.

¡Oh admirable Naturaleza! y quién habia de pensar que lo que fué un lirio fragante y perfumado, adornando gallardo la negra y profusa cabellera de una hija de Anáhuac, formara hoy parte de esa interesante persona que

se llama Ramon Isaac Alcaraz; ni que esos gases escapados del níveo seno de Elena Leroux ó de María Aimée, constituyeran el gallardo continente de Hermenegildo Carrillo ó de Moisés Rojas?

¿Y quién puede pensar que un suspiro ó una lágrima de Perez Jardon vendrán á brillar mañana en las pupilas de Chucha Servin, ó á vibrar en los acentos vigorosos de Sóstênes Rocha?

Y no hay que admirarse de estas trasformaciones: en esa eterna cadena que forma la ley de las metamórfosis de la Naturaleza, el mismo peso mexicano que paga la casa de moneda al Gobierno por su descabellado arrendamiento, anima el humilde hogar del empleado, resuena alegre en la bolsa del usurero, baila en las cajas de «La Sorpresa,» vuela á la casa del banquero, y vuelve á entrar en la Tesorería, quizá para salir nuevamente á manos de D. Sebastian Camacho, como parte alícuota de la subvencion del ferrocarril Symon.

Con cuánta razon dijo Lucrecio en su poema de la *Naturaleza de las cosas:* el jugo de los alimentos se distribuye en todas las partes del cuerpo. Los árboles crecen y se cubren de flores y de frutos, porque al través de canales imperceptibles, la sávia lleva de la tierra á las raíces, cruzando por las ramas, la fuerza y la vida á todas las hojas.

A la grande altura (más propiamente altitud) de México sobre el nivel del mar, que complica los fenómenos

estudiados en países y en lugares en que la atmósfera tiene una gran pesantez, hay que agregar los extensos lagos que ocupan una parte considerable del valle en que la ciudad está construida, y las dos elevadas montañas, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, que ejercen una decisiva influencia en el estado atmosférico; la poca densidad del aire, lo bajo de la presion barométrica, produce fenómenos que no nos llaman la atencion, porque á ellos estamos acostumbrados, pero que hacen de México un lugar excepcional por la influencia que ejerce tal condicion, desde las más complicadas operaciones de la Naturaleza en el crecimiento, conservacion y desarrollo del organismo humano, hasta en las más sencillas del artesano y del obrero.

Materia de un libro y no de las pocas líneas de un artículo, seria ese estudio; pero basta reflexionar qué extraños cambios originan en fenómenos estudiados en otras partes, en fisiología por ejemplo, por el esfuerzo y trabajo de los pulmones en la respiracion; por la aplicacion del principio de Dalton, de que «la cantidad absoluta que se disuelve está siempre en relacion con la presion que el gas ejerce en la superficie del líquido disolvente,» aplicado al oxígeno que se encuentra físicamente en relacion con la sangre en el acto de la respiracion.

Basta fijarse en que la poca densidad atmosférica hace perder á la luz y al calor la difusion, produciendo increibles diferencias en la altura del termómetro entre el sol

y la sombra; dando á las fotografías hechas en México ese aspecto duro de los paisajes iluminados por la luna; obligando á los arquitectos á buscar siempre en las habitaciones que construyen, la luz directa; haciendo inhabitables por su oscuridad, cuartos que en Paris por ejemplo, tendrian una luz dulce y templada, y hasta disipando rápidamente el perfume de un pañuelo.

La poca presion atmosférica precipita de una manera increible la evaporacion; media hora despues de haberse regado los paseos y las calles, está el terreno tan seco que el menor soplo de viento levanta nubes de polvo: el sistema Mac Adams es casi imposible, porque esa rápida evaporacion hace que profundas grietas surquen con mucha facilidad el pavimento de las calzadas: los coeficientes de dilatacion en metales, maderas y cristal, se manifiestan enérgicamente en todas sus oscilaciones, merced á esos bruscos cambios del frio al calor y de la resequedad extrema á la saturacion del aire: las armaduras de hierro se flexionan, las vigas y los muebles crujen y estallan; el cristal mismo presenta algunas veces fenómenos de esta clase, y todo debido á la altura en que vivimos y á la falta de presion consiguiente á ella.

La extensa sábana de agua que forma los lagos, es el correctivo de la falta de humedad atmosférica, que en las noches serenas y despejadas de Mexico, produciria por la irradiacion del calor del suelo en el espacio, continuas heladas, haciendo imposible la vida vegetal en otra esta-

cion que no fuera la de las lluvias, y multiplicando para los hombres y para los animales las dificultades y los peligros de la lucha por la existencia.

Las inmensas masas de perpetua nieve que cubren nuestros volcanes, aun cuando por el enfriamiento que producen en las capas atmosféricas favorecen la falta de humedad, haciendo bajar el grado de saturacion del aire, que es ménos elevado á medida que hay más frio, sin embargo, representan en nuestro Valle el papel de gigantes condensadores de nubes arrebatando, para formar la lluvia que fecunda nuestras campiñas, el vapor de agua de que vienen cargados todos los alisios de la gran corriente, que vuelve del Ecuador á los Polos repartiendo la vida y la animacion por todos los países que atraviesa.

¡Qué infinidad de datos se necesita recoger para el estudio de nuestra atmósfera, y cuántas dificultades y cuánta laboriosidad hay, que vencer y que aplicar fabricando un edificio científico, sobre bases tan perfectamente movibles como la misma atmósfera de que se ocupa!

Pero volvamos á Mariano Bárcena. Mariano es una honra para México; no va á la Concordia ni á los Tívolis, ni á la Palestina, ni al Globo, ni á la casa de Messer, ni le conocen como á su parroquiano Recamier, Porraz, ni Fulcheri, ni hay un *jin-cock-tail* á la Bárcena, ni un *chery-cobler* á la Marianito, ni un *mint-juleps* á la Observatorio; en cambio las sociedades científicas del extranjero se empeñan en contarle entre sus más esclareci-

dos miembros honorarios; los botánicos bautizan con su nombre nuevas plantas y los mineralogistas dan su apellido á metales que eran desconocidos.

Bárcena en el Observatorio Meteorológico fabrica los elementos que enriquecen ese arsenal de conocimientos para la economía humana, en que los médicos vienen á buscar armas para combatir las enfermedades.

Ni los preparativos del emperador Alexis, para prevenir la invasion de Rogerio Huiscardo al imperio de Oriente, ni los datos de que se arma Payno para combatir la ley de impuestos sobre tabaco, ni los argumentos que preparan Mancera y Juan Mateos para defender la introduccion de la sal libre de derechos al Estado de Hidalgo, ó la baja del impuesto sobre pulques, pueden compararse al número de cifras que arrojan los registros del Observatorio.

Y ese trabajo tiene que ocupar los dias y las noches, y ser tan incesante como el que lleva el presupuesto de egresos contra la tesorería de la Nacion; porque si de los coches simones el vulgo dice que corren parados, de las quincenas puede decirse que velan durmiendo ya que no que duermen velando.

¡Qué inflexible pintaban los antiguos al Tiempo! ¿Pues cómo pintaria Fuentes Muñiz á la quincena? En los cuentos y en eso que llamaban *ejemplos* los viejos místicos, todavía suele referirse entre chistes y veras, de álguien que detuvo á la muerte á la puerta de su casa: di-

cen de un zapatero que dió albergue á Jesucristo, que le pidió por única gracia que quien llegara á sentarse en el banco de la puerta de su casa, no pudiera desprenderse de él sin la previa licencia del dicho artista de obra prima, y agregan que cuando la muerte vino á llevarse al zapatero, este bienaventurado discípulo de San Crispin, creyó la visita tan inoportuna como la de un cobrador de contribuciones ó la de un casero, y con una urbanidad que envidiaria Raygosa, el sobrino de mi tio, la hizo sentar en aquel banco, del que la fiera representante de las Parcas no pudo moverse hasta que celebró con el zapatero una capitulacion más vergonzosa que diputado de oposicion cuando pide pagas adelantadas.

Que las quincenas no son así, dígalo el Tesorero, y si se sientan es para levantarse con más energía y gritar con una voz más poderosa que la de Aquiles, el de Homero, ó la del jefe de los normandos que invadieron á Sicilia.

Si la baja presion atmosférica produce ó no la anemia barométrica en México; si el aire que se respira en la capital por su falta de densidad es ó no más provechoso á los tísicos; si el desarrollo del tórax es mayor en los que nacen y se crian en este municipio que tantas cosas espera de la actividad de Guillermo Valle, son cuestiones que la ciencia médica vacila para resolver, pero que el conocimiento y la experiencia de los cobradores de contribuciones resuelve siempre en un sentido favorable para el municipio.

Nada importa la anemia barométrica con tal que haya plétora en las cajas del erario; poco supone el desarrollo torácico con tal de que exista en el impuesto, y nada dice la conveniencia de la altura para los tísicos, si se consigue que *el viento* produzca los pingües resultados que para el municipio en general, y para sus amigos en particular, se proponen siempre los que cuidan de la meteorología de la bolsa.

Bárcena se ha ceñido tambien, si no la corona, cuando ménos el keppi ó el schacó de los mártires de la ciencia, que ganó gloriosamente en los dias de la fundacion del Observatorio.

Jamas traicion alguna á la patria, desercion á vista del enemigo, golpe de Estado, infraccion constitucional, impía ó tiránica disposicion, audaz y cínico robo de los caudales públicos, ha producido escándalo mayor ni grita más destemplada contra el culpable, que la fundacion de los Observatorios científicos en México. Los amigos y parciales de Don Rodrigo, el de la Cava, si hubieran tenido imprenta, no habrian tratado con más rigor al Obispo Don Opas y al Conde Don Julian: una cruzada levantaron los periódicos para atacar los Observatorios; no hubo estilo, serio, jocoso ó moderado, que no emplearan, ni arma periodística que no se esgrimiera: se multiplicaron las burlas, se menudearon los sarcasmos, se agotaron las calumnias, se inventaron palabras y motes, se fraguaron cuentos y anécdotas: en aquellos dias se habia

dado una disposicion permitiendo públicamente los juegos de azar, y esta disposicion pareció una predicacion mesiánica, ó un tratado de honrada filosofía al lado del espantoso crímen de fundar un Observatorio científico. Quizá tenia razon la prensa periódica, porque presentaba argumentos tan incontestables como el de la inutilidad de la institucion, el desfalco injustificado de ochocientos ó mil pesos que habia costado montarla, y el ningun resultado útil y práctico que vendria á dar la noticia de que ayer ó ántes de ayer, á las once de la mañana, el termómetro centígrado habia señalado veintidos grados.

Si refiriera yo acontecimientos del siglo de Pericles, no podria ser creido bajo mi palabra, y las autoridades que en mi apoyo citara, quizá no á todos les parecerian del mismo peso; pero esto de que voy hablando, ha pasado como quién dice esta mañana: muchos de esos periódicos aun viven; no es preciso ni siquiera decir cómo se llaman; y buscándolos ó hallándolos por casualidad, cualquiera se puede convencer que lo dicho no es calumnia, tanto más, cuanto que hoy todavía no faltan algunas veces párrafos ó alusiones que aparecen, como recrudecencias ó recaidas de aquella enfermedad. Y en aquella enfermedad se confundian el Observatorio Meteorológico con el Astronómico, hasta el punto de que en uno de los cuentos inventados, se decia que estando en el Meteorológico observando el anillo de Saturno, uno

de los personajes del Gobierno preguntó en qué dedo tenia el anillo.

Hubiera sido de desear que todas estas cosas se hubieran hecho en una nacion que estuviera en guerra con nosotros: ¡qué rica mina entónces para divertirse!

Es cierto que en los Estados Unidos, el Presidente en cuya administracion se estableció el gran Observatorio Astronómico, tuvo que sufrir grandes disgustos y terrible oposicion, pero entónces se trataba de la designacion de sumas respetables.

En fin, para honra de México, el Gobierno ha seguido protegiendo el Observatorio, y continúan haciéndose allí observaciones horarias directas, además de las que producen los grandes instrumentos automáticos y registradores.

Hay necesidad tambien de disculpar al vulgo por el poco aprecio con que mira los Observatorios Meteorológicos. De los astronómicos salen las predicciones de los eclipses, de las conjunciones, de los pasos y de todos los movimientos del sistema planetario; muchas veces hasta de la aparicion de los cometas, porque, sujetos los cuerpos celestes á leyes conocidas é inmutables, hasta en sus mismas perturbaciones, el observador puede trazar sobre el inmenso espacio de los cielos la línea por donde han de elevar su curso y las horas en que han de rendir esas jornadas: por eso las predicciones son seguras y satisfacen el deseo ó la curiosidad popular; y acostumbra-

dos los hombres á eso, esperan y exigen tambien de los Observatorios Meteorológicos, pronósticos de movimientos atmosféricos y de meteoros, como si se tratara del orto y el ocaso del sol.

Puede la ciencia llegar al punto de hacer esos pronósticos; pero nunca tendrá la infalibilidad astronómica, y para poder establecerse una regla serán necesarios muchos millares de observaciones que necesitan muchos dias de trabajo: «se exige de la Meteorología, dice Barthélemy Saint-Hilaire en su prefacio á la traduccion de Aristóteles, que sea sobre todo, aplicable á las necesidades y á los trabajos de la sociedad: si no predice el tiempo, parece inútil y desciende por un injusto desden al rango de simple curiosidad. De esta opinion, aunque exagerada, han sido muchos sabios de los que se tienen por más autorizados en estos tiempos, y de ahí viene contra la Meteorología la prevencion que originan esas exigencias poco fundadas.»

«Entre los antiguos, y principalmente en Aristóteles, no hay nada semejante; parece que jamas se preocuparon en sacar ventaja de las observaciones meteorológicas. Existe una profunda diferencia entre los antiguos y nosotros, enteramente favorable para ellos: la ciencia no debe afanarse por ser útil; debe buscar únicamente ser la verdad; con esto lleva una carga bastante pesada. Seria un absurdo, sin duda, renunciar en lo absoluto á las aplicaciones provechosas que se ha tenido la fortuna de des-

cubrir; pero no es este el objeto esencial de la ciencia, este es un fin secundario que, cuando se empeña en perseguirle temerariamente, la hace alejarse y extraviarse de su camino; los errores que cometa en este empeño que no es el suyo, la desacreditan no sólo á los ojos del vulgo sino á los de los espíritus más serios. Se tiene como un triunfo descubrir y publicar la falsedad de una prediccion hecha por la Meteorología, como si ella tuviera por mision el predecir y como si fuera su deber asegurar á los agricultores y á los marinos el éxito de sus trabajos y de sus viajes.»

«*La Meteorología comete una imprudencia dejándose seducir por preguntas y consultas indiscretas que se le dirijan: debe dedicarse al estudio de la naturaleza, tan complexo por los fenómenos que la forman, y dejar á otros el cuidado de sacar de ese estudio enseñanzas para la práctica de cada dia.*»

La Meteorología, como ciencia independiente y constituida como una especialidad y no como una parte secundaria de la física, cuenta pocos años de existencia; pero como estudio de los fenómenos de la Naturaleza, confundiéndose muchas veces con la astronomía, tiene muchos siglos de vida.

Acostumbrado ya á las divagaciones en mis artículos, voy á dejar á Mariano Bárcena para extraviarme en algo de la historia de la Meteorología como yo la he llegado á comprender, y fácil será, para el amado lector que no tenga voluntad de leer lo que voy á decir, saltarse, como

dicen los muchachos de la escuela, lo que falta para concluir este artículo, y dirigirse con benévola mirada á otro personaje de esta Galería.

No puede señalarse con precision el año en que comenzaron los hombres á dedicarse á los estudios meteorológicos; pero sí con exactitud puede fijarse la época, porque para eso basta una ligera reflexion.

Miéntras que se creyó que habia un Dios que directamente ejercia su poder en todos y cada uno de los fenómenos naturales, como creyeron los pueblos semíticos, ó que cada uno de esos fenómenos era un dios, como creian todos los politeistas en la antigüedad, el estudio de la Naturaleza era completamente inútil, cuando no sacrílego. La idea de las *léyes de la Naturaleza* nacida en Jónia, quizá poco ántes de que figurara Thales de Mileto, fué la que dió principio á lo que se llama la ciencia Meteorológica.

El frio, austero y terrible monoteismo de los Semitas ahogaba no sólo esas fantásticas y poéticas creaciones de la Mitología indo-europea, sino todo instinto científico y toda investigacion de las causas que producen los fenómenos atmosféricos.

En el libro más desconsolador que tienen las religiones de los hombres, en ese libro en que el mundo se presenta como un desierto sin árboles, sin flores y sin verdura, cubierto por un cielo pajizo sin nubes y sin colores, en que la vida se describe y se comprende como la au-

sencia de toda esperanza, de toda ilusion y de todo goce, en que el hombre se considera como si le hubieran enterrado vivo bajo una bóveda de granito; en ese libro que comienza, *vanidad de vanidades y todo vanidad*, en el *Eclesiastes*, en sus tres primeros capítulos, toda investigacion, todo estudio de la Naturaleza se denuncia como una vana ocupacion que debe abandonarse; y en el libro de Job se considera como una impiedad, como una usurpacion de los derechos de Dios.

El *no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios*, llevado hasta la exageracion en el monoteismo semítico hacia imposible la ciencia, y el sistema del mundo, como dice Renan, se reducia á esta simple concepcion: « Dios Creador del Universo y Agente universal, hace vivir con su soplo á todos los séres y produce directamente todos los fenómenos de la Naturaleza.»

En el libro de Job puede leerse el verdadero curso de Meteorología semítica.

« Dios es muy grande para que nosotros podamos conocerle.

El número de sus años es incalculable.

Él atrae á sí las emanaciones de las aguas que se desatan en lluvias y forman vapores.

Las nubes las esparcen en seguida y caen pequeñas gotas sobre la multitud de los hombres.

¿Quién podrá comprender cómo se desgarran las nubes y el estrépito de su pabellon?

Tan pronto se cubre en los relámpagos como en una cortina, tan pronto parece como ocultarse en el fondo del mar.

Los huracanes le sirven á la vez para castigar á los hombres y para proveerles de lo necesario para su mantencion.

Tiene en su mano los rayos luminosos y los lanza contra sus enemigos.

El trueno anuncia su marcha, y el terror de los rebaños anuncia su aproximacion.

Su voz llena toda la bóveda del cielo y sus relámpagos tocan hasta los bordes de la tierra.

Despues del relámpago viene el rugido de su voz.

Él dice á la nieve: «cae sobre la tierra.»

Manda á las olas y á las lluvias torrenciales.

Al soplo de Dios se forma el hielo; el agua se contrae y se condensa.

Él carga á la nube de vapores húmedos y tiene delante de sí las nubes que llevan el rayo.

Y los rayos van de un lado al otro para ejecutar lo que Él les ordena sobre la faz de la tierra. . . . . .»

Este es el espíritu de todos los libros sagrados de los pueblos Semíticos. Era por consecuencia imposible ni aun la idea de la Meteorología.

La personificacion antropomórphica de todos los fenómenos naturales en el politeismo hacia tambien imposible la existencia de la Meteorología como ciencia:

los vientos, las lluvias, el rayo, el calor del sol, las brisas, las nieblas y hasta el íris, todos eran dioses, diosas ó ninfas que pensaban, que tenian pasiones y caprichos y que unas veces obedecian y otras no, la voluntad del padre de los dioses.

Aunque no creo en el simbolismo teológico de Creuzer que á tan absoluto extremo le lleva, que las ideas abstractas aparecen como dioses de la Mitología Griega ó Romana, tampoco pertenezco á la enseñanza de Evhémero que ve en todos los dioses de la antigüedad, hombres que han existido y que la leyenda y la supersticion han convertido en divinidades; soy de la escuela del vulgo que piensa que realmente algunos de esos dioses fueron hombres, otros representan ideas más ó ménos abstractas, y la mayor parte son la personificacion de los fenómenos de la Naturaleza que los hombres no podian explicarse. Por eso, el sol, su marcha, sus rayos y todos los fenómenos que la luz y el calor producen sobre la tierra, vinieron á formar en la India á Varuna, Surya, Savitri, Indra, Mitra, Aryaman, Agny, destello del sol, fuego, vida, fecundidad; Apsara, viento, tempestad, rayo, relámpago: por eso en la religion de la Persia, Ormuzd y Ahriman, dia y tinieblas, sol y nubes, bien y mal, personificados por estas divinidades, luchan constantemente; por eso en la Grecia y en Roma, los trabajos de Hércules simbolizan los combates del sol con las nubes; por eso Astreo y Eos tienen por hijos á Zéfiro, á

Bóreas, á Argestis, á Notos y á una multitud de vientos; por eso los dioses se multiplican como los fenómenos de la Naturaleza, y hasta el arco-íris hace crear la fábula de la mensajera de los dioses; por eso los mexicanos tuvieron á Tlaloc, personificacion del viento, del granizo, de las lluvias y de las tempestades.

Con estas ideas religiosas fué imposible el estudio científico, hasta que el principio fecundísimo de que la Naturaleza tenia leyes, abrazado con ardor por Thales de Mileto, por Demócrito, Esopo, Platon, Hipócrates, Pitágoras, Esquilo y otros filósofos de la antigüedad, dió nacimiento á la física y con ella á la Meteorología que Aristóteles en el siglo de Alejandro Magno, vino á reunir en un tratado, aunque confundiéndola muchas veces con la Astronomía y con la Geología.

Durante más de dos mil años, los principios de Aristóteles fueron seguidos por todos los sabios. Diógenes de Apolonia, Aratus, Posidonio, Erastothenes, Estrabon, Séneca y Plinio, todos bebieron de esa fuente, y sólo las luces del Renacimiento hicieron que comenzara á echarse en olvido al filósofo Estagirita.

Y sin embargo, cuando se lee la Meteorología de Aristóteles, se comprende la fuerza de aquella poderosa inteligencia que sin la riqueza de instrumentos y de métodos de observacion que hoy posee la ciencia, resolvió con acierto tan graves dificultades: los vapores y las emanaciones son la base de su atmósfera; y esas emanaciones

debian hacer un gran papel en la Meteorología hasta el año de 1600 en que el químico Van-Helmont inventó la palabra *gas* que tanto prestigio y tanta influencia ha tenido en el progreso de la humanidad.

Aristóteles, algunas veces, cuando trata por ejemplo de dar la razon de por qué el agua del mar es salada, de los grandes movimientos del viento, de las corrientes equinocciales, de la cauda de los cometas, llega casi hasta tocar la verdad y repentinamente se extravia; pero en el fondo se advierte un presentimiento, una intuicion admirable de todos esos descubrimientos que hoy vienen á constituir la ciencia moderna.

Han sido necesarios largos estudios, profundas meditaciones, centenas de millares de observaciones y enormes gastos para hacer avanzar la Meteorología que apénas está, sin embargo de todo eso, dando sus primeros pasos.

No falta quien se asombre de lo que cuesta en México un Observatorio, sin saber que sólo en ascensiones aerostáticas para observar la atmósfera en las grandes altitudes, en Francia y en Inglaterra, se han gastado considerables sumas y han expuesto la vida hombres como Gay-Lussac, Biot, Flammarion, Glaisher y Coxwell.

El hombre necesita, ántes que todo, conocer el medio en que vive: la debilidad humana, la preocupacion, la ignorancia y el fanatismo, pondrán siempre obstáculos á la marcha del saber; pero la ciencia triunfará dejando

señalado su camino, ya con grandes mártires como Pilàtre de Rosièr y como Ritchman, ó por víctimas de la burla como los fundadores de los Observatorios en México.

JUAN A. MATEOS.

LIT. H. IRIARTE, MEXICO

JUAN A. MATEOS

En la prensa, en la tribuna, en el teatro, en el periodismo, en la leyenda, en el poema, en la poesía lírica, en todas partes, nos encontramos con Juan Mateos. ¡Vaya si ha sido trabajador!

Su nombre, como literato, es conocido en toda la República, y apénas habrá un rincon en nuestro país en que no haya penetrado alguna de sus obras.

Mateos tiene un talento claro, una imaginacion ardiente, una facilidad extraordinaria para escribir, y es fecundo como una sardina y atrevido como el primero que comió zapote prieto; pero escribe mucho y lee poco. Es una planta que necesita poco riego, y toma su alimento de la atmósfera que le rodea.

Cuando comenzó á escribir versos, la mayor parte de los jóvenes que entónces se dedicaban á la literatura, eran

imitadores de Zorrilla: Zorrilla con su fecundidad, su entusiasmo patriótico y religioso, su poesía rica de imágenes fantásticas y su estilo apasionado, fué el modelo de toda esa generacion. Lo que Víctor Hugo debia ser veinte años despues, entre nuestros escritores, lo fué entónces Zorrilla, y Mateos, más fácil de impresionarse que la mayor parte de los que en ese tiempo comenzaban á escribir, dió á sus poesías el giro favorito de Zorrilla, imitando tambien todas sus incorrecciones.

Pero si habia alguno que pudiera ser el Zorrilla de nosotros, era indudablemente Juan Mateos, porque su carácter y sus aptitudes le llamaban á desempeñar el papel que entre los poetas españoles ha hecho el célebre autor de *Don Juan Tenorio.*

Mateos se dedicó á escribir para el teatro: sus dramas y sus comedias no han tenido el éxito que se debia esperar del talento del autor, porque Mateos estudia poco, muy poco; su genio puede algunas veces salvarle, pero es más fácil que le deje en la *estacada.*

Tiene Juan Mateos, como autor dramático y como novelista, el gran mérito de haber intentado crear la escena nacional: alguna vez se ha atrevido, más que á presentar en el teatro las costumbres de la clase alta de nuestra sociedad, á llevar á él á personajes escogidos entre los hombres del campo, exhibiendo en el palco escénico los tipos del guerrillero y del labrador.

El público recibió con aplausos esa novedad: induda-

blemente aquel hubiera sido el principio de una nueva éra para nuestra escena, si por desgracia Juan no hubiera encontrado con un obstáculo que es casi insuperable, que hará abortar todas las tentativas que se hagan para formar un teatro nacional, y que nos obligará á no ver representadas más que comedias españolas ó dramas traducidos del frances.

Ese obstáculo, son las compañías dramáticas: generalmente hay muy pocos actores mexicanos, más bien por negligencia en el estudio del arte que por falta de aptitudes; y esos actores ó tienen que resignarse á forma parte de una compañía española, dirigida autocráticamente por un actor español, ó en el caso de que pretendan formar un grupo que alguno de ellos dirija, se ven obligados, por falta de elementos y de proteccion, á tomar en arrendamiento un teatro de tercer órden en la Capital, ó emprender la peregrinacion por los Estados, entrando modestamente en la esfera de *cómicos de la legua.*

Y como los actores españoles que á México llegan precedidos de gran fama, la mayor parte de las veces no nacida en Madrid ni en España, sino en las costas del Golfo y en las Redacciones de nuestros periódicos, ni tienen un alto concepto de las producciones dramáticas de los nietos de Moctezuma, ni tomarse quieren el trabajo de estudiar piezas nuevas, contentándose para salir del paso con lo que ya de antemano traen sabido, resulta que el pobre autor que pretende que se ponga en escena

alguna comedia suya, necesita más empeños, más influjo y trabajo más grande que si solicitara la Cartera de Hacienda ó la Administracion de la Aduana marítima de Veracruz.

Sólo aquellas compañías que no alcanzan á conseguir «buenas entradas» ni «casa llena», tienen el valor de aceptar esas comedias con las que esperan llamar la atencion y hacer su agosto; pero entónces sucede que, con un cuadro incompleto y con pocos recursos para «montar» la obra, la concurrencia, si acude, no se forma un buen concepto de la pieza, y aplauden tibiamente «el público en general y los amigos en particular.»

Mateos, luchando contra todos estos obstáculos, ha conseguido ver representadas sus obras y estar ya reconocido, entre nosotros, como autor dramático y á salvo de los escollos con que tropieza el poeta novel y desconocido.

Como novelista, Mateos ha logrado no sólo renombre sino provecho. Un literato en México vive con mucha dificultad de su pluma, porque si no alcanza un buen lugar en la Redaccion de un periódico, la publicacion de sus trabajos, aun cuando pueda conseguirla á costa de heróicos sacrificios, le produce pocas ganancias; y Mateos ha vendido bien todas sus obras, teniendo relativamente un extraordinario número de suscritores.

El *Sol de Mayo*, el *Cerro de las Campanas*, *Sacerdote y Caudillo* y *Los Insurgentes*, pertenecen á la novela histó-

rica; y no pocas veces, datos que en publicaciones sérias relativas á la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en algunas de las novelas de Mateos.

Para escribir cualquiera de ellas, ha sacudido su indolencia y ha buscado y encontrado la manera de referir los acontecimientos públicos más notables, enlazándolos con la ficcion del argumento de una manera fácil y natural.

El carácter y las costumbres de algunos de nuestros hombres distinguidos, están mejor pintados en los libros de Juan Mateos que en muchas de las biografías que de ellos se han escrito.

Juan es perezoso porque tiene facilidad para comprender y para escribir. En la tribuna, cuando no convence, alucina, ó por lo ménos agrada: tiene siempre una extraña novedad en sus frases y en sus giros y es difícil encontrarle un plagio porque no ha ido á beber la inspiracion á extraña fuente. Los hombres que han leido mucho, son plagiarios sin quererlo y sin comprenderlo; el que vuelve de apagar un incendio huele á humo, y él sin embargo juraria que no, aunque todos lo sientan á diez metros de distancia.

No diré que Juan Mateos sea un gran orador, porque un orador perfecto, ó al ménos con pocos defectos, que se acerque siquiera al modelo que de él nos presentan los maestros, ó al ideal que tenemos formado, seguramente es muy difícil encontrarle; pero orador en el sentido de meditar más ó ménos una cuestion, y ocupando

la tribuna expresarse con facilidad y casi con elegancia y hacer un discurso, sí puedo decir que Juan Mateos es orador.

Para mí, el hombre que trabaja en la tranquilidad de su gabinete una pieza literaria, que la pule, que la estudia, que la arregla con el mayor cuidado, teniendo tiempo y facilidad para consultar libros y maestros, que despues la aprende de memoria, la repite en alta voz delante de álguien que le corrija, como el niño que da una leccion en la escuela, que ensaya delante de un espejo los movimientos que debe hacer, y despues de todo este gran trabajo, en una asamblea ó en un concurso cualquiera, sube á la tribuna y pronuncia aquella oracion; para mí, repito, ese no es orador, será cuando más un escritor que tiene la paciencia de aprender de memoria sus mismas obras y repetirlas en voz alta escogiendo la oportunidad.

Si esto fuera ser orador, ¿qué escritor no lo seria? porque con mayor ó menor dificultad se aprenderia cuanto escribiese, ni serian necesarias tantas reglas y tanto trabajo para formar un orador, y ni habria motivo para distinguir al escritor del orador, si la línea de separacion consistia, no más, en que el uno enviase sus trabajos á la imprenta y el otro aprendiéndolos de memoria los publicara por medio de su voz.

No digo que yo tenga razon al asentar esto; pero no he encontrado cosa que me convenza de lo contrario, y como acostumbro, sobre todo para escribir, plantar mis

opiniones sin que me cause el menor cuidado lo que de mí juzguen, no vacilo en repetir que para mí, orador es el que estudia y medita detenidamente una cuestion sin preocuparse de llevar en la memoria más que la estructura de su discurso y no el detalle de las palabras: es orador, el que con el fondo de sus conocimientos y meditaciones, puede en un parlamento, en una asociacion científica ó en una reunion popular, hablar bien y hablar con acierto sin necesidad de que se le permita que vaya á su casa á estudiar cuatro ó cinco dias para contestar un discurso ó defender una proposicion de la que no tenia ántes conocimiento. El vulgo, y yo con él, llama á esos oradores que llevan un discurso estudiado y que son incapaces para la réplica improvisada, *pistolas de un tiro.*

Cuando se lee á Ciceron, y más que él á Quintiliano, y se recuerdan todas las reglas y todas las prescripciones que no sólo para la parte intelectual sino para el aspecto físico se encargan á los oradores, se convence uno, aun cuando esto que voy á decir parezca una herejía literaria, que aquellos hombres que en Grecia y en Roma se distinguian en la *Pnyx* y en el *Foro*, en la *Bêma* ó en la *rostra*, eran unos verdaderos cómicos que estudiaban la manera de peinar, de vestir, los movimientos más insignificantes y hasta la clase de joyas que debian llevar.

Sabido es que el gran orador romano tomaba lecciones de Rosio el cómico, para presentarse y perorar de una manera agradable, es decir, para hacer en el *Foro*, y

recitando composicion propia, lo que los cómicos hacen en la escena, declamando extrañas producciones.

Y no es un atrevimiento mio el decir esto, porque esos grandes maestros de la elocuencia están á cada paso señalando y llamando la atencion de los oradores sobre esa línea imperceptible que los separa de los cómicos y en cuyo lindero muchas veces no están de acuerdo algunos de ellos: «así, dice Quintiliano, golpearse la pierna « es un movimiento que Cleón fué el primero en intro- « ducir en Atenas; está hoy en uso entre nosotros y ex- « cita al auditorio á sentimientos de indignacion. Cice- « ron siente que este movimiento le faltara á Calidio: «*jamas*, dice, *se golpeaba la frente ni la pierna.* Respecto « á lo de la frente no estoy de acuerdo, y encuentro que « esto, batir las manos y golpearse el pecho, son cosas « que deben dejarse á los cómicos.»

Un poco más adelante dice: «Es permitido algunas « veces, apoyarse sobre el pié derecho, con tal que el cuer- «po no se incline mucho hácia adelante; porque ya esa «postura conviene más al cómico que al orador.»

Por fin, para no gastar mucho tiempo en citas, pondré esta última, tambien de Quintiliano: «Para marcar la « diferencia que debe existir con el cómico, el orador pro- « cure atender en sus gestos y movimientos más al sen- « tido que á las palabras, que aun esto observan los «ac- « tores» que conocen la dignidad en su arte.»

Es curiosa la comparacion que resulta de los consejos

y prescripciones de Quintiliano en sus *Instituciones oratorias*, con el movimiento de las manos y de los brazos que vemos hacer á nuestros oradores todos los dias.

No es fácil, ni quizá posible el cuidado de esos movimientos en nuestro tiempo y por nuestros hombres; pero no por eso deja de ser divertida la aplicacion de los antiguos preceptos.

Ciceron asienta que la gracia en los movimientos es la elocuencia del cuerpo. Quintiliano dice: «las manos «hablan; ¡qué variedad de expresiones! instar, prome- «ter, llamar, despedir, amenazar, suplicar, pintar el hor- «ror, el espanto, la alegría, el dolor, la duda, el conven- «cimiento, el arrepentimiento, las medidas, la cantidad, «los números y el tiempo, las manos bastan para todo. «¿No excitan, no prohiben, no suplican, no aprueban, «no muestran la admiracion y la vergüenza? ¿no hacen «las veces de pronombres y de adverbios para designar «personas y lugares, y finalmente, en medio de esa pro- «digiosa diversidad de idiomas que hablan tantos pue- «blos diversos, ¿no forman las manos una especie de «lenguaje comun á todos los hombres?»

En verdad Quintiliano tiene razon; pero oigamos algunas de sus reglas y recordemos á algunos de nuestros hombres: «veamos, dice Quintiliano, de qué defec- «tos son susceptibles los movimientos de las manos. . . . «Yo he visto á un orador levantando las manos como pa- «ra sostener la techumbre. (¿Quién no conoce á Gui-

« llermo Prieto?) A otro, osando apénas separarla de su « pecho. (Aquí el Señor Bermúdez.) Alargando otro el « brazo en toda su longitud. (Aquí entra Dublan.) Mo- « viendo otro la mano como si tuviera un látigo. (No « hay más que recordar al diputado Carvajal.) Alguno « afectando la postura de la estatua del *Pacificador*, incli- « nada la cabeza sobre el hombro derecho, el brazo ten- « dido á la altura de la oreja, la mano desplegada y el « pulgar al aire. (Este es un retrato de Justo Sierra.) « Algunos oradores meciéndose constantemente de un « lado á otro como Curion, el padre, de quien Julio pre- « guntó: *¿Quién es ese hombre que habla desde un buque?* (Y parece que habia visto al diputado Enriquez.) ¡Qué hubiera dicho Quintiliano si en su tiempo se hubieran usado pantalones y hubiera contemplado á muchos de nuestros hombres, perorando con las manos metidas en los bolsillos! ¡Qué hubiera sentido Ciceron al mirar ese vasito de agua del que á cada cinco palabras liban nuestros tribunos en las Cámaras!

Manus sinistra nunquam sola gestum recte facit. La mano izquierda nunca puede hacer sola un movimiento gracioso, dice Quintiliano; y aquí vuelve á tomar su cauce este artículo, porque Juan Mateos luego que sube á la tribuna deja en inaccion la mano derecha y pone en activo ejercicio la izquierda. Siempre me ha llamado esto la atencion y he llegado á creer que ni es una mala costumbre ni el resultado de un acto voluntario; el mo-

vimiento de la mano izquierda de Juan Mateos, en el momento en que comienza á hablar en la tribuna, es el efecto de un cambio de centro de actividad en la masa encefálica. A ser cierta la teoría del cruzamiento, segun la cual el hemisferio derecho en el cerebro produce los movimientos de los miembros del lado izquierdo del cuerpo y vice versa, se puede asentar que en la conversacion, Mateos pone en ejercicio el hemisferio izquierdo de su cerebro, y cuando toma la palabra, cuando se reconcentra y esfuerza su inteligencia, todos sus pensamientos nacen del hemisferio derecho, excita y pone en actividad los centros ideo-motores del mismo hemisferio, despertando por decirlo así, las localidades, centro de los movimientos automáticos de la mano izquierda.

En este caso podriamos decir como dijo un frenologista, que hay un estravismo intelectual, lo que, traducido en romance, querria decir que Mateos piensa bizco en la tribuna. A esto sin duda puede atribuirse esa volubilidad literaria con que Juan Mateos se pone tan fácilmente á escribir una letrilla como á rumiar el discurso que pronunció en una discusion del presupuesto, como á preparar el argumento de un drama. Esta diversidad de objetos á que aplica su energía intelectual debe tener por consecuencia que profundice poco las cuestiones que desflora; pero Mateos no se pára en pelillos: poeta, compone un poema á Jesucristo; orador, truena contra el catolicismo y llama al Papa la *ténia* del Vaticano; autor

dramático, se echa *por la calle de en medio*, convertido en *ave negra*, trasformándose repentinamente en *ave blanca*, como esas hermosuras de caoba que concurren al zócalo ocultando la piel de Moctezuma bajo la espesa capa de polvo de arroz y algunas veces de harina flor.

Juan Mateos es un creador de frases retumbantes en la tribuna, como Justo Sierra en la poesía. Seguramente que de ambos quiso hablar Zorrilla cuando dijo en una detestable composicion á Napoleon I:

«*Dos gigantes los siglos nos trajeron.*»

Si Galileo viviera no estaria tan orgulloso del éxito que ha alcanzado aquella su frase: *e pur si muove*, como debe de estarlo Juan Antonio de la brillante popularidad que le han valido palabras como estas, que pasarán á la posteridad: *tengo enmohecidos los muelles de la palabra; he dejado las sandalias en la puerta del Congreso; yo no abandono al maestro como los ensabanados de Gethzemani; yo seré la última vela del tenebrario político; se le quiere hacer la operacion del trépano á la Constitucion; la sociedad no quiere vientres secos; estamos en presencia del desastre*, etc.

Y ¡qué cosas dice Juan Mateos en sus discursos! ¿De dónde le vienen á las mientes citas tan extrañas y personajes tan disímbolos? Algunas veces al oirle, se cree uno presa de una de esas pesadillas en que vemos á D. Manuel Toro y á D. Trinidad García bailando el *Can-Can* con Aspasia, la de Pericles, ó con Pinike, la hermana de Kimon, y Sila ó Mario se empeñan en rasurarnos, y en-

tramos á tomar tamales y atole de leche en el Parthenon, en compañía de Voltaire, de Alejandro VI y de D. Diego Alvarez de la Cuadra.

¿Recordais el discuro del Desagüe? Allí salieron (¿á qué ó por qué? Mateos lo sabrá) el monumento de Henrico Martinez, el Obispo Palafox, Revillagigedo, el tenor Arcaraz, la escalera de Palacio, Pedro Arbués, la Patti, las profecías de la madre Matiana, el ingeniero Garay, Pelletan, Niceto de Zamacois, los títeres del Teatro de América, un soneto de Caravantes, las desgracias de Colon, un plan de hacienda de Bejarano y la pulquería «Los Amores de un Turco.»

Cuando en la Cámara habla nuestro Juan, Justo Sierra se lame los labios, los Mijares Añorga se santiguan devotamente debajo de la barandilla, Bermudez aprieta los ojos y sacude la cabeza, D. Ignacio Michel se forma una concha con la mano sobre la oreja para no perder una palabra de la leccion, Vallecito se reconcentra, y á Guillermo Prieto le brillan los ojos y vuelve complacido el rostro por todas partes, como diciendo: ¡éste es mi discípulo amado!

Sólo Joaquin Alcalde clava taciturno la barba sobre el pecho y exclama en su interior: pues señor, éste sí me desbanca, y *etcétera, etcétera* . . . . . .

Veamos un trozo de elocuencia de nuestro orador. Se trata del permiso que solicita el Estado de Hidalgo para la introduccion de sal del extranjero. Juan Antonio se

yergue (como diria Justo Sierra), y con toda la energía de que es capaz (como diria el Sr. D. Ezequiel Montes), lanza las *jaras* silbadoras de su elocuencia (como diria Hilarion Frías) en esta forma:

« Ciudadanos diputados:

Con las velas de mi bajel henchidas por el proceloso viento de la discusion, me arrojo entre las revueltas ondas de este debate, como las perdidas carabelas de Colon entre las nieblas del Atlántico.

El Estado de Hidalgo lanza su cañonazo de socorro, y por eso, antiguo soldado de la Reforma, quiero hacer fuerza de debate ántes que la sombra pavorosa del bonete de los hijos de Loyola se proyecte como un recuerdo de Torquemada y Pedro de Arbués sobre los campos del Estado que vió brillar el sol de Calpulalpam.

Los buitres que se ciernen sobre la Constitucion huirán á ocultarse medrosos bajo los mármoles del Vaticano, al primer estallido del rifle del progreso que suena como precursor del gemido de la locomotora.

¡Que brille, ciudadanos diputados, la alta sabiduría de la Cámara, para apagar las antorchas sangrientas del fanatismo, arrancadas de la hoguera de Juan Huss y de Savonarola!»

No me atrevo á decir que Juan Mateos no sabe lo que dice, cuando dice todas estas cosas, porque me expondria yo á que dijeran de mí que hablo como un loro.

Y á propósito de loros, tengo la conviccion de que les

calumnian los que sostienen que esos animales no conocen el peso y la significacion de sus palabras, y les comparan á los hombres ligeros para expresarse.

En esa comparacion, opino que quienes pierden son los loros, y ellos deberian poner el grito en el cielo por tamaño insulto.

Yo me atrevo á decir semejante cosa, porque he tenido oportunidad de hacer algunas observaciones, que si aquí no vienen al caso, no por eso dejarán de divertir á los lectores, cerrando este artículo con un broche de oro, como diria Guillermo Prieto.

Yo conocí en Tacámbaro un loro, con quien me presentó su amo, que era un coronel que aguantaba pocas pulgas: el loro me reconoció como amigo de su amo, y observé que ese animal, más desvergonzado y más agresivo que una mujer borracha, andaba siempre en campaña de palabras con los asistentes y los criados de la casa, diciendo tales infamias, que era cosa de taparse los oídos; pero apénas escuchaba los pasos de su amo ó los mios, ó alcanzaba á distinguirnos desde léjos, tomaba repentinamente el aspecto más mojigato, y creyendo sin duda que perteneciamos al Seminario de Morelia, comenzaba á cantar con voz gangosa: *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.*

Herodoto á cada paso dice en su Historia al referir algun acontecimiento:

—Esto lo ví, esto me lo contaron; pero no lo creo.

Y así voy á referir una historia que de testigos vera-

ces, aunque no les creí, supe en una de las poblaciones del Sur de la República.

Es el caso, que en ese pueblo habia un maestro de escuela llamádose Don Lúcas, y el cual dicho maestro tenia en la puerta del establecimiento un perico que todo el dia estaba dando vueltas en su estaca, oyendo lo que pasaba en la escuela y cambiando frases más ó ménos graciosas con los muchachos.

Una mañana, el loro, enfadado de aquella vida, ó creyendo quizá que habia terminado su educacion primaria, levantó el vuelo y en ménos de un cuarto de hora estuvo ya en la sierra inmediata y en donde abundan los loros, los pericos, las cotorras, las guacamayas y toda esa gran familia de pájaros que son candidatos á oradores.

La pena de Don Lúcas por la ingratitud de su favorito fué, como debe suponerse, honda y prolongada; pero como no hay dolor que el tiempo no cure, al mes no se acordaba ya del perico.

Un dia, Don Lúcas tuvo necesidad de atravesar la sierra para ir á una de las poblaciones cercanas: levantóse temprano, ántes que el sol, ensilló su caballo flaco, puso en las *cantinas* de la silla una torta de pan, un pedazo de *queso* y una botella con mezcal, y sin encomendarse á Dios como Don Quijote, ni al diablo como las *brujas*, echó por la vereda aprovechando la fresca para caminar, no sin tomar de cuando en cuando algunos tragos de la botella.

Serian las diez de la mañana, cuando atravesando por lo más espeso de la selva, empezó á oir por todas partes en grandes gritos, voces como humanas que decian b, a, n, ban; b, e, n, ben, y así sucesivamente: como maestro de escuela, fastidiado estaba de oir deletrear y de tratar con muchachos que, entre paréntesis, me figuro que los maestros de escuela deben tener por patron á Herodes, á aquel que degolló tantos chicos, ó á Kansa, aquel tirano de la India que, segun cuentan los libros de los Brahamas muchos siglos ántes de Herodes, habia tambien tenido el mismo inofensivo capricho. Pues como iba diciendo, Don Lúcas creyó al principio que aquello era una alucinacion, que habia tomado un poco más mezcal del que convenia, ó que el diablo trataba de martirizarle; pero poco á poco se fué convenciendo de que real y efectivamente aquellos gritos partian de los árboles.

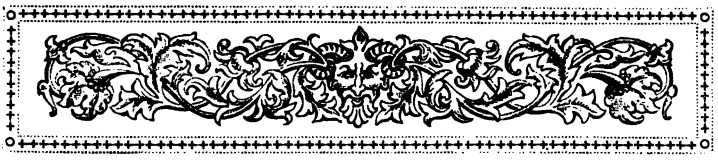
Loco se volvia tratando de explicarse ese misterio, hasta que repentinamente una inmensa bandada de loros cruzó sobre su cabeza repitiendo todos en coro: b, a, n, ban; b, e, n, ben, y detrás de ellos solo, y como cuidándoles, el ingrato, el desertor perico, que con mucha gravedad dijo al pasar junto al asombrado preceptor:

—Don Lúcas, ya tengo escuela.

Yo he tenido ganas de hacer de este cuento una fabulilla, y la moraleja, que por supuesto debe ser en verso, ha de decir: « Dios nos tenga de su mano, el dia en que muchos de nuestros literatos abran escuela.»

FRANCISCO SOSA.

LIT. H. IPIARTE, MEXICO



FRANCISCO SOSA

Aquí, en donde todos somos capaces de todo, dedicarse á la crítica literaria es empeño más peligroso que el de abrir un templo protestante en Puebla, ó proponer en la Cámara la disolubilidad del matrimonio: decir á un escritor que no sabe Gramática, prueba más grande atrevimiento que el de Lutero al presentarse en la Dieta de Worms; y para demostrar á un poeta que su inspiracion es postiza y de mala ley, se requiere más valor que el de Horacio Cócles, resistiendo solo en un puente á todo el ejército enemigo, que el de Marcelo atacando con un puñado de caballeros á la muchedumbre de los Galos, segun cuenta Valerio Máximo, ó que el de Pedro Castera poniendo en venta sus «Ensueños y Armonías.» No se puede ser crítico en un país en que cada literato se cree digno, no solo de respeto,

sino de la admiracion de todas las generaciones presentes y venideras.

Todos los tormentos que se agotaron en Lyon en el siglo II de la Iglesia para martirizar á Blandina y á Póntico, parecerian poco castigo si se tratara de aplicárselos á un desgraciado que quisiera tomar el papel de censor en esta ciudad en que las letras están en su apogeo: por eso, aunque me voy con tanto cuidado en mis artículos, como esos acróbatas que dan en los pueblos el espectáculo de cruzar con los ojos vendados sobre un terreno erizado de cuchillos y bayonetas, no dejo de maldecir en mi interior, el dia y hora en que, por mi desgracia, me he metido en este laberinto, sin llevar, como el semidios de la Grecia, el hilo maravilloso de Ariadna.

Pero á lo hecho, pecho; y vamos andando, que fin ha de tener todo esto y el hombre ha nacido para sufrir y padecer.

Y hánme ocurrido todas estas reflexiones, porque voy á hablar de Pancho Sosa, que ha tenido siempre la franqueza de expresar sus verdaderas opiniones, todas cuantas veces ha escrito artículos de crítica literaria, lo cual le ha valido no pocos disgustos ni escaso número de malas voluntades.

Sosa, como crítico, algunas veces es demasiado severo; pero esto que más bien es resultado de su carácter, no ha dejado de ser útil en el tan desacotado campo de nuestra literatura; y como la venganza no sea arma extraña en-

tre nosotros, muchos descargan sobre él sus rencores, sin perdonarle por más que pasen los dias y los años; que entre los poetas, las ofensas, supuestas ó reales, prescriben con más dificultad que en los siglos pasados los bienes raíces de la Iglesia ó de los Municipios.

Sosa ha engalanado con sentidos versos y con leyendas, periódicos de buen nombre, como *El Domingo*, *El Federalista*, *El Renacimiento*, *El Artista* y la *Revista Mexicana*.

A pesar de esto, será muy difícil que muchos confiesen el mérito de Sosa; y él se tiene la culpa, por andar queriendo decir siempre la verdad, en todas ocasiones, y por no darle tornillo á su carácter, poniendo en juego algo más que la indulgencia para llamar *genios*, á todos los que escriben cuatro renglones desiguales; eminencias, á los valles; condores, á los gorriones, y soles, á las anémicas linternas de los coches del sitio.

Para tener fama literaria bien sentada, es preciso callar todo lo que puede refluir en mengua de cuantos, bien ó mal, escriban en todos los periódicos, libros y décimas de la plaza, conocidos y por conocer, y alabar hasta lo inalabable, por más que haya loas que parezcan inverosímiles.

Eso depende de los anteojos con que se lee.

Dijo un poeta:

En este mundo traidor,
Nada hay verdad ni mentira;
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

Cuentan que un carpintero tenia un caballo y sólo le faltaba la pastura para mantenerlo: por las mañanas le echaba el *aserrin* y los recortes de madera, como almuerzo; pero como el animal nada de esto queria comer, al buen carpintero se le ocurrió, para que el caballo creyese que toda aquella madera era yerba húmeda y fresca, ponerle anteojos verdes.

Necesítanse pues, unos lentes verdes, que así creerémos que todo es yerba, aun cuando mucho sea paja, y luego convencerse de que en materia de alabanzas todo debe regirse por el *Do ut des, y facio ut facias.*

Sosa ha tenido el candor de decir que las comedias de Cuenca, de Peza, de Segura, algunas de Chavero, otras de Juan Mateos y otras de Peon, no valen lo que los autores creen, ó lo en que los cómicos las aprecian; y ha tenido con esto mucho que rascar.

Le han gritado *envidioso*, *acre*, *intratable*, y *antipatriota*, porque el patriotismo tiene su modo de entenderse, aunque se haga alianza con el enemigo extranjero en un campo de batalla, con tal de que se diga siempre, que nosotros somos la raza privilegiada de la tierra para escribir en prosa y verso, ya hay seguridad de aparecer más patriotas que Mucio Scévola, que Verginsextorix, que Pelayo, ó que Guerrero.

Es peligroso saber, y más que saber, publicar todos esos secretos misteriosos de la literatura, que se han vuelto ya como los secretos de las religiones. Cuentan que

Aristóphanes por haber hecho alusion á algunos misterios religiosos, fué acusado de impío, y no pudo salvarse sino probando que no estaba iniciado, y que todo aquello lo habia sabido por la voz pública.

Renan refiere lo siguiente:

« Un personaje elevado del Islamismo me contó que « habia sido preciso hacia pocos años reparar el interior del « sepulcro de Mahoma en Medina; y se publicó una con- « vocatoria á los albañiles anunciando en ella que: aquel « que tuviera que entrar á lugar tan sagrado, seria dego- « llado al salir. No faltó uno que se presentara; descendió, « terminó su trabajo y se dejó decapitar. Es necesario, « me dijo mi interlocutor, que se tenga cierta idea de estos « lugares y que nadie pueda decir que son de otro modo.»

Esto es precisamente lo que causa la mala voluntad contra los críticos: es preciso que se tenga cierta idea de tales personas, y no seria malo degollar á todos los que intentaran probar que esa idea no es la verdadera.

Pancho Sosa se ha dedicado principalmente al estudio y publicacion de Biografías de los hombres que en México, han tenido alguna importancia en las ciencias ó en la literatura, ó de alguna manera han contribuido al progreso moral y material del país, y tiene escritas ya más de setecientas.

Este trabajo es ingrato y peligroso; pero entre los auxiliares de la Historia, es sin duda el que mayores servicios la presta.

En las Biografías de los hombres de pasados tiempos, la dificultad para encontrar datos fehacientes burla muchas veces el laborioso empeño del escritor, y las encontradas apreciaciones sobre el mérito de los contemporáneos le expone á los enconosos tiros de la envidia.

Con una serenidad imperturbable y con una constancia digna de respeto, Sosa arrostra por todo, y sigue sin interrupcion estudiando y escribiendo Biografías, y acumulando con ellas un caudal de noticias y juicios críticos que serán, un tesoro para los historiadores en lo porvenir, por más que hoy no le produzcan á su autor ni grande honra ni provecho alguno.

La historia de los hechos de hombres, que de alguna manera se distinguen por sus virtudes ó por su saber, en los pocos años que viven sobre la tierra, se ha considerado siempre, si nó de gran brillo, sí de notable utilidad, por escritores dignos de respeto.

«Antigua costumbre—dice Tácito en la vida de Agrí-«cola—ha sido narrar los hechos y costumbres de los «varones esclarecidos, y aun nuestra misma edad, aun-«que poco apreciadora de los suyos, siempre cuida de eso «cuando alguna grande é ilustre virtud vence y sobrepuja «la ignorancia, la envidia y el aborrecimiento de lo bue-«no, vicios comunes á las grandes ciudades y á las pe-«queñas poblaciones. Pero entre los pasados, así como «habia más inclinacion para hacer cosas dignas de re-«cuerdo y ocasion más oportuna para ello, así tambien

« movíanse los ingenios á escribir la memoria de esas vir-
« tudes, más por el precio de la buena conciencia que por
« el estipendio ó la ambicion. Narraron muchos sus pro-
« pias vidas, confiando en la severidad de sus costumbres,
« que no aconsejados por la arrogancia; y por esto ni fue-
« ron murmurados Rutilio y Scauro, ni se dudó de la
« verdad de su dicho. Tanto así, en los siglos fecundos de
« virtudes, es fácil la justicia en la apreciacion; y yo, es-
« cribiendo la vida de un hombre que ya no existe, nece-
« sito una indulgencia, que no solicitaria si atravesáramos
« los tiempos crueles y enemigos de las virtudes.

« Sabemos que Aruleno Rústico y Herennio Senecion
« fueron condenados á muerte por haber escrito la Apo-
« logía, el uno, de Pœtus Tráceas, y el otro de Prisco Hel-
« vidio; y no contentándose la persecucion con los auto-
« res, fueron quemadas por la mano de un ejecutor, y
« en medio del *Foro*, aquellas obras, esclarecidos monu-
« mentos del genio. Se pretendia, sin duda, consumir con
« el fuego la voz del pueblo romano, la libertad del Se-
« nado y la conciencia universal, ahogando la sabiduría
« de los profesores, y desterando á todas las buenas artes
« por temor de encontrarse con algo honesto. Ciertamen-
« te dimos grandes muestras de paciencia, y como la edad
« pasada vió los últimos términos de la libertad, vimos
« nosotros los últimos de la servidumbre, perdiendo por
« temor á las denuncias hasta el trato y conversaciones
« familiares; y hubiéramos perdido hasta la memoria mis-

« ma, si estuviera en nuestra potestad el olvidar como lo « está el callar.»

Despues del testimonio del príncipe de los historiadores, que traducido por mí pierde toda la elegancia del original, nada seria preciso agregar en pró de los trabajos biográficos; pero de alguna cosa servirá aducir algunos otros.

« Por tanto,—dice Plutarco en la vida de Pericles— « es visto que no son de provecho para los espectadores « aquellas cosas que no engendran celo de imitacion, ni « tienen por retribucion el incitar el deseo y conato de as- « pirar á la semejanza; mas la virtud es tal en sus obras, « que con admirarlas, va unido al punto el deseo de imitar « á los que las ejecutan, porque en las cosas de la fortuna, « lo que nos complace es la posesion y el disfrute, pero « en las de la virtud, la ejecucion; y aquellas queremos « más que nos vengan de nosotros, y éstas por el contra- « rio, que las reciban los otros de nuestras manos; y es que « el honesto mueve prácticamente y produce al punto un « conato práctico y moral, infundiendo un propósito sa- « ludable en el espectador, no precisamente por la imi- « tacion, sino por sola la relacion de los hechos. De aquí « nació en mí el propósito de ocuparme en este genero « de escritura.»

El famoso escritor español D. Manuel José Quintana, en el prólogo de sus «Vidas de Españoles célebres,» dice al mismo propósito:

« Las vidas de los hombres célebres son, de todos los

«géneros de historia, el más agradable de leerse. La cu-
«riosidad excitada por el ruido que aquellos personajes
«han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más
«despacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios
«extraordinarios, han contribuido á la formacion, progre-
«sos y atrasos de las naciones. Las particularidades y
«pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar
«fielmente los caractéres y las costumbres, llaman tanto
«más la atencion, cuanto que en ellas se mira á los héroes
«más desnudos del aparato teatral con que se presentan en
«la escena del mundo, y convertirse en hombres semejan-
«tes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para
«consolarnos de su superioridad.»

Pero todos estos pensamientos se condensan de una manera admirable, en unos versos tomados de los que D. Antonio Pons, pone en su *Viaje á España* y dice haberlos leido en dos tablas al lado del sepulcro del célebre Conde D. Pedro Ansurez, en una capilla de la Catedral de Valladolid.

La vida de los pasados
Reprehende á los presentes;
Ya tales somos tornados,
Que mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes.

Porque la fama del bueno
Lastima por donde vuela,
Al buëno con la espuela,
Y al perverso con el freno.

Xenophonte llevaba más adelante el empeño en con-

servar el recuerdo de las acciones de los hombres ilustres, pues dice al comenzar *El Banquete:*

«Me parece que no solamente las acciones sérias de «los hombres honrados y virtuosos, sino aun sus simples «entretenimientos, son dignos de memoria; y llevado de «este pensamiento, quiero publicar algunos rasgos de «que yo he sido testigo.»

Seguramente por esto hay tantos escritores honrados que se han dedicado á los estudios biográficos. Tácito escribió la vida de Agrippa, Quinto Curcio la de Alejandro Magno, Plutarco y Cornelio Nepot vidas de griegos y romanos, Xenophonte la de Cyro el Grande, y Diógenes Laertio las de muchos filósofos; Suetonio las de los doce Césares, Philostrato la de Apolonio de Tyana y la de los Sophistas, Eunapo las de los filósofos.

El año de 1643, el jesuita Bolland comenzó la publicacion de la grande obra *Acta Sanctorum*, interrumpida en 1794 por la revolucion, y que no comprendiendo más que del 1º de Enero al 14 de Octubre, contaba ya cincuenta y tres volúmenes en folio: Monje, en nombre del Instituto; Gizot, en nombre de la Historia, y los personajes más importantes de Bélgica, pidieron la conclusion de ese monumento que por un voto de las Cámaras belgas en 1837, se continuó por una Sociedad de Bollandistas escogida de la Compañía de Jesus; hasta 1853 habian publicado ya dos grandes volúmenes con más de dos mil cuatrocientas páginas.

Estas biografías de los santos, tan populares en el mundo católico, son el resúmen de la literatura dominante de la Edad Media, y que influencia tan poderosa ejerció en el modo de ser de las sociedades y en el modo de existir de los gobiernos.

En nuestros dias, á la luz deslumbradora de la ciencia moderna, apénas puede comprenderse el influjo decisivo que esas leyendas tuvieron en el ánimo de aquellas generaciones, no sólo en la vida doméstica, no sólo en el criterio de la conciencia religiosa y moral, sino en la guerra, en las ciencias, en las artes, en las letras y en la industria.

Relatos de fantásticas y maravillosas aventuras, milagros, éxtasis, profecía, ubicuidad, penitencias espantosas y episodios de abnegacion inverosímiles: los santos de la Iglesia de Oriente venciendo en constancia y en sufrimientos á los Faquires del Ganges y del Indo, los Stilitas permaneciendo inmóviles sobre su columna tantos años y anidando bajo sus brazos los pájaros; María la Egipcia enterrándose viva hasta el cuello; los mártires de la Iglesia de Occidente, sufriendo sin murmurar y muchas veces en medio de cantos triunfales, los horribles martirios de la silla candente y la muerte entre las garras de los tigres ó las pesadas patas de los elefantes; la innumerable muchedumbre de solitarios, haciendo una monstruosa mezcla de la filosofía de los Gimnosophistas, de los Pitagóricos, de los Estóicos y de los Cristianos; este es el almacen de donde están sacados todos los hilos, que

tejen y traman la tela de la vida de los santos, durante los tres primeros siglos de la Iglesia.

Y sin embargo, estas vidas, llevadas por la tradicion, inspiraron á toda la Edad Media, y puede decirse que de ellas nacieron los libros de Caballería; los libros de Caballería que no son otra cosa sino biografías más ó ménos fantásticas de hombres maravillosos: porque la humanidad, por más que digan los escritores católicos, tiende al Politheismo, y los santos son para el vulgo del catolicismo una especie de semidioses, como lo fué Theseo entre los griegos, como lo fué Hércules ántes de ser elevado á la categoría de dios, y semidioses fueron para la Edad Media, los caballeros andantes; porque el pueblo en los dias del Politheismo criaba sus semidioses; en los primeros siglos del Cristianismo, formaba santos milagrosos; y cuando la Iglesia estableció que los santos no se declaraban más que en Roma, el pueblo comenzó á crear demonios y héroes fantásticos y legendarios.

Libros de Caballería y vidas de los santos, fueron el alimento literario de San Ignacio de Loyola, que envolvió al mundo en una red de acero con la Compañía de Jesus: vidas de los santos y libros de Caballería, nutrieron el espíritu de la sublime histérica Teresa de Jesus, y quizá el *Fausto* de Goëthe, y el *Mágico prodigioso* de Calderon hayan tenido, como opinan muchos, la vida de San Cipriano por fuente de inspiracion.

En los últimos siglos las colecciones biográficas han to-

mado generalmente el carácter de diccionario, y se han formado grandes colecciones. Branthome, Moreri Ladvocat, Bayle, Michaud, Vaperau, Renniè y otros muchos cuya lista seria interminable, se han dedicado á esta clase de trabajos, entre los cuales no son de despreciarse el de Robertson en la *Vida de Cárlos V*, Wathson en la de *Felipe II*, y el mismo Voltaire en la de *Cárlos XII*.

Hay sin embargo en medio de todo esto, la Biografía que podriamos llamar *bastarda:* la que escriben los aduladores para halagar el amor propio y lisonjear servilmente á un magnate, profanando el recuerdo de Plutarco y convirtiendo las balanzas de la Justicia en *romana* de tienda de abarrotes en que se pesa para vender.

Esta clase de biografías son como la flor que llamamos nosotros de Navidad; son como la *Maravilla:* apénas pueden vivir siquiera durante el dia que las ve nacer; pero de este trabajo debe hacerse el mismo aprecio que el público hace de él: le considera como uno de tantos medios que han inventado los cortesanos para halagar á su Señor; se leen por diversion como la noticia de la *sierpe* que se apareció en la iglesia de Loreto, y si sirven para hacer alguna calificacion, no es precisamente la del personaje de quien se habla, sino la del Homero que á tal Aquiles canta. De tales obras nunca hemos llegado á ver una coleccion, y á fe que hace falta, no como un modelo de literatura ni ménos como dato histórico, sino como prueba de la volubilidad de las cosas de este mundo, y

como coeficiente de abyeccion en algunos períodos de la vida de los pueblos.

Cuando se medita en la influencia de los estudios biográficos, viene necesariamente á nuestra memoria la gran cuestion á que se ha llamado *la teoría del grande hombre*, y sobre la que voy á permitirme decir unas cuantas palabras, siquiera para poder hablar de grandes hombres, ya que entre nosotros son tan escasos.

« Otra clase de espíritus hay—dice Spencer en su obra « Introduccion á la Ciencia Social »—que no está mejor « preparada para interpretar científicamente los fenóme- « nos sociales: aquella que no considera en el curso de la « civilizacion, sino un recuerdo de los personajes nota- « bles y de sus acciones. Uno de los que han expuesto « esta teoría con más brillo ha dicho esto: «Yo concibo « la Historia Universal, como la historia de lo que el « hombre ha hecho en el mundo, y esto en el fondo for- « ma la historia de los grandes hombres que en él han « existido. En esta creencia, aunque no tan netamen- « te formulada, hemos sido educados casi todos nos- « otros.»

Se extiende despues Spencer explicando por qué á su juicio *la teoría del grande hombre* ha sido tan bien recibida, y por qué encuentra tan fácilmente espíritus preocupados para aceptarla, y que buscan siempre el influjo de una personalidad eminente en todos los progresos humanos y en todas las evoluciones sociales.

El gusto universal por la personalidad, cualidad activa y persistente en todos los hombres, el interes y el entretenimiento que lleva consigo el relato de acciones y palabras de grandes hombres, y la facilidad con que los hechos históricos y los problemas sociológicos de pasados tiempos se explican por la intervencion y poderoso influjo de un hombre distinguido, son, á juicio del eminente filósofo á quien me refiero, las causas que más eficazmente contribuyen á mantener en el mundo de la inteligencia *la teoría del grande hombre*, y á dificultar el estudio de las ciencias sociales.

«Pero si descontentos de la vaguedad—dice Spen-
«cer—buscamos que nuestras ideas sean más exactas y
«precisas, descubrimos que esta hipótesis es profunda-
«mente incoherente. Si en vez de darnos por satisfechos
«explicando así el progreso social, queremos profundizar
«más y preguntarnos ¿de dónde viene el grande hombre?
«encontramos la teoría completamente defectuosa; por-
«que hay dos soluciones posibles para esta cuestion: ó el
«orígen del grande hombre es sobrenatural, ó es natural.
«En el primer caso es un dios en mision, y caemos en
«el principio teocrático, ó más bien dicho, no caerémos,
«porque estamos obligados á conceder á M. Schomberg,
«citado más arriba, que la determinacion de invadir á la
«Bretaña fué inspirada á César por la Divinidad, y que
«desde él, hasta Jorge III el Grande y el Bueno, nues-
«tros amos, fueron escogidos sucesivamente, para cum-

«plir los designios sucesivos de Dios. ¿Puede ser acep-
«table esta solucion?

«Por otra parte, si el grande hombre tiene un orígen
«natural, preciso es clasificarle sin vacilar, entre los otros
«fenómenos de la sociedad donde ha nacido, y entre los
«productos de los estados anteriores de esa sociedad. En
«el mismo grado que toda la generacion de que forma
«una pequeña parte; en el mismo que las instituciones,
«el lenguaje, la ciencia y las costumbres; en el mismo
«que la multitud de las artes y sus aplicaciones, el grande
«hombre no es más que una resultante del enorme agre-
«gado de fuerzas, que han obrado de concierto durante
«muchos siglos.

«Tendréis á la verdad el derecho, si os place, de igno-
«rar lo que enseña la observacion más vulgar, y que con-
«firma la fisiología, si admitís que de padres europeos
«pueda nacer un niño negro, ó que dos papus de cabe-
«llera crespa sean capaces de producir un hermoso niño
«del tipo caucásico y de cabellos lacios. Tendréis tam-
«bien que admitir bajo ese supuesto, que el *grande hom-*
«*bre* puede aparecer no importa dónde ni con qué con-
«diciones. Si no quereis tomar en cuenta estas resultan-
«tes, acumuladas por la experiencia y expresadas hasta
«en los proverbios vulgares lo mismo que en las genera-
«lizaciones de los psicólogos, si suponeis que Newton
«pueda nacer de una familia de Hotentotes, y un Milton
«pueda surgir de en medio de los Andamanes, que un

« Howard ó un Clarckson pueda tener á los Fidjienes por « padres, entónces podréis fácilmente explicar el progreso « social, como producido por la accion del *grande hombre.*

« Pero si toda la ciencia biológica, viniendo en apoyo « de las creencias populares, acaba por convenceros de que « es imposible que un Aristóteles venga de un padre y « una madre cuyo ángulo facial mida cincuenta grados, « y que no hay la menor probabilidad de que aparezca un « Beethowen en una tribu de caníbales, cuyos coros en « un festin de carne humana semejan un gruñido ryth- « mico, estaréis obligados á admitir que la génesis del « grande hombre, depende de largas series de influencias « complexas, que han producido la raza en medio de la « cual aparece, y el estado social al que ha llegado lenta- « mente esa raza.

« Si es verdad que el grande hombre puede modificar « de su nacion la estructura y las acciones, tambien es « cierto que ántes de su aparicion, ha habido forzosamen- « te modificaciones que han constituido el progreso na- « cional; ántes que él pueda reformar la sociedad, es nece- « sario que la sociedad le haya formado á él; todos los « cambios de que es autor inmediato tienen causas prin- « cipales en las generaciones de que él desciende; si existe « una explicacion verdadera de tales cambios, preciso es « buscarla en el conjunto de condiciones de donde han « salido los cambios y el hombre. »

Más especioso que verdadero viene á ser todo este ra-

zonamiento de Spencer. Lo que todos han creido, y que forma la base de *la teoría del grande hombre*, es, que hay en la Historia personajes que han influido directamente en el progreso ó retroceso de la nacion á que pertenecen, ó de gran parte de la humanidad: que muchas evoluciones sociales pueden explicarse por el influjo de un hombre, y que la historia de muchos de estos grandes hombres, es la historia de su país ó de su época; así parece que Spencer comprende tambien la teoría del *grande hombre*, y bajo este sentido es como la ataca y llama preocupados á los que en ella creen.

Indudablemente, ni todo el progreso, ni todas las evoluciones sociales, pueden tener explicacion satisfactoria en *la teoría del grande hombre;* pero es una preocupacion sistemática negar su influencia, y establecer *como principio absoluto*, que, el *grande hombre* no es sino el resultado, y nunca causa única, ó cuando ménos cooperativa, del progreso.

No necesitamos ocuparnos de si el nacimiento del *grande hombre* es natural ó maravilloso, supuesto que no admitimos entre los datos para la resolucion de los problemas científicos nada que no sea enteramente natural; pero á nuestro turno ponemos tambien este dilema: ó la evolucion social tiene que verificarse precisa é indispensablemente, indefectible en tiempo y en modo, ó está sujeta á la eventualidad de todos los acontecimientos sociales y es susceptible de variar en tiempo y forma, y de ser

ó no ser. Si lo primero, entónces tendrémos ya el fatalismo árabe, el *estaba escrito*, y por consecuencia el destino manifiesto, la falta de libertad naciendo del conjunto de las libertades; el libre aldedrío de las unidades engendrando una entidad arrastrada ciegamente por el destino, como los personajes de Esquilo; las afirmaciones coordinadas produciendo la negacion absoluta; en fin, la deidad ciega de la Mitología, el *Alá* del Islamismo; lo maravilloso tambien, y sobre todo más que lo metafísico, lo theológico: un Jehová disponiendo caprichosamente de la suerte de las sociedades. Esto no se puede admitir. Entónces, busquemos el otro extremo de la disyuntiva, y establezcamos sin vacilar que las evoluciones sociales no son absolutamente necesarias, ni en su tiempo ni en su modo de ser, y que están sujetas á la combinacion de los elementos que hacen de ellas la unidad más complexa y ménos resoluta para el estudio científico.

Para combatir la argumentacion de Spencer, me valdré de principios y de reflexiones tomadas del mismo autor; pero con el objeto de ni presentar como mio lo que no es, ni tener á cada paso que estar advirtiendo de quién he tomado esas palabras; pondré subrayadas todas las frases que traslado del sabio filósofo y que recojo de varias de sus obras.

« Una sociedad, cualquiera que sea, no puede compa-
« rarse, por más que sea un agregado, ni con los agrega-
« dos inorgánicos, ni con los orgánicos; no con los pri-

«meros, porque un *todo* cuyas partes son vivientes, no «puede tener caractéres generales semejantes á los de «aquel cuyas partes están privadas de vida; no con los «segundos, porque *las partes de un animal* forman un todo «concreto, miéntras las de una sociedad forman un to-«do discreto: las unidades vivas que pueden componer «al animal, están unidas en estrecho contacto, en tanto «que las que componen á la sociedad, son libres, discre-«tas y dispersas más ó ménos léjos unas de las otras.

«Pero la ciencia sociológica considera las unidades so-«ciales, sometidas á ciertas condiciones constituidas físi-«ca, emocional é intelectualmente, en posesion de ciertas «ideas adquiridas y de sentimientos correspondientes, y «tiene por mision explicar los fenómenos que resultan «de estas acciones combinadas.»

Es claro que *la sociedad influye sobre el individuo, como el individuo en la sociedad*, y es necesario estudiar ambas influencias, porque esta es una de las primeras incógnitas que debe eliminarse en el problema.

En una evolucion social, pueden considerarse muchas causas productoras, impulsivas, reguladoras, persistentes ó variables; pero como no nos vamos á ocupar más que de la influencia del hombre, ó más bien dicho, del *grande hombre*, en esas evoluciones en que á él le creemos el principal factor, no tratarémos de ninguna de esas otras fuerzas motrices.

«En una sociedad, las diversas unidades vivientes es-

«tán en contacto las unas con las otras, y son diferentes «por la intensidad de sensacion y emocion que causas se«mejantes pueden producir en ellas: miéntras unas se «muestran insensibles, otras poseen en alto grado la sen«sibilidad; en una misma sociedad, entre miembros que «pertenecen á la misma raza, y más aún, siendo razas «distintas, se encuentran estas diferencias: las unidades, «entregadas á un trabajo mecánico y á una vida peno«sa, son ménos sensibles que las que viven la vida men«tal.»

De aquí se puede inferir con toda seguridad, que hay una parte social que debe influir decididamente sobre la otra, ó al ménos que está en aptitud de dirigir el movimiento y evolucion; pero aun hay más: ciertas clases sociales influyen decisivamente en la marcha de la evolucion, precipitándola ó deteniéndola, como por ejemplo: *un grupo de ciudadanos que produce algun artículo para el consumo nacional, ó que provee de alguna manera las necesidades sociales;* este grupo en diferentes tipos, aparece en cada localidad, segun su industria ó comercio, apoderándose de todos los destinos de aquella localidad; dominando y dirigiendo la evolucion en el sentido más conveniente á su clase, ya minera, ya agrícola, ya manufacturera, ya comercial.

Y más notable se hace la preponderancia de una de estas clases, cuando en un país agrícola por ejemplo, viene á descubrirse una gran riqueza mineral; entónces la in-

fluencia dominante en la evolucion que allí se verifica desde aquel momento, está en el grupo que impulsa la industria que acaba de descubrirse; en virtud del movimiento progresivo, se adueña completamente de aquella situacion. Este es un extracto de Spencer.

Pues no sólo ese grupo puede imprimir una marcha determinada á la evolucion, sino precipitarla fuera de tiempo y de órden: «lo mismo que en el embrion de un «animal superior se ven partes importantes de diversos «órganos aparecer fuera del órden primitivo por antici- «pacion, lo mismo para el cuerpo en general sucede que «órganos enteros que en la serie de fenómenos de la gé- «nesis primitiva del tipo, han aparecido relativamente «tarde, se manifiesten relativamente violentos en la evo- «lucion del individuo: esta anticipacion que el profesor «Hœkel ha llamado *heterocronia*, se manifiesta por la apa- «ricion rápida del cerebro, en el embrion del mamífe- «ro . . . . . Cambio análogo de órden en la evolucion «social, se nos revela por la formacion de sociedades nue- «vas que heredan habitudes ó costumbres de sociedades «antiguas.»

Vemos, pues, dos cosas: que hay desarrollos que pueden llamarse prematuros, y que éstos son muchas veces producidos por agrupamientos que influyen sobre el cuerpo social.

Y ahora, ¿podrá negarse que estos agrupamientos agrícolas, industriales, etc., despiertan, se mueven, se orga-

nizan y se ponen en actividad por la iniciativa, el cálculo, la ciencia, la constancia ó el atrevimiento de un hombre? ¿Será necesario poner ejemplos de esto en un siglo en que las sociedades anónimas, que nacen siempre de la idea de un solo hombre, están produciendo una inmensa evolucion en todo el mundo civilizado? ¿Será necesario citar casos cuando apénas habrá individuo medianamente acomodado que no tenga parte ó intervenga de alguna manera en alguna sociedad anónima, creada por la iniciativa de un solo hombre?

Pues lo que se dice de la influencia de éstos en lo relativo al movimiento de mejora material, no hay motivo para negarlo tratándose de una evolucion religiosa, filosófica ó política.

La gran objecion que se hace, es que todos los grandes hombres fueron á su vez influidos por la sociedad, y recibieron el acopio de conocimientos de las generaciones anteriores: que de una tribu de Caníbales no puede surgir un Beethowen, de una madre que tenga un ángulo facial que mida ménos de cincuenta grados, nacer un Aristóteles, ni un Newton de una familia de Hotentotes.

Esto es llevar el razonamiento al ridículo, y hablar con los hombres que se dedican al estudio de la sociología, como si se dirigiera la palabra á un grupo de marmitones, ó á una reunion de niños que estuvieran apénas comenzando la educacion primaria.

Jamas los escritores que han creido en la teoría del

grande hombre, han negado la influencia de la sociedad y de los conocimientos adquiridos por las generaciones anteriores en el hombre que, á su vez, la ejerce tan decisiva en sus contemporáneos y en sus pósteros, ni han supuesto nunca que un *lipan* ó un *apache* convirtiéndose de pronto en un Humboldt ó en un Laplace, pueda hacer repentinamente de su tribu un grupo tan ilustrado como los miembros del Instituto, y tan aristócrata como los señores del Faubourg Saint German en Paris, ni ménos han creido que del centro del Africa Ecuatorial aparezcan inesperadamente un Dante, un Wagner ó un Víctor Hugo.

Las sociedades, como la naturaleza, no caminan á saltos; las evoluciones sucesivas se encadenan unas con las otras de una manera lógica; pero en las sociedades, la lógica de una evolucion no exige ni que sea en tal sentido mejor que en tal otro, ni en tal tiempo con preferencia á tal otro: despues que han pasado se hace gala de sabiduría, explicando los motivos que la prepararon y desarrollaron; pero como se trata siempre de dar explicacion á un hecho consumado, y el más ilustre es aquel que mejor lo explica, se tiene miedo de decir que pudo esto haber sido de otra manera tan fácilmente que como fué. Si el termómetro bajó repentinamente seis grados, es muy sencillo afirmar que una corriente fria que vino del Norte determinó el brusco cambio de temperatura, y nadie se toma el trabajo de sostener que pudo muy fá-

cilmente haberse producido un fenómeno meteorológico que elevara á cuatro grados el calor.

La teoría del *grande hombre* no implica necesariamente la idea de que él ha creado los elementos sociales, sino de que él los amalgama, los combina, los aprovecha y los dirige en tal sentido, que producen una evolucion inesperada, ó que violentan la que debia venir; y en cualquiera de estos dos casos, es la influencia de aquel hombre la que se siente en la evolucion, y la historia de ella es la historia de él.

Si la evolucion viniera ya formada, y el *grande hombre* fuera como ella, producto natural de la sociedad, ¿por qué esas grandes luchas de los grandes iniciadores y de sus discípulos, contra las sociedades que les rodean? ¿Por qué esa crucifixion de Jesus y ese sangriento combate de tres siglos para establecer el cristianismo, si era una evolucion que habia verificado ya la sociedad? ¿Por qué esa persecucion y ese aislamiento de Mahoma, y esa Hegira, y esas guerras tremendas, si ese mundo Islámico habia engendrado la revolucion del Profeta? ¿Por qué las grandes guerras de religion que siguieron á la Dieta de Worms, si Lutero no hacia más que responder á un hecho consumado? Y ¿por qué Galileo y Colon no encontraron todas las facilidades, el uno en su sistema y el otro en sus descubrimientos, si no eran ambos más que el eco de los conocimientos sociales de su siglo?

Las opiniones de Spencer, además de no ser funda-

das, envuelven la más negra ingratitud de la humanidad para con los hombres que han aprovechado los elementos sociales precipitando la marcha del progreso; y si llegaran á establecerse como regla en las naciones, además de convertir á la sociedad en una especie de planta, sin libertad de iniciativa, que debia necesariamente florecer en la primavera, dar sus frutos en el otoño y secarse en el invierno, siguiendo *fatalmente* una ley que no conoce, estableceria la absoluta irresponsabilidad sociológica de todos los gobiernos; la más completa inutilidad en todas las instituciones, y el esterilismo más triste en los esfuerzos de los hombres públicos. La evolucion ha de venir, ha de llegar y ha de pasar precisamente: si la influencia del *grande hombre* no debe tomarse en cuenta, no hay motivo para que se tome tampoco la de hombres que apénas serán «medianos»: si no hay que agradecer á los que pasaron, no hay ni que temer ni que esperar de los que son: la sociología debe estudiarse entónces sólo como la biología de una nacion, aunque Spencer diga que *la sociedad no es más que un nombre colectivo empleado para designar un cierto número de individuos.*

Miéntras no se encuentren nuevas razones, creeré que el *grande hombre* influye directamente sobre su nacion y sobre su época; porque aun creo más, que hay acontecimientos y pequeñas causas, que pueden producir, por un encadenamiento de circunstancias, grandes evoluciones, como el maquinista que en una locomotora no necesita

más que abrir fácilmente unos cuantos grados el ángulo de una palanca, para despertar ese pavoroso movimiento de émbolos y ruedas que ponen en marcha un enorme tren cargado de mercancías; y pensaré con Renan, cuando dice: «Hay más de un ejemplo de cosas bellas «y permanentes que no se han fundado sino sobre una «niñería: es preciso no buscar ninguna proporcion en«tre el incendio y la chispa que lo produce.»

Así pues, para todos los hombres que deseen para sí y para sus sucesores, nobles modelos de virtud que imitar, dechados de constancia en el estudio que seguir, y una esperanza que alimentar de que su nombre y sus sacrificios no se olvidarán, el trabajo de los escritores de Biografías debe tener una alta estima.

Ojalá Sosa, comprendiendo esto, recuerde siempre cuántas buenas voluntades están de su lado, y no desmaye en sus ávidas tareas, y siga sacando del olvido á tantos como lo merecen por sus virtudes ó su ciencia, y desdeñe como pequeñas miserias de la vida, los tiros de los que hoy puedan atacarle.

JUAN DE DIOS PEZA.

LIT. H. IRIARTE, MEXICO

JUAN DE DIOS PEZA

CUANDO yo era estudiante, porque yo he estudiado aunque no se me conozca y aunque necesite presentar certificados para probarlo; cuando yo era estudiante, repito, tenia un condiscípulo que tanto en la cátedra como á la hora del exámen, apénas le hacian cualquiera pregunta, se soltaba ensartando de lo lindo, unos tras otros, disparates ó trozos de la obra de texto de enseñanza; pero con tal rapidez, que el tiempo se deslizaba sin sentir, y generalmente salia bien librado en todas sus pruebas escolares.

A mí me llamaba de eso la atencion, más que todo, el éxito: un dia le supliqué que me explicara la razon de todo aquello.

—Es muy sencillo—me contestó.—Sin saber ó sabiendo contesto inmediatamente lo que me parece; pro-

curo ligarlo con algo que venga ó no venga al caso, y dé materia suficiente para hablar, procurando siempre no permitir que me interrumpan, de lo que resulta que cuando el catedrático ó los que examinan páran la atencion en un disparate y quieren corregirme, ya yo voy en otro mayor, con el que sucede exactamente lo mismo que con el anterior; el tiempo pasa, la concurrencia advierte que no me corrigen, esto se toma como prueba de mi acierto, y al último, natural es la aprobacion de los sinodales; porque si hay duda de si conozco la materia, no queda de que tengo audacia y elocuencia.

Realmente, el raciocinio no puede ser mejor, y la prueba de que á mí me lo parece, es que en todos estos artículos lo he observado al pié de la letra, y sin parar, y sin esperar contradiccion, y sin dejar de zurcir mucho que ni al caso viene, he traido al lector hasta el punto en que nos encontramos, aunque no puedo responder de si el número de los que comenzaron á leer estos artículos, es igual al de los que han llegado hasta aquí, porque bien pudiera suceder que la mayor parte hayan arrojado el libro por cansancio ó fastidio, dejándolo abandonado para siempre, como se hace en la política con esos Ministros improvisados á quienes un favoritismo más perjudicial que discreto, eleva repentinamente adonde nadie esperaba verles tan pronto, y que despues, perdiendo el equilibrio, se hunden para siempre sin que nadie de ellos á acordarse vuelva.

Pocos de nuestros poetas jóvenes han tenido, como literatos, la fortuna de Juan de Dios Peza; es verdad que su talento y su carácter le ayudan; pero nada es bastante si se tiene en contra á la fortuna, y la fortuna ha sido para Juan tan cariñosa, como *novia de viudo* con los niños del pretendiente. Peza ha tenido teatro, auditorio de buena fe y compañeros cariñosos; y con tales elementos, ya tiene un ingenio modo de brillar sin que la fama necesite andar de puerta en puerta preguntando si hay algo que sacar á lucir, como en los cuentos de las Mil y una Noches el mal genio que queria robar á Aladino la lámpara maravillosa.

Ha dicho Lamartine que «la nobleza es la predestinacion á la gloria:» los demócratas ponen por supuesto el grito en el cielo y sacan á luz á tantos que desde la más triste oscuridad han llegado hasta deslumbrar al mundo: las teorías de Darwin llegan luego en apoyo del poeta francés, y la ciencia se declara partidaria de la aristocracia de sangre; pero, en medio de todo, la verdadera predestinacion á la gloria no es más que el teatro en que se representa, es decir, la época y la sociedad.

Los apóstoles predicando una reforma moral y religiosa, tan completamente radical en nuestro siglo, como lo fué el Cristianismo en el mundo pagano, no hubieran alcanzado el martirio ni la canonizacion; cuando mucho un proceso en un tribunal correccional de policía, y algunos de ellos un buen lugar en un manicomio. Napo-

leon el Grande, viviendo en México por los años de 28 á 40, habria ganado la accion del «Gallinero,» habria derrotado á Torrejon, habria sido Presidente dos años y habria muerto honradamente de Director de Artillería, ó de Jefe de la Plana Mayor: César viviendo en los Estados Unidos, seria empresario de ferrocarriles, presidente de tres ó cuatro grandes sociedades anónimas, fumaria muy buenos puros habanos y no tendria que temer á más Brutos que á los que andan en cuatro piés. Sixto V de porquerizo en Tangancícuaro, habria llegado á Cura de Uruapam, ó cuando más á Canónigo de Morelia.

Sólo Catilina, á ser cierto, que lo dudo, todo lo que de él dicen Ciceron y Salustio, viviendo en Paris durante la revolucion de la Comuna, podria haber dado todo el vuelo á sus tendencias humanitarias y progresistas; ó alguno de los monarcas de Raghou-Vança, que ha cantado Kalidasa, y que buscaban las salvajes vertientes del Himalaya para hacer sus penitencias, podrian estar á toda su satisfaccion en la Alameda de esta Capital.

No hay que engañarse; el teatro lo hace todo. Un Valero *de la legua* está seguro de no encontrar un periodista que le diga una flor; y nadie conoce esto más que los artesanos: entre nosotros, lo mismo que en España, un sastre que se llama Moranchel, Zapata ó Güicochea, si bien corta, hará chaquetas para los sacristanes de Catedral ó remendará pantalones de estudiantes pobres en un cuarto interior de la calle de Manito, y no tendrá

nunca, aunque se saque la lotería y ponga un almacen en la calle de Plateros, una clientela aristocrática y distinguida, si no cambia la razon social y pone un gran rótulo con letras de oro, que diga: «Larochefoucauld y Cª, sastre de Paris,» «Wellington and Company, sastre de Lóndres», ó cosa por el estilo.

Pero como no sólo basta el teatro sino que se necesita el talento, por eso muchos que han tenido tan buen teatro como Juan Peza, no han podido, como él, alcanzar tan buena fortuna.

El célebre D. Ignacio Ramirez, exagerado quizá en sus críticas literarias, temido hasta por los hombres de más bien adquirida fama, porque á la severidad de sus juicios y á su rica y variada erudicion agregaba una sátira punzante, oportuna, envolviendo siempre algun pensamiento filosófico y expresado con tal arte, que casi no hacia más que salir de sus labios y alcanzaba popularidad, tuvo por Peza una gran predileccion: en el prólogo de las poesías que Peza publicó, Ramirez hace de él alabanzas más apreciables por lo inusitadas que por lo mucho bueno que dicen del jóven poeta. Ramirez veia en él un porvenir para las letras mexicanas; y cuando ese hombre tales cosas dijo, yo no vacilo entónces en creer que no voy desacertado al pensar que si Juan sigue como hasta aquí y se dedica al estudio, será una gloria para nuestro país.

El mérito de un poeta ó de un literato cualquiera, no

consiste sólo en conquistar un buen nombre en su época y entre sus contemporáneos; que tal puede ser aquella y tales éstos, que bien se pueda aplicar el refran de que *en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey.*

Así por ejemplo, en los siglos IX y X, se hacen grandes alabanzas de sabios como Alcuino, Eginardo, Teodulfo, Rábano (¡qué nombre!) Lupo (¡otro!) y algunos por el estilo; pero Alcuino, el astro, el sol de todos ellos, el consejero científico y maestro de Carlo-Magno, aquel de quien se dice que impulsó y levantó las ciencias y la enseñanza, era un inglés á quien el Emperador mandó traer expresamente para ponerlo á la cabeza de la enseñanza en Francia; y al decir del abate italiano Andrés, en su obra «Origen de la Literatura», «el grande Al-« cuino no era al fin otra cosa que un mediano teólogo; « ni sus decantados conocimientos filosóficos y matemá-« ticos se extendian más que á algunas sutilezas dialéc-« ticas y á los primeros rudimentos de música, aritmética « y astronomía, indispensables para el canto y cómputo « eclesiástico. Entónces el que sabia precisar el curso del « sol y de la luna, regular las fiestas movibles de la Igle-« sia y formar con alguna exactitud un calendario, era un « singular matemático y un astrónomo incomparable.»

Y en otra parte agrega:

« Si alguno por su raro ingenio y aplicacion extraor-« dinaria llegaba á tener nociones de los primeros ele-« mentos que se exponian en los libros latinos, era tenido

« por un hombre de la más vasta y sublime erudicion. « Apénas se encuentran elogios á autores de los siglos « ilustrados como los que se dieron pródigamente á los « literatos de aquellos tiempos rústicos é incultos.»

Con sólo esto se podria tener idea de la negra ignorancia que se tendia sobre Europa en aquellos siglos en que casi ninguno de los nobles sabia leer, y en que el mismo Emperador Carlo Magno, á pesar de su gran ingenio, del empeño siempre digno de alabanza con que se afanó por difundir la ilustracion en su dilatado imperio, fundando escuelas y academias, alentando y protegiendo á todos los hombres de ciencia y haciendo venir á su corte á cuantos de alguna manera se distinguian en las letras en extraños países, apénas sabia escribir su nombre.

Era tan grande la ignorancia, que el Clero, de quien se dice siempre, por decir algo, que fué el depositario de las ciencias en la Edad Media, nos da la muestra de la oscuridad que reinaba en aquella época.

Walter Scott cuenta que muchos frailes sin saber leer, decian de memoria la misa, rezando lo que puede llamarse *un oficio parvo de la Vírgen.* Los Concilios más severos, como el octavo de Toledo, en el Cánon Octavo, prohiben admitir á las sagradas órdenes á quien no supiera el « Salterio,» los « cánticos usuales,» los « himnos » y la « ceremonia del bautismo,» probando así, que leer y cantar eran suficiente tesoro de conocimientos para formar un sacerdote.

La fórmula de exámen que los Obispos debian hacer á los Sacerdotes de su diócesi, la escribe Reginon en estos términos:

Si Evangelium, et Epistolam bene legere possit, atques altem ad litteram ejus sensum manifestare. Item: si sermonem Athanassi de fide Sanctissimæ Trinitatis memoriter teneat, et sensum ejus intelligat, et enuntiare sciat. Es decir, que supiesen leer y entender los Evangelios y las Epístolas, y saber de memoria un sermon de San Atanasio, y ya podian soltarse por esos mundos con un púlpito en cada dedo. Y en tiempo de Cárlos el Calvo se propuso para el arzobispado de Reims á un Gislemaro que leia regularmente el texto del Evangelio en latin, «aunque no podia entender palabra alguna.»

Hubo necesidad de fundar escuelas en los conventos para que aprendieran los frailes, y todos los grandes estudios científicos que cursaban los que se perdian en los arcanos peligrosos de la ciencia, se reducian al *Trivio* y al *Quadrivio:* el Trivio, eran la gramática, la retórica y la dialéctica; el Quadrivio, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía; y aventura de caballeros andantes ó empresa de romanos era emprender aquellos estudios que pocos llegaban á concluir, quedando siempre fatigados al terminar el curso del Trivio y pasando al del Quatrivio los que se tenian como monstruos de inteligencia.

El Abate Andrés trae dos versos latinos en que están

comprendidos esos estudios y su explicacion, y que no puedo dejar de poner, porque dan la muestra de aquella famosa literatura.

Gram loquitur, *dia* vera docet, *rebt* verba colorat.
Mus canit *ar* numerat, *geo* ponderat, *ast* colit astra.

El papel llegó á faltar completamente con motivo de la invasion de los árabes en Egipto; se tuvo que usar pergamino; pero el pergamino, además de lo alto de su precio, era muy escaso, y como se necesitaba de él para escribir los salterios y antifonarios de las iglesias, se borraron los escritos de los antiguos clásicos, que en pergamino existian en los archivos y bibliotecas de los conventos, para poner en lugar de ellos la música del canto llano y los Oficios de la Iglesia. De aquí necesariamente la escasez de los buenos libros y el colmo de la barbarie.

En épocas semejantes realmente, aun cuando los hombres deban juzgarse segun los tiempos que atraviesan, no era ni envidiable ni difícil tener un buen nombre; pero Peza vive en una nacion en que la literatura, si no está en su siglo de oro, tampoco puede decirse que se encuentre en el estado de la decadencia. Peza ha tenido contemporáneos no sólo de talento sino de ilustracion y de notables aptitudes para la poesía, como Agustin Cuenca, Rincon, el malogrado y famoso Acuña, Zayas Enriquez y otros de quienes verdaderamente se puede decir que

han sostenido el brillo de la poesía en la generacion á que pertenecen.

Como todas las épocas, la que nos ha tocado ha resentido esas epidemias que periódicamente visitan el Parnaso: el culteranismo y la vulgaridad.

Góngora dijo en un soneto á la pluma del Dr. Bábia:

Pluma, pues que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos y no pluma;
Ella á sus nombres, puertas inmortales
Abre, no de caduca no, memoria
Que sombra sella en túmulos de espuma.

Gerardo Lobo, segun escribe D. Leopoldo Augusto de Cueto, «despues de decir que el templo es *orador de sí mismo* y que *se lleva la cátedra de la agudeza retórica* con sus tropos, sus frases y sus figuras, llama á la cúpula *prosopopeya*, y á la Iglesia entera *synecdoque del arte* y

Catácresis marmóreo de la gloria.

Y no contento con ver

Un Demóstenes suyo en cada peña,

quiere lucir los artificios del equívoco, y asegura que el sagrado monumento

. . . . . forma con espanto
un cántico de Dios en cada canto.»

El divino Herrera tambien dijo:

Ondoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado,
Y en sortijas lucientes encrespado,
Al que me inclino humilde, alegre adoro.

Así, no hay que extrañar que entre nosotros tambien poetas distinguidos se hayan contagiado de cultismo ó culteranismo, y hayan nacido versos por este estilo:

Yergue en la escuela con febril intento
Destellando sus fuegos soberanos,
La cariátide astral del pensamiento,
Con la curva de un cielo entre las manos;

que no he llegado á comprender hasta hoy; ó este otro dirigido á una muchacha que cosia en una máquina americana:

Tu dulce hermana, dulce melodía
Al piano hace brotar; tú, americana,
Fatigas invencion con que galana
Hermosura lucir que te atavia.

Y por fin, este:

Quien quiera conocer vuestros abuelos,
Que busque en el pasado
El olímpico polvo de los cielos
En los campos helénicos regado.

El culteranismo ha sido enfermedad de todos los tiempos, aunque en España se le bautizó con ese nombre que es el que nosotros hemos adoptado; y en verdad que el

público es el culpable del extravío de los poetas, que ya por lo vulgar, ya por lo hinchado, celebra á rimadores que la buena crítica, natural en los venideros, hace echar en olvido.

No hay cosa que llame más la atencion del pueblo en materia de poesía que extrañeces ingeniosas, episodios complicados, monstruosos, inverosímiles, frases equívocas, sutilezas, expresiones hinchadas, pensamientos falsos, con tal de que tengan el aspecto de gigantescos, palabras rebuscadas en los diccionarios y desconocidas en el uso comun, ya por su antigüedad, ya por su orígen, y trasposiciones violentas aunque nuevas.

Preciso es que los poetas jóvenes que aman siempre el aplauso, y miran que todo esto agrada, hagan esfuerzos por imitar á esos malos modelos, cuyo nombre vuela de boca en boca, sin detenerse á pensar «que la celebridad no es la gloria.»

Peza no ha dejado de caer algunas veces en el culteranismo, aunque en honor de la verdad, pocas; y puede agregarse como dijo el poeta:

Culpa fué de su tiempo.

Por ejemplo, en su composicion á Garibaldi, aquello de

La blusa roja su purpúreo manto
Y el gorro frigio su imperial diadema.

Pero estos versos le valen un huracan de aplausos.

¿Quién podria culparle si seguia en esta senda?

El estímulo del pueblo, es el que alienta á la virtud y á la ciencia, ó el que presta alas al crímen y á la pedantería: generalmente los hombres que extravian su camino en el perfeccionamiento moral ó intelectual, lo deben á la sociedad en que se desarrollan, que de arriba viene el ejemplo y la inspiracion; y si las nubes son de cieno, la lluvia no puede caer perfumada.

En su abono, tiene Juan Peza la modestia, porque comprende que no todas las alabanzas deben contarse como moneda legal y acuñada en los talleres del buen criterio, ni el estudio y el consejo están de sobra, ni son pesada carga para quien procura adelantar por buen sendero en el camino de la literatura; y por eso estudia y busca buenos modelos, y gusta de la conversacion séria é instructiva.

En la literatura es quizá en donde el entendimiento humano necesita mayor acierto para la eleccion del modelo, y más continuada conversacion sobre la materia. La mayor parte de los ingenios extraviados en la poesía española, han enfermado de la sobrada admiracion que han profesado, ya á la hinchazon de Góngora, ya al conceptismo de Quevedo, ya á la empalagosa dulzura de Melendez ó de Arriaza, ya á la vulgaridad, en otros tiempos, de Benegasi, de Fray Juan de la Concepcion, ya á la hueca palabrería de Zorrilla; sin conocer que todos estos poetas, si han poseido eminentes cualidades y han alcan-

zado por esto renombre y respeto, han padecido tambien graves errores; han adolecido de notables defectos, porque en los grandes hombres tan altas son las buenas cualidades como graves y trascendentales las malas; y el acierto consiste, evitando las segundas, en tomar las primeras como dechado.

Para el cultivo del espíritu, quizá no haya nada que tanto aproveche como la conversacion séria que enseña si el interlocutor es de más elevados conocimientos y que ejercita el entendimiento y fija las ideas, si aquel con quien se habla, aprende en vez de enseñar: el diamante necesita para pulirse del polvo del diamante, y la conversacion con los hombres ilustrados y de espíritu levantado, es un polvo de diamante para la inteligencia; pero se necesita ser tambien piedra preciosa para buscarlo y aprovecharlo; se necesita amar lo bello y lo bueno para no divagarse con lo bajo y con lo vulgar.

En su permanencia en España, Peza tuvo oportunidad de tratar en Madrid á varios literatos distinguidos de aquella tierra madre de nuestra buena literatura; y el gusto de Juan se perfeccionó y se aquilataron sus buenas cualidades.

No creo que la literatura española decaiga. La poesía, como dice Makaulay, se cultivará y se apreciará ménos á medida que la civilizacion progrese, y la poesía moderna, como dice Bain en su obra sobre la ciencia de la educacion, siempre creciente en el campo de las alusio-

nes, es ménos agradable para las masas; y esto depende, como indica el mismo filósofo, de que para comprender y sentir la alta poesía, es preciso un oído delicado, una sensibilidad exquisita, una gran experiencia de la vida y conocimientos, ó por lo ménos aptitudes literarias regularmente desarrolladas: se entiende que no quieren hablar de esos versos vulgares, ya eróticos, ya de patriotismo, en que siempre se dicen las mismas cosas, casi con las mismas palabras, y que son como las cajas de figuras que venden para divertir á los niños, en las que con los mismos recortes de madera pintada se forma, ya un gigante comiéndose á una rata, ya una lechera caminando al mercado.

La literatura clásica se cultiva, y se cultiva con éxito, en los países que hablan la lengua de Cervantes; y distinguidos representantes son de ella, Menendez Pelayo en España, el obispo Montes de Oca entre nosotros y el famoso D. Miguel Antonio Caro en las otras Américas españolas.

Tendrá la literatura intermitencias de decaimiento y de corrupcion, seguirá la suerte de los pueblos cuya lengua representa; pero no creo yo en esas aplicaciones geométricas de Boscovich y de Algarott, mencionadas por Andrés en su «Historia de la literatura», comparando el primero la marcha de las letras «á una curva asíntota que, apartándose de la recta, se eleva hasta cierto punto *del que no puede pasar*, y empieza luego á descender, no

sólo perdiendo la adquirida elevacion, sino llegando hasta el plano de donde vuelve á levantarse, alternando continuamente del estado de perfeccion al de decadencia», y poniendo el segundo la imágen de las «ordenadas de una «hipérbola ó de cualquiera otra curva que va á una asín-«tota; y el tiempo que se emplea en recorrerla se expre-«sará por las abscisas de la misma curva, al principio «rápidamente tras la asíntota, pero en el progreso, des-«pues, corriendo un larguísimo espacio ántes de acer-«carse un tanto y no llegando á tocarla sino en tiempo «infinito.»

Todas estas teorías me parecen delirios inexplicables que sólo como curiosidad bibliográfica pueden conservarse y que pretenden sujetar la marcha del espíritu humano, tan libre en la individualidad como irresoluble y complexo considerada como grupo social, á las inflexibles prescripciones de las leyes de Kepler ó de Newton.

No han faltado autores cuyos escritos, por fortuna, apénas como noticia han llegado hasta nosotros, que en éstos ó en semejantes extravíos han perdido los pocos dias que tienen de vida sobre la tierra, como esos mal entretenidos que emplean ocho ó diez años en hacer un castillo de San Juan de Ulúa de popotes, un México en miniatura, de carton, ó el Ejército de Iturbide, de pulgas. Un literato antiguo, Madero, emprendió y escribió un tratado sobre bibliotecas anteriores al diluvio: Hilschero fraguó una biblioteca adamítica y hasta declaró que el

padre Adan era poeta y literato distinguido: Reimanno escribió una *Historia de la literatura antidiluviana.* No han faltado eruditos que se echen á buscar un libro de filosofía que escribió Adan y dos que escribió Jesucristo, de los cuales dicen que conocen hasta el título, y seguramente lo único que les falta para dar gloriosa cima á sus pesquisas, es la noticia exacta de la imprenta y del editor de esas agotadas publicaciones.

La principal dote de un poeta debe ser el sentimiento; sin el sentimiento podrá formarse un buen literato, pero no un poeta.

Blacerna, el famoso profesor italiano, dice, hablando de la música, que la ciencia podria reconstruir todo lo que hay sobre arte musical si éste desapareciera repentinamente; pero nunca suplir al arte en la inspiracion y el sentimiento. Lo mismo podrémos decir de los poetas: muchos hombres hay que conocen las reglas de la métrica, que son capaces de señalar con una precision astronómica la extension de un verso, la cesura, la modulacion de las sílabas y el movimiento de ellas.

Con el mayor magisterio nos hablarán «de la sílaba impropiamente llamada larga y de las palabras oxítonas, paroxítonas y proparoxítonas;» nos referirán «que en el modo de contar los versos, el método *clásico italo-hispano* numera las sílabas hasta la última acentuada inclusive, y añade una; que es verso de cuatro sílabas el que tiene el último acento en la tercera, y de cinco el que

lo tiene en la cuarta; y que los más usados son los de cinco, seis, siete y ocho; su quebrado de cuatro, diez y once, que lo fueron el de doce (seis más seis); el de catorce (siete más siete); que el de diez y once, tienen acentos obligatorios el primero en la tercera y sexta á la vez, y el segundo en la sexta, ó en la cuarta y octava al mismo tiempo; que no hay sílabas de dos tiempos, ni por consiguiente cantidad, aunque la colocacion del acento produzca algunas veces movimientos análogos á los versos latinos, apareciendo el *trocáico*, el *yámbico*, el *adónico*, el *anapesto* y los *lésbios* y *anfibracos*.»

Pero toda esta charla, que no muchos pueden entender, no producirá un solo poeta si faltan la inspiracion y el sentimiento.

¿Qué es la inspiracion? Los Teólogos, como los antiguos poetas, dirán que es una luz que viene de lo alto, de Apolo, de las Musas, ó del Espíritu Santo; los metafísicos, dirán con Victor Hugo, que es la embriaguez del alma consigo misma; los positivistas, que es una conformacion especial en las circunvoluciones de la masa encefálica. Lo cierto es que la inspiracion ni la tienen todos, ni sin ella se puede ser poeta, por más que se posea una inteligencia clarísima y una profunda erudicion.

El sentimiento es, á mi juicio, la delicada predisposicion para recibir las impresiones morales y ser afectado por ellas, más ó ménos vivamente; los metafísicos dirán que la sensibilidad está en el alma; los que no lo son,

le darán por residencia el cerebro; los poetas no transígen nunca con que deje de tener el corazon por asiento; y partidarios de la legalidad, y legitimistas obstinados, vivirán como Justo Sierra, positivistas en prosa y siempre poetas en la poesía, y siempre llamando al hombre de grandes sentimientos, *gran corazon;* y al que es sensible y generoso, *corazon de oro.*

Estas son las inconsecuencias de la humanidad, que es necesario perdonar y no tomar nunca á lo serio.

Pero, resida la sensibilidad en donde se quiera, y sea ó no bien definida, como la presentan los metafísicos, los positivistas ó los poetas, el hombre que no se entusiasme ante un acto de valor; que no se enternezca ante una escena de amor filial; que no sienta humedecerse sus ojos delante de una gran desgracia; aquel en cuyo pecho no se encienda el fuego santo de la indignacion mirando el abuso de la fuerza y del poder; que no comprenda el amor sino como el goce material de los sentidos; que no mire en la Patria más que una reunion de hombres á quienes explotar; aquel para quien las miserias de la humanidad no sean más que fenómenos tan naturales y tan indiferentes como la caida de las hojas en el Otoño, y que cuente sólo de la vida, las horas que gozó y no las que amó, ese no puede ser poeta: será un filósofo, un matemático, un sabio, pero nunca un poeta.

El astrónomo que observa las culminaciones de la luna, no se preocupa de que á la luz de aquel astro, cuyo

camino observa, tienen quizá dulces y misteriosas citas muchos amantes; el estadista que traza una curva necrográfica no piensa que esa línea que va formando un dato científico sobre el papel, representa una inmensidad de dolores, es un rio de llanto cuyo cauce señala aquella curva y que forma parte del que debe correr siempre en la humanidad; el médico que sobre la plancha del anfiteatro hace la diseccion del cadáver de una vieja, no encuentra sobre aquellos nervios las huellas de las terribles pasiones que esa mujer en su juventud sintió é inspiró.

Porque todos esos íntimos resortes de la humanidad, cuyo estudio forma la mision del poeta, ni se resuelven con una ecuacion, ni se encuentran con un escalpelo, ni se descubren con un reactivo; pero forman quizá la parte más importante de la vida, las ilusiones, esas ilusiones que todos hacen gala de despreciar en público y que todos acarician en secreto, como si fueran una mujer de cuyos amores tuvieran que avergonzarse; esas ilusiones que revisten la forma de un torrente de oro para el comerciante, de un laurel de gloria para el soldado, de un canto de la fama para el artista, de una mujer para el hombre apasionado, de un cielo cristiano para el asceta católico, de un paraíso para los musulmanes.

Y á los poetas se les burla miéntras viven sobre la tierra y se les llama *locos*, y la sociedad en coro grita que no sirven para nada serio ni para nada útil; ¡como si no fuera nada serio y nada útil llevar una gota de consuelo

al fondo de una alma destrozada por el sufrimiento; como si no fuera nada serio y nada útil llorar en la soledad con el que llora, gozar al lado del que goza, alentar al que desmaya en el camino del infortunio, encender el valor en el corazon del hombre que vuela al combate, ofrecer una mano vigorosa al que tropieza en la senda de la virtud, y prodigar la inmortalidad, dando á los hombres que la merecen, esa vida objetiva que todos buscan y que se llama *la gloria!*

Poesía son todos los grandes libros de las religiones: el de Manú, en la India; Zenda-Avesta, en la Persia; la Biblia, en el pueblo de Israel; los Evangelios, entre los cristianos; el Corán, entre los sectarios de Mahoma; hasta la Leyenda de Oro, entre los Mormones.

¡Qué poesía tan poderosa la de Homero que ha atravesado tantos siglos! . . . . . ¡Qué entonacion tan levantada no necesitaria Pedro el Ermitaño y qué raudal de inspiracion y sentimiento para haber exaltado el espíritu de la Europa y llevarla en armas contra el Asia, haciendo chocar las dos civilizaciones más poderosas de su siglo!

Pero volvamos á Peza, á quien dejé abandonado hace tanto tiempo.

Ni sentimiento ni inspiracion faltan á su alma para hacer de él lo que puede llamarse un poeta; y entre sus buenas cualidades brilla, como Vénus en llena en medio del estrellado firmamento, el amor filial. Todo hijo, á

no ser un monstruo, ama á su padre, y sin embargo, hay algunos que se distinguen por su mayor ternura.

La composicion de Peza á su padre, podrá tener algunos defectos literarios; pero ¿qué poesía no los tiene?

Hermosilla, á pesar de esa idolatría que profesa á Homero, de haber dedicado tanto tiempo y tanto trabajo para escribir, á mi juicio, la mejor traduccion de la Iliada y anotarla, no cesa de decir á cada instante aquello de

Aliquando bonus dormitat Homero.

Pero á pesar de los defectos que puedan encontrarse en la composicion de Peza á su padre, hay en ella tanta ternura, se descubre allí tanto respeto por aquel anciano, se trasparenta un fondo de honradez tan noble, que á mí me ha deleitado siempre, y no puedo resistir al deseo de copiar algun trozo de esa composicion, en la que al describir á su padre comienza por decir que lleva en la cabeza

El polvo del camino de la vida

para hablar de su cabellera cana.

Dice el poeta:

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!
La nobleza del alma es su nobleza,
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más bella de su historia.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

No se puede expresar con más nobleza ni con más ternura, que como lo hace el poeta en los dos últimos versos, la mision sagrada y cariñosa de un padre que guarda para sí los dolores y procura esmaltar de rosas el camino de la virtud que deben recorrer sus hijos; y no hay un buen padre que no quisiera que de él se dijese:

Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

El amor á la patria ha inspirado á Peza hermosos y dulces pensamientos.

Dice en una composicion hecha en España y hablando de México:

¡Oh verjel de mis sueños, tierra hermosa
Que guardas mis recuerdos y mis lares!
¡Queda con Dios tras los revueltos mares!
Yo léjos vengo á suspirar por tí.

Y más adelante:

El nombre de la patria en tierra extraña,
Es un himno, un poema, una oracion.

En otra poesía escrita á la memoria del General Gonzalez Ortega, dice, hablando de la rendicion de Puebla:

Presentas con asombro al extranjero
Rotas las armas y el honor entero.

Esta cifra con que se pinta el fin glorioso de ese sitio

siempre memorable para los mexicanos y modelo de patriotismo y honor militar, es magnífica.

Para el teatro ha escrito Peza tres comedias que han sido muy aplaudidas; sobre todo, una que se intitula «La Ciencia del Hogar: » el argumento es bueno; la trama, natural y ordenada; fácil y sencilla la versificacion; recta y enérgica la crítica de algunos vicios de nuestra sociedad: en esa comedia, más que el mérito, hay que considerar la medida que da Juan Peza de sus aptitudes para llegar á ser un distinguido escritor dramático; y sensible es que pierda su tiempo y los años de su juventud en escribir artículos ligeros de periódico, versos eróticos, ó revistas de cosas que á nadie interesan, cuando podia con el estudio, la dedicacion, y sobre todo con el abandono de esa literatura de mariposa que pasa de una á otra flor sin formar jamas un panal, y que es la que se usa, no por el periodista serio, sino por el que busca sólo llenar la hoja que debe entregarse al suscritor, escribir mucho útil para su patria, adquiriendo con esto una verdadera y honrada fama.

Para concluir este artículo, tengo que hacer una confesion que cumple á mi honradez el hacerla por más que me duela decir que yo tambien me he tomado alguna vez lo ajeno, que pecado tan comun debe ser este en la humanidad, que dió orígen á aquellos versos tan sabidos que á cada momento decian nuestros antepasados al hablar de los mandamientos:

Si en el sexto no hay perdon
Ni en el sétimo rebaja,
Ya puede nuestro Señor
Llenar el cielo de paja.

Y la historia es esta: comenzó Peza á escribir para « La República » artículos que firmaba con el pseudónimo de *Cero:* leyóme uno y otro, y otro, y tanto me gustaron, que sucedió aquello de:

Á un amigo yo llevé
Á casa de la que amaba;
Y tanto llegué á llevarlo,
Que despues él me llevaba.

Ocurrióseme á mí tambien la tentacion de escribir *Ceros:* tomé la idea, me apropié del pseudónimo, y han salido estos artículos, cuya inspiracion le confieso á Peza; y cumplo con lo que Ripalda aconseja como condicion para perdonar pecados contra el sétimo; « que pago lo que debo, ó á lo ménos la parte que puedo.»

JOSÉ PEON CONTRERAS.

JOSÉ PEON CONTRERAS

PARA escribir artículos de crítica, «científica, literaria ó artística», no basta tener conocimientos, ni estar dotado de una inteligencia mediana siquiera, y poseer toda la rectitud y todas las buenas intenciones de que blasona siempre en la tribuna nuestro querido amigo D. Ezequiel Montes; es preciso que el modo de sentir y de comprender sea conforme con eso que se llama el sentido comun, que no por llevar este nombre, es tan comun como parece; que lo que podemos llamar idiosincrasia intelectual puede hacernos ver como bella una cosa que realmente no lo sea, ó al contrario.

Estas aptitudes físicas ó morales para emitir un juicio acertado, suelen ser orígen de extraviadas calificaciones.

Ocúrreme, con motivo de esto, una historia que no

deja de ser divertida y cuya responsabilidad dejo completamente al ilustre Figuier que es quien la refiere.

Cuando David Brewster inventó el esteroscopio de refraccion ó de prisma, tan usado hoy, fué á Paris en 1851 con el objeto de hacer fabricar, por los ópticos de aquella ciudad, su aparato.

Hizo en Paris Brewster amistad con el Abate Moigno, quien tomó tan á pechos aquel descubrimiento, que se propuso no sólo acreditarlo sino popularizarlo en la Francia, y para esto, lo primero que se le ocurrió fué dirigirse al Instituto y presentar el instrumento á la Seccion Física de la Academia de Ciencias. Y aquí va lo bueno de la historia.

El esteroscopio necesita para ser útil, que la persona que de él hace uso, tenga regulares los órganos de la vision.

El Abate comenzó su peregrinacion por Arago, secretario perpetuo de la Academia y cuya autoridad era inmensa.

Arago recibió al ilustre Abate con la mayor benevolencia y aplicó sus ojos al instrumento; pero por desgracia, Arago no podia juzgar de aquel invento, porque estaba afectado de *diplopía*, es decir, veia dobles los objetos, y por consecuencia en el esteroscopio los veia cuádruplos: permaneció un momento contemplando el aparato, y despues se separó diciendo:

—« No veo nada.»

El Abate recogió humildemente el instrumento, lo metió debajo de su manteo y se dirigió á la casa de Félix Savart, otro de los miembros de la Seccion Física.

Savart tenia un ojo nublado, casi era tuerto, pero vencido por las súplicas del Abate, consintió en aplicar su ojo bueno en el aparato, y como era natural, se retiró exclamando:

—«No veo gota.»

El Abate, suspirando, tomó su instrumento y se dirigió al Jardin de Plantas en busca de Becquerel, célebre por sus descubrimientos en electricidad, pero que no se habia ocupado jamas de óptica, por la sencilla razon de que era tuerto, y no podia, por mucho que quisiera, juzgar de la bondad de un instrumento que exige el concurso de los dos ojos.

El ilustre Abate no perdió la paciencia y ocurrió á buscar á Pouillet al Conservatorio de Artes y Oficios, y le presentó aquel desgraciado instrumento.

Pouillet, como dice Figuier, tratándose de ciencias, se inflamaba siempre en un santo celo; pero en este caso, ese celo era ineficaz porque el famoso físico tenia un ligero defecto, era bizco, y como es de suponerse, un bizco no puede aprovechar el descubrimiento del esteroscopio, y Pouillet tampoco vió nada.

Así un crítico armado de todas las buenas aptitudes para la empresa que acomete, puede resultar intelectualmente afectado de estrabismo, de meopía, de diplopía,

ó de cualquiera otra de esas enfermedades que tanto las padece el cuerpo como el espíritu.

Lo mismo que en la percepcion de los colores, de los sonidos y del sabor, en literatura hay apreciaciones que podrán llamarse extraviadas; pero que no dependen de la voluntad del individuo, ni puede culpársele por ello, supuesto que aquella apreciacion es el resultado, en último análisis, de su organismo. Literatos distinguidos ha habido que no encuentran gusto ninguno en la lectura de Homero; hombres de ilustracion que apénas distinguen una aria de Aida ó de Semíramis, de una *Malagueña* ó de un *Jarabe*. Yo confieso, con vergüenza, que no puedo leer con paciencia dos páginas seguidas de Lamartine: me parece tan femenil, tan afectada, tan empalagosa la sensibilidad de que á todas horas quiere hacer gala el poeta francés, que me produce el mismo efecto que ese sentimentalismo romántico con que muchos escritores quieren sustituir el sentimiento clásico.

Quizá al escribir estos artículos, haga yo apreciaciones que no estén conformes con el juicio comun que, acerca de muchas cosas y aun de muchas personas, tengan escritores dignos de respeto: pero repito que no es culpa mia.

Dalton, el célebre químico, descubrió ese defecto en la vista que tiene el nombre de achromatopsía y que consiste en la falsa percepcion de los colores, sobre todo del rojo, que los individuos afectados de esta enferme-

dad orgánica, nunca perciben ni conocen; y no descubren en el espectro más que dos colores: amarillo y azul; pero lo curioso en la historia de este estudio tan importante, es que Dalton, el iniciador, era víctima tambien de la achromatopsía, y el mundo científico, por esto, la llamó Daltonismo.

Puede ser muy bien que los vicios de la crítica á que me he referido, los tenga yo; pero en todo caso no pueden ser de consecuencias tan terribles como el Daltonismo, que á un empleado del ferrocarril le hará ver en una noche oscura la linterna roja que anuncia peligro, blanca ó verde, causando una catástrofe en el tren.

En fin, con este criterio, bueno ó malo, supuesto que otros han sido ya juzgados, voy á tratar ahora de Peon Contreras, nuestro poeta dramático más distinguido, y que ha alcanzado tantos aplausos como ningun otro puede gloriarse de haber recibido.

Peon Contreras ha escrito para el teatro los siguientes dramas: *María la Loca*, *El Castigo de Dios*, *El Conde de Santiestéban*, *Un odio de la niñez*, *¡Hasta el cielo!*, *El sacrificio de la vida*, *Gil Gonzalez de Ávila*, *La hija del rey*, *Un amor de Hernan Cortés*, *Luchas de honra y amor*, *Juan de Villalpando*, *Impulsos del corazon*, *Esperanza*, *Anton de Alaminos*, *El Conde de Peñalva*, *Entre tu tio y tu tia*, *Por el joyel del sombrero*, y *El Capitan Pedreñales*.

Todos ellos han sido recibidos con grandes extremos, no por el público, en la representacion, sino por la

prensa, que los ha juzgado siempre de una manera favorable.

Y á fe que hay razon para ello: Peon tiene grandes aptitudes para ser autor dramático y sabe aprovecharlas; estudia y pule sus dramas, escoge buenos modelos, y procura siempre amoldarse á las reglas del buen gusto literario.

Casi todos los dramas de Peon pertenecen á esa escuela de Calderon y de Lope de Vega, que tanto brillo y renombre tan grande han alcanzado para el teatro español.

Esas comedias que vulgarmente llamamos de capa y espada, buscando para la denominacion las prendas y el vestuario que caracterizan á los actores en ellas, se prestan más fácilmente que las del teatro moderno, á presentar aventuras romancescas y acciones heróicas: el amor convertido casi en una religion; la mujer levantada hasta el idealismo; el valor llevado hasta la temeridad poética; el honor dirigiendo hasta la accion más insignificante, y el sentimiento religioso sin producir esos colores abigarrados de los libros místicos, pasando sobre el cuadro como una veladura de concha nácar, dan al poeta poderosísimos elementos para conmover á los pueblos, y sobre todo á los pueblos de orígen meridional, y arrancar un laurel á la gloria para cada una de sus obras.

Peon ha comprendido todo eso, y su teatro está lleno de bellezas; su versificacion no tiene el afectado sentimentalismo de la *Flor de un dia*, por ejemplo, pero no sólo agrada sino que conmueve; conoce por el estudio

ó por la intuicion, el estilo en que deben hablar sus personajes, y no tropieza ni en el ridículo arcaismo en el lenguaje, ni en el anacronismo en las frases y en las imágenes: esto, que ha sido un escollo para muchos escritores dramáticos que han querido tomar por modelo á Calderon ó á Lope; que ha hecho escasas en nuestro tiempo composiciones de esa clase; que da más brillo al mérito de Echegaray, y que forma, como decian los antiguos, *el quid* de la dificultad, ni ha detenido á Peon Contreras, ni ha hecho zozobrar su bien adquirida reputacion.

Yo no estoy de acuerdo con algunos críticos que opinan que esta clase de dramas y comedias no tienen ya razon de ser en la escena del siglo XIX, fundados en que si el teatro es la escuela de las costumbres, nada se aprenderia con presentar las que parece que han pasado para siempre y que tan léjos están de las nuestras.

Pero la fuerza de la reflexion está en lo que para mí es error; siempre se dice que el teatro es la escuela de las costumbres, cuando realmente no debe considerarse sino como la escuela de los afectos y de los sentimientos; en una palabra, de lo que en nuestro lenguaje comun, aunque figurado, llamamos el corazon; y el corazon se educa quizá con más facilidad que el cerebro, y para resistir desde la niñez el influjo de los buenos modelos, de los sanos consejos y de las dulces amonestaciones que vienen de la boca de un padre, de la imaginacion de un poeta ó de la franca verdad de la Historia, se necesita,

siempre hablando en estilo figurado, un corazon orgánicamente defectuoso que, así como el cerebro puede estar viciado por el idiotismo ó la estupidez, esté, desde los primeros años, atacado de insensibilidad ó de dureza.

El teatro, como he dicho en otro artículo, considerándolo escuela de las costumbres, sólo puede ser útil con la comedia, y con la comedia de costumbres; pero como escuela del corazon, en la que al par del solaz y la distraccion, pone en ejercicio el sentimiento y predispone el alma á las grandes acciones y á los nobles afectos, cumple su mision con el drama y con la tragedia.

Así lo han considerado todos los pueblos cultos, y por eso los orígenes del teatro se pierden en la oscuridad de los tiempos.

Todos hemos leido, y así nos lo cuenta Aristóteles, que la tragedia comenzó por tener un carácter distinto de las masas corales que cantaban los himnos en honor de Dionycio (el Baco de los Griegos); que el actor Thespis fué el primero que introdujo un personaje; que Esquilo introdujo otro, y se formó el diálogo; que Frínico hizo tomar parte á la mujer en la representacion; que el arte de adornar á los actores con trajes y máscaras correspondientes, calzarles el coturno para hacer más elevada y majestuosa su figura, formar el palco escénico y arreglar las decoraciones, se le debió á Esquilo; y que despues, Sófocles y Eurípides llevaron la tragedia á la mayor perfeccion que se vió en la Grecia. Pero estos datos, por lo

mismo que tienen ya tal carácter de exactitud, no nos enseñan sino la época en que el teatro apareció entre los Griegos, y de ninguna manera dan el indicio de la fecha en que otros pueblos civilizados usaban ya de la tragedia y de la comedia.

Yo creo que, ántes que los Griegos, en la India y entre los Judíos habia ya dramas y comedias, que si bien respecto á los Hebreos, ni en su historia ni en sus instituciones se hace mencion alguna del teatro, nos queda como un monumento *el cantar de los cantares*, falsamente atribuido á Salomon y extrañamente tomado como un libro simbólico de religion por los cristianos, y que nos da la muestra de un verdadero drama en los pueblos semíticos.

El cantar de los cantares puede dividirse perfectamente, como lo ha hecho Renan, en actos y escenas; pueden señalarse sus personajes:

La Sulamita, doncella de la Villa de Sulem, de la tribu de Issachar.
Un Pastor, amante de la Sulamita.
El Rey Salomon.
Los Hermanos de la Sulamita.
Las Mujeres del harem de Salomon.
Mujeres de Jerusalem.
Pastores.
Acompañamiento de Salomon; y por último,
Un Personaje que aparece diciendo, al terminar la pieza, la sentencia que, como la moral de una fábula, condensa el espíritu del drama.

La Sulamita, arrebatada por las gentes de Salomon y

llevada al harem, resiste á todas las seducciones de la riqueza y del ejemplo, constante en su pasion por un pastor, con el que al fin logra encontrarse saliendo del Palacio del rey: las últimas escenas son verdaderamente tiernas.

ACTO V.

ESCENA III.

LA SULAMITA (corriendo hácia su amante).

Ven, mi bien amado; salgamos á los campos, volvamos á vivir á nuestra aldea; allí nos levantarémos con la aurora para correr por los viñedos; verémos si las cepas han germinado, si las yemas han abierto sus hojas, y si los granados están en flor; allí te daré mis caricias. La manzana del amor exhalará su perfume; á nuestra puerta ruedan los más bellos frutos, nuevos y viejos: los guardo para tí, mi bien amado. ¡Oh! ¡que no seas mi hermano! . . . . . ¡que no te hayas nutrido en el seno de mi misma madre para que yo pudiera, cuando te encontrara, besarte sin que me culparan por ello!

Yo te conduciré, yo te introduciré á la casa de mi madre; allí, tú me enseñarás, y yo te daré á beber el vino aromatizado, el jugo de mis granados.

Comienza á desvanecerse y dice á media voz:

Su mano izquierda sostiene mi cabeza y con su derecha me abraza.

EL PASTOR (al coro).

Yo os lo suplico, hijas de Jerusalem; no la desperteis; no desperteis á mi bien amado hasta que ella quiera.

ESCENA IV.

El Pastor conduce á la Sulamita desmayada y la coloca á la sombra de un manzano, frente á la casa materna.

EL CORO.

¿Quién es esta que sale del desierto apoyada sobre su bien amado?

EL PASTOR (á la Sulamita).

Yo te despierto bajo el manzano; mira el sitio donde tu madre te ha dado al mundo, donde tu madre te ha dado á luz.

LA SULAMITA.

Pónme ahora como un sello sobre tu corazon; como un anillo sobre tu brazo; porque el amor es terrible como la muerte; la pasion, inflexible como el infierno; sus llamas son como las llamas del incendio, como las flechas de Jehováh.

UN PERSONAJE apareciendo, dice:

Las aguas más abundantes no podrian extinguir el amor; los rios no bastarian á apagarle. Cuando un hombre quiere comprar el amor á precio de sus riquezas, no recoge más que confusion.

Ciertamente seria exigencia ridícula querer encontrar en esos dramas el arte y el juego escénico de nuestros teatros modernos; pero es indudable que *El cantar de los cantares* puede calificarse como un drama, mejor quizá en sus condiciones literarias, que muchos de los que recibieron este nombre en los tiempos de Esquilo.

Resta la dificultad de saber si se representaba esta pieza como un drama, ó solamente se cantaba estando presentes todos los actores.

Bossuet cree que *El cantar de los cantares* se recitaba en los dias de las bodas; pero de todos modos, la composicion no deja de tener el carácter de un drama.

Ahora bien, los primeros ensayos trágicos de Thespis fueron, segun los mejores datos cronológicos, por el primer año de la cincuenta y nueve Olimpiada, que corresponde al de 580 ántes de Jesucristo: el *Alcestes*, de Thespis, se dió el año I de la Olimpiada sesenta y una, por el año de 536; y Esquilo disputó el premio de la tragedia en la Olimpiada setenta y siete, en el IV año, que corresponde al 469 ántes de Jesucristo.

El cantar de los cantares, segun todos los datos históricos y filológicos, fué compuesto poco despues de la muerte de Salomon, por los dias del cisma de Samaria: en consecuencia, por el año 940 ó 41 ántes de Jesucristo; es decir, cerca de tres siglos ántes de que figuraran Sófocles y Esquilo.

Kalidasa, el poeta indio, escribió, segun los cálculos más

aproximados, cosa de 150 años despues que el autor desconocido de *El cantar de los cantares*, y cerca de 200 ántes que hiciera Thespis los primeros ensayos de la tragedia; porque el poema *Raghou-Vança*, es decir, *La raza ó generacion de Raghou*, la dinastía de este gran rey, que confunden con el sol, alcanza en el XVIII y último canto compuesto en el reinado del hijo póstumo de Agnivarna, y así lo indica el poema.

El cálculo se funda y se resuelve así: desde Râma, el esposo de Sita, cantado por Valmyki, y de quien hace mencion Kalidasa en el canto X, hasta el año I de la Era Cristiana, la Cronología india cuenta sesenta reyes sucesivos: multiplicado este número por 22, término medio de la duracion de cada reinado, produce 1320 años entre Râma y el primer año de nuestra Era: el Raghou-Vança enumera veinticinco reyes desde Râma hasta la muerte de Agnivarna, fecha en que entró á gobernar la viuda en nombre del hijo póstumo, abarcando una era de 550 años, lo cual da por resultado que Kalidasa floreció por el año 770 ántes de Jesucristo.

Dos comedias quedan de Kalidasa sobre las cuales no hay duda en materia de autenticidad: «Vikrama y Ourvaçi» en cinco actos, y «El reconocimiento Çakountala» en siete; el estilo de estos dramas es dulce, delicado, florido, lleno de sentimiento, abundante en sentencias morales y profunda filosofía, lleno de galantería y de gracia, y sembrado de figuras y descripciones verdaderamente

admirables. El argumento, la fábula en ambas, á pesar de la extension de las piezas, es enteramente sencillo, y los episodios, más que por la novedad, por la ternura y por el estilo encantan.

La escena entre Çakountala y el rey en el acto III, es casi un idilio griego: la jóven siente los primeros impulsos del amor, y vacila contenida por la inocencia y el candor; se desprende por fin de los brazos del rey, pero apénas se ha separado, la agita el deseo de volver á estar á su lado, y encuentra, como un gran pretexto, ir en busca de un brazalete que se le ha caido y el rey ha levantado: esta escena merece copiarse, y yo lo hago, traduciéndola de la version de Hipólito Fauche.

EL REY.

¡Ah! La fortuna detiene mis pasos; hé aquí como una cadena para mi corazon, el brazalete de fibras de loto, que se ha deslizado de su brazo y está impregnado aún del perfume de su seno.

(Levanta con veneracion el brazalete.)

ÇAKOUNTALA (aparte, mirando al rey, oculta tras un rosal).

¡Ah! . . . . No lo habia advertido; se me ha escapado; mi debilidad me obligó á bajar los brazos.

EL REY (estrechando contra su pecho el brazalete).

¡Oh qué dulce contacto! De tu brazo querido me

llega aquí esta graciosa prenda que se ha desprendido de sus contornos: sabe, mi bien amado, que tu infortunado amante recibe un consuelo, no de tí, sino de este objeto tan insensible como tú.

ÇAKOUNTALA (aparte).

¡No tengo fuerza para resistir más! Voy á aprovecharme de ese pretexto para ofrecerme de nuevo á sus ojos.

EL REY (mirándola venir).

¡Oh felicidad! ¡Hé aquí la soberana de mi vida! El favor del destino debia venir en mi ayuda al escuchar mis lamentos. Espirando de sed el tchâtaka, pide una gota de agua y hé aquí la lluvia que vertida por las nubes viene á caer en el pico del ave dichosa.

ÇAKOUNTALA (tímidamente).

Estaba á la mitad del camino de la Ermita, cuando he advertido, señor. . . . . y vuelvo sobre mis pasos buscando un brazalete de fibras de loto que se ha escapado de mi mano. «¡Ah!—dije yo, como si mi corazon hubiera adivinado—él lo habrá encontrado.»—¡Vuélvemelo! No su falta sea un indicio á los ojos de los anacoretas y nos acuse á ambos.

EL REY.

Consiento en volverlo, pero con una condicion.

ÇAKOUNTALA.

¿Cuál? dime.

EL REY.

Que yo lo pondré en el mismo lugar en que estaba.

ÇAKOUNTALA (aparte).

No hay medio de rehusar (acercándose al rey). Sea; pónlo pues.

EL REY.

Sentémonos sobre el banco que nos ofrece esta roca. (Se sientan.) ¡Qué dulce contacto! (tocando la mano de la jóven.) Tengo entre mis manos un retoño del árbol del amor, consumido por el fuego de la cólera de Çiva, y que un destino feliz hizo renacer regándole con ambrosía.

ÇAKOUNTALA (estremecida).

¡Detente, detente, hijo de mi señor!

EL REY.

Soy feliz, porque ese título no se le da más que á un esposo. ¡Niña encantadora! las fibras de este brazalete no forman un buen nudo; ¿quieres que lo arregle de otra manera?

ÇAKOUNTALA (sonriendo).

¡Como tú quieras!

(El rey finge dificultad para atar el brazalete.)

EL REY.

Mira, hermosa niña; te diria que la luna ha huido del

cielo, y para dar mayor esplendor á tu belleza y cambiada en fibras de loto, viene á entretejer sus rayos sobre tu mano encantadora con el azul de las venas.

ÇAKOUNTALA.

¡No veo nada! mi vista está turbada, quizá ha caido en mis ojos el pólen de las flores que llevo como zarcillos y que el viento sacude.

EL REY (sonriendo).

Si tú me lo permites, soplaré en tus ojos con mi boca para limpiarlos.

ÇAKOUNTALA.

Seria una accion propia de un hombre complaciente, pero no me fio de tí.

EL REY.

Desconfias de mí! Un servidor nuevo nunca se excede de las órdenes que recibe.

ÇAKOUNTALA.

Pero éste es muy celoso, y yo no debo fiarme.

EL REY (aparte).

Es preciso que yo no deje escapar esta brillante oportunidad de mi ventura.

(Procura levantar el rostro de Çakountala: ella indica una resistencia sólo aparente, y acaba por ceder.)

¡Oh! no temas, mujer de los ojos embriagadores, deja de temer un atrevimiento de mi parte.

(Çakountala fija un instante su mirada en el rey y baja de nuevo el rostro: el rey le toma la barba con dos dedos, vuelve á levantarle el rostro, y dice aparte:)

Esos labios delicados de mi bien amado, ¿no parece que trémulos de emocion tan encantadora me invitan á calmar la sed que me abrasa, de dar en ellos un beso?

ÇAKOUNTALA (tímidamente mirando que el rey vacila).

¿El hijo de mi señor duda en cumplir lo que me habia prometido?

EL REY.

Es, hermosa mia, que me he fascinado por la semejanza de tus ojos con los azules lotos que adornan tus orejas. (Sopla en los ojos de la jóven.)

ÇAKOUNTALA.

Mi vista ha vuelto al estado natural, pero tengo vergüenza de no encontrar un servicio que hacer al hijo de mi señor, en recompensa del que he recibido.

EL REY.

Hermosa mia, esta recompensa es el suave aroma que he respirado en el borde de tus labios: ¿el perfume del loto, no es bastante para satisfacer á la abeja?

ÇAKOUNTALA (candorosamente).

Pero si ella no está contenta, ¿qué hará?

EL REY.

Ella, hará esto. (Diciendo estas palabras, el rey besa, lleno de entusiasmo, la boca de Çakountala.)

(Se oye gritar adentro.)

La compañera de tchakravâka *(la tórtola)* dice adios á su esposo: la noche se aproxima.

ÇAKOUNTALA (escucha con atencion y luego dice turbada):

Hijo de mi señor, la venerable Gâautami se aproxima; sin duda ha percibido mi ausencia: escóndete pronto en tre esos arbustos.

EL REY.

Así lo haré.

Esta escena tiene la sencillez y la dulzura de un idilio griego: en los dramas Indos los poetas no buscan nunca el terror, como recurso dramático, que tan usado es entre los trágicos griegos y los latinos. La locura del rey, en el drama Vikrama y Ourvasi, no tiene nada de comun ni con la de Ajax ni con la de Orestes; es un trastorno mental que se expresa por pensamientos dulces, elegantes, delicados, que no destroza el corazon, que no hace llorar: el rey ha perdido á su amada y vaga en las selvas preguntando por ella; esa es su locura; ¡pero qué modo de expresarla!

La escena tiene un coro que alterna con sus estrofas los delirios del rey.

Dice el coro:

«Grabadas en su corazon las dulces miradas de su « perdida compañera, un jóven cisne se abandona á su « dolor sobre las aguas de los más bellos lagos.»

EL REY.

Nube que bañas esa parte del cielo con un torrente de lluvia, encadena tu cólera; yo te lo ordeno: pero si recorriendo la tierra vuelvo á ver á la que amo, entónces sufriré contento cuanto quieras.

EL CORO.

Entre las canciones de las abejas embriagadas de perfume, entre el concierto que forman al cantar las tórtolas, al soplo arrullador de los vientos que hacen ondular mansamente las ramas tiernas, el sagrado árbol de Kalpa hace los más graciosos movimientos.

EL REY (dirigiéndose á un pavo).

Rey de los pavos, dime, yo te lo suplico, si has visto á mi amada cuando paseas en medio de los bosques; voy á darte sus señas para que puedas reconocerla: su rostro es bello como la luna, y su porte es noble y majestuoso.

. . . . . .

(Dirigiéndose á una tórtola.)

¡Tórtola amante de quejas melodiosas, tú que vuelas incierta bajo las sombras del Nandana, dime si has visto

á mi bien amado; ave que no has sido nutrida por tus padres, los amantes te llaman la mensajera de Madana; tú eres su flecha victoriosa que sabe triunfar de los corazones rebeldes al amor; conduce á mi bien amado á mi presencia, ave de las dulces canciones, ó llévame al lugar en que vive la que yo amo!

. . . . . .

(Dirigiéndose á un Phenicóptero y poniéndose de rodillas.)

¡Misericordia, soberano de las aves acuáticas; tú irás despues al lago Manasa; pero abandona un momento esas fibras de loto, provision de viaje que tú volverás á tomar luego, y arranca la pena de mi espíritu dándome noticia de mi amada . . . . . ! Vuélveme á mi amiga si tú has descubierto su camino, si tú la has visto en alguna parte: yo reclamo lo que me pertenece: vuélveme á mi amiga.

. . . . . .

En ese lago mismo, cuando una flor de loto te roba la vista de tu compañera, ¿no gimes lleno de sentimiento pensando que está ausente? El amor, y el temor de encontrarse sola, ¿no la atormentan tambien á ella? ¿Qué alma es la tuya que me rehusas siquiera una noticia, á mí que lloro separado de mi esposa?

Esta locura, que más bien parece un relato infantil, tiene su belleza y no puede causar terror. Compárese con la horrible descripcion que hace Séneca, el trágico latino, de la locura de Œdipo, y que desconfio de poder verter con los colores que tiene el original.

ACTO V.

ESCENA I.

Habla un mensajero refiriendo el delirio del rey, y termina diciendo:

« Dice así, y su cólera llega hasta el furor: un fuego « salvaje anima sus facciones amenazadoras: sus ojos apé- « nas pueden contenerse dentro de sus órbitas: se pintan « en su rostro la cólera, la violencia, el arrebato feroz y « la crueldad de un verdugo: lanza un gemido, se estre- « mece de una manera horrible, lleva á su rostro las ma- « nos furiosas: sus ojos se presentan fijos, salientes, como « ofreciéndose ellos mismos á la mano que los amenaza, « como adelantándose á encontrar el suplicio. El desgra- « ciado rey clava furioso sus crispados dedos dentro de « las órbitas: arranca á la vez los dos globos que ellas en- « cierran y los retira sangrientos y palpitantes: su mano « despues no encuentra ya en esas órbitas más que el va- « cío, pero siempre furioso clava más adentro sus dedos « y hiere aun el interior de esas profundas cavidades don- « de la luz no volverá á entrar jamas, y se agota en vanos

« trasportes y prolonga inútilmente su martirio: ¡pero tan « grande así es el temor que tiene de volver á ver el dia!

« Levanta en fin la cabeza, y con sus órbitas sangrien- « tas y vacías, recorre la extension del cielo para probar « la noche eterna en que él mismo se ha hundido, y ar- « ranca los cortinajes de carne que penden aún del sitio « en que estaba su extinguida vista. Despues, fiero de tan « terrible triunfo, exclama dirigiéndose á los dioses: « Per- « donad á mi patria; yo he cumplido vuestros decretos; « he castigado mis crímenes y he alcanzado por fin á en- « contrar esas tinieblas cuyos horrores igualan al de mi « hymeneo.» Una lluvia espantosa inunda su rostro, y « de su cabeza mutilada brota en grandes olas la sangre « de las venas que sus manos han despedazado.»

Los dramas indios se distinguen, sobre todo de los griegos, por la diversidad del idioma en que hablan los personajes del drama; porque los dioses, los reyes y los héroes hablan el sanscrito; y las mujeres, aun cuando sean diosas ó reinas, hablan el pracrito, lo mismo que los personajes de rango inferior.

La delicadeza en la escena indica tanto estudio y tanto refinamiento, que no es comparable no sólo con la perfeccion á que los griegos llevaron su tragedia, pero ni aun á nuestras representaciones escénicas actuales: cada pasion, puesta en juego, tiene metro distinto para el verso, distinta clase de música para el canto y diferente movimiento, á semejanza de baile, para ser expresada.

Sin embargo, yo encuentro un punto de contacto entre los teatros indio, griego y latino, en lo que llamaban los clásicos *Parábasis*, que era un discurso ó peroracion que, en nombre del poeta y cortando la accion de la pieza, dirigia uno de los actores á los concurrentes, convirtiéndose en una especie de orador político, y que con tanta exageracion llegó á usarse en el siglo de Pericles, que Platon en el libro III de *Las leyes*, hace decir á uno de los personajes, que en Atenas la democracia se convierte en una teatrocracia.

El drama de Vikrama de que hemos hecho mencion, comienza presentándose el director del teatro diciendo:

« Esta reunion está cansada de no ver otra cosa que « asuntos tratados por poetas de los antiguos tiempos. « Voy á hacer representar delante de ella un drama *(tro-* « *taka)* nuevo intitulado «Vikrama y Ourvaçi,» pieza de « que es autor Kalidasa . . . . . .» Y despues de leer la lista de los personajes, agrega:

« Ahora, con la frente inclinada delante de esta reu- « nion de nobles y de ilustrados personajes, yo les dirijo « la siguiente súplica: Prestad, señores, un oído atento á « esta obra de Kalidasa, ya como efecto de esa política na- « tural á las personas benévolas, ya por la estimacion que « os merezca un asunto felizmente escogido.»

En Çakountala, el director, al principio de la pieza, dice en un diálogo con una de las actrices:

« Noble señora, estamos delante de una sociedad la

«más rica en cualidades encantadoras, y es preciso diver-«tirla con un drama nuevo que tiene por título: «*El «reconocimiento de Çakountala,*» cuyo autor es Kalidasa; debemos representar nuestros papeles con todo cuidado.

LA COMEDIANTA.

Nadie puede negar que el maestro presente perfectamente montada una pieza en el teatro.

EL DIRECTOR.

Yo debo deciros una cosa, noble dama: que pongo en duda la bondad de una comedia miéntras no ha recibido la aprobacion de los conocedores. Así es que, meditando en estas razones, pierdo la confianza delante de un público tan ilustrado.

Aristóphanes nos da la muestra tambien de parábasis en el teatro griego.

Dice por ejemplo en Akarnienses:

CORO.

«Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos, nunca se ha presentado á hacer su propio panegírico; pero hoy, ante los atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la República é insulta al pueblo; preciso le es justificarse con sus volubles ciudadanos: el poeta pre-

tende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejeis sorprender por las palabras de los extranjeros, que os hechicen los aduladores, y seais unos chorlitos.»

Los latinos tambien acostumbraban la parábasis; verbi gracia:

Comienza Plauto en el *Asinario:*

«Yo os pido vuestra atencion, espectadores, y que los dioses os ayuden como á mí, á los cómicos, á sus directores y á los magistrados que los emplean. Heraldo llama bien la atencion del pueblo, y piensa solamente en no haber trabajado gratis. Ahora voy á decir el objeto con que me presento aquí, y es haceros conocer el título de la pieza: en cuanto al argumento, es muy sencillo; diré solamente que en griego se intitulaba Onagos; que Demófilo fué su autor; que Plauto la tradujo al latin y la llamó *el Asinario*, con perdon de ustedes; es alegre, divertida y graciosa; escuchadla con atencion, y en recompensa, que Marte os continúe protegiendo como en otro tiempo.»

Terencio, en su *Andria*, comienza con este prólogo:

«Cuando nuestro poeta se puso á escribir para la escena, creyó que todo lo que tenia que hacer era componer piezas agradables para el pueblo; pero comienza á entender que no es esto todo, y héle aquí obligado á perder su tiempo en hacer un prólogo, no para narrar el argumento de la pieza, sino para contestar los ataques de sus enemigos.»

Esa costumbre de dirigirse al público por medio de

un prólogo, duraba aún en los primeros tiempos del Renacimiento, y así vemos que Maquiavelo comienza sus comedias dirigiéndose al público.

« Dios os guarde,—dice en su Mandragora,—buenos auditores, puesto que esta bondad viene de que os agrado. Si continuais conteniendo vuestros murmullos, os voy á hacer representar una aventura acaecida recientemente en este país. Mirad esta decoracion que se extiende á vuestros ojos; es vuestra Florencia; otra vez será Roma ó Pisa. En cuanto á la aventura, estoy seguro que hará desprender vuestras quijadas á fuerza de risa.»

Ahora sólo nos quedan, y no en los dramas sino en las comedias, los versos en que con el peor gusto posible se pide al público un aplauso al terminar la pieza, costumbre que disgusta á todo hombre de buen sentido literario.

Tanto tiempo hace que tengo abandonado á Peon Contreras, que ya volver á encontrarle me está causando rubor; y me hallo en la situacion del que sin motivo ha dejado de visitar una casa donde le aprecian, deseando volver, y sin atreverse á verificarlo, lo hace delito, como decimos vulgarmente en México.

Un jóven crítico, estudioso y de grandes esperanzas, Gomez Flores, ha hecho buenos estudios sobre las piezas de Peon Contreras. Si yo quisiera hacer un juicio sobre el teatro de nuestro poeta, para muchos dramas no tendria yo necesidad más que de copiar los artículos de Go-

mez Flores; pero como mi empresa no abarca tanto, me contento con hablar de generalidades.

La versificacion en los dramas de Peon, es sonora y fluida, y aunque algunos críticos le acusan falta de entusiasmo, esto quizá proviene de que el público está viciado con el lirismo de comedias en que se cuida más de la gala que del argumento.

Gomez Flores dice, hablando de Peon Contreras:

«Sus defectos de estilo son pocos y se reducen á faltas prosódicas, supresiones frecuentes de sinalefas, escasa fibra y energía en varias composiciones que la exigen, contados galicismos, y algunos otros de poca monta, hijos todos, sin la menor duda, de la precipitacion con que siempre escribe.»

Francamente, si estos fueran pocos defectos y de poca monta, no sé qué habria que guardar para la calificacion de tanto poeta disparatador como hay: pero Gomez Flores, sin duda profesando tan gran cariño como se trasluce en sus artículos, á Peon Contreras, quizo más bien pecar por rígido que ser acusado de condescendiente por amistad.

Peon Contreras tiene algunos de los defectos que indica el jóven autor del juicio á que nos referimos; pero más que á la precipitacion con que escribe el poeta, deben atribuirse á la dificultad de hacer una obra perfecta; manejar bien un idioma, y un idioma como el español, es tan peligroso como manejar una navaja de barba al afei-

tarse: la menor distraccion, el más ligero estremecimiento, la preocupacion más pasajera, bastan para herirse; y esto les pasa hasta á los grandes maestros, sin que pueda decirse de ellos que erraron por la precipitacion con que escribian.

Todos los idiomas, pero principalmente el español, y sobre todo en México, tienen un modo de hablarse y otro de escribirse; quiere decir que hay frases y giros bien usados y bien recibidos en la conversacion, y que ningun escritor ilustrado se permite presentar al público. Y no necesitamos que Max Muller nos lo diga ni nos lo pruebe, que una ligera observacion lo hace comprender así.

Esta es una dificultad para el escritor; y respecto á galicismos, están ya algunos tan infiltrados, tan naturalizados en nuestro idioma, que es difícil escapar de ellos, y quizá no faltaria ejemplo de alguno en el mismo Cervantes. Pero como la bandera cubre la mercancía, galicismos hay que á la sombra de un nombre ilustre en la literatura española, han dejado de serlo y tienen carta de nacionalizacion.

Peon Contreras ha escrito tambien muchas y muy hermosas leyendas nacionales, y sus composiciones sueltas tienen un mérito que no las hace parte menor en la bien adquirida fama del poeta yucateco.

Se dirá que yo llamo esperanza de las letras en México, á todos aquellos de quienes me ocupo; pero como casi todos están en el vigor de la edad, están en la época

en que el árbol de la inteligencia pierde sus flores para comenzar á producir sus frutos, me creo con perfecto derecho para llamar tambien á Peon Contreras esperanza de nuestra literatura en lo porvenir, sin que en el presente deje por eso de ser una de las joyas del Parnaso Mexicano.

JOSÉ M. ROA BÁRCENA.

JOSÉ MARIA ROA BÁRCENA

ROA BÁRCENA—dice Sosa en la biografía que de él escribe—es en la sociedad mexicana tan cumplido caballero, como distinguido poeta y escritor.

En tan cortos renglones no puede hacerse más grande elogio de un contemporáneo; y lo más notable es que no hay exageracion, porque Roa Bárcena merece bien ese elogio.

Apartado ahora de la política y dedicado á los negocios comerciales, ha ocupado parte de su tiempo, como Groto, en escribir la historia, no de las revueltas nacionalidades de la Grecia, y sí de tiempos y de nacion no ménos revuelta, como es la nuestra.

Roa Bárcena no se contentó con ser poeta; publicó bellísimas composiciones, obtuvo merecidos elogios, y sin embargo, parece que esto no le satisfizo.

Tampoco llenaba sus aspiraciones el periodismo; luchó por la causa de la Reaccion, fué uno de los paladines de las ideas conservadoras en la prensa; pero ha tenido el orgullo de haberse retirado del combate sin haber escrito nunca en tales diarios ninguna de esas diatribas, ninguno de esos artículos en que el insulto y la calumnia son el hilo y la trama de que se vale el periodista, y que por desgracia están en moda entre nosotros.

No me ocuparé de las ideas políticas que Roa Bárcena defendia; ya he dicho que para mí, en estos artículos las cuestiones políticas no tienen significacion alguna; pero no puedo dejar de insistir sobre el giro caballeroso que Roa Bárcena dió siempre á todos sus escritos políticos en los momentos en que la lucha era más terrible.

El periodismo, entre los hombres honrados, entre los políticos de buena fé, entre las gentes que buscan el triunfo de una idea, es un sacerdocio, un apostolado, y no un medio de especulacion: esto no quiere decir que yo crea reprobable que un escritor gane honradamente su vida como periodista; de ninguna manera; escribir para el público, es siempre un trabajo que necesita retribucion, y retribucion espléndida, porque supone, además de notables aptitudes, largos y pasados años de estudio, laboriosidad y meditacion profunda en el presente, y valor, resolucion y serenidad para afrontar el peligro que siempre trae, el ataque al poderoso, cuando abusa de su fuerza, y el grito de alarma á la sociedad, cuando el crímen oculto

entre la sombra, conspira contra la justicia; el odio de algun partido contrario y el disgusto de los propios correligionarios, cuando á ellos mismos se les dice una de esas verdades que ningun bando político quiere escuchar.

El periodista que escribe por adular al poder, buscando la proteccion y el favoritismo, el lucro y la ganancia, lo mismo que el que halaga las pasiones de la muchedumbre y los vicios del pueblo, yendo en pos de lo que muchos llaman popularidad, extravian el camino del honor por el que debe marchar siempre un escritor leal y patriota.

Tampoco esto quiere decir que el periodista no pueda cegarse muchas veces por el espíritu de partido; que arrastrado por el entusiasmo, cruce el vallado por donde nunca debiera atravesar: eso es malo; mas yo no lo considero realmente como un delito, sino como una desgracia, y desgracia á la que están expuestos todos los hombres.

Pero el « mercenarismo » de la pluma, el comercio de la conciencia del escritor, el vil contrato por el que un hombre que tiene mayor ó menor facilidad para escribir, se compromete por un puñado de dinero á atacar las ideas que ayer defendió; á insultar y á calumniar á hombres á quienes no conoce ó conoce quizá por beneficios que de ellos ha recibido; á espiar el hogar doméstico para llevar el escándalo á una sociedad y la desolacion á una familia; el empeño retribuido de manchar por medio de la imprenta lo que está limpio, aun cuando esa mancha tenga que pasar, dejando su huella indeleble, sobre el nom-

bre de la patria, eso sí lo considero criminal; eso sí lo creo punible, por más que nuestra Constitucion y nuestras leyes lo autoricen, y por más que nuestros gobiernos y nuestros hombres públicos hayan interpretado siempre que la honra y la reputacion de un hombre y de una familia deben estar en México sin garantía de ninguna especie, á la disposicion del primero que, por una enemistad personal, por una retribucion ó por un rencor inmotivado, quiera lanzar al público un artículo en que llame á aquel hombre ladron, plagiario, traidor, ébrio ó jugador.

Desgraciadamente no están léjos los ejemplos de tales abusos en la imprenta, ni han pasado tampoco los dias en que de esa manera se ejerce el ministerio del periodismo. Por eso cuando estudiamos los escritos de Roa Bárcena, nos detenemos con satisfaccion delante del publicista á quien bastaron las leyes de la caballerosidad, para no excederse un punto en las luchas periodísticas, sin ocurrir nunca al inacotado campo de lo que se llama la libertad de imprenta.

El estilo de Roa Bárcena, no sólo como periodista sino en lo general como escritor, es fluido, sencillo, y sobre todo, es el estilo que corresponde á la lengua española y á la raza latina.

Víctor Hugo algunas veces ha escrito en un estilo que muchos han procurado imitar; por ejemplo, en *El derecho y la ley* dice:

«La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada indisoluble, nada de irrevocable, nada de irreparable; tal es el derecho.

El cadalso, la espada y el cetro, la guerra, todas las variedades del yugo, desde el matrimonio sin divorcio en la familia, hasta el estado de sitio en la ciudad; tal es la ley.

El derecho: ir, venir, comprar, vender, cambiar.

La ley: la aduana, el portazgo, la frontera.

El derecho: la instruccion gratuita y obligatoria sin presiones sobre la conciencia del hombre, embrionaria en el niño; es decir, la instruccion láica.

La ley: los ignorantes.

El derecho: la creencia libre.

La ley: la religion del Estado.

El sufragio universal, el jurado universal, ese es el derecho; el sufragio restringido, el jurado escogido, esa es la ley.

La cosa juzgada, esa es la ley; la justicia, este es el derecho.

Medid el intervalo.»

Este estilo que se ha llamado bíblico, hizo gracia á muchos escritores, no sólo en México sino en España, y sin reflexionar ni pararse en pelillos, se soltaron escribiendo en renglones cortos y con cortados pensamientos, todo lo que á las mientes les venia, recordando que Víctor Hugo dice en el «Noventa y tres:»

«Nos acercamos á la gran cima.

Hé allí la Convencion.

La mirada se petrifica en presencia de aquella altura.

Jamas apareció en el horizonte de los hombres nada más elevado.

Hay un Himalaya como hay una Convencion.

La Convencion es el punto más culminante de la Historia.»

Pulularon Víctor Hugos por todas partes, desde Selgas en España hasta Juan Mateos en México; y los artículos de costumbres y de literatura y de política, se escribieron así.

¡Aquello era terrible! Y no se podia tomar un periódico sin encontrar luego un escrito que al primer golpe de vista parecia fluctuar, por sus apariencias, entre la oda y la lista de la lavandera.

«Daban las doce de la noche.

La policía dormia.

El sueño es el invierno de la policía.

Velaba el ladron.

El transeunte cruzaba descuidado.

Se oyó un grito.

Acudió un policía.

Era tarde.

Una capa habia desaparecido.

El devorante habia puesto la garra sobre lo indevorable.

La propiedad se habia evaporado delante de la fuerza.

El huracan arrebata á las nubes.

Los ladrones son el huracan de las capas.

Las capas son viables en los hombros ó en los *empeños*.

Habia una capa ménos.

Muchos grados de frio más.

El abrigo es la burla de la temperatura.

Una pelliza se carcajea del termómetro.

Un termómetro se avergüenza delante de una chimenea.

El policía ayudaba al termómetro.

El transeunte fué el campo del combate.

El hombre de la ley y el hombre de la desgracia se contemplaron.

Un robo es una afirmacion.

Lo positivo estaba frente á frente de lo mitológico.

La policía es un mito.

Lo pasado y lo inverosímil se daban una cita en la oscuridad.

El policía era el número 13. El 13 es un número fatal.

El robado se llamaba Don Gregorio Chamorro. El nombre de Gregorio es fatídico.

La suerte tiene sus risas satánicas como los ángeles caidos del infierno cristiano.

Un policía que llega fuera de tiempo es como una carcajada de Satanás.

El paradero del ladron quedó ignorado.»

Este seria un buen párrafo de gacetilla, en el estilo aquel famoso; y no he querido copiar un trozo original, por consideraciones á los descarriados que por ese atajo se arrojaron.

Sin embargo, no resisto á poner algo de Selgas, tomado de sus «Hojas sueltas.»

«Las mujeres tienen diferentes habilidades.

Unas hacen flores.

Otras hacen dulces.

Algunas hacen lo que deben *(sin duda será no leer esto)*.

Muchas lo que quieren.

Todas hacen señas.

Y ¡oh dolor! . . . . . hay tambien mujeres que hacen versos.

¿Qué tal? ¡Admirable! ¡y que en nuestra sesuda madre, la vieja España, se haya tolerado esto!

Dice Selgas:

«El corazon, puede decirse que es el cerebro de los sentidos. *(Y el estómago el cerebro de la humanidad.)*

La cabeza nos dice: piensa; el corazon nos dice: siente. (Hartzenbusch *nos dice: el descubrimiento no me parece tan plausible como el de las Indias.)*

La inteligencia discurre. *(Noticion.)*

El corazon adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazon es una esperanza.

La razon hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazon. *(¡Qué lástima!)*

La inteligencia más grande no vale tanto como un corazon hermoso. *(Eso va en gustos, y la ciencia no es de ese mismo.)*

La inteligencia propone: el corazon manda: *(ó como dicen en México: el hombre pone, Dios dispone, y un tonto descompone.)*

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento. *(Este hombre ni ha olido siquiera el griego, ni ha leido á Santo Tomás.)*

La lógica del corazon dispone de argumentos irresistibles. *(¡Cáscaras!)*

Nada es más fácil que tener veinticinco años. *(Esta sí es buena noticia. ¿Cómo se hace? todos somos marchantes.)*

A poco de nacer los tiene cualquiera.» *(A poco, á los veinticinco años; no vayan á creer los lectores que á los cuatro ó cinco dias. ¡Como dice Selgas que es tan fácil!)*

Lamennais tomó el estilo de Isaías; Víctor Hugo imitó á Lamennais; Selgas quiso imitar á Víctor Hugo, pero no salió bien: con razon no hubo quien le persiguiera en Francia por contrefaçon.

A Víctor Hugo se le alaba y se le admira escribiendo así, porque el genio, como el rey Midas, convierte en oro todo cuanto toca; porque las ideas, vigorosas y nuevas, brotan del cerebro de ese hombre, bellas en su desórden

é incapaces de someterse á las severas reglas que rigen en la marcha de las inteligencias comunes, como no es posible el órden en una concurrencia numerosa que sale espantada y en revuelta confusion por las puertas de un teatro huyendo de un incendio.

Víctor Hugo, llegando al mundo con las proporciones de gigante, y encontrando sólo trajes cortados y hechos para hombres de talla comun, necesitó vestir sin sujetarse ni á la moda ni á las costumbres de sus contemporáneos. Pero la verdad es que ese estilo, ese modo de escribir, ni es de nuestra raza, ni es de nuestra lengua; se le llama bíblico, porque en la Biblia es donde generalmente ha sido leido; pero verdaderamente debe llamarse semítico, porque es el estilo conforme con el espíritu y el idioma de los pueblos semíticos, y el usado en sus libros religiosos y sus poesías.

« El arte de la oratoria—dice Renan en su « Historia de las lenguas semíticas»—en el sentido clásico, fué siempre desconocido á los Semitas: sus gramáticos ignoran aun el arte de subordinar los miembros de la frase, y denuncian en su raza una evidente inferioridad en las facultades del razonamiento, aunque un gusto muy vivo de las realidades y una gran delicadeza de sensacion. La perspectiva falta completamente en el estilo semítico; en vano se buscarian esos relieves, esos grabados, esas medias tintas que dan á las lenguas Aryannas como una segunda potencia de expresion. Llanas, sin inversiones, las

lenguas semíticas no conocen otro procedimiento más que la «juxtaposicion» de ideas á la manera de las pinturas bizantinas ó de los bajo-relieves de Nínive: es preciso confesar que la *idea de estilo*, tal como nosotros la entendemos, falta completamente á los Semitas; sus períodos son muy cortos, y la extension del discurso que abraza no pasa de una ó dos líneas.»

«Unicamente preocupados con el pensamiento actual los escritores Semitas, ni preparan de antemano el mecanismo de la frase, ni cuidan de la que pasó ni de la que debe venir: de allí, extrañas inadvertencias ó incapacidad para seguir hasta el fin con el mismo giro, y la costumbre de no volver sobre sus pasos para corregir lo que está escrito. Se diria que es una conversacion descuidada, tomada inmediatamente para fijarla en la escritura.»

«En la estructura de la frase, como en toda su constitucion intelectual, hay entre los Semitas menor complicacion que entre los Aryannos; les falta un grado de combinacion que nosotros juzgamos necesario para la expresion completa del pensamiento; *unir las palabras en una proposicion es su último esfuerzo; y no piensan jamas en hacer la misma operacion respecto de las proposiciones entre sí:* este es, para usar de la frase de Aristóteles, *el estilo infinito*, procediendo por acumulacion de átomos, en oposicion con la rotundidad perfecta del período griego ó latino; todo lo que puede llamarse número oratorio les es desconocido, y la elocuencia no es para ellos más que una

viva sucesion de giros violentos y de imágenes atrevidas. En Retórica, como en Arquitectura, el arabesco es su procedimiento favorito.»

«La importancia del versículo, en el estilo de los Semitas, es la mejor prueba de la falta absoluta de construccion interior que caracteriza su frase. El versículo nada tiene de comun con el período griego y el latino, porque no ofrece una sucesion de miembros, dependientes los unos de los otros; es un corte casi arbitrario en una serie de proposiciones separadas por comas; ninguna regla fija determina su longitud; el versículo corresponde al descanso que necesita la respiracion; el sentido nada exige; el autor se detiene, no por el sentimiento natural del discurso, sino por la simple necesidad de detenerse. Que se intente dividir en versículos una oracion de Demóstenes ó de Ciceron, y se comprenderá cómo el versículo corresponde á la esencia de las lenguas semíticas.»

He tomado esta larga cita del ilustre Renan, porque nada mejor ni más á propósito pudiera yo haber dicho de ese estilo con que tanto nos fatigaron, y que se convirtió en una especie de moda, sólo por imitar á Víctor Hugo.

Afortunadamente va echándose ya en olvido, y vuelven nuestros escritores á buscar la gracia y la flexibilidad del estilo de las lenguas modernas.

Roa Bárcena, de quien como de costumbre, me habia yo apartado, tiene entre sus trabajos como escritor pú-

blico, algunos históricos que son dignos de aprecio; porque campea en ellos la más grande imparcialidad, hasta el grado de que en la mayor parte no puede traslucirse el color político de las opiniones del autor.

Escribir la Historia ha presentado siempre grandes dificultades; prescindiendo del inmenso trabajo de investigacion y de crítica de los datos que le sirven de base, la imparcialidad para formar el juicio y emitir opinion sobre los acontecimientos, es un escollo contra el que se han estrellado muchas veces los escritores más ilustrados y de más buena fe.

Sin preocupacion de ninguna especie, sin antecedentes de ninguna clase, nos ha pasado á todos, lectores y escritores, experimentar una simpatía ó una antipatía inexplicables por algun pueblo ó por algun hombre de los de la Historia; y así vemos á muchos que son partidarios de los romanos contra los cartagineses, otros que tienen verdadera admiracion por Aníbal, y muchos que sienten el mal éxito de Catilina y aborrecen á Ciceron como si fueran de los conjurados de Roma.

Cuando se escribe la Historia, todo esto impide ver con claridad y juzgar con acierto, sobre todo en la Historia contemporánea.

Buscando la imparcialidad, en China, cuentan el padre Mailla en el prólogo de su traduccion de los *Grandes anales de la China*, y Parenní en sus *Cartas edificantes*, que más de veinte siglos ántes de Jesucristo, desde el tiempo de

Hoang-ti, habia un tribunal que se llamaba *de la Historia*, formado de dos clases de escritores con el nombre de *los de la derecha* y *los de la izquierda;* unos recogian y consignaban los hechos, y otros los discursos, subdividiéndose en unos que se ocupaban de los negocios y de los acontecimientos de dentro del palacio, y otros de los de fuera; cada uno escribia secretamente y se guardaban con religioso cuidado todos esos fastos, á los que no se daba publicidad hasta pasados muchos años; generalmente hasta el cambio de una dinastía.

Así parece que los trabajos históricos más antiguos son los chinos, y se conserva memoria de los libros de San-fen, que se dicen perdidos enteramente; de Ou-tien, de los que se conserva algun fragmento y que hacen remontar la Historia propiamente dicha, más de treinta siglos ántes de la Era Cristiana.

Despues de los grandes descubrimientos de Champolion, cuando las escrituras geroglífica y cuneiforme han comenzado á comprenderse, y cuando de cincuenta años á esta parte, el espeso velo que cubria al Oriente ha empezado á descorrerse, dejando penetrar la luz en los misterios de ese inmenso territorio que se extiende entre el Nilo y el Indo, las ciencias históricas han tomado un impulso maravilloso; y asombran los descubrimientos que los eruditos han hecho, de acontecimientos ignorados hasta hoy en esos pueblos que se consideran como la cuna de la humanidad y de la civilizacion: las fábulas van des-

apareciendo á la luz de la ciencia, como las sombras de la noche á la llegada del sol; «y el Egipto, reconquistado por la Historia, toma un lugar entre los pueblos conocidos.»

Hace pocos años, medio siglo, sólo Grecia y Roma preocupaban con su historia á los hombres de ciencia: el mundo antiguo no se veia sino en Grecia ó en Italia; y vagamente se hacia mencion de algo que indicara la grande importancia de los estudios verdaderamente orientales. El *sanscrito* era un idioma del que apénas hacian mencion algunos misioneros que, modelos de amor á la ciencia, no sólo buscando adeptos para la religion que predicaban, sino luz para la humanidad, se entregaban á esos estudios.

En Grecia el primer historiador á quien tal nombre se concedió por los clásicos, fué Herodoto; ántes de él se mencionan á Cadmo de Mileto, Hecateo, Endemo y á otros, de los cuales sólo se conservan algunos fragmentos, pero que no formaban un cuerpo histórico en sus escritos, como hizo Herodoto, á quien por esto llamaron todos «el padre de la Historia.»

A Herodoto siguieron Tucídides y Xenophonte: Tucídides, ilustre como general y como filósofo, y que cobró aficion á las letras, oyendo á Herodoto leer en unos juegos, una parte de su Historia: Xenophonte, famoso, tanto por haber mandado la terrible expedicion que se llamó «La retirada de los diez mil,» cuanto por haber

escrito la historia de esa retirada, la de Cyro el Grande, y muchos otros tratados históricos, filosóficos y militares.

A mí, quizá por preocupacion, me encantan estos tres viejos: leyendo á Herodoto parece que se oye á un amigo de confianza que, recostado en un sillon, y con un magnífico puro habano, delante de una taza de café, nos refiere con la mayor sencillez todo lo que vió y aprendió en sus viajes.

Xenophonte, como un padre de familia, aprovecha y aun amolda á su gusto los acontecimientos históricos que refiere para envolver en ellos la vigorosa sávia de la moral que debe nutrir á la sociedad.

Tucídides, es el austero narrador sentado en una cátedra, dando un curso de historia, no á jóvenes estudiantes, sino á hombres de Estado.

Ántes de esta trinidad griega no hubo verdaderamente historiadores; ó si los hubo, sus obras se han perdido. Los relatos que de siglos anteriores á ellos se llaman historias, son verdaderamente teológicos, mitológicos, cosmogónicos, poéticos ó heróicos. La creacion del universo y del mundo, el nacimiento y los hechos de los dioses, las vidas de los semidioses que habitaban sobre la tierra en comunicacion directa y continua con la Divinidad, este es el fondo de todas esas obras anteriores á los historiadores griegos, lo mismo en la raza aryanna que en la semítica.

Los romanos tardaron más en despertar, como histo-

riadores, que los griegos: los anales de los Pontífices no merecen el nombre de historia, segun opina Ciceron: Quinto Fabio, Lucio Cincio, y Scipion el hijo del Africano, escribieron las primeras historias en griego segun dicen algunos autores, y verdaderamente los historiadores en Roma no pueden comenzar á enumerarse sino con Julio César, Cornelio Nepote y Salustio.

Tito Livio fué el primero que escribió una historia general, y Tácito vino á poner el sello de su grandeza en el monumento de las letras latinas.

La historia en los tiempos que alcanzamos, ha tomado un carácter más elevado y más noble: no es ya la relacion más ó ménos florida de los acontecimientos que han pasado, ni el inocente pasatiempo del escritor y de los lectores; es el exámen filosófico y crítico de las causas que han producido los grandes acontecimientos, el estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traido á la humanidad y á los pueblos al estado de civilizacion y de progreso en que se encuentran; es el conjunto de datos ciertos para despejar esas importantes incógnitas que persigue la sociología.

Entre nosotros Roa Bárcena ha comprendido perfectamente el espíritu y la tendencia de la Historia moderna: notable es su obra intitulada: « Recuerdos de la Invasion Norte-americana en México, » y el último capítulo de ese libro merece de parte de los mexicanos una profunda atencion y una meditacion muy detenida.

Dos cualidades hacen notable á Roa Bárcena como escritor: la prudencia y la modestia. La prudencia, esa virtud que los antiguos describian diciendo que es la que pone medio entre los extremos, el *modus in rebus* de que habló Horacio, es una virtud realmente escasa entre nosotros, que por naturaleza somos arrebatados y extremosos en nuestras determinaciones, y muchas veces ligeros en nuestros juicios. Quizá por el valor, ó casi por la temeridad con que las gentes de nuestra raza afrontan cualquier peligro ó acometen cualquiera empresa en la que va de por medio la vida; quizá por la franqueza ó tal vez prodigalidad con que aquí gasta la gente su dinero; quizá tambien por lo poco que todos cuidamos del porvenir, sin zozobras por el tiempo de la desgracia, entre los mexicanos eso que llaman prudencia, se encuentra con dificultad.

Por eso son tan apreciables aquellos que en los negocios públicos ó privados manifiestan esa cualidad.

Manuel Dublan por ejemplo, que es un hombre reflexivo y prudente, ha de ser siempre buscado y considerado por todos los que gobiernan: en los negocios particulares y en su profesion de abogado, quizá no llegará á aconsejar á un cliente una operacion atrevida y peligrosa, en la que duplique repentinamente su capital; pero sí es seguro que en negocio público ó privado que á él se le consulte, examinará todas las dificultades, descubrirá todos los peligros, pesará cuidadosamente las probabili-

dades del éxito, y dará una opinion que se pueda seguir con tranquilidad.

Roa Bárcena tiene esta prudencia, y es seguro que como escritor público, pocas veces habrá tenido que arrepentirse de haber dado á luz un artículo ó un libro que pueda producirle una situacion comprometida por su contradiccion con las ideas que profesa, ó con las que otra vez ha manifestado.

La modestia no es tan escasa como la prudencia entre nosotros, aunque hay que distinguir la modestia de la timidez, que hay muchos que son tímidos sin que por esto pueda llamárseles modestos.

Algo se viciaron en materia de modestia nuestros poetas, sobre todo los de la generacion de Roa Bárcena, por la presencia de Zorrilla en nuestra capital, y por el entusiasmo que causaba á nuestros poetas de entónces las lecturas del vate español: aquel «yo» tan constante en Zorrilla, aquel proclamarse tan desembozadamente el cantor de Dios y de la religion católica, aquel llamarse siempre y muchas veces, sin venir al caso, «vate, bardo, trovador, poeta,» tenia que viciar á los inexpertos que escuchaban como un oráculo á Zorrilla cuando decia:

Dios me dió un corazon franco y sincero
Lleno de juventud y poesía,
De fe raudal, de inspiracion venero,
Con un acento varonil y entero
Para cantar su gloria y la fe mia.

Cristiano y español, con fe y sin miedo,
Canto mi religion, mi patria canto.

Genios que del Pisuerga en la ribera,
Al rumor soñoliento de las olas
A oir llegásteis mi cancion primera,
Tejed para mi negra cabellera
Fresca diadema de tempranas violas.

Y os dejé cuando débil y atrevido
El premio á disputar entré en la lucha;
Oyeme, dije al mundo, y el oído
Prestando el mundo, mi cancion escucha.

Yo soy el trovador que vaga errante;
Si acaso vuestros son estos linderos,
No me dejeis pasar, mandad que cante.

Yo tengo en el arpa
Que guia mi canto,
El lánguido encanto
Del ruido del mar;
Las íntimas notas
Que arrancan el llanto,
Las que hacen á un tiempo
Gemir y llorar.

Por doquiera que voy va Dios conmigo.

Esto, exaltando la humana propension de alabar lo propio y hacer gala de las personales cualidades, dió por resultado que amenguando la modestia, las alabanzas propias, ó cuando ménos el empeño de hablar de sí mis-

mo, enturbiaron composiciones dignas de mejor giro y volvieron poco simpáticos para el público, á poetas dotados de brillantes cualidades: pero hay artículos y poesías en que verdaderamente se descubre un principio de megalomanía que hace dudar al lector si aquello debe tomarlo en serio ó como una broma, ó si el autor estaba sano ó enfermo del cerebro.

Realmente hay producciones de esas en que involuntariamente viene á nuestra memoria aquel mal soneto de Don Belianis de Grecia á Don Quijote de la Mancha, que el inmortal Cervantes pone despues de su prólogo:

Rompí, corté, abollé y dije y hice;
Más que en el orbe, caballero andante,
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, dos mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier parte satisfice.
Tuve á mis piés postrada la fortuna;
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

Roa Bárcena, como dicho llevo, no padece tal enfermedad; si por desgracia tiene sus rasgos de soberbia, que no lo creo, allá se los guarda solo y nunca pretende que el público le haga coro cuando canta sus propias alabanzas;

y esto es lo bastante, sin que pretendamos juzgar el misterio de sus pensamientos secretos, para poder decir que sus buenas cualidades como literato, se realzan y se extreman cubiertas con el manto de la modestia.

Roa Bárcena, como Juan Arias, no estudió en colegio alguno; lo que sabe lo debe á sus propios esfuerzos y á su inteligencia: ha colaborado en los periódicos de más nota del partido conservador, como «El Universal,» «La Unidad Católica» y «El Cronista;» ha sido redactor en jefe de «La Sociedad,» y ha publicado varios tratados que sirven de texto en muchas escuelas, como el de «Geografía Universal» y el de «Historia de México,» biografías, novelas, leyendas, y sobre todo, trabajos históricos de que ya he hecho mencion.

Está aún en buena edad; puede hacer mucho todavía, y ojalá que no le embargue todo su tiempo el *auri sacra fames.*

ALFREDO BABLOT.

LIT. H. IRIARTE. MEXICO

ALFREDO BABLOT

ALFREDO BABLOT no es mexicano; su patria, Francia, está muy léjos de la nuestra, por más que el vapor, la electricidad y la convencion postal se afanen en hacer que nos parezca más corta la distancia, haciendo más rápido y ménos penoso el viaje de un pasajero, la conduccion de una balija ó la trasmision de un telegrama.

Todo esto será un triunfo de la ciencia y de la industria; pero la distancia se ha quedado la misma, á pesar de todas las facilidades, de todas las comodidades y de todas las ilusiones.

Pero Bablot, aunque no ha nacido entre nosotros, llegó á México muy jóven; aquí, puede decirse, se acabó de formar y se desarrolló física y moralmente: su carácter agradable, comunicativo y franco, le ligó en estrechos

vínculos de amistad con todos los hombres que entónces eran jóvenes, y que ahora, despues de tantos años, no necesito presentar pruebas para decir que ya no lo son.

Poco tiempo despues de haber llegado á México, ya nosotros, los de esa generacion, considerábamos á Bablot como uno de nuestros compañeros, casi de infancia; y él por su parte, se sentia tambien como en medio de condiscípulos. En la amistad, lo mismo que en el amor, cuando se forma un verdadero vínculo, los tiempos pasados se revisten con la veladura del presente, y parece como que siempre, desde la infancia, se ha cultivado aquella amistad, lo mismo que se siente como si nunca se hubiera amado á más mujer que á aquella; porque si es verdad que las leyes no deben tener efecto retroactivo, por un fenómeno inexplicable los buenos cariños tienen efecto retrospectivo; que el *miraje*, el espejismo, es un accidente que se presenta en el espíritu más comunmente de lo que parece.

Dotado de una inteligencia clarísima Alfredo Bablot, aunque no hablaba bien el español, pudo rápidamente amoldarse á nuestro lenguaje familiar en México, á nuestra pronunciacion y á nuestros provincialismos. Un idioma, segun dice Max-Müller, para conservar la vida y el movimiento, se nutre constantemente con elementos que dia á dia le proporcionan los dialectos que le rodean: entre nosotros no hay dialectos que hayan nacido del idioma español que se ha nutrido aquí, para la conver-

sacion familiar, con muchas palabras y escasísimos giros de los antiguos idiomas americanos.

España ha sido el puente por donde las lenguas semíticas han enviado muchas palabras á naturalizarse y confundirse con los idiomas de los antiguos pobladores de México: el hebreo y el árabe dieron á los españoles de los siglos XV y XVI palabras y costumbres que ellos han olvidado; pero que trasmitidas entónces á México por los emigrantes, se conservan todavía y se usan frecuentemente en la conversacion familiar, más por la raza indígena que por la raza mezclada.

Curioso seria hacer un estudio sobre esto y entresacar del español que hablan nuestras gentes de campo, esas palabras que ya en España están en desuso y que son árabes ó hebreas. No seria difícil pero sí laborioso.

Bablot se dedicó al periodismo, y seguramente no hay uno entre nosotros que haya comprendido mejor ni desempeñado con más acierto la direccion de esta clase de publicaciones. Interes, variedad, oportunidad en las noticias, exactitud en el servicio del público, acierto en la eleccion de redactores, criterio sano para designar lo que debe reproducirse de ajenas publicaciones, pormenores minuciosos en lo que causa público interes, y sobre todo, caballerosidad y decencia al tratar de los hombres y de las cosas: todo esto puede asegurarse que se encontraba en «*El Federalista*», en los muchos años que lo dirigió Bablot.

El grupo de redactores que para ese periódico supo atraerse, fué simpático y escogido, y todos ellos, como una prueba de que merecen este elogio, han figurado despues ventajosamente, en la literatura ó en las ciencias. Justo y Santiago Sierra, Francisco Sosa, Silva, Peza, Cuenca y otros varios que daban á ese periódico tanto interes como popularidad, haciendo extraordinaria la circulacion de aquel diario que, cuando Bablot lo recibió como director, no contaba ni con un centenar de suscritores.

A su actividad y á su inteligencia, reune Alfredo variados y notables conocimientos, sobre todo en la música, que es para él la pasion dominante; y ya se ve que con dotes intelectuales como las de Alfredo, el arte debe tener en él un admirable representante.

Notables por más de un título son los artículos de crítica musical de Bablot; y el Gobierno, pensando en la reforma del Conservatorio de Música de México, y recordando quizá las aptitudes y los conocimientos que en esos artículos habia demostrado, fijóse en él y le nombró Director del Conservatorio.

La satisfaccion no sólo de los amigos de Bablot, sino de los amigos de la música, de los que saben cuánto influye en las costumbres de los hombres y en su modo de ser moral el cultivo de la armonía, fué naturalmente grande y significativa, y raras veces un Gobierno puede, como en esta vez, dar una disposicion que sea del agrado, no sólo *de los muchos*, sino tambien de los buenos.

Como Alfredo tiene un carácter en el que á la par de la alegría y la jovialidad, de la dulzura y de la prudencia, lleva una buena dósis de energía y de firmeza, de constancia y dedicacion, la obra casi magna de la reforma del Conservatorio y con ella la de los estudios de la música en México, tiene que llegar á feliz término, aunque tropezando con muy grandes dificultades.

Inútil me parece decir hasta qué punto es necesario para una sociedad el cultivo de la música, y hasta qué punto es indispensable, en la educacion, la enseñanza de ella. Los padres de la Iglesia, lo mismo que los filósofos paganos; los poetas, lo mismo que los jurisconsultos, todos han convenido, no sólo en la utilidad, sino en la necesidad de la música.

Como una prueba de esto, voy á citar las palabras de un escritor que ni es de los más entusiastas por esa clase de estudios, ni pertenece en su escuela administrativa á esos autores á quienes Bluntschili llama *románticos*. Dice Bain en su obra *La ciencia de la educacion*, hablando de la música:

«De todas las artes, la más accesible, la más extendi-«da, la más poderosa, es la música. De todos los place-«res del hombre, la música puede considerarse como el «más inocente y como el que le cuesta ménos caro: en «todos tiempos los hombres han estado tan ávidos de «música, que no podemos comprender cómo han podido «vivir alguna vez sin ella. En las épocas primitivas es-

«taba unida á la poesía, y el elemento poético tenia un «valor igual al de su acompañamiento musical, cuando «no mayor.

«Como los moralistas han reprobado siempre el anhe- «lo del placer por sí mismo, y no lo permiten sino como «el auxiliar de la moral y de los deberes sociales, los le- «gisladores se han ocupado en determinar el género de «música más á propósito para desarrollar las virtudes mo- «rales y las cualidades más elevadas del espíritu. Tal es «la idea que se encuentra en las teorías de la organiza- «cion social de Platon y de Aristóteles. En efecto, es «incontestable que los diferentes géneros de música ejer- «cen sobre el espíritu accion bien diferente: los dos gé- «neros extremos, la música militar y la música religiosa, «son bien conocidos de todo el mundo; y la imaginacion «puede sin trabajo presentarnos la multitud de timbres «que en el intermedio de ellas pueden encontrarse.»

¿Para qué citar á Platon que señala hasta los instrumentos y el aire que convienen para desarrollar en los espíritus sentimientos nobles?

Él deja la lira, el arpa, para las grandes emociones; proscribe los aires lúgubres y apasionados, lo mismo que los muy dulces, y no tolera más que los cantos dóricos y frigios, que juzga más á propósito para despertar pensamientos enérgicos y viriles.

Las noticias sobre la música en los remotos tiempos en que los aryannos ó los semitas comenzaban á desper-

tar á la civilizacion y á la cultura, se pueden llamar con seguridad, más bien fantaseos de escritores alucinados por pretendidos descubrimientos, que datos seguros para la Historia.

Nuestros conocimientos sobre la historia de la música arrancan desde los tiempos de Pitágoras.

Pitágoras y sus discípulos, con una intuicion verdaderamente admirable, buscaron las armonías musicales en las relaciones numéricas: levantaron el arte musical á las matemáticas y á la física; le dieron ó procuraron darle una base científica; y todo esto, que la ciencia moderna va cimentando de dia en dia, merced á la perfeccion siempre creciente de los métodos de observacion y de los instrumentos, lo presintieron, lo adivinaron, lo quisieron plantear Pitágoras y sus discípulos.

Para ellos no podia haber consonancia sino en intervalos que expresaran relaciones sencillas, como la cuarta, la quinta y la octava, comprendidas en las razones $^2/_4$ $^2/_3$ y $^1/_2$, y excluian algunas armonías por la razon de no ser simple la proporcion, aun cuando despues se han admitido en la música moderna.

Aristóxeno levantó una escuela enteramente opuesta á la de Pitágoras, no sujetando las armonías á más juicio que al de los sentidos y á la comparacion que el oído le daba con los sonidos armónico y fundamental.

Los griegos tenian por base para todas sus teorías y para todas sus composiciones musicales, el tetracordio, es

decir, ut, fa, sol, ut, cuyas relaciones se representan por 1, $^4/_3$ $^3/_2$ y 2 que, segun la tradicion antigua, constituian la lira de Orfeo.

Los tetracordios fueron tres: el diatónico, sólo tonos; el cromático, tambien semitonos, y el enarmónico con cuartos de tono.

La opinion más comun es que en los coros griegos las voces de las mujeres eran reforzadas en octava baja por los coros de los hombres: con este sencillo mecanismo se conformaban todos sus cantos religiosos y guerreros. No es probable que un pueblo, que una raza que á tan gran altura habia llevado todas las artes y que poseia un sentimiento estético tan puro y tan desarrollado, hubiera tenido sólo como órbita de la música, en sus coros, ya en los convites, ya en las ceremonias religiosas, ya en las marciales funciones, cantos semejantes á las salmodias de la Iglesia.

La instrumentacion, lo que podemos llamar la orquesta, realmente debió haber sido pobre; porque ni en Platon ni en Aristóteles vemos que se haga mencion de gran número de instrumentos; y la lira, el arpa, la flauta y algun otro, indudablemente debian haberse ahogado en la inmensa vibracion de aquellas grandes masas corales; pero el Orfeon moderno nos prueba todo el partido que puede sacarse de los diferentes timbres de la voz humana, y conocidas son las reglas de alta composicion que aconsejan que, en ciertas ocasiones, el compositor debe hacer

abstraccion del acompañamiento de la orquesta, y puede ejecutarse aquella pieza sin necesidad del dicho acompañamiento.

La Iglesia, en el siglo IV, admitió los cuatro tonos de los griegos que se llamaron *dorio*, *frigio*, *lidio y misolidio*. El Papa Gregorio introdujo, 200 años más tarde, otros cuatro tonos que se llamaron colaterales, y éstos fueron el fundamento de los cantos de la Iglesia que llegaron á formar en esos siglos la base de toda la música. Pero aun no aparecia la verdadera gama musical.

Guido Aretino, tomando por fundamento, como los griegos, el tetracordio, formó un exacordio combinando los tonos griegos, y á esto llamó gama, y á las notas que la formaron nombró ut, re, mi, fa, sol, la, tomando estas sílabas del himno de S. Juan:

Ut queant laxis
*Re*sonare fibris
*Mi*ra gestorum
*Fa*muli tuorum
*Sol*ve polluti
*La*bii reatum
Sancte Ioannes.

El *sí* estractado del sétimo verso (S é I), fué agregado para señalar la sétima nota en 1684 por Lemaire.

El uso de las denominaciones propuestas por Guido d'Arezzo no se extendió inmediatamente, pues en el siglo XIV, en tiempo de Juan de Muris, se solfeaba todavía en Francia con las sílabas: *pro*, *to*, *no*, *do*, *tu*, *a*.

En Inglaterra y Alemania se ha conservado á las notas de la escala los nombres de las letras C, D, E, F, A, B, (i H).

Roqueplan dice que, segun un libro del siglo xv que se conserva en la Biblioteca de Santa Genoveva, en Paris, los nombres de las notas fueron inventados por un aleman llamado Phontus.

Segun Bohlen, los nombres son de orígen persa, pues en Persia se solfea con las palabras *durr-i mufassal*, que significan «rosario de perlas.»

Desde entónces las notas tienen este nombre, y cada vez que, hablando de la música de los griegos, hacemos relacion del *ut*, del *re* ó del *fa*, ó de cualquiera otra de ellas, sólo salvamos el anacronismo, considerando la ignorancia en que estamos de su tecnicismo musical.

El estudio de la gama, dice Blacerna, nos da en compendio uno de los criterios más importantes para juzgar del estado musical de un pueblo: ya hemos visto algo de la gama entre los griegos; largo seria de estudiar el movimiento artístico y científico que la ha traido hasta el estado en que hoy la encontramos, y que sin embargo, científicamente no puede llamarse perfecto, por más que la educacion no nos permita juzgar de los inconvenientes pequeños que tiene, pero sí de las ventajas que podrian sacarse con su reforma.

El sonido no es más que el producto de la vibracion de las moléculas de un cuerpo; pero el sonido musical

debe satisfacer la condicion esencial de ser agradable al oído, y además, á mi juicio, debe tambien ser armonioso, es decir, que pueda descomponerse en elementos que estén en relacion simple con el sonido fundamental. Me explicaré más claramente: hay sonidos, por ejemplo el que se produce golpeando suavemente una lámina de madera delgada, que por sí mismos no son agradables, pero que si sucesivamente y en intervalos proporcionales se golpean otras siete tablas que correspondan á la serie de sonidos armónicos de la gama, ya se convirtieron en agradables, y á éstos se pueden llamar sonidos *armónicos;* pero cuando al vibrar una cuerda que produzca un sonido, se observa por medio de un resonador de Helmholtz, por ejemplo, que en ese sonido las vibraciones toman una forma complicada y puede descomponerse en una serie de sonidos simples, pertenecientes todos á la serie armónica, entónces se puede decir que es un sonido *armonioso:* por ejemplo, si en un piano se hace sonar un *ut* grave, es fácil, por medio de un resonador, para las personas que no tengan el oído músico delicado y desarrollado, ó sin el auxilio del aparato para los que posean esas aptitudes, se puede, repito, en ese *ut* encontrar fácilmente el tercero y el quinto armónico, y casi siempre la octava alta, que viene á reforzar el sonido fundamental; y esta experiencia, á mi juicio, se comprueba y explica con la resonancia que hace vibrar, cuando un cuerpo vibra, todos los cuerpos cercanos á él y que están en estado de

producir un sonido idéntico.—Sentado ese principio y entendiéndose que sólo se habla de sonidos armoniosos, el número de vibraciones es la base científica y fundamental de la música, combinado con el movimiento rítmico y la progresion por intervalos determinados.

El oído humano no percibe generalmente, por segundo, más que las vibraciones comprendidas cuando más entre 16, como más graves, y 38,000 como extremadamente agudas; pero no todas éstas son musicales: las muy bajas se oyen mal y como un rumor, y las muy altas molestan por agudas: el piano moderno de siete octavas abarca casi todas las vibraciones musicales, desde 27,5 la más grave, hasta 3,500 la más aguda; y aunque algunos instrumentos llegan á 4,700, ya en esa altura los sonidos se convierten en estridentes y la música no hace uso de ellos.

El más dulce, el más agradable y el más completo de todos los instrumentos, la voz humana, juega en sus seis divisiones, bajo, barítono, tenor, contralto, mezzo-soprano y soprano, entre 82 y 1044 vibraciones por segundo. Algunas voces maravillosamente dotadas, como las de la Cruvelli, la Catalani, la Patti y la Nilsson, han alcanzado límites más altos; segun refiere la tradicion, en 1770 cantó en Parma la Bastardella, cuya voz tenia una extension de $3^1/_2$ octavas y alcanzaba hasta 2000 vibraciones.

La música requiere pues, para serlo, la relacion pro-

porcionada entre las vibraciones de los sonidos que la componen; y esto era lo que habian presentido los pitagóricos al fundar las bases de su armonía. Por esto, para la serie armónica de la gama, no se han podido tomar nunca en ningun pueblo, por bárbaro que se suponga, más que sonidos que tuvieran entre sí esa relacion, y no escogidos al azar, guiándose los que han carecido de las reglas científicas, de un sentimiento estético más ó ménos acertado, despues de multiplicados experimentos y de tentativas muchas veces desgraciadas.

Por eso, una de las cuestiones de importancia práctica que se ha resuelto en estos últimos tiempos, es la adopcion del diapason normal que debe poner de acuerdo todos los instrumentos en todos los países. El diapason que corresponde al *la* de la segunda cuerda libre del violin, y en un piano completo de siete octavas al quinto *la*, contando desde el sonido más grave, habia sido motivo de diferencias en algunos teatros de Europa.

En el año de 1700, en Paris se usaba un diapason que producia 405 vibraciones; despues uno de 425; en 1855 de 440, y en 1857 de 448: el teatro de Berlin adopta esta cifra, el de Milan 451, y el de Lóndres 455.

Los constructores de instrumentos elevan siempre el diapason para obtener mayor sonoridad; pero la Comision internacional fijó como número de vibraciones para el diapason normal, 435 por segundo.

Debe pues sentarse como un principio, que el oído no

percibe como armónicos sonidos simultáneos y sucesivos, si el número de vibraciones no está entre ellos en relaciones simples, es decir, en relaciones de cifras simples; y la más sencilla de todas éstas es de 1 á 2, que corresponde á la 8ª, indicando que si el sonido fundamental se produce con un número dado de vibraciones, la 8ª alta debe tener doble número, y la baja la mitad; así, suponiendo 240 vibraciones para el *ut*, la gama mayor entre la música moderna, estará representada por las cifras siguientes:

ut	re	mi	fa	sol	la	si	ut
240,	270,	300,	320,	360,	400,	450,	480,

y la gama menor por:

240, 270, 288, 320, 360, 384, 432, 480.

Ahora bien: la gama inventada por Sebastian Bach, aceptada generalmente y usada por todos los artistas modernos, está representada por esta expresion:

ut	re	mi	fa	sol	la	si	ut
240,	$269^2/_5$,	$302^2/_5$,	$320^2/_5$,	$359^3/_4$,	$403^2/_5$,	403,	480.

Esta gama obvia grandes dificultades en la ejecucion musical; á ella se deben, segun dice Blacerna, grandes progresos en la música instrumental y la importancia creciente del piano en la vida social; pero comparada con la gama matemática, sólo los sonidos fundamentales y sus octavas coinciden, modificándose más ó ménos los

demas sonidos; y aun cuando las diferencias parezcan insignificantes, sin embargo, estas diferencias tienen, en ciertos casos y en instrumentos como el órgano, que producir *batimentos*, *trepidaciones*, que son el indicio de la falta de proporcion matemática y por consecuencia de armonía entre dos notas, influyendo de una manera sensible en los sonidos resultantes que deben producirse matemáticamente cuando la diferencia entre las vibraciones de dos notas pasan de 16 batimentos por segundo, y se convierten en un verdadero sonido agradable con tanta precision, que Helmholtz dice que si se dan, por ejemplo, al mismo tiempo ut_3, mi_3, sol_3, cuyas vibraciones son entre sí como 4, 5, 6, se escucha ut_1, perfectamente unísono. La ciencia ha encontrado todas estas proporciones exactas, valiéndose de ese aparato que se llama *La Sirena de Helmholtz* y que es el perfeccionamiento de *La Sirena de Cagniar-Latour*.

La ciencia y la experiencia han venido á vindicar la memoria de Pitágoras y á demostrar que la proporcion entre las vibraciones forma los sonidos armónicos, armoniosos, las consonancias, las disonancias, todo el sistema en fin, de la música; pero esto ¿por qué? La naturaleza, esa terrible esfinge que dia á dia presenta al espíritu humano nuevos y complicados enigmas, no ha encontrado quien llegue á darle la verdadera resolucion de éste. Helmholtz, en una conferencia musical, en Bonn, ha logrado dar una que hasta hoy parece la más satisfactoria, coor-

dinando las vibraciones del sonido con la organizacion anatómica del oído y sus relaciones con el sistema nervioso y con la masa encefálica.

La música llegará á adoptar la gama matemática, y entónces será la música perfecta y merecerá el nombre algo pretencioso de *la música del porvenir*. Los instrumentos de arco, la voz humana y aun los mismos instrumentos de viento, podrán entrar en esa reforma: el piano y el órgano presentarán grandes dificultades; «el piano,» como dice un escritor notable, «es el verdadero instrumento de la gama inexacta; con ella ha vivido y probablemente con ella morirá.» El piano es como sintético, quizá el único instrumento musical usado en sociedad; es un auxiliar poderoso para los compositores; es la alegría de nuestras casas; el compañero de nuestras fiestas domésticas; para el acompañamiento del canto no tiene ni rival y verdaderamente ni sustituto en los salones de la grande sociedad; en cambio, como instrumento clásico, sus sonidos se extinguen rápidamente cualquiera que sea la habilidad del pianista; sus notas falsas se esconden y se toleran con más facilidad, y su influencia en la música no ha dejado de ser nociva. El canto, la verdadera melodía en la música para piano, ha ido desapareciendo poco á poco; y como si no se tratara más que de dar una muestra de agilidad, de vigor y de fortaleza, se ha sustituido con una cascada de trinos, de grupetos, de ruidos, de movimientos extraños y convulsivos que servirán cuando

mucho para probar la destreza del ejecutante, el trabajo del compositor y la condescendencia de los oyentes, pero que de ninguna manera pueden conmover nuestros sentimientos ni despertar en nuestro cerebro esas ideas dulces y melancólicas, ó alegres y de satisfaccion, que es lo que busca y procura la música.

Un pianista, de esos que gozan fama de buenos ejecutantes y que tiene delante de sí un papel cubierto de complicados arabescos de un género desconocido, y que se suelta produciendo ruidos que hacen gemir al piano, y causa, como dice Helmholtz, *mal de nervios* á los oyentes, podrá saber mucho; ser un gran prestidigitador; levantarse de allí enteramente satisfecho de su destreza y de su agilidad; recibir mil felicitaciones de los que, á fuerza de alabar lo que nadie entiende, quieren pasar por grandes conocedores; pero aquel hombre no ha ejecutado un trozo de música, por más que lo aseguren todos los *dillettantis;* esto se llama *mal gusto*, *perversion del arte* y *blasfemia científica*, aquí y en toda tierra de cristianos; y así lo llaman los músicos científicos, por más que se le quiera dar el mal nombre de *pieza fuerte.*

Si un profesor de elocuencia quisiera probar el progreso y la aptitud de sus discípulos, presentando en un acto público jóvenes que pudieran pronunciar clara y distintamente, cincuenta palabras por segundo, aunque fueran de las Oraciones de Ciceron, todo el mundo diria que aquello no era elocuencia sino un baturrillo infernal.

A ningun literato le ha ocurrido que es prueba de gran saber, escribir y luego leer rápidamente y en un tiempo muy limitado, un gran trozo redactado en alguno de esos idiomas polisintéticos en que cada palabra tiene catorce ó quince sílabas: y eso que se llama grande ejecucion, á mí me da idea, en último análisis, de aquel juego de los muchachos que consiste en decir rápidamente y sin equivocarse: *el arzobispo de Constantinopla se quiere desarzobispoconstantinopolizar; el que lo desarzobispoconstantinopolizare, buen desarzobispoconstantinopolizador será:* y esto equivale á suponer que es orador Emilio Velasco, porque con el mayor desenfado, como un reloj al que se le ha reventado la cuerda, habla una ó dos horas sin detenerse.

Bablot, dotado de una inteligencia clarísima, con notables aptitudes para la música, como he dicho, y ayudado con grandes conocimientos, podrá, como Director del Conservatorio, y contando con el apoyo del Gobierno, llevar adelante la reforma del gusto tan necesaria en México.

Si las grandes disposiciones que tienen los mexicanos para la música y su notable aficion á ese arte, no hubieran hecho que aquí se cultivara con empeño, merced á esfuerzos privados y venciendo toda clase de obstáculos, indudablemente México en ese ramo seria el país más atrasado: casi todos los profesores, casi todos los artistas han tenido aquí que formarse solos; porque ni escuela ni maestros lograron alcanzar realmente todos los que

en el arte se han distinguido; y á fe que muchas notabilidades mexicanas podrian contarse en los anales de la música, si hubieran encontrado, muchos tambien que han pasado inapercibidos, facilidad y modelos que les sirvieran de guía en tan difícil ejercicio.

El Maestro Melesio Morales, apénas un corto tiempo, insignificante puede decirse, para lo que se tiene que aprender y que estudiar, permaneció en Europa; y el Maestro Morales es una honra para nosotros, y al escuchar cualquiera de sus composiciones, los ménos conocedores descubren un estilo y un gusto muy diferentes de aquel de que hablé al ocuparme de las piezas escritas para piano.

Ni faltan en México profesores distinguidos, ni faltan ejecutantes dignos de llamar la atencion; pero creo que el estudio de la música está en decadencia entre nosotros, por los sistemas de enseñanza. Apénas un jóven comienza á tener alguna destreza y algunos conocimientos en el piano, cuando contándose ya como secundaria la perfeccion musical, empiezan á ponerle los maestros, bien por halagar á la familia, bien por lucir los adelantos del discípulo, ó por condescender con éste que se fastidia de la aridez del estudio, walses, polkas, danzas habaneras, mazurkas y toda esa multitud de piezas para baile, que sobre no ser de lo más clásicas, vician el gusto del discípulo, y además le hacen perder la aficion por el estudio serio, como á un estudiante en cuyas manos se pusieran

novelas y versos eróticos y se le quisiera despues obligar á los duros estudios de la lógica ó de las matemáticas: las piezas de música escritas que vienen á México, generalmente son de baile, ó cuando más, variaciones en las cuales el amor propio del autor y del ejecutante se satisfacen á costa del buen gusto clásico; porque se busca en ellas más bien una dificultad que vencer, que no un pensamiento agradable y conmovedor que presentar; y no es el trozo de una tragedia que se declama, sino el peligroso y difícil ejercicio de un acróbata el que se ejecuta.

El arte, la dedicacion y el estudio podrán crear una escuela nacional en México, porque hay elementos para ella; no digo que seria una escuela original; tendria necesariamente que ser ecléctica: la escuela italiana con sus dulces melodías y su *bel canto*, llevando á la orquesta á servir de acompañamiento á la voz humana; la escuela alemana rica en armonías, con sus grandes masas corales, sus magníficos movimientos de orquesta y convirtiendo casi la voz humana en instrumento de esa orquesta, han formado en Paris una escuela ecléctica francesa. En México, la índole de nuestra raza seria un factor importantísimo para formar esa escuela.

El fondo de nuestro carácter, por más que se diga, es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros á esa vaguedad, á esa melancolía á que sin querer nos sentimos atraidos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las

piezas de música que en los salones cautivan nuestra atencion y nos conmueven, siempre el tono menor aparece como iluminando el alma con una luz crepuscular. Inútil seria buscar aun en los bailes de máscara y en medio del bullicio del Carnaval, esa alegría atronadora que distingue á los franceses, de todos los demas pueblos de la tierra: vano intento ha sido querer trasplantar entre nosotros esas ruidosas manifestaciones del placer; y se han estrellado contra el indiferentismo ó contra el ridículo, los imitadores de costumbres que no pueden aclimatarse aquí.

Cada raza, cada pueblo, tiene, como los individuos, su modo peculiar de sentir y de expresar sus sentimientos: los frutos intelectuales de cada raza, de cada pueblo, tienen que afectarse y que llevar en sí el sello del espíritu de esa raza: por eso una escuela ecléctica musical en México, llevaria tambien marcada la originalidad en el sentimiento, que siendo natural, estaria muy léjos de ese afectado sentimentalismo en que degeneró la escuela italiana.

Quizá Alfredo Bablot, al frente del Conservatorio de Música, pueda, ya que no ver consumada esta evolucion que no es obra ni de un individuo ni de una generacion, sí darle el primer impulso, iniciarla y marcarle el camino: tiene de sobra para ello, aptitudes y atrevimiento.

ADIOS AL LECTOR

LECTOR querido: aquí cierro este libro, más bien temeroso de fastidiarte, que falto de asunto; pues aun se me quedan en el tintero personajes de quienes quisiera haberte hablado y que son dignos de tu atencion, contándose entre ellos, como principales, Francisco Pimentel, Ignacio Altamirano, García Icazbalceta y otros que bien pueden formar una serie que, si te conduces bien conmigo y me alienta tu aprobacion, podré presentarte dentro de algun tiempo, y si no, me bastará con ese desengaño.

¿Por qué se llaman *ceros* estos artículos? Yo mismo no lo sé: tomaron su nombre del pseudónimo con que estaban firmados, y estos bautismos populares son los más legítimos.

Podrá tachárseme de parcial en favor de los hombres

á quienes juzgo. Tal vez haya razon para ello: pero yo que he presenciado sus esfuerzos y su buena fe para levantar las letras en México, no me avergüenzo de quemar delante de esos hombres que no cuentan con el poder ni con la riqueza, un incienso que nunca ha humeado delante de los magnates. Como ese instrumento primitivo de música que se llama vulgarmente *el arpa del pastor* y que tiene una sola cuerda, así en mi corazon sólo una tengo, y no vibra más que por el cariño; ni el miedo ni el interes han arrancado nunca una sola frase de mi boca: hoy, cansado del mundo y harto de desengaños, me da la gana de alabar á los que lo merecen; á aquellos de quienes nada espero ni nada temo, y con los que la sociedad es injusta mirándoles con indiferencia.

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo	5
Luis Malanco	11
Manuel Payno	21
Joaquin Alcalde	33
Justo Sierra	43
Ipandro Acaico	55
Las Odas de Píndaro	63
José María Vigil	81
Una traduccion	91
Aguilar y Marocho	107
Guillermo Prieto	115
El Doctor Peredo	127
Ezequiel Montes	137
Alfredo Chavero	151
Joaquin Tellez	163
Juan de Dios Arias	179
Mariano Bárcena	199
Juan A. Mateos	223
Francisco Sosa	241
Juan de Dios Peza	269
José Peon Contreras	295
José María Roa Bárcena	325
Alfredo Bablot	347
Adios al lector	369

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

FEB 27 1932

JUN 18 1932

JUN 25 1932

CARD-STUDY

CHARGED